

DESHIELO

SIGUE EL CAMINO DESCONOCIDO



se

KATE A. D.  Lectulandia

Emmeline lleva mucho tiempo soñando en los secretos ocultos más allá del frío muro del asentamiento. Ahora que el Consejo ha perdido toda legitimidad, finalmente tendrá oportunidad de soltar la rienda a sus deseos. Es así como organiza, junto con la extranjera Matisa y el chico que ama, un grupo de búsqueda para explorar el nuevo mundo.

Pero semejante epopeya pronto cata sus inconveniencias. A lo lejos, en la tierra yerma plagada de hostilidades, el grupo de Emmeline se enfrentará a enfermedades, meteoros naturales y a la pesada omnipresencia de una extraña amenaza. Pronto nuestra heroína se percatará de su error primario: haber guiado a todos a un aciago destino falto de posibilidades, un camino del que parece imposible retornar. Sin embargo, el corazón de Em sigue apuntando más allá, a lo lejos, siempre a un sendero nuevo y desconocido.

Lectulandia

Kate Boorman

Deshielo

Invierno asesino - 2

ePub r1.0

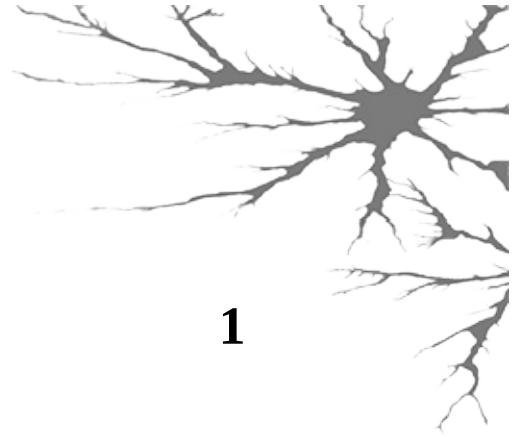
XcUiDi 29.07.18

Título original: *Darkhaw*
Kate Boorman, 2015
Traducción: Raquel Castro

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com



El río está crecido y violento.

La muerte yace debajo.

Miro fijamente hacia los bancos cercanos a un hueco estrecho, hacia donde el río se apresura en un torrente. Donde los árboles reverdecen con suaves brotes verdes que se inclinan por la brisa primaveral. Donde mandaron a mi papá a descansar.

Lo hicieron de prisa, el mismo día que murió por salvarme, antes de que *La Prise* llegara aullando y nos dejara ciegos, antes de que el mundo se oscureciera. Envuelto en una tela amarrada en ambos extremos, su cuerpo fue lanzado a los mortales trozos de hielo arremolinados. Tengo el recuerdo de esas aguas calando profundo en mis huesos, el grito hueco del río, fuerte, en mis oídos. Fui con él, bajando por el remolino hacia ese gigante agujero de negrura.

Entonces Kane puso su mano en mi nuca y me jaló con suavidad hacia su pecho, hacia su calor ahumado. Escuché los vientos del invierno silbando entre los árboles, el corazón de Kane latiendo fuerte en mi oído. Matisa puso su mano, a un tiempo familiar y extraña, en la mía.

Nos refugiamos. La oscuridad se apresuró a cubrirlo todo. Se congeló el río.

Y nuestros sueños comenzaron. Los de Matisa eran de muerte: un río en llamas, huesos estallando, sonidos ensordecedores. Una guerra destruyendo a la gente que ella y yo amamos. Los míos, en cambio, eran de vida: altos peñascos, árboles cubiertos de nieve, aguas cristalinas. Un valle donde los vientos cálidos surcaban sobre un lago imposible: azul como el huevo de un petirrojo pero, al mismo tiempo, verde como los brotes del álamo. Y todo aquello llamándome.

Matisa dice que somos las figuras de su leyenda: dos soñadoras de *tiempos distintos* que están destinadas a encontrarse. El otoño pasado soñé a Matisa cada noche. Soñé que ella estaba en el bosque, afuera de nuestra fortificación, y la llamada, el deseo de encontrarla fue tan fuerte que arriesgué mi propia vida para hacerlo. Ella me soñaba también. Dejó su hogar y buscó en estos bosques, un lugar prohibido entre su gente, para encontrarme. Durante toda la helada, mis sueños fueron sobre la vida, mi nueva vida, afuera. Una pequeña parte de mí quiere aferrarse a esa idea, quiere creer que esa es la única razón por la que Matisa vino.

Matisa cree que si permanecemos juntas podremos evitar el desastre que sueña. Pero sé que no es así. Sin embargo, voy a intentarlo. Dejaré este lugar y viajaré con ella a su hogar, ese lugar extraño y hermoso de mis sueños. Encontraremos cómo se conectan nuestras visiones, cómo podrían evitar la muerte.

Jugueteo con las raíces balsámicas que tengo en la mano. Crecen cerca de la fortificación pero prefiero venir aquí a recolectarlas. Me agacho para arrancar más raíces del banco, pasando el peso a mi pie bueno antes de recordar que, gracias a la tintura de Matisa, ya no va a dolerme. Ella dice que olvidaré ese hábito pronto.

Las voces que acostumbraban hablarme en susurros desde los árboles están calladas. Mi Gente Perdida, los fantasmas de los primeros pueblos que vivieron en esta tierra, están aquí ahora. Han sido encontrados; *nosotros* fuimos encontrados.

Pero escucho nuevas voces que murmuran por debajo de la corriente del río, muy profundo en los confines helados, clamando bajo la superficie.

Y no hablan de vida.

Cierro mis oídos a los murmullos e inhalo el suave viento que suspira entre los sauces. El sol brilla en el punto en el que lanzaron a papá. El cuerpo de papá, tan quieto. Ahuyento el recuerdo y dejo que mis ojos se llenen con la luz de plata que brilla en las aguas. Lo que alguna vez fue un listón sólido de río congelado ahora es una corriente destellante que alimenta los sedientos sauces y juncos, y ayuda a los árboles a florecer en todas las gamas de verde.

Con el Deshielo viene una promesa.

Pongo esa idea en mi corazón secreto y ahí la retengo. Me aferro a esa verdad que es este río cobrando vida, trayendo nuevo brío, nuevos comienzos.

Trato de ahuyentar una verdad distinta que arrastra sus dedos helados sobre mi pecho: una vez que el hielo se derrite, lo que está escondido en la profundidad puede salir a flote.

Mi mundo está cambiando. Tengo que creer que para bien.

—¡Em! —Una voz infantil llega desde lejos, a mis espaldas.

Me vuelvo. Kane y su hermanito Daniel caminan desde la fortificación. El sol matinal los baña con un brillo cálido, pero las murallas detrás de ellos se alzan amenazantes, oscuras.

La cabeza de Kane está descubierta y el cuello de su camisa abierto, como siempre. Camina relajadamente con las manos en los bolsillos, como si tuviera todo el tiempo del mundo para llegar hasta donde yo. Pero bien sé que ninguno de nosotros puede correr junto al otro lo suficientemente aprisa.

Los momentos robados al invierno me sumergen en una onda de calor: besos desesperados, manos avanzando a tientas en el oscuro cobertizo de madera. El aliento de Kane sobre mi piel. Su olor a roble ahumado envolviéndome.

Nada en esos encuentros secretos fue lento. Y siempre fueron demasiado cortos... latidos en el tiempo. Y nada más.

La mamá de Tom, mi autonombra guardiana, me miraba fijamente cuando yo

entraba intempestivamente al área común sacudiéndome la nieve de la capa, deseando que el rubor de mis mejillas pareciera el efecto natural de un frío intenso.

Veo a Kane acercarse ahora y siento que un enjambre aletea en mi estómago.

Daniel se suelta de Kane y corre hacia mí con la velocidad que sus cinco años le permiten.

—¡Es mi turno de alimentarlos hoy! —grita.

Aparto la mirada de Kane y la poso en los brillantes ojos de Daniel.

—¿Alimentar? ¿A quiénes?

Derrapa al detenerse un poco antes de llegar conmigo, con el cabello ensortijado.

—¡A los caballos!

Claro. Daniel ama a esos animales. Ninguno de nosotros había visto nunca uno antes de que Matisa, su primo Isi y Nishwa, su hermano, nos los mostraran el otoño pasado; esas bestias enfermaron y murieron cuando nuestros ancestros llegaron a estas tierras. Los caballos de Matisa nos parecen salidos de un cuento de hadas: son todo líneas largas y músculos ágiles.

Aplaco el cabello de Daniel con la mano.

—Has estado jugando con Nico, ¿verdad?

El otro hermano de Kane, Nicolás, tiene ocho años, pero Daniel es de ese tipo de niños que tratan de morder más de lo que pueden masticar.

Daniel niega con la cabeza pero mira al suelo con una sonrisa traviesa en el rostro.

—¿Por qué estás tan desarreglado? —insisto.

Kane llega a nuestro lado.

—Dejó que Pecas husmeara en su cabello —contesta por él.

—¿Pecas?

Daniel me mira, complacido.

—¡El caballo de Matisa! —dice—. Le puse nombre.

—Ah, ¿sí...? —respondo, distraída por sentir a Kane tan cerca. Sus mangas están enrolladas, su cabeza se inclina hacia mí, sus ojos oscuros me miran...

—Sí. Pecas, por sus manchas. ¡Ella piensa que mi cabello es hierba! —Daniel ríe y me toma de la mano—. ¡Ven, te mostraré!

—Espera, Daniel —Kane le pone una mano sobre el hombro—. ¿Recuerdas que Em y yo tenemos que hablar un poco?

Daniel suelta mi mano, su carita se frunce con decepción.

—Sí, pero...

—Ese era el trato, ¿verdad? Podías venir al río siempre y cuando me dejaras hablar con Em, ¿cierto?

Daniel asiente sin mucha convicción.

—Te acompañaré en cuanto terminemos —aliso su cabello de nuevo.

—Mientras tanto puedes juntar algo de hierba para Pecas —sugiere Kane, señalando los parches de pasto nuevo que crecen en los bancos—. A ella le encantará.

En un segundo, Daniel se ha ido. Siento un calambre. Daniel va a entristecerse cuando nos llevemos esos caballos. Por no hablar de su hermano mayor.

Los ojos oscuros de Kane me están estudiando. Me vuelvo hacia él, paso las raíces de una mano a la otra, mantengo mis dedos ocupados de manera que no se dirijan adonde preferirían estar, ahí, cerca del cuello abierto de su camisa.

—Has estado fuera un buen rato —dice para romper el silencio. Es la clase de cosas que uno comenta para hacer plática, pero su voz es suave, ronca. El enjambre en mi estómago se agita con furia.

—Solo estoy juntando algunas cosas para mis medicinas —digo. Me encojo de hombros como si estuviera tranquila—. Quizá me retrasé un poco.

Media sonrisa aparece en la comisura de su boca.

—Tú y estos árboles —dice—. Siempre los has amado más que a nada.

—Te equivocas. Es solo que prefiero estar entre ellos que allá adentro —lo veo de reojo—. Son otras cosas las que amo en verdad.

Sus cejas se arquean.

—¿Ah, sí?

—Claro —pongo las raíces en mi morral y abro mucho los ojos—. Las fresas de primavera, por ejemplo.

Frunce el ceño para ocultar una sonrisa.

—Fresas.

—Son deliciosas —digo—, mejores que los árboles.

—Ah —dice—. Bueno, he escuchado que las de allá afuera —y señala con la cabeza hacia el bosque— son las mejores.

Sonrío. Siento un aleteo en mi pecho. *Allá afuera*. Está todo tan cerca.

—Matisa dice que partiremos esta semana.

—¿Puede saberlo? —me pregunta.

Asiento, pero la culpa me lacera.

—Dice que Sœur Manon se irá pronto.

Sœur Manon, la curandera que me enseñaba sus artes, la única que siempre se preocupó por mí, además de mi papá, yace en cama en la Casa de Sanación. Está muriendo. Y me prometí quedarme hasta su partida.

—Apenas ha abierto los ojos en días —dije—. Ni siquiera creo que se percate de mi presencia.

Los ojos de Kane examinan mi rostro.

—Ella estaría feliz de saber que partimos —me dice con suavidad—. Ella querría que lo hicieras —frunce el ceño y se frota la nuca con una mano—. Quisiera que todos tuvieran tan buena disposición.

—Hablaste de nuevo con tu mamá —adivino.

Asiente.

—¿Y...? —Cruzo los brazos, como si eso pudiera protegerme de una respuesta que no quiero escuchar.

Niega: no salió bien.

—Le preocupa el *malmaci*, ¿verdad?

Antes de que Matisa y los chicos descubrieran nuestro asentamiento, antes del último invierno, la mayor parte de nuestra gente pensaba que estábamos solos, incluso que era posible que fuéramos los últimos seres humanos con vida en el mundo, y vivíamos bajo la amenaza del *malmaci*, un espíritu maligno que acechaba en el bosque y atacaba a aquellos que se atrevían a explorar demasiado lejos del asentamiento. Los convertía en ríos de sangre, les despedazaba las entrañas. Se llevaba a la gente que vagabundeaba más allá de nuestros límites. Ahora sabemos que todo aquello era una superstición. Ahora sabemos que fue una enfermedad, una que la gente de Matisa también sufrió y de la que huyó hace mucho, mucho tiempo, la que redujo nuestras opciones. Y sabemos también que los raptos, es decir, las desapariciones, fueron iniciados por el padre del hermano Stockham para proteger su posición como líder del asentamiento. La gente no debería seguir temiendo al *malmaci*, pero algunos conservan cierto asomo de duda.

—No, no es eso. En realidad se opone a mi partida, sin importar el motivo.

Suspiro, aunque no sé exactamente qué esperaba. ¿Realmente pensaba que lo dejaría ir con su bendición? Su papá murió hace algunos años y tiene dos hermanos menores: la mamá de Kane cuenta con él como su única ayuda. Pero...

Ella no puede esperar eso para siempre.

Miro por encima del hombro de Kane hacia las murallas de nuestra fortificación y mi mirada se detiene en la torre de vigilancia, ahora vacía. Solía habitarla un vigía todo el tiempo, día y noche; listo para alertar cualquier tipo de peligro, cualquier indicio de actos impíos. Las cosas son diferentes ahora. Podemos tomar nuestras propias decisiones.

—¿Estás... —Tengo que obligarme a sostener su mirada— seguro de que quieres venir?

—Em —me toma del brazo. El modo en que pronuncia mi nombre hace que mi respiración se agite. Su tacto es fuego—, iré contigo adondequiera.

Su mano se desliza por mi brazo y mis dedos se entrelazan con los suyos mientras me hundo en su mirada, esa mirada que puede penetrar en mi interior, que puede ver todo de mí. Nuestros dedos se aprietan y eso nos acerca más. Le echo un vistazo a Daniel. Está ocupado, con la cabeza inclinada sobre las hierbas. Kane me alcanza con su otra mano, y yo permito que me atraiga hacia el calor de su cuerpo. Coloco mi mano en su pecho, mis dedos aferran los lazos abiertos del cuello de su camisa. Su boca está tan cerca. Podría besarlo aquí, en medio del aire fresco del Deshielo. Estaría tan bien...

Sobre su hombro veo una figura que emerge de las puertas de la fortificación. Es Tom, y su cabeza rubia está levantada como presta a hablar mientras se apresura hacia nosotros. Kane sigue mi mirada y se da la vuelta, alejándose.

De inmediato extraño el contacto con Kane, pero me distrae la manera en que

Tom se mueve. Cruza la distancia que nos separa a zancadas, casi a galope.

Por días ha estado ocupado atendiendo a su padre, que enfermó a finales de *La Prise*. Por meses hemos estado hablando del Deshielo, de mis sueños, de la gente de Matisa... pero con su papá delicado, existe la posibilidad de que Tom no vea nada de eso. Lo más probable es que partamos sin él.

Mi corazón se encoge con esa idea. Tom debería venir: no hay nada aquí para él. Aquí se espera que se case con una mujer y se reproduzca, pero Tom es *ginup*, y su corazón solo puede pertenecer a otro chico. Matisa me ha dicho que eso no es extraño entre su gente y que definitivamente no está prohibido. Tom debe venir conmigo, encontrar una nueva vida allá, una que no tenga que guardarse en secreto.

Pero él no se marcharía dejando a su padre enfermo. Y ese pensamiento me inunda como una ola de tristeza, de enojo, y de orgullo.

Conforme se acerca, veo sus mejillas encendidas y sus ojos serios. Siento un nudo en el estómago. ¿Será que el té que le preparo a su padre no está haciendo efecto? Exprimo mi cerebro en busca de todo mi conocimiento sobre medicinas, me pregunto si Matisa y yo seremos capaces de encontrar algo que remplace al té...

—Es *sæur Manon* —me dice Tom—. Matisa dice que tienes que venir.

La Casa de Sanación está en silencio y a oscuras.

Isi y Nishwa están de pie, lado a lado, junto a la puerta. Nishwa me ofrece una sonrisa suave cuando nos acercamos, mientras que Isi inclina la cabeza sin parpadear. Estos días ha sido siempre así: Nishwa con esa actitud relajada, Isi con una mirada que me hace sentir bajo escrutinio permanente. Y nunca a la altura. Él se ha mostrado malhumorado desde que empezó el Deshielo. Y aún más, desde que insistí en que esperáramos.

Ignoro su mirada. Nubes oscuras se reúnen sobre nosotros y ocultan el sol de la mañana. Seguramente es eso lo que me hace sentir ese cosquilleo en mi piel. Paso entre los dos muchachos y empujo la puerta para entrar.

Matisa está sentada junto a la cama, su mano descansa junto al cabello níveo de *sæur Manon*. El resto de la curandera está cubierto por una montaña de cobertores de lana, nuestro fútil intento de ahuyentar sus escalofríos, porque estos no se deben a la temperatura que la rodea.

Matisa me hace señas para que me acerque y su presencia tranquila ilumina la cabaña en penumbras. Me doy cuenta de que Tom y Kane merodean en la entrada.

—Está bien —les digo por encima de mi hombro—. Estaré con ustedes... después.

Tom toca mi codo en un gesto de amor fraternal y se retira. La expresión de Kane al salir me inunda de otro tipo de amor, intenso y protector.

La puerta se cierra y deja fuera el aire fresco, la luz del sol. En el espacio iluminado por las velas, el cuarto se siente más pequeño. Voy hacia la cama, acerco conmigo una silla desde el rincón y me siento.

La cara arrugada de *sæur Manon* se ve pequeña entre las sábanas. Sus ojos están

cerrados y su respiración es superficial e irregular. Ha estado así por días. Busco en ella alguna señal de que el fin está cerca pero no encuentro nada distinto.

Miro a Matisa.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto muy quedo. No me parece correcto hablar de muerte en presencia de quien agoniza.

—Lo he visto muchas veces —me responde Matisa—, sé cuando el momento llega.

Analizo a Matisa en la luz parpadeante. Su trenza de color castaño oscuro brilla contra el azul de su camisa. Su rostro es franco, tranquilizador. Por supuesto que ha visto gente llegar y partir de este mundo: es una sanadora, como *sœur* Manon. Para lo que yo me estaba entrenando. Ella y *sœur* Manon pasaron meses compartiendo su conocimiento, enseñándome lo que podían.

Miro a *sœur* Manon, me estiro y pongo la mano en las sábanas que cubren sus hombros. Matisa coloca su mano en mi brazo y mueve su pulgar sobre mi piel en un ritmo reconfortante que agradezco. Eso ayuda a tranquilizar los latidos de mi corazón.

Sœur Manon fue siempre amable conmigo: de cierto modo me entendía, y no me di cuenta de ello casi hasta que fue demasiado tarde.

—¿Ha venido alguien más a verla? —pregunto. Quisiera saber si todos entienden lo que estamos perdiendo sin ella. Todo su conocimiento, sus métodos, sus curas.

Tal vez suponen que estaré aquí para tomar su lugar.

—*Frère* André —dice Matisa—. Trajo otro cobertor, lleno de bordados de flores. Era de *sœur* Bette, creo. No me atreví a decirle que el cobijo ya no es de ayuda.

Pienso en el anciano vigía, con su barba hirsuta y sus ojos que comienzan a fallar, ofreciendo el cobertor que alguna vez calentó a *sœur* Bette, su esposa, fallecida hace menos de dos meses. Él también ha sido amable conmigo, me ayudó a darme cuenta de que merezco ser querida. Fue él quien abrió para mí las puertas ya selladas de la fortificación, a pesar de que *La Prise*, la mortal tormenta de invierno, se acercaba, aullando, a nuestro asentamiento. A pesar de que se suponía que yo estaba muerta. Él les dijo a sus vigías que no tuvieran miedo, y guardó con llave las armas para que nadie hiciera algo estúpido cuando Matisa llegara. De no ser por él, mi Gente Perdida no estaría aquí, Matisa no estaría aquí.

El viento se levanta afuera, como si también evocara ese recuerdo. Una lluvia suave comienza a golpetear en nuestro techo.

—Es bueno que llueva —digo—. Hace que todo reverdezca.

Matisa asiente mientras su mano sigue trazando un símbolo de consuelo sobre mi brazo.

—Va a verse todo muy bonito allá afuera —continúo—. ¿No crees?

No sé por qué estoy balbuceando. Siento una gran necesidad de llenar el silencio. De vivir estos últimos momentos. Doy suaves palmaditas en el hombro de la anciana y me aclaro la garganta, para deshacer el nudo que siento.

—Le dará mucho gusto que nos pongamos en camino. La semana pasada abrió los ojos y me miró. ¿Sabes lo que me dijo? *Emmeline: allez-vous-en! ¡Ya vete!* — Trato de reír pero me lo impide el sollozo que crece en mi pecho.

—Siempre supo lo que había en tu corazón —la voz de Matisa es suave. Su mano, tibia.

Parpadeo para ahuyentar las lágrimas y asiento.

—Sabe que mi nueva vida está más allá.

La mano de Matisa se detiene.

Miro el cabello blanco de la anciana y me guardo el resto de lo que me dijo *sœur Manon*, acerca de que la libertad trae consigo elecciones: *les choix que vous ne voulez pas*. Las elecciones que no deseo.

No se me ocurre cómo puede ser eso. Luego de años de ser señalada por todos, de no tener la posibilidad de elegir, la libertad que me espera en el bosque tiene que ser buena.

—Em —la voz de Matisa interrumpe mis pensamientos—. Quiero que sepas algo. Las ráfagas de viento pegan con más fuerza contra la pequeña cabaña.

Miro a Matisa.

—Nuestros sueños nos llevaron una a la otra —dice.

Asiento.

—Sabes que yo creo que deberíamos permanecer unidas. Pero —y junta sus manos— no voy a pedirte eso.

Miro con atención su rostro, intento comprender de dónde viene todo esto. Matisa conoce mis deseos: quiero ver qué hay más allá. Sabe que siempre he tenido el plan de irme con ella. Salvó mi vida el otoño pasado, arriesgando la suya al sacarme del río, pero esto va más allá de pagar una deuda: es empezar una vida nueva. Es elegir una vida diferente.

Miro a *sœur Manon*. Pensamientos giran en mi cabeza, repasan aquellas últimas palabras.

Está quieta como si fuera de hielo.

Busco la respiración en su pecho, el sonido silbante de su aliento.

Nada.

Matisa coloca su mano en mi brazo de nuevo.

—Se ha ido —me dice quedo.

Y, como si respondieran a mi corazón, los cielos se abren y la tormenta cae sobre nuestro techo, bañando en pena la Casa de Sanación.

La tierra se mueve entre mis dedos mientras escarbo en sueños. El río canta con las voces de los muertos. Estoy más allá de donde crecen los cerezos silvestres, un lugar que conozco bien, en el que he estado docenas de veces para buscar raíces para *sœur Manon*.

Pero ¿por qué?

Hemos enviado a *sœur Manon* a su descanso. Miro hacia la planicie donde está la

fortificación. Reina el silencio. Todos se han ido.

De pronto, Matisa está en el suelo, frente a mí. Sus ojos están cerrados con fuerza, su piel tiene manchas rojas e hinchadas, con moretones oscuros. Un hilo de sangre baja desde su nariz.

Escarbo, rápidamente, con furia. Agarro puños enormes de tierra.

Y entonces, una estampida viene hacia mí. Disparos. Caballos. Gritos.

Los muertos en el río cantan más fuerte. *Rápido, pronto, aprisa*, me dicen.

Despierto bañada en sudor, el sueño se diluye en el aire frío de la mañana. Me siento, me tallo la cara con las manos y me estremezco. Los gritos aún retumban en mi mente. Estridentes. Constantes.

No, no son gritos. Es la campana de la torre de vigilancia.

¿La campana de la torre de vigilancia?

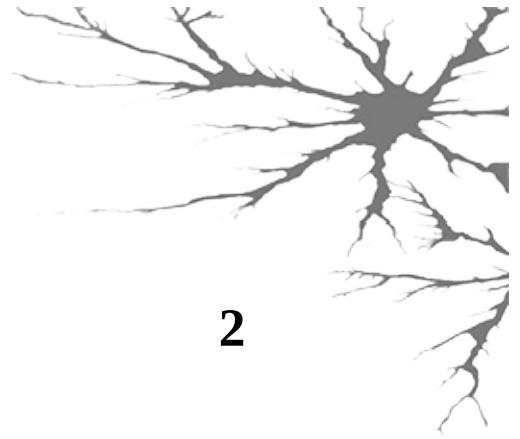
Brinco de la cama empujando el cobertor de lana, mis pies desnudos golpean el frío piso de madera. El sonido de la campana no produce en mí aquella punzada de miedo que causaba antes. No hemos abandonado del todo las guardias, sigue habiendo algunos vigías en la muralla cada noche, pero ya no están a la espera del ataque de un espíritu monstruoso del bosque.

La campana de alarma se mantiene como una forma de lograr la atención de la gente en caso de una urgencia: un incendio, una tormenta, un animal salvaje.

Me visto de prisa, con el pulso acelerado. Cuando paso por la vieja habitación de mi padre, veo que Matisa ya no está ahí, se ha ido, como siempre. Jalo mi manto del gancho junto a la puerta y salgo. La gente se apresura a mi alrededor, se dirige al ala este del asentamiento. En la muralla se está juntando una multitud. Me abro paso entre la gente que se reúne en un semicírculo silencioso. Hay algunas armas aquí y allá, sostenidas con fuerza por manos curtidas, pero nadie parece darse cuenta de mis empujones para hacerme espacio. Todos estiran el cuello pero al mismo tiempo se hacen para atrás, como si se resistieran a acercarse demasiado.

Cuando llego al frente de la multitud, me detengo en seco.

Un hombre está de pie, afuera de las puertas del este.



2

Un desconocido. Piel rojiza, ojos claros. Barba de por lo menos una semana enmarca mejillas que han recibido demasiado sol. Su cabello castaño está aplastado contra su frente y una mano agrietada estruja un sucio sombrero de ala. En la otra mano lleva la rienda de un caballo bajo y fornido, cargado con alforjas a los lados de la silla de montar. Su ropa es extraña: botas con suelas gruesas y un pesado abrigo, abotonado a su cuello, con tres líneas claras a lo largo de la costura. Tiene una mochila a la espalda.

La campana dejó de sonar hace tiempo: el chico que la toca está sobre nosotros, mirando con asombro. Un vigía está de pie a un paso del extraño, con el rifle listo en su brazo derecho, pero sin apuntarle.

El extraño nos mira, luego a las murallas de la fortificación y de nuevo a nosotros.

—Amigos, ustedes han estado aquí largo tiempo, ¿eh? —pregunta con los ojos muy abiertos. Su acento es raro.

No puedo apartar la mirada de él, percibo cómo a mi alrededor todos hacen lo mismo.

—Así como... ¿varias décadas?

Silencio.

El hombre frunce el ceño.

—¿Entienden mi idioma?

Alguien entre la multitud carraspea y se anima:

—Sí.

Su rostro se relaja.

—¡Qué alivio! No estaba del todo seguro... —dice.

Mira al vigía a su lado, observa el rifle.

—Bien, entonces, primero, las presentaciones —se vuelve hacia nosotros y hace un gesto hacia sí mismo, hablando larga y complicadamente—. Henderson. Robert Henderson. Es un placer tener el honor de conocerlos —inclina la cabeza con formalidad—. Si no tienen inconveniente, no preguntaré el nombre a cada uno de ustedes —mira hacia arriba y se toca un lado de su cabeza con el sombrero—, nunca podría recordarlos todos. Jamás olvido un rostro, pero los nombres son otro cantar, ¿saben? Soy más un observador, por decirlo de algún modo. Viene bien con mi línea

de trabajo.

Nos mira como esperando.

Silencio.

—No son un grupo muy extrovertido —echa una nueva mirada rápida al vigía—. Pero eso nunca me ha detenido. Especialmente cuando se trata de imponer. Hablando de eso, ¿podría suponer que me darían refugio esta noche? Un poco de descanso le haría bien a mi yegua y yo estaría muy agradecido de dormir en una cama de verdad —trata de sonreír—. Las ramas de pino son cómodas solo por tres semanas. A la cuarta, empiezan a dar de sí.

En este punto, la gente deja de observarlo para empezar a intercambiar miradas.

El vigía habla, señalando al hombre con su rifle:

—*Je l'ai vu dans les bois* —dice que lo vio en el bosque.

Un hombre alto del cuadrante sur da un paso al frente. Viste un delantal sucio de vísceras de pescado.

—¿De dónde vino usted? —pregunta.

El hombre arquea las cejas mientras su expresión adquiere seriedad. Señala con el sombrero hacia el sureste.

Se escucha un murmullo.

Una mujer del cuadrante norte señala la mochila del hombre.

—*C'est quoi ça?* —pregunta.

—¿Esto? —El hombre toca el bulto a su espalda, en un gesto protector—. Mis pergaminos, una brújula, un sextante... mis efectos personales.

Brújula... sextante...

—Robert P. Henderson, cartógrafo —dice, como si eso lo explicara todo. Frunce el ceño ante nuestras miradas extrañadas—. Soy un fabricante de mapas contratado por el Dominio para hacer el trazo del camino al oeste.

Dentro del salón ceremonial, el hombre, Henderson, se quita la chaqueta y recibe una taza de té frío de menta salvaje. Al menos cien personas se apretujan en el reducido espacio, intentando mirar a nuestro extraño visitante. Una mujer del cuadrante sur está en pie, con una jarra de té. El vigía que lo encontró permanece cerca. Mira con desconfianza la mochila del hombre.

Tom y yo intentamos llegar al frente, pero me doy cuenta de que Matisa se rezaga, con la cabeza ladeada. Descubro a Isi y Nishwa en las sombras, a una orilla del salón. Esta sala carece de ventanas, y las pocas velas en la mesa son apenas suficientes para iluminar el recinto.

—Buena infusión —dice Henderson. Bebe el resto del té y se asoma a su taza vacía. Mira entonces a la mujer del cuadrante sur, quien se apresura a llenarla de nuevo.

—Muy agradecido —da otro trago largo.

La mamá de Tom, la hermana Ann, ha llegado al frente. Empuja a la multitud embobada y se yergue frente a Henderson, como si estuviera a cargo. Y quizá sea así:

con el Concejo desmembrado, su voz se ha convertido en una de las más fuertes del asentamiento. Edith, la hermana pequeña de Tom, se asoma por detrás de ella.

—Sea usted bienvenido —declara la hermana Ann. Se eleva un murmullo. La hermana Ann mira a su alrededor con una expresión firme, un reto a cualquiera que quiera elevar su voz en protesta. Nadie lo hace—. Compartiremos lo que tenemos. Le damos la bienvenida a nuestra mesa.

—Reitero mi agradecimiento —dice él y dibuja una sonrisa en el rostro. Este hombre no se parece a nadie a quien yo haya conocido: permanece tranquilo al punto de parecer un poco confundido.

—Usted ha viajado desde un lugar que nunca hemos visto —se atreve a decir la hermana Ann—. ¿Podría contarnos un poco más?

Ante estas palabras, la multitud guarda silencio. Tom está a mi lado. Tomo su mano y él aprieta la mía suavemente.

Hemos aprendido del este gracias a Matisa. Sabemos que hay gente nuestra allí. Aquellos que no se atrevieron a viajar al oeste cuando nuestros antepasados lo hicieron, y que viven en grupos organizados bajo un liderazgo llamado el Dominio, pero esas son historias que Matisa escuchó a su gente, y ella admite que nunca ha estado en el este y que no sabe mucho más al respecto. Algunos de los nuestros hablaron acerca de ir al este cuando llegara el Deshielo: querían conocer a esa gente que se supone pertenece a *nosotros*. Pero nadie ha hecho planes en concreto, salvo nosotras. Quizás aún tengan miedo.

Intercambio una mirada con Kane, que está en pie junto a su mamá en el otro extremo del recinto, pero no sé decir si su expresión es de emoción o de desconfianza.

Henderson ríe por lo bajo.

—¿Contarle? Claro —toma asiento y mira a su alrededor—. Pero esto lo supera todo, he de decirles —hace un ademán hacia su mochila abierta. Su contenido se desparrama en el suelo: rollos de pergamino y misteriosos estuches de piel—. Nunca pensé que tendría que incluir un asentamiento tan antiguo como este en mis mapas. Ustedes son una anomalía, ¿saben?

Nuestros rostros inexpresivos le responden.

—Es un milagro que sigan existiendo.

La hermana Ann se aclara la garganta. Es notorio que no le gusta sentirse en desventaja.

—Mucha de nuestra gente murió por... —Y se interrumpe. Todavía hay algunos en el asentamiento que se aferran con necedad a la idea del *malmaci*. Pero la mayoría cree en lo que nos dijo Matisa sobre la enfermedad, incluso si no lo comprenden. La mamá de Tom es una de ellos— una enfermedad cuando llegaron aquí, hace muchas generaciones.

—Vaya que así fue —Henderson sacude la cabeza—. Es de lo único que hablaban los viejos cuando yo era un niño. Hemorragia, le llamaban. Cualquiera que intentaba

establecerse en estos bosques moría de eso. Desanimó a los migrantes, sin duda. Pensábamos que todo mundo había muerto entonces —mira a su alrededor y chasquea la lengua—. Pero aquí están ustedes.

Hemorragia. Sí, esa es la palabra correcta. Las historias que nos habían contado acerca de gente convertida en ríos de sangre de un día para otro, hinchada, asfixiada con sus propias lenguas ennegrecidas.

Cuánta sangre: una maldición antigua, que usamos cuando las cosas van muy mal; un viejo dicho que nunca entendí del todo. ¿Es por eso que lo decimos? Busco la mirada de Tom pero él no voltea: está atento a cada palabra de Henderson.

—Perdimos a mucha gente —la hermana Ann se ve aliviada al comprobar que tenía razón—. Los que sobrevivieron fueron... afortunados.

Es lo más cercano que tenemos a una explicación. Cuando le pregunté a Matisa por qué algunos del grupo original habían sobrevivido a la enfermedad, me dijo que fue porque nos alejamos de ella y salimos del bosque. Por años pensamos que habían sido las virtudes (Honestidad, Valentía, Descubrimiento) las que nos habían mantenido a salvo, pero ahora que sabemos que el monstruo no era real, la mayoría entiende que fue simplemente suerte.

Henderson se encoge de hombros.

—Puede ser. Algo trabajó en favor de ustedes —los murmullos recorren la sala—. Pero ya se terminó.

—¿Nuestra suerte? —pregunta la hermana Ann.

—No —ríe Henderson—, la Hemorragia. Algunos viajeros ocasionales, lo suficientemente locos como para aventurarse a venir, han dicho que hay tribus de los primeros pueblos que viven allá afuera y que han sobrevivido bien.

Primeros pueblos. La gente de Matisa. Ellos se llaman a sí mismos *osanaskisiwak*, una palabra que parece describir cómo se unieron con otras tribus. Pero Henderson no podría saber nada al respecto. Recuerdo los sueños de Matisa, acerca del Dominio llevando la guerra a su gente, y me da gusto que ella esté escondida detrás del gentío y que los chicos estén ocultos en las sombras.

—Gente de los primeros pueblos encontraron nuestro asentamiento en el otoño —dice la hermana Ann—. Viajaron por meses para encontrarnos.

Henderson ladea la cabeza.

—¿De dónde vinieron?

La hermana Ann se ve desorientada de nuevo.

—De... del oeste —dice.

La gente empieza a inquietarse. Matisa no hace ningún intento de acercarse. Espero que la gente que está cerca de ella no la obligue. No quiero que este hombre le pregunte sobre su hogar.

—No parece usted muy segura.

—No es eso —protesta la hermana Ann, ruborizándose—. Nosotros... no hemos salido en muchos, muchos años.

Creo que se siente incómoda de parecer tonta ante este hombre.

Él la mira con los ojos entrecerrados.

—Eso se adivina con mirarlos. Sin ofender, por supuesto.

La hermana Ann se aclara la garganta, tratando de recuperar la compostura.

—¿Así que nadie del este, del Dominio, vive aquí afuera? —pregunta ella.

Henderson levanta una ceja.

—Pensé que ustedes podrían decirme algo al respecto. El año pasado algunos...

—Y se detiene a buscar la palabra— bandidos han empezado a avanzar hacia el oeste.

—¿Bandidos?

—En el mejor sentido de la palabra, rebeldes que quieren andar su propio camino.

En el peor, ladrones oportunistas.

Se escuchan algunas expresiones de sorpresa.

Henderson sonrío. Es claro que disfruta su audiencia.

—Verán, el este se está quedando sin recursos, así que el Dominio ha organizado grupos para extenderse al oeste de forma ordenada. La idea es que la gente registre sus planes y sus paraderos, pero no todo mundo quiere hacerlo. Así que algunos salieron por su cuenta —se inclina hacia adelante—. Es una tierra libre, sin ley. Algunas personas encuentran eso atractivo, ¿saben a lo que me refiero? —Entonces pasa su mirada sobre nosotros—. Hay gente cerca.

La multitud murmura de nuevo.

—¿Qué tan cerca? —pregunta la hermana Ann.

—Eso es lo que tengo que investigar, para eso me contrataron. El campamento del Dominio más cercano de aquí está por lo menos a dos semanas de camino, vadeando por el río. Es un pequeño campo militar donde viven solo unos doce hombres. Está al este del cruce, a una semana de aquí, en dirección al sur —se percata de nuestras miradas perdidas—. Miren —dice mientras estira un rollo de pergamino que extrajo de su mochila.

Se pone en pie y lo desenrolla con un ademán ostentoso. Nos observa, expectante, como si con eso hubiera contestado todas nuestras preguntas. Pero lo cierto es que no le encuentro ni pies ni cabeza, y por la expresión del resto, me doy cuenta de que los demás se encuentran en mi situación. El pergamino solo exhibe líneas y símbolos en su mitad derecha, pero la mitad izquierda —el oeste— está prácticamente en blanco.

Suspira y señala una línea garabateada al centro.

—Este es el río grande que pasa afuera de sus puertas. Se extiende kilómetros al norte y al sur, pero serpentea bastante. Tomaría mucho tiempo recorrer la distancia siguiendo su curso. Aquí están ustedes —y señala una X en la parte superior de la línea curva—, y una semana al sur —señala una línea horizontal sobre el río— está el cruce que encontré. El valle de este río se torna rocoso conforme avanza hacia el sur. El río ha desgastado el terreno hasta la roca, lo que forma un puente natural. Con el río crecido, como está ahora por el deshielo de primavera, este paso es el único punto

a la redonda por el que se puede cruzar con seguridad. Avancé por la orilla al sur por cosa de una semana, pero no encontré nada parecido a ese cruce —Henderson chasquea los dientes, complacido consigo mismo—. Ahora, supuestamente hay un nuevo asentamiento al oeste de ese cruce, porque lo registraron en el Dominio antes de salir, pero no estoy seguro de ello. Avanzar hacia allá fue imposible: esa tierra es realmente peligrosa en estos días.

—¿Peligrosa? —pregunta la hermana Ann.

—Vi la tierra convertirse en lodo ante mis ojos, por la intensa lluvia. Un hombre podría ahogarse allí. Fui tan al sur como pude, siguiendo el curso del río, antes de encontrar unos terrenos tan secos e inhóspitos que no hay modo de que la gente se establezca ahí —y señaló una masa de puntos en el fondo de su mapa—. Si la gente que no se registró está en algún lado, debe ser por acá arriba.

Por acá arriba. Matisa dijo que nos tomaría una semana a caballo llegar con su gente, en dirección al suroeste. ¿Estará esa gente de la que habla Henderson entre el hogar de Matisa y el mío?

Henderson enrolla el mapa y se dirige de nuevo a nosotros:

—Sin embargo, no es indispensable que vaya allá —dice—, a menos que ustedes quieran arriesgarse.

—¿A qué se refiere? —Frunce el ceño la hermana Ann.

—Sucede que estas personas no registradas buscan causar problemas al Dominio. Apoderarse de la tierra, entre otras cosas. El Dominio quiere saber dónde están. Y las tribus, también. El Dominio necesita saber contra quiénes se enfrenta.

—Y el Dominio... ¿lo envió a usted? —La voz de la hermana Ann está llena de duda.

Henderson se endereza en la silla.

—Enviarán a sus representantes en cuanto preparen el terreno —se sacude las mangas de la camisa—. Pero para eso necesitarán mis mapas. En estos momentos, soy sus ojos y oídos.

Tom y yo intercambiamos una mirada.

—Pero estos, estos... bandidos —interviene una mujer menuda, con aspecto de ratón—, ¿está usted diciendo que no es seguro allá afuera?

La reconozco. Es una de las antiguas seguidoras del hermano Jameson, el líder del Concejo que hablaba de las virtudes como un fanático, el que quería mantener nuestras fronteras selladas a costa de lo que fuera... el miembro del Concejo que le disparó a mi padre antes de que Kane, con su cuchillo de caza, pudiera desarmarlo. Ya no hay en el asentamiento nadie que haya adquirido tanto poder como Jameson. Su familia, incluido su hijo de mi edad, Charlie, fue desterrada. No pueden estar a menos de un día de viaje de nuestra planicie. Si se les encuentra más cerca, el castigo puede ser la muerte. Pero todavía hay gente que permite que el miedo sembrado por Jameson domine en sus pensamientos.

La gente empieza a susurrar. Poco a poco, el murmullo va creciendo. La náusea

comienza a invadirme. La gente está inquietándose, vuelve a tener miedo. Algo parecido a cuando pensábamos que el *malmaci* acechaba en el bosque. Cuando enviábamos gente a la Encrucijada por haber cometido actos de impiedad, porque pensábamos que sus acciones nos ponían en peligro. Deberíamos haberlo superado. La aparición de Matisa en son de paz, debería haber servido para calmar a todos. De pronto siento un destello de resentimiento hacia este tal Henderson. Venir así aquí, a decirnos que debemos temer otra vez.

Tom me aprieta la mano de nuevo, para tranquilizarme, y me doy cuenta de que algunas de las personas a nuestro alrededor están intrigadas, más que asustadas. Pero alcanzo a ver a Matisa y veo que su rostro está pálido y sus ojos revelan preocupación.

Henderson junta sus manos.

—No nos precipitemos —dice, de nuevo con esa calma que podría confundirse con estupidez—. Podrían ser solo rumores. Ustedes saben cómo se deforma el sentido de las palabras conforme se propagan.

Si él supiera por lo que hemos pasado, ¿pronunciaría esas palabras así, sin pensarlas? ¿Diría cosas horribles primero para luego pedir que no exageremos?

—¿Cuántos? —pregunto antes de darme cuenta.

—¿Perdón? —interpela, entrecerrando los ojos en mi dirección, para distinguirme entre la multitud. Me toma un momento darme cuenta de que me está pidiendo que repita mi pregunta.

Suelto la mano de Tom y me abro paso hacia adelante, hasta quedar fuera del semicírculo.

—Que cuánta gente hay ahí afuera —interrogo de nuevo.

Me mira con atención.

—Es difícil decirlo. Unas doscientas personas, tal vez.

—¿Unas doscientas están aquí? ¿O unas doscientas salieron de sus hogares en el este? —insisto.

—Ah, eres rápida —una sonrisa le cruza el rostro de lado a lado—. Les doy mi palabra de que están bien. Es decir, que no se están muriendo de una enfermedad como la última vez. Y eso significa al mismo tiempo una bendición y una maldición para el Dominio. Ahora saben que la gente puede establecerse acá sin peligro de enfermarse, eso es lo bueno. Lo malo, es que su ley, la del Dominio, no llegó aquí primero.

La multitud se alborota.

Me vuelvo para mirar a Matisa. Ella se aleja despacio, entre la gente.

—¿Cómo podemos saber que lo que usted dice es cierto? —grita un hombre.

La multitud guarda silencio.

Henderson se encoge de hombros.

—¿Por qué iba a mentir?

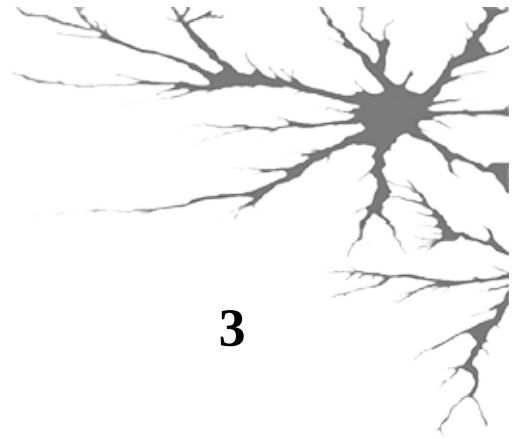
El hombre abre grandes los ojos.

—Usted habla como si no fuera parte del Dominio.

—No lo soy —y la sonrisa de Henderson vuelve a su rostro—. El gobierno, el Dominio, es para las ovejas. Yo soy un *emprendedor* —su sonrisa se ensancha—. Más oportunista que un rebelde, menos inmoral que un bandido.

Henderson ríe, pero como ninguno de nosotros sabe de qué está hablando, ríe solo. Pero no parece molestarle. Nos mira.

—Ahora, ¿dijeron algo de compartir la comida? No me caería mal un segundo desayuno.



3

—¡**M**atisa!
Empujo la puerta de la sala ceremonial para salir y la alcanzo por el costado de la armería. Isi y Nishwa están con ella.

Acerca su cabeza a la mía y dice muy quedo:

—Tenemos que irnos.

—¿Ahora?

—Tan pronto como hayamos terminado de empacar —entonces se dirige a su hermano, Nishwa—. ¿Puedes preparar los caballos?

Él asiente.

Ella le habla a Isi en su lengua, quien aprieta el hombro de Nishwa. Parece aliviado. Los dos muchachos van en direcciones opuestas. Desconcertada, miro a Matisa.

—Vamos por nuestras cosas —me hace un gesto para que la siga mientras avanza por el cuadrante este.

—Está bien —digo, pero siento que no participo realmente de la conversación y no estoy entendiendo por qué. Me apresuro tras ella—. Pero necesito decirle a Kane.

—Ya mandé a Isi por él —Matisa abre la puerta que da a nuestra cocina. Cruza ese espacio y comienza a buscar entre las provisiones que están apiladas sobre la mesa.

—Kane dijo que estaría listo en un instante —digo. Me siento desconcertada y trato de ocultar mi preocupación al pensar en Kane hablando con su madre.

—Bien —busca entre paquetes de harina de raíz y bayas secas. Parece agitada y eso me inquieta.

Tomo su alforja de la percha y la pongo sobre la mesa.

—Esto tiene que ver con lo que dijo Henderson, ¿verdad? —Me arriesgo a decir.

Ella asiente mientras llena de provisiones la alforja. Su mirada es ausente, como si estuviera concentrada en algo.

—Matisa —digo, y coloco mi mano sobre su brazo—, él disfrutaba su narración, pero probablemente no está tan seguro de lo que dijo.

—Ah, eso lo sé —dice—. Conoce muy poco.

Deja las provisiones y va hacia el dormitorio. La sigo a la habitación que era de

papá, donde ella comienza a meter ropa en un morral que sacó de debajo de la cama.

—Entonces, ¿qué... quiero decir, por qué estás tan agitada?

No se detiene.

—No es lo que sabe, es lo que trae con él.

—¿Y qué es?

Se detiene.

—¿Matisa?

Levanta la vista, mira el corredor y luego a mí. Está muy preocupada, se nota en sus ojos, que me recuerdan la corriente del río.

—Tengo que decirte algo —dice—. Es acerca de la enfermedad que mató a tu gente cuando llegó aquí.

—Dime.

—Te lo diré, pero solo para ti —me advierte.

Frunzo el ceño. Siempre nos ha hablado a todos: Tom, Kane, su hermano y su primo, y a mí.

—¿Em?

—Entendido, dime.

Se sienta en la orilla de mi colchón.

—Te dije que nos fuimos de esta área cuando llegó la enfermedad, y que nuestra gente soñó que habría más muerte y que sabíamos que eso significaba la llegada de gente nueva.

Asiento con la cabeza. Después de esos sueños el pueblo de Matisa se fue a las montañas, lejos de las praderas. Hicieron la paz con otros grupos de los primeros pueblos para así hacer un frente común en contra de la amenaza que venía: colonos. Nosotros.

—Lo que no te dije es que para la época en que dejamos esta zona, ya habíamos vivido largo tiempo con la enfermedad —entrelaza sus manos—. Por años nuestra gente y los animales murieron de modos que no podíamos explicar. No era como las enfermedades del este, de las que habíamos escuchado. No se contagiaba de una persona a otra, y aparecía y desaparecía sin causas aparentes —duda antes de seguir—. Finalmente nos percatamos que provenía de las pequeñas aguas.

—¿Las pequeñas aguas?

—Arroyos, ríos pequeños. Tu gente sobrevivió todos estos años porque se adentraron en el bosque, lejos de esas aguas.

Recuerdo los restos de esos primeros asentamientos que encontré el otoño pasado: las cabañas ruinosas en el bosque, cerca de lechos secos de arroyos. Nuestras historias nos dicen que los colonos que sobrevivieron se unieron y construyeron nuestra fortificación cerca del río grande para esconderse del *mal en el bosque* que había cobrado la vida de sus parientes. Mis ojos se agrandan cuando comprendo.

—Por años mis ancestros estudiaron esta enfermedad. Hervir el agua la hace segura, pero no lo podíamos hacer todo el tiempo, y era imposible saber dónde había

estado presente hasta que era demasiado tarde. Luego de muchos años de ver cómo algunos animales sobrevivían, descubrimos un remedio para mantenerla alejada. Es nuestro secreto mejor guardado.

Frunzo el ceño, tratando de entender lo que dice.

—Nuestra protección ante la enfermedad es nuestra carta más valiosa —me sostiene la mirada—. ¿Entiendes?

Hemorragia, le llamaban, dijo Henderson. *Cualquiera que intentaba establecerse en estos bosques moría de eso.*

—Esto significa que ustedes pudieron sobrevivir mientras que otros, la gente del este, no pudo.

Asiente.

—Esa es la razón por la que hemos vivido en paz tanto tiempo.

—Pero Henderson dice que ya no existe la enfermedad.

—Él no sabe lo que cree que sabe —replica Matisa—. Persiste, aunque va y viene, aparece sin advertencias. En cualquier caso, el remedio asegura nuestra protección.

—¿Y tu gente lo sabe?

Niega.

—Muy pocos. Solo un pequeño grupo de sanadores. El remedio se prepara con una mezcla de muchas hierbas secretas, pero solo una de ellas es efectiva contra la enfermedad. El conocimiento de cuál es esa planta lo tienen solo quienes pertenecen a ese grupo. Yo —duda de nuevo— soy parte de él.

La miro fijamente.

—¿Y mantienes oculto ese secreto de tu gente?

—Por favor, trata de entender, es muy delicado. Si ese conocimiento cayera en manos equivocadas...

—Manos de los colonos —corrijo.

—Sería un desastre para nosotros —continúa—. No todos podrían entender que mantener este secreto previene que se repitan los sucesos que acontecieron.

El este. *Sæur Manon* me contó las historias. Cuando los reinos del Viejo Mundo llegaron a la nueva tierra, los primeros pueblos, los que ya estaban aquí, les enseñaron a sobrevivir. Y luego, como pago por su generosidad, fueron encarcelados, sometidos a esclavitud, asesinados. La gente de Matisa tiene buenos motivos para preocuparse.

—Por años hemos enviado exploradores, en secreto, para recabar información del este. Hemos aprendido los idiomas del Dominio; hemos estudiado sus armas de guerra. Hemos hecho todo lo posible para saber a qué nos enfrentamos. Pero el remedio es la única ventaja real que poseemos —me busca el rostro.

Lo que dice tiene sentido, pero la inquietud me corroe. Tener un secreto así, ocultar la verdad de la gente por su propio bien, me parece familiar. Honestidad es una de nuestras virtudes, pero las mentiras mantuvieron nuestro asentamiento bajo el

terror durante mucho tiempo. El padre del hermano Stockham mintió para asegurar su posición como líder, y Stockham prolongó el secreto porque no confiaba en que la gente pudiera tomar buenas decisiones por sí misma. Tal como no confié en mi papá cuando encontré en el bosque el diario que revelaba la verdad. Si lo hubiera hecho, quizás él no estaría...

Entierro ese pensamiento dentro de mí.

—Cuando el Dominio venga, podremos ofrecer protección ante la enfermedad, podremos curarlos, a cambio de paz y libertad. Ese ha sido siempre nuestro plan.

—Pero ellos ya están llegando —digo.

Asiente. Su rostro está lleno de ansiedad.

—Henderson es el primero de muchos. Creo que él es la señal del principio de...

Se interrumpe, pero sé qué es lo que calla: es el principio de la *guerra*. Matisa cree que Henderson trae consigo la guerra con la que ha estado soñando.

Me miro las manos, intento pensar. Sé que la mejor opción para Matisa y su gente es encontrar una forma de lidiar, en sus propios términos, con los recién llegados. Y mientras más gente sea partícipe de un secreto, habrá mayor posibilidad de que salga a la luz. Esto es diferente de los secretos que guardaba Stockham. Esto es necesario.

—Los más veloces y fuertes se irán pronto a la caza de los grandes rebaños. Eso nos deja vulnerables. Quiero llevar la noticia para que aguarden y podamos defendernos.

—¿Cuándo se irán? —pregunto.

—En cuanto pase la temporada de lluvia.

Intento calcular cuánto tiempo tenemos. Las raíces balsámicas que he estado recogiendo apenas muestran pequeños brotes, y florecen solo cuando ha pasado la lluvia. Y otras plantas que suelo recoger en verano no han empezado a crecer. El Deshielo, las lluvias, terminarán en un par de semanas, quizás un poco más.

—¿Dices que nos tomará una semana llegar a tu hogar?

—Así lo creo.

Esto me hace sentir mejor. Aún así dudo:

—Cuando encontraste el asentamiento, habías estado buscándonos todo el verano...

—No sabíamos dónde buscar exactamente —dice—. El viaje a casa será mucho más directo.

Directo. A través de esos asentamientos al oeste y al sur de los que Henderson hablaba.

—Henderson dijo que los recién llegados están bien. ¿Cómo es posible?

Extiende las manos.

—No sé. Sospecho que no se han encontrado todavía con la enfermedad. Quizás han tenido suerte.

—Como la tuvimos nosotros —murmuro, pero mis pensamientos se disparan. Si la gente de Matisa no puede estar segura de cuáles son las aguas en las que se alberga

la Hemorragia, ¿pueden estar seguros de que todavía existe? O, peor, supongamos que la suerte nos abandona y la enfermedad llega finalmente a este río. La familia de Kane. La de Tom. No puedo partir sabiendo que ellos están condenados. Conociendo lo cerca que podrían estar del desastre.

Matisa se da cuenta de mi preocupación. Coloca su mano en mi brazo.

—No es solo por suerte que tu gente ha sobrevivido —dice.

Frunzo el ceño, confundida.

Duda antes de continuar.

—Si te digo cómo lo sé, debes prometerme que nunca olvidarás lo valiosa que es esta información. No es para que la sepa todo mundo. Solo tú.

—¿Ni Kane?

—Es mejor que él no sepa. Ignorar significa no poder decir.

—Pero Kane nunca haría...

—Tienes que creerme cuando te digo que es más seguro así.

Hay una mueca de dolor en su rostro. Me doy cuenta de cuánto le cuesta compartir esto conmigo.

¿Qué haría su gente si supiera que me está revelando este secreto? ¿Es justo que le pida que rompa su juramento dos veces? Inhalo profundamente.

—Si es más seguro para él, no se lo diré.

De improviso, una imagen del hermano Stockham flota ante mis ojos. *Me has quitado la carga*, murmura antes de ponerse la pistola en la boca...

—Este asentamiento ha tenido siempre el remedio —dice.

Doy un paso atrás, sorprendida.

—Hace mucho tiempo, nos dimos cuenta de que los animales que consumían cierta planta no enfermaban. Entonces empezamos a comerla también nosotros. Es una planta que crece cerca de aquí. Y, por lo que pude ver durante el invierno, ustedes la usan casi diariamente.

Mis ojos se abren.

—Altísimo... —murmuro.

Tantos años vivimos atemorizados por una bestia imaginaria cuando siempre estuvimos protegidos de un peligro real. Por una planta.

Inclino la cabeza e intento pensar qué planta puede ser. Una que usamos con frecuencia. Incluso puede ser una de las que yo recolectaba para *sœur* Manon... A mi mente acude el olor de la Casa de Sanación, siempre cargado de humo de salvia.

Miro a Matisa. Está seria.

—Tu gente está a salvo aquí —dice.

Es mejor no saber.

—Está bien —digo, pero la ansiedad no desaparece.

—Tomaremos el remedio durante el viaje —continúa—. Si... —De nuevo duda —todavía deseas venir.

—Por supuesto que iré —respondo, y entonces recuerdo mi sueño de esta

mañana: ella muere en la llanura del asentamiento y yo la entierro; un escalofrío recorre mi corazón. Es la primera vez que tengo un sueño de muerte. El resto de mis sueños, los que muestran vida, ocurren en el hogar de Matisa.

Quizás este sueño de muerte estaba urgiéndome a abandonar este lugar; quizás estaba mostrándome lo que puede pasarle a Matisa si nos quedamos.

¿Debería contárselo?

Miro su rostro preocupado, sus manos nerviosas jalan las cuerdas de su morral para cerrarlo.

No. Le diré después. No tiene ningún propósito agregar más preocupaciones. Y me aseguraré de que llegue a salvo con su gente.

Al lugar que ofrece vida.

Ella levanta el morral de la cama y mira mi pierna mala.

—Asegúrate de empacar tu tintura.

Un golpeteo en la puerta nos hace levantar la cabeza.

Nos apresuramos al área común. Kane está en la puerta. Su mamá, la hermana Violet, se encuentra detrás de él. Y a sus espaldas, *frère* André nos mira con ojos acuosos.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Kane se rasca la nuca. Las palabras que salen de su boca son las últimas que hubiera esperado escuchar:

—Quieren venir —dice.

De pie, afuera de las puertas, espero por él, siento temor en el fondo de mi corazón. Esto no está bien, no es justo.

El resto del grupo aguarda más allá de la planicie a que me despida. Me dan espacio para hacerlo.

Su cabeza rubia como el trigo aparece por la muralla de la fortificación. Él me mira con timidez mientras se acerca con algo en las manos. ¿Un arco? Ha estado practicando su puntería por meses de varias formas: con arco y flechas, con el rifle de André; lo hacía porque él pensaba que vendría conmigo. Quería ser capaz de ayudar a cazar y de protegernos.

Un dolor oprime mi pecho.

Mientras se acerca, puedo ver que es el arco de un niño, hecho de sauce y cuerda de tripa.

Tom agacha la cabeza.

—Dale esto a Nico —me extiende el arco. Se encoge de hombros—. Se ve nervioso, quizás esto lo haga sonreír.

Miro el arco y trago saliva con fuerza.

—Seguro que sí.

Pone sus manos en su *ceinture fléchée* como si no supiera qué hacer con ellas y señala con un gesto la mochila en mi espalda.

—Finalmente, ¿eh? —dice—. Has deseado esto toda tu vida, al menos desde que

éramos niños.

Fuerzo una sonrisa.

—Supongo que sí —mi voz es gruesa—. Incluso antes de saberlo.

Nos miramos uno al otro. Él trata de mostrarse valiente por mí, lo sé, pero hay un destello de pena en esos ojos color cielo de la pradera.

Pena y deseo.

—Esto probará la virtud de Descubrimiento de un modo verdadero, el correcto —dice.

Mi sonrisa se torna sincera. Es verdad. Antes de que encontrara a Matisa, la virtud de Descubrimiento estaba confinada a las murallas de la fortificación, a facilitarnos las cosas, pero sin arriesgarnos en el bosque. Demostré esa virtud de una manera novedosa al traer a Matisa y mostrar a la gente que el *malmaci* no existía. Tom demostró su virtud de Valentía de un modo nuevo también: a pesar de su temor, desafió al Concejo al hacer que André abriera las puertas para que Matisa y yo entráramos.

Tom ya no se ve atemorizado.

Y pienso en él, sentado junto a su padre enfermo, dándole a cucharadas el té que le hice, enjaulado en este asentamiento cuando debería estar con nosotros...

Mi estómago se encoge.

—Deberías venir —digo, antes de poder contenerme—. Tu lugar es con nosotros. Tú...

—Em —me interrumpe—, nos veremos de nuevo pronto.

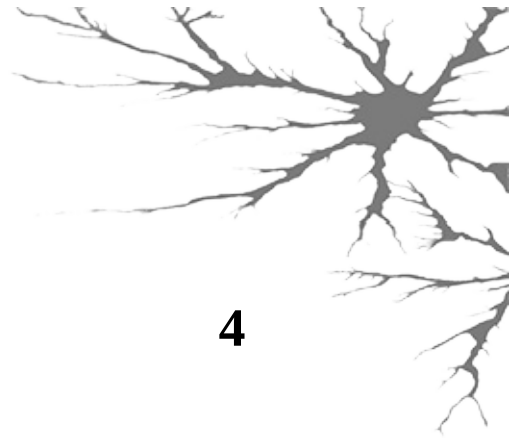
Su expresión me dice que ha tomado su decisión. Asiento velozmente y, para que no vea en mis ojos la duda, la tristeza, entierro mi rostro en su pecho.

Sus brazos me rodean y me abrazo a él, haciendo el esfuerzo de no dejar brotar las lágrimas. Mi llanto no le haría ningún bien.

Acaricia mi cabello con una mano amable, llena de cicatrices. Pido al Altísimo que Tom no tenga que volver a quemarse a propósito nunca más. Le pido que lo guarde con bien aquí, sin mí.

Tom se aparta y esta vez sus ojos revelan determinación. Fuerza.

—Ve.



4

Suaves vientos tiran de mí, llevándome al oscuro abrazo del bosque. Las hojas de los árboles son brillantes, de ese color verde rompecorazones que solo viene con el deshielo. Me detengo e inhalo. Es como agua dulce que llena mi boca y mi pecho. Como respirar en libertad. Vida.

Así es como lo imaginé.

Un aliento cálido sopla en mi cuello.

Bueno, cerca.

Me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con el caballo de Isi, con sus suaves fosas nasales moteadas de humedad. Sobre la mancha blanca en la frente del caballo, Isi me mira con el ceño fruncido. Levanto las cejas. En respuesta, él señala con la mirada a los otros: la hermana Violet con sus pequeños, Daniel y Nico. *Frère* André con su sombrero maltrecho y su barba hirsuta. Kane.

Todos ellos caminan en el bosque con expresión de asombro. Todos ellos caminan...

—Demasiado despacio —susurra el muchacho.

—Todavía no se acostumbran a estar aquí —le digo. Aunque hemos caminado por horas a este paso yo tampoco he logrado acostumbrarme. Nishwa se adelanta en su caballo para explorar, luego regresa, luego vuelve a explorar. Matisa va a la retaguardia; de tanto en tanto, se aleja en su propio caballo a explorar.

—No hay tiempo para *acostumbrarse* —Isi los mira con enojo.

—¿Y cómo se te ocurre que podamos apresurarlos?

—Ojalá supiera. Ni siquiera saben montar.

—Desearías que no hubieran venido.

—¿Tú no? —pregunta con la vista fija en mí.

—Me alegra que hayan venido —digo.

Isi me examina severamente, como si me pidiera certeza de mis palabras, de mis ideas. Odio que me mire así. Me recuerda con cuánta frecuencia falté a mi virtud de Honestidad. No debería molestarme. Desde que demostré mi Descubrimiento, veo las virtudes bajo una nueva luz. No están grabadas en piedra. Aun así, me siento aliviada cuando él chasquea la lengua y dirige a su caballo de vuelta adonde se encuentran la hermana Violet y los niños. Suspiro.

Quizá *alegra* no sea la expresión correcta. La hermana Violet está más decidida a mantener unida su familia de lo que yo hubiera pensado. Y sé por qué Isi está tan enojado. Cuando el plan era que fuéramos seis personas (Matisa, ellos dos, Tom, Kane y yo), calculábamos una semana de viaje, turnándonos en los caballos. Ahora con tantos de nosotros a pie, serán casi dos. Pero con la llegada de Kane, tan lleno de esperanza...

Una ola de culpa me inunda cuando recuerdo el rostro de Matisa. Estaba indecisa: llevarlos no era parte del plan, pero ella podía darse cuenta de que Kane no podía negarse a su mamá.

Isi estaba disgustado, pero ella lo convenció de que todo estaría bien.

Y *frère André*. Bueno, ya que la hermana Violet venía con los niños, ¿qué importaba uno más?

—*Je suis âgé* —dijo él—. *Je n'aurai pas d'autre de voir le monde*.

Era verdad, ya es viejo y se trataba de su única oportunidad de ver el mundo. Siento tristeza al recordarlo despidiéndose de su hija, frágil como pajarito, y de su yerno y sus nietos. Ella se colgó de él un momento con sus delgados brazos, pero cuando lo soltó, le ofreció una sonrisa.

—*Allez-y voir le monde, papa* —dijo. Ve a ver el mundo.

Lo miro caminar con seguridad, con su mochila a la espalda y los dos rifles amarrados en cruz a la mochila. Ya teníamos un rifle y Kane tiene excelente puntería, pero no ha practicado mucho con armas de fuego, prefiere los cuchillos. Es bueno que André haya venido.

Pero tendría que ser Tom.

Miro cómo Nico deja atrás a su mamá y toma la mano de Kane. Este le sonríe y mi angustia desaparece. Por lo menos él no tuvo que despedirse de nadie como yo lo hice de Tom. Sin embargo, ver el alivio en su rostro cuando Matisa convenció a Isi me hizo sentirme feliz e inquieta a la vez. Y ocultar la verdad sobre la Hemorragia me pesa.

Si le cuento a Kane sobre la enfermedad y cómo es que estamos a salvo de ella, significa pedirle que no se lo diga a su mamá. No puedo hacer eso. Y si él se lo dice, no sería por una sola persona que Matisa habría roto su juramento, sino por tres. No. Matisa nos mantendrá a salvo hasta que lleguemos con su gente.

Ahuyento la inquietud.

Isi se inclina y levanta a un fascinado Daniel. Lo pone delante de él en el lomo gris moteado del caballo. Isi hace que el caballo dé media vuelta.

—¡Mira, Em! —grita Daniel, feliz, cuando pasan trotando a mi lado. Está tan emocionado que no cabe en sí de gusto. Su hermano mayor, Nico, es otra historia, más desconfiado, aunque justo ahora sus ojos también muestran asombro.

Camino tras ellos mientras *les trembles*, los altos álamos, susurran sobre nosotros. Avanzo entre los matorrales, pisando el mullido musgo nuevo, en forma de pequeños brotes verdes de cola de caballo. Cuando trepo en un tronco lleno de musgo, mi pie

bueno aterriza en algo duro, como piedra. Escucho un crujido mientras mi pie lo tritura. Los helechos que hago a un lado para ver la fuente del sonido son suaves como plumas. Pero mis dedos tocan algo frío y sólido.

Huesos.

Retrocedo. Parecen de ciervo, limpios desde hace mucho, blanqueados por el viento y la nieve. Los rodeo con cuidado, preguntándome cómo murió. ¿De viejo o en las garras de un depredador? O quizás el invierno mismo lo mató.

Pienso súbitamente en la familia Jameson, que transitó por aquí hace meses, sin más armas que un arco, cargando sobre sus espaldas sus pocas pertenencias en costales, justo después de que los primeros vientos helados pasaron entre los barrancos y alrededor de la fortificación.

No hay modo de que hayan sobrevivido.

Trago saliva. Fue decisión del asentamiento desterrarlos. El hermano Jameson mató a mi papá. Me habría asesinado a mí (y a Kane, y a cualquier otra persona que se hubiera interpuesto en su camino) si Kane no lo hubiera derribado con su cuchillo. Nadie del asentamiento habría confiado en su familia después de eso. Y tampoco medité en ello cuando partieron.

Pero sé qué se siente ser un proscrito; en su momento, tuve que soportar una buena cantidad de miradas desconfiadas. ¿Imaginas que ese sentimiento fuera el que te llevaras contigo a la tumba?

—¿Qué pasa? —Matisa de pronto está a mi lado, silenciosa como la escarcha.

Me sobresalto y miro alrededor, confundida de que esté aquí conmigo, apeada del caballo.

Señala con la barbilla hacia atrás.

—Le presté un rato el caballo a la hermana Violet. Nishwa puede explorar la retaguardia.

Miro hacia atrás. *Frère André* está guiando a Pecas, que lleva encima a la hermana Violet y a Nico. Kane camina junto a ellos.

La culpa me inunda de nuevo.

—Lo siento —digo. Ella frunce el ceño, confundida—. Sobre lo de esta mañana... No tenía idea de que querían venir. Lamento haberte puesto en esta situación.

Hace un ademán de que no tiene importancia.

—Sentí que no debía negarme.

—Pero ahora nos tomará el doble de tiempo llegar a tu hogar.

—Tenemos tiempo.

Parece que lo dice en serio. Levanto las cejas.

—Si veo que perdemos mucho tiempo —dice—, puedo mandar a Isi y Nishwa por delante.

La miro con atención. Apenas llevamos medio día fuera del asentamiento y ella ya se ve más feliz, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—¿Estás segura de que está bien? —le pregunto—. Hoy en la mañana...

Sus mejillas se ruborizan un poco.

—Hoy en la mañana estaba un poco frenética —admite—. Las noticias que traje el tipo de los mapas me inquietaron. Y lo de Kane fue otra sorpresa más. Pero ya estamos en camino. Y alcanzaremos a mi gente a tiempo.

Dejo atrás los huesos y continuamos caminando.

—Isi no parece creerlo.

—¿Es eso lo que te preocupa? —pregunta, caminando a mi paso—. Está impaciente por llegar a casa.

—Es el hecho de que estemos aquí. Cuando intentaste enseñarme a cabalgar no lo tomé muy bien, ¿recuerdas?

Mientras esperábamos a *sœur* Manon, Matisa pasó varios días tratando de hacer que Kane y yo nos sintiéramos cómodos sobre su caballo. Isi nos miraba montar en círculos en el prado de las ovejas, su rostro lucía como una nube de tormenta.

Ella suspira.

—Ya sé —y una sonrisa traviesa se dibuja en su rostro—. Pero tal vez fue porque te tomé tiempo aprender.

—¡No es cierto! —protesto. Aunque tiene razón: no monto muy bien.

—Tu chico, en cambio, es otra historia —dice Matisa en un tono elogioso. Es verdad, Kane aprendió a montar a caballo como si tuviera almacenado el conocimiento en sus huesos y finalmente lo hubiera recordado.

Estiro el cuello para mirarlo. Sus ojos oscuros, su cabeza recién rasurada, la camisa abierta. Parece cómodo aquí afuera. Como si toda su vida hubiera estado destinado a estar fuera de la fortificación. Me descubre observándolo y me sostiene la mirada. Pone la mano en el corazón, fingiendo que está ajustando la mochila de cuero a su espalda. Es un gesto secreto. Significa: *Tú estás aquí*.

Me flaquean las piernas. Siento la mirada de su mamá y vuelvo la vista al frente.

—Ah —dice Matisa, como si le hubiera explicado todo.

—Ah, nada —trato de mantener el rostro inexpresivo. Retomo el paso.

—Ah, *todo*. Ustedes dos son como ratoncitos de campo bajo la mirada de un halcón.

—Si es eso —respondo, sin mirarla a los ojos—, necesitamos encontrar una madriguera.

—¿Sabrán ustedes dos, ratoncitos, qué hacer después?

—Tengo algunas ideas —murmuro.

La risa de Matisa resuena con claridad entre los árboles.

Las llamas crepitan brillantes y anaranjadas, proyectando largas sombras en los árboles a nuestras espaldas. Los hermanitos de Kane están sentados con su mamá. La cabeza de Daniel reposa sobre el hombro de la hermana Violet y Nico se frota los ojos, luchando contra el sueño.

Del otro lado de la hoguera, Kane está sentado junto a André, quien, creo, está

ocupado describiendo los nuevos trinos de ave que escuchó hoy. Kane lo acompaña a medias, sus ojos constantemente vuelven a detenerse en mi rostro. No puedo borrar la sonrisa que asoma a mis labios.

Su mamá voltea a verme, así que me ocupo en alimentar el fuego con otra rama, a pesar de que no es necesario.

Nuestros estómagos están llenos de estofado de venado y del té que Matisa preparó, la medicina, y estamos bien envueltos, preparados contra la fría noche. Nuestras tiendas y bolsas de dormir están entre los árboles, esperando por nuestros cuerpos cansados.

A mi lado, Nishwa ladea la cabeza, examinando las copas de los árboles, el cielo.

—¿Qué buscas? —le pregunto.

—El cielo se despejará pronto.

Frunzo el ceño. Estoy a punto de preguntarle cómo podría saber eso cuando un sonido se levanta más allá de los árboles. Es estridente. Punzante. Como el grito de un niño perdido y aterrorizado. Los vellos de mi nuca se erizan.

La charla alrededor del fuego se detiene abruptamente.

—*Sacrament* —exclama *frère* André.

Kane se levanta en un segundo, su mano vuela a su cuchillo.

Matisa levanta una mano.

—Por favor, siéntate —dice calmada.

Miro a Isi y Nishwa, que no han movido un músculo, a pesar del grito fantasmal.

—*Mescacâkan* —nuestras caras deben estar cómicamente pálidas, porque ella sonríe—, como un lobo, pero más pequeño.

Un animal, uno que no habita cerca del asentamiento.

—¿Es peligroso? —pregunta la hermana Violet.

—No —sonríe Matisa—. Pero su canción es extraña a los oídos nuevos.

Escuchamos, y más voces se unen. Agudas y estridentes, parecen venir de todas direcciones. Y, como dice Matisa, conforme los gritos se mezclan y entrelazan, se convierten en una especie de canto. Lleno de pena, hermoso. Puedo sentir que mi semblante hace juego con los de los demás mientras nos miramos unos a otros con los ojos muy abiertos. Daniel está arrobado. Nico tiene el ceño fruncido, pero una pequeña sonrisa se dibuja en su rostro.

Estamos sentados, quietos como el hielo, escuchando.

—Las estrellas —Nishwa apunta con la cabeza hacia el cielo.

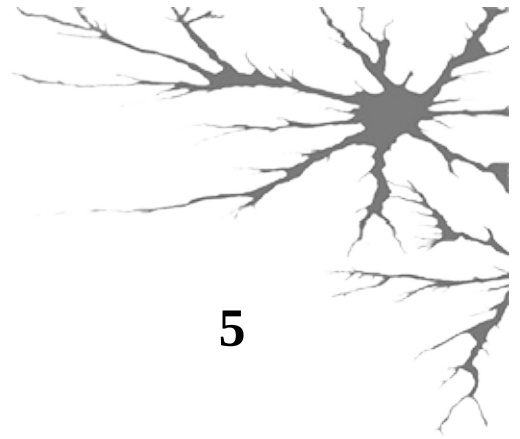
Miro hacia arriba y me quedo sin aliento.

Aquí afuera, lejos del brillo de las antorchas del patio de la fortificación, más estrellas de las que hubiera creído posible cruzan el cielo oscuro sobre nosotros. Tantas, tantísimas. Se separan bailando y vuelven a juntarse. Grandes manchas blancas, salpicaduras de hielo sobre una madera oscura. Brillan, cintilan. Como si estuvieran vivas.

Sæur Manon decía que el cielo nocturno era como si el Altísimo hubiera

espolvoreado trocitos de plata sobre un paño oscuro. Aquí sentada, recuerdo sus manos nudosas acariciando mi frente, y siento que está conmigo, alcanzándome desde su lugar de descanso.

Y siento la bondad de estos bosques hundirse en mi piel. Mi piel, bañada con la luz estelar que brilla y pulsa y hace eco del canto de los *mescacâkan*.



5

Conforme avanzamos por el bosque besado de rocío, el canto salvaje de anoche emociona mi mente y mi corazón. Sorprendo a Kane mirándome. Los arbustos tocan nuestras piernas y manos con sus dedos húmedos, dibujan suaves patrones húmedos en nuestras calzas y en nuestra piel. Los árboles se yerguen enormes y sus hojas se mueven perezosas con la brisa matutina. Conforme avanzamos, la belleza del bosque me marea, como si hubiera bebido demasiadas copas de vino de bayas. Y ver a Kane ahí, belleza en la belleza...

—¿Dónde estás? —La voz de Matisa me saca de mi ensueño. Volteo a verla. Está a mi lado, guiando su caballo, enarca una ceja.

—Aquí —me sonrojo, apenada de haber sido descubierta—. Solo... distraída. Por... los árboles.

—Ah, sí, los árboles —lanza una mirada a nuestra derecha, por donde camina Kane—. Lanzan un hechizo —y tuerce la boca—. En algunos.

Me aclaro la garganta y miro a mi alrededor.

A nuestra izquierda, Nico monta el caballo de Isi y Daniel el de Nishwa. El primo y el hermano de Matisa guían a los animales, intercambiando miradas entre irritadas y divertidas. Los niños discuten acerca de qué caballo es más listo.

Violet y André van rezagados, distraídos por examinar los altos árboles y las extrañas plantas que se encuentran en el bosque.

—¿Estamos perdiendo mucho tiempo? —le pregunto a Matisa, en parte por cambiar de tema.

—Vamos más despacio de lo que consideré —admite—. Pero la temporada de lluvia todavía está en el aire de la noche.

Espero que tenga razón. Matisa tomó esta decisión, así que no tuve que pedirle a Kane que abandonara a su familia. No quiero que signifique que ella sacrificó algo más que paciencia, sino el tiempo que podemos perder sin que nos ponga en riesgo.

Se da cuenta de mi preocupación.

—Ya te lo dije: Isi y Nishwa pueden adelantarse a galope.

—Dejarte atrás no le va a gustar a Isi —digo.

—Lidiaremos con las cosas como vayan presentándose —me tranquiliza—. Por ahora, vamos a casa, y tú vienes conmigo; hoy es un día hermoso.

Matisa observa el cielo azul que se extiende sobre las copas de los árboles.

Sigo su mirada con la mía, inhalo profundamente el aire fresco y siento una corriente de fiero amor por esta chica. Esta chica que siguió su corazón por encontrarme y nos trajo la libertad que siempre anhelé. Esta chica que sabe mucho más que yo, pero nunca me hace sentir tonta.

Realmente es un hermoso día.

Me arriesgo a mirar de nuevo a Kane, que ahora camina con los chicos.

Anoche, mientras yacía en la tienda improvisada al lado de Matisa, pude sentir que él estaba acostado, despierto como yo, más allá de la hoguera, en su tienda. Pude sentir su aliento, suave en el aire nocturno, que flotaba hacia mí, caliente en mi piel que ardía con el recuerdo de aquel día en la ribera del río.

Iré contigo adondequiera.

Cuando dijo estas palabras, su voz sonó ronca, sincera. Ahora, siento palpitar mi corazón.

Y mirarlo mientras camina despreocupadamente, verlo echar la cabeza atrás y reír por algo que Nishwa dijo, simplemente verlo hacer cualquier cosa... es insoportable.

Matisa me mira y examina mi rostro, luego ve hacia donde Kane camina. Sacude la cabeza.

—Todavía no encuentran su madriguera.

Me sonrojo y suspiro hondamente. No soy tonta. Sé que interponerme en el camino de una familia sería un desastre. Pero vivir más momentos como el del cobertizo no estaría mal.

Matisa sonrío con empatía.

—Hay un lugar, allá en casa, donde nosotros vamos para escondernos de —sus ojos brillan— miradas desaprobatorias. Es un lugar secreto, más allá del primer abeto, en una grieta en la montaña. Agua caliente brota de la roca y cae en lagunas profundas.

—¿Sale agua caliente de la roca? —pregunto.

Asiente.

—¿Y quién es *nosotros*?

Ríe.

—No me refiero a alguien especial. Sino a *nosotros* —hace un gesto entre ella y yo—. Mis amigos. Vamos para estar solos.

Durante el invierno, Matisa me contó muchas cosas acerca de su hogar. Describió los valles repletos de animales que viven allí, los vientos cálidos, un lago centelleante, arboledas. Alrededor de todo eso, enormes paredes de roca, cubiertas de nieve, salpicadas de pinos. Siento que algunas de esas cosas ya las conozco porque las he visto en mis sueños. Otras, solo puedo imaginármelas.

—Me gustaría ver todo eso.

—Lo verás —me sonrío.

Le devuelvo la sonrisa. Estar cerca de ella me hace sentir la vida que siempre

estuvo destinada para mí. Segura y audaz al mismo tiempo, como si yo pudiera aprender todo lo que ella sabe. Como si yo pudiera *decidir*.

—¡Em! —me llama Nico desde el caballo de Isi—, ¡mira! —Tiene algo entre sus manos, una hoja o algo así, y cuando él truena los dedos, la hojita brinca, haciendo remolinos en una brisa inexistente. El objeto gira y da vueltas hacia mí: es una vaina de fresno. Nico sonrío—. ¡Isi nos enseñó! —Es la primera sonrisa que le veo desde que dejamos el asentamiento.

Daniel intenta hacer lo mismo pero no puede tronar los dedos, así que la vaina de fresno cae débilmente de su mano. Frunce el ceño y arranca otra vaina de una rama a su alcance.

Mis ojos se detienen en Isi. A diferencia de la sabiduría relajada de Matisa, Isi lleva consigo un conocimiento que me inquieta. Quizás es un poco altivo y está lleno de orgullo, algo que nunca he sentido y que no entiendo del todo.

Sin embargo, sé que debajo de esa superficie pétrea hay un interior suave. Lo he visto cuando habla con los hermanos de Kane, cuando los ayuda a hacer algo que ellos no pueden solos. Lo vi durante el invierno con Edith, la pequeña hermana de Tom. Isi se sentaba en el cuarto común e hilaba historias fabulosas. Matisa me ha contado que él también se porta así con los niños de su pueblo.

—La próxima vez enséñales algo útil —dice Matisa.

Isi hace un gesto desdeñoso con la mano pero el esbozo de una sonrisa asoma a sus labios. Nico echa a girar una vaina tras otra. Daniel falla de nuevo, pero su expresión solo se vuelve más decidida.

—Hizo que dejaran de discutir —señalo.

—Lo estoy molestando porque él me está molestando —responde Matisa—. He estado soñando con Isi y una vaina de semillas de árbol. En mi sueño, él sigue la vaina en medio de un ventarrón, a pesar de que los lugares a los que se dirige son muy peligrosos. Ya se lo conté.

—¿Y ahora él juega con vainas para demostrarte que no les teme?

—Probablemente —tiene una sonrisa suave en el rostro.

Solo le he visto esa sonrisa cuando mira a Isi.

Conforme subimos una colina, Kane ve por el catalejo:

—Isi dice que hay gente allá adelante —explica.

Isi palmea a su caballo en el cuello. Las orejas del animal se enderezan y este relincha con el pescuezo estirado en la dirección hacia la que Kane mira.

—No se ve gran cosa, como un campamento en ruinas. Pero se percibe humo, señal de que hay gente —agrega Kane.

Intercambiamos una mirada.

—Todo se ve desgastado por la intemperie, han estado ahí algún tiempo —añade Isi.

Algún tiempo. Una familiar punzada de curiosidad se clava en mi pecho. Se siente como cuando fui a explorar el bosque más allá de la planicie de nuestro asentamiento,

y finalmente llegué a esos árboles y no tuve más opción que seguir adelante.

—¿Primeros pueblos? —pregunta la hermana Violet.

Isi se encoge de hombros.

—¿Crees que sea seguro acercarnos? —le pregunto a Matisa.

—Podríamos rodear por las faldas de la colina, al sur —dice—, pero perderíamos muchas horas.

Miramos alrededor. El bosque está salpicado de hondonadas. Por un largo rato hemos ido hacia el oeste, caminando al borde de un desfiladero que se extiende al sur. La ruta más directa es cruzar justo el campamento, que está rodeado por una zanja.

—Yo iré —dice Isi.

—No solo —responde Kane.

—Iré con él —dice Matisa mirando a Nishwa.

—¿Y si no pertenecen a los primeros pueblos? —pregunto.

Nos revolvemos, inquietos, mirándonos. Puedo ver lo que pesa en la mente de todos: ¿y si se trata de los recién llegados, de esos bandidos de los que habló Henderson? La idea hace que se me erice la piel, pero en mis entrañas hay algo más: emoción.

—Es mejor ir en grupo —dice Kane.

—*Oui* —secunda André—. Vamos juntos, *mais les femmes restent ici avec les enfants*. Y un hombre debe quedarse con ellos.

¿Que las mujeres y los niños esperemos? Matisa lo desapueba. No está enojada, es solo que no tiene la intención de quedarse atrás.

—Yo voy con mi familia —dice.

—Yo también —digo, sintiéndome valiente.

—Em puede montar mi caballo en caso de que tengamos que regresar de prisa —propone Matisa.

Miro mi pie. No me duele mientras beba la tintura, pero no soy tan rápida como los demás. Miro a André con expectación.

—*Bien* —suspira.

—Me quedaré con los niños —dice la hermana Violet—. ¿Kane?

Él se ve dividido. André saca uno de los rifles de la correa a su espalda y se lo entrega.

—*Reste-ici* —le dice. *Quédate*. Retira la otra pistola y la asegura a una correa de su *ceinture*, cerca de su mano derecha—. Te avisaremos cuando sea seguro.

Nos dirigimos colina abajo hacia el campamento. Siento un aleteo en mi pecho. Ver a alguien que habite fuera del asentamiento se siente como el día que encontré a la orilla del río un gorrión con el ala rota. Lo pude acunar en la mano y pude mirarlo de cerca, cuando solo me era dado verlos de lejos, volando sobre el río.

Llegamos al fondo de la colina. Las viviendas se ven aún maltrechas a esta distancia. Apenas son chozas armadas de prisa: troncos y ramas y trozos de piel de bisonte unidos como una capa remendada. Hay un fuego crepitando al centro, pero

nadie que lo atienda. Supongo que en esta hondonada el campamento está bien protegido, aunque no están precisamente escondidos.

Por supuesto, podría ser que no necesiten esconderse. Mi corazón se acelera mientras avanzamos. Estamos muy cerca. Isi extiende una mano para indicarnos que nos detengamos. Se vuelve hacia nosotros para decir algo. Un niño aparece por detrás de una de las chozas.

Se detiene en seco, su rostro demacrado se convierte en una máscara de temor. Uno de sus ojos está cubierto por una capa gruesa, amarilla. Su pelo está apelmazado y la larga camisa de bisonte que viste está sucia y cuelga de su delgado cuerpo como la corteza vieja de un abedul.

Todos lo miramos por un momento, sorprendidos de verlo aparecer así y por su aspecto. Huye. Cada uno de nosotros tiene el buen sentido de cerrar la boca mientras desaparece por una puerta batiente en la cabaña más cercana.

Un estremecimiento recorre mi columna.

Rubio. Pálido. Este niño no es de los primeros pueblos. Me resulta familiar. Él es...

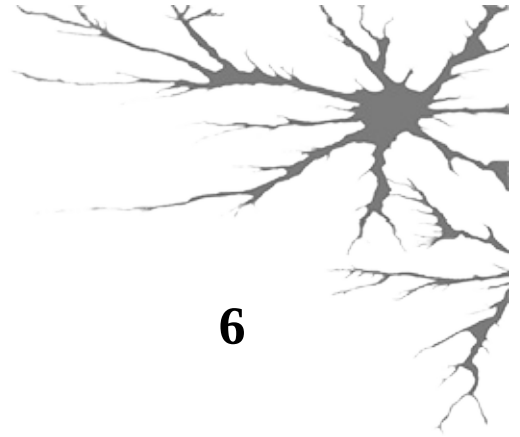
La puerta batiente es hecha a un lado y una figura emerge de la cabaña. Se pone una mano en la rodilla para enderezarse, como si no tuviera fuerza suficiente. Sus ropas están rasgadas y manchadas, sus clavículas y hombros son angulosos y se marcan en su camisa, sus ojos parecen demasiado grandes en el rostro macilento.

Se lleva una mano a la frente para protegerse del sol de la mañana y en su rostro aparece una sonrisa de dientes sucios. Sin embargo, sus ojos se endurecen y mi corazón se congela.

—Buenos días, hermanos y hermanas —dice.

Esa voz. Conozco esa voz. Puedo escucharla en mi cabeza, recordándome, enfrente de los demás, la mácula que pesaba sobre mi familia, sobre mí.

Es Charlie Jameson. Hemos encontrado a la familia Jameson, que fue desterrada.



6

Charlie camina hacia adelante y le ofrece la mano a André. Este no se mueve, sus ojos vagan por el campamento. Isi está detrás de nosotros, montado en su caballo, con un rifle a la espalda, pero sé que lo puede tener sobre el hombro en un parpadeo.

Charlie se detiene. Sus ojos son de color azul brillante, penetrantes, como los de su papá.

—*Êtes vous ici seules?* —pregunta *frère* André—. ¿Solo ustedes? ¿Aquí?

—No —dice Charlie—, pero mi hermana está muy débil como para moverse. Ese invierno... ¿recuerdas?

Lo miro fijamente. Apenas se parece a sí mismo, salvo por los ojos. Su rostro ha perdido su apariencia infantil y una barba rala ha comenzado a salir en su mentón.

Sacude la cabeza hacia mí.

—Hola, Emmeline.

El niño aparece de nuevo, gateando bajo la lona. Se pone de pie, rodea una de las piernas de Charlie con una mano y esconde el rostro detrás de su hermano. Un escalofrío me atraviesa. ¡Está tan delgado!

—Este es Josiah, mi hermanito —Charlie señala al niño con un gesto de la cabeza.

—¿Y tu mamá? —pregunto, intentando recordar cuántos miembros fueron expulsados del asentamiento.

El rostro de Charlie se vuelve de piedra. Niega con la cabeza.

—*La Prise* —dice.

Las palabras flotan en el aire.

—¿Cuántos de ustedes están aquí? —pregunta Matisa.

Charlie se vuelve hacia ella y sus ojos brillan, como si apenas se diera cuenta de que ahí están ella, Isi y Nishwa.

—Vaya, vaya. Si aquí está la Gente Perdida —dice Charlie—. El regalo de Dios.

Eso me pone nerviosa. Desearía estar de pie y no sobre el caballo, aunque en realidad no sé qué podría hacer por Matisa, por ninguno de ellos. No sé qué hacer.

Ella se mantiene firme. No está sonriendo, pero su rostro permanece tranquilo. A la espera. El caballo de Isi se mueve, inquieto, y él pone su mano en el cuello del

animal para calmarlo.

Charlie mira a Matisa como si estuviera suponiendo algo... decidiendo algo...

—¿Cuántos? —repito la pregunta de Matisa.

—Tres —dice Charlie—. Perdimos a tres: a mi mamá, a Joseph, el hermano de mamá, y al compañero de vida de mi hermana, Frederick Woods.

Cuando fueron expulsados del campamento, su hermana, Rebecca, fue perdonada porque ya se había unido a Frederick y vivía con él y su familia. Pero ella se negó a dejar ir a su madre e insistió en partir ella también. Su compañero de vida la siguió. Mala decisión.

—¿No hay adultos? —pregunta André.

—Yo estoy a cargo —responde Charlie mientras mira más allá de nosotros, hacia Kane y los demás, pequeñas figuras en la cima de la colina—. ¿Adónde se dirigen?

—Solo vamos de paso —digo.

Los ojos de Charlie se estrechan.

—¿De paso hacia dónde?

Él no sabe de la gente de Matisa. No sabe de las colonias en el este.

—¿Por qué preguntas? —inquire André de un modo amistoso, aunque hay un dejo de advertencia en sus palabras. Se acomoda y dirige las manos a su *ceinture*, donde guarda su pistola.

Charlie se encoge de hombros.

—Por nada. No importa. No queremos problemas —su mirada se detiene en las alforjas de los caballos—. ¿Tienen algo de comer? —Su sonrisa parece una mueca—. No resulté muy bueno con el arco.

Silencio. *Frère* André cambia de postura. Puedo ver por la forma en que aprieta la mandíbula que está a punto de decirle a Charlie que no, y veo en el rostro de Charlie que él lo sabe también. El aire es denso, la desesperación en este campamento improvisado se cierne sobre nosotros.

Un movimiento dentro de la tienda rompe la tensión. Una chica muy delgada, zarrapastrosa, se abre paso por la puerta batiente y se endereza con dificultad. Nos mira y su mano derecha va a su vientre, en un ademán protector. Puedo ver la protuberancia: está embarazada.

Rebecca.

Sus ojos hundidos se llenan de lágrimas. Da un paso trastabillante hacia nosotros, pareciera que va a caer sobre sus rodillas.

—Gracias al Altísimo —dice—. Vinieron.

Nos sentamos alrededor del fuego de los Jameson, que ahora está bien alimentado con madera y crepita, alto.

—No me gusta esto —le murmura Isi a Matisa mientras dividimos el estofado de carnero seco. Doce porciones: tres más de las que originalmente estaban planeadas.

Rebecca está sentada, platicando con Charlie, que revuelve el fuego con una rama. El resto de nosotros nos sentamos a una distancia prudente de los Jameson, tan

lejos como podemos sin que resulte obvio. Josiah se acerca a Nico. Matisa no le dice nada a Isi, pero le tiende un tazón de estofado y le indica a señas que se lo dé al niño. Isi obedece con el ceño fruncido.

La aparición de Rebecca hizo que André cambiara de opinión. Lo vi en su rostro en el momento en que ella salió de la tienda. De todos modos era mediodía, hora en la que acostumbramos comer. Decidimos que podríamos compartirles de nuestra comida y entonces seguir adelante.

Examiné con cuidado el rostro de Charlie cuando Kane, su mamá y sus hermanos llegaron. Kane mató a su padre, y no fue una muerte bonita. El hermano Jameson se ahogó en su propia sangre, tirado sobre su espalda en el púlpito, mientras el resto de la gente del asentamiento huía.

Los ojos de Charlie se apagaron cuando reconoció a Kane. Entonces levantó la barbilla y le ofreció una delgada sonrisa. No ha vuelto a mirarlo desde entonces, pero Kane apenas le ha quitado los ojos de encima.

Miro la cara torturada de Rebecca y luego la de Charlie. Me pregunto qué piensan. Cargan con el lastre del error de su padre. Sé bien cómo puede pesar eso: al hermano Stockham lo hizo perder la razón. No se puede confiar en ellos, así que fueron expulsados. No fue decisión *nuestra*, no en realidad, pero quién sabe qué ideas se estén gestando en los hermanos.

Sin embargo, al ver a Rebecca tan feliz, y al notar cómo recibió Josiah la comida que le dio Isi...

Mi corazón da un vuelco.

—¿Estás bien? —pregunta Kane. Volteo a verlo, sintiéndome un poco mareada. Él frunce el ceño, pone una mano sobre mi brazo y me jala hacia la tienda raída, a una distancia a la que los otros no puedan escucharnos.

—¿Em? —Pone una mano bajo mi barbilla y levanta mi rostro hacia él—. ¿Te sientes mal?

—No.

—No te ves bien —pasa su pulgar sobre mi mejilla.

Miro hacia el grupo: un lado del círculo, ojos hundidos y harapos; el otro lado, mirando a aquellos como si estuvieran en presencia de la misma muerte. Rebecca le acepta a Isi una porción con una sonrisa amplia. Mi mirada se cruza con la de Charlie y él me sonríe débilmente, como si se avergonzara. Cuando nos juntamos a comer noté que cojea un poco. No sé qué le causó la cojera, ni quiero enterarme. Pero verlo así me hace sentir que comparto con él algo indeseable.

Recuerdo el modo en que acostumbraba mirarme, como si no fuera digna ni de limpiar los corrales de las ovejas, como si mi mácula pudiera ser contagiosa. No hay forma de que ellos sobrevivan mucho tiempo aquí, y al bebé aún no nacido de Rebecca bien podemos darlo por muerto. Miro cómo devora Josiah su estofado.

—¿Em? —dice de nuevo Kane.

—Necesito ir a pensar un poco.

Me alejo de él y camino hacia los árboles.

Sus ojos me miran con preocupación, pero asiente. Me conoce lo suficiente como para no insistir en acompañarme.

—Mantente cerca —la indicación parece más una pregunta.

—No tengo opción —murmuro.

Al llegar al tronco del primer árbol, me encuentro de frente con André, que viene de regreso de un paseo por el bosque.

—¿Adónde vas? —me pregunta con el ceño fruncido.

—Necesito... necesito alejarme —digo.

El surco de su frente se hace más profundo.

—No sola —pone los pulgares en su *ceinture* y se inclina sobre mí, esperando que me dé la vuelta y regrese al grupo.

Lo único que quiero en este momento es gritar de frustración. Demasiada gente aquí, y todos opinando de todo. Demasiados ojos mirándome. Es como estar de vuelta en el condenado asentamiento. Me envuelvo en mis brazos e intento respirar hondo. El aire se atora en mi garganta y las lágrimas asoman a mis ojos.

Su rostro severo se suaviza.

—*C'est difficile* —sacude la cabeza—. *L'enfant*.

Sí, es difícil ver a Josiah y su carita hambrienta. Enjugo mis lágrimas.

André pone una mano en mi hombro.

Suspiro e intento aclarar mi cabeza, pero los gélidos ojos azules del hermano Jameson surgen en mi visión. Mi papá estaría aquí si no fuera por su culpa. La ira brota en mi pecho, profunda e hirviente.

—Jameson merecía morir —digo, como si estuviera acusando a *frère* André de algo.

Asiente.

—*C'était le désir de Dieu*.

Fue voluntad del Altísimo. Sí.

Quiero aferrarme a esa idea cuando pienso en Charlie. Pero todos esos años fui señalada por la mácula que heredé de mi abuela, porque ella fue acusada de un acto impío... ese recuerdo enturbia mi mente. Su supuesto pecado fue mi carga por mucho tiempo. Hasta que demostré que era falso.

Nadie les ha dado a los Jameson la oportunidad de limpiar la mácula de su padre. Pero ¿y si se las diéramos?

—*Frère* André, Charlie y su familia han sobrevivido aquí hasta ahora...

—*Oui* —dice—. Sobreviven.

Enarca las cejas. Espera.

Me abrazo con más fuerza.

—Pero sobrevivir y vivir son dos cosas distintas.

Me mira con atención.

—Tienes... *comment dit-on? Culpabilité*.

Culpa. Evito su mirada.

—No es eso —digo, pero otra vez puedo sentir el hielo en mi pecho.

No es eso... ¿o sí? Cuando los expulsaron, ¿cómo me sentí? No puedo recordarlo. Entonces todo era un lío. Mi mente no estaba en la familia Jameson, sino en mi Descubrimiento. Lo que nos había traído, lo que le había traído a mi papá. Mi mente estaba en la aparición de Matisa y en el mundo más grande que nos aguardaba más allá de las puertas de la fortificación. Estaba en sobrevivir a *La Prise* para poder salir a ver ese mundo.

Y había sido mucho más fácil dejar que los expulsaran porque no había sido mi decisión. Pero expulsarlos de mi propia hoguera, ahora... eso es completamente distinto. Y ahora que sé que la Hemorragia sigue latente...

—No sé si podemos confiar en ellos —no estoy preguntándole a André qué piensa, pero mentiría si dijera que no estoy deseosa de conseguir una respuesta de él. Guarda silencio—. No sé cómo se sienta Charlie con respecto a Kane —intento de nuevo.

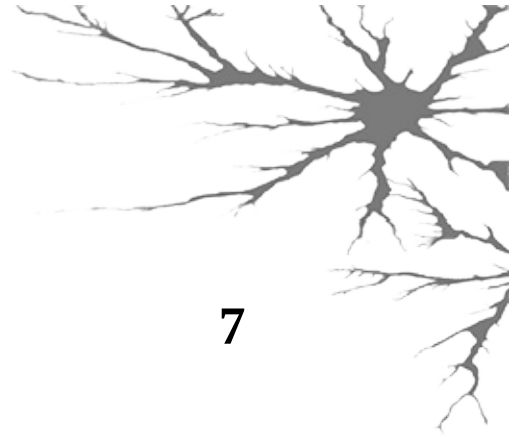
Los ojos de André se suavizan.

—Habla. *A les autres* —dice con gentileza.

Lucho contra las lágrimas.

—Sí.

Dejo que ponga su brazo alrededor de mis hombros mientras regresamos al fuego y me doy cuenta con un escalofrío de que su áspera calidez me recuerda a papá.



— **N**o —la palabra sale de los labios de Isi como una piedra.
—No podemos simplemente dejarlos aquí —miro a los otros.
Matisa y Nishwa intercambian una mirada. Kane me observa. Lo aparté para decirle antes que a nadie. Él no tenía mucho que decir, solo me preguntó si estaba segura. Entonces puso sus dedos sobre sus labios, luego sobre los míos y dijo:
—Ya te lo dije antes: estoy contigo.
Pero vi un destello de preocupación en sus ojos oscuros.
—Tu gente los envió fuera —me recuerda Isi.
—Esa fue la decisión de la gente —digo, pero él cruza los brazos—. Podemos conducirlos hasta el próximo asentamiento que encontremos. Dejarlos morir aquí no está bien.
—¿Y si no encontramos un asentamiento? —pregunta Nishwa—. ¿Esperas que los llevemos con nuestra gente? —pregunta con gentileza.
—N-n-no sé —tartamudeo—. Henderson dijo que hay un asentamiento al oeste del cruce. Uno que está registrado con el Dominio...
—No sabes si de verdad existe —señala Isi—. O si los aceptarán.
Matisa se inclina hacia adelante.
—¿Por qué preguntas esto, Em? —inquieta, no como si estuviera molesta, sino porque en verdad desea saber.
—Yo solo... —Me detengo y la miro, indefensa. Ella me examina—. Es solo que necesito darles una oportunidad. Si tan solo pudiéramos conseguirles un lugar mejor...
—Ya estamos muy retrasados —dice Isi—. No vamos a desperdiciar más tiempo buscando un asentamiento que podría no existir.
—Es cierto que podría no existir —dice Matisa— e incluso si existiera, nos tomaría días encontrarlo —Isi asiente, satisfecho—. Pero —continúa ella— el cruce mismo no está tan lejos. Podríamos llevarlos ahí y ellos podrían seguir solos al este, el hombre de los mapas dijo que hay un puesto militar en ese camino.
—Matisa...
—El río dobla al oeste —interrumpe Matisa a Isi—. Si nos desviamos hacia el

sureste, será menos de un día lo que perdamos.

—Es un mejor plan que contar con que encontraremos un lugar para ellos en el camino —le da la razón Nishwa.

Me siento aliviada pero entonces me topo con la dura mirada de Isi.

—Sé que es una carga —le digo—. Pero ese niño, ese bebé no nacido...

—Tráelos a ellos entonces —dice Isi—. Pero no a Charlie.

—Tú sabes que no se irán sin él.

—Esa es su decisión.

Exhalo, frustrada, y miro a Kane.

—Charlie está demasiado débil como para pensar en lastimarnos —dice Kane con cuidado—. Y Rebecca está esperando...

—¿O sea que estás de acuerdo con Em? —pregunta Nishwa.

—Entiendo lo que pide —dice Kane.

Una parte de mí piensa que no contestó la pregunta de Nishwa.

—El odio se hunde en lo profundo —murmura Isi.

Me vuelvo hacia Matisa.

—¿Tú crees que sea peligroso?

—Creo que es tu decisión —dice ella—. Su familia hirió a la tuya, pero es parte de tu gente. El peso de esa historia recae en ti. Debemos respetar tus deseos —mira a Isi.

Trago saliva.

—Pero... ¿crees que Charlie sea el mismo tipo de persona que era su papá?

Ella me mira, sus ojos marrones me miden.

—¿Quién puede saberlo? Todos andamos por un camino nuevo.

—No puedo dejarlos.

Matisa asiente y mira de nuevo a Isi. Él dirige su vista hacia otro lado con la mandíbula apretada.

—Andando —dice Kane—. Se hace tarde.

Isi y Nishwa van a pie ahora. Fue idea de Nishwa ceder sus caballos a Rebecca y Josiah, que están demasiado débiles como para seguir nuestro paso. Fue una decisión práctica, pero sé que fue el corazón blando de Nishwa lo que lo hizo pensar en ello antes que cualquiera. Isi está más que enojado: cuando los hermanos de Kane le pidieron caminar con él, solo negó con la cabeza y se adelantó. Matisa consoló a los pequeños subiéndolos a su caballo, y eso los alegró de nuevo, pero la actitud de Isi con ellos me molestó mucho.

Y no puedo sacar sus palabras de mi cabeza: *El odio se hunde en lo profundo*.

Hago a un lado ese pensamiento. Estoy segura de que hacer lo correcto ayudará a que las cosas nos salgan bien a todos.

Sin embargo, nadie quiso sentarse alrededor del fuego anoche: cenamos y nos retiramos rápidamente. No hubo canto de los *mescacâkan*, solo una llovizna sobre nuestras lonas. Cerré los ojos con fuerza y recé para conciliar el sueño.

Ahora camino con Kane y Nishwa, lejos de Charlie, quien cojea detrás de nosotros, junto al caballo de Isi que lleva a Rebecca. Matisa le enseñó a guiar al caballo y él ha logrado seguir el paso. Esa cojera no parece molestarle demasiado; es más fuerte de lo que supuse.

Ellos saben que los vamos a llevar solo al cruce y que de ahí tendrán que ir al puesto militar del Dominio por su cuenta. A pesar de eso, el rostro de Rebecca parece a punto de romperse con esa sonrisa tan grande: se siente tan aliviada que no tiene idea de nada.

Me sorprendió un poco que la mamá de Kane estuviera de acuerdo con que se nos uniera, considerando que Charlie podría albergar odio contra Kane. Pero supongo que, siendo madre, se sintió más proclive a ayudar. Sin embargo, he notado que mantiene a sus hijos alejados del grupo de Charlie.

Kane estira la mano para entrelazarla con la mía. Mi corazón no se acelera como pasa normalmente: estoy demasiado distraída. Caminamos, nuestros zapatos susurran con el roce del suelo musgoso del bosque.

Largos momentos de silencio. No puedo soportarlo más.

—¿Creen que hicimos lo correcto? —pregunto al mismo tiempo a nadie y a Nishwa y a Kane. Con la cabeza señalo a Charlie y Rebecca.

En respuesta, Kane aprieta mi mano.

—Sé que tú deseabas hacerlo —me dice.

De nuevo, evitó la pregunta.

—Pero todo mundo está asustado, ¿verdad?

—Estaban asustados desde el principio —dice Nishwa. Le sonrío pero su comentario no me hace sentir mejor.

Cuando pienso en la familia de Charlie, con sus ojos hundidos y los huesos asomando por sus ropas gastadas por el viento, siento que hicimos lo correcto. Pero también pienso que estoy arrastrando mi vieja vida conmigo.

—¿Crees que podemos confiar en él? —le pregunto a Kane.

Él se frota la nuca con la mano libre.

—No lo sé. Pero con suerte no tendremos que descubrirlo.

—¿Cómo?

—Que espero no estar nunca en una situación en la que nuestras vidas estén en sus manos. Si lo tenemos a suficiente distancia, creo que no tendremos problemas.

En la tarde, el bosque escasea en todas direcciones y cede su lugar a pequeñas colinas con arbustos bajos. Seguimos al sur, dirigiéndonos otra vez al río que corre junto a nuestro asentamiento más al norte.

Nuestro grupo se separa un poco mientras atravesamos las colinas y cruzamos los parches de arbustos. La inclinación del terreno me cansa, y cuando hago una pausa para beber mi tintura, me quedo rezagada con respecto a Kane y Nishwa. Escucho voces a través de los matorrales, provienen de debajo de la colina. Son Charlie y Rebecca. Por el momento estoy oculta a su vista, y por algún motivo me mantengo

así.

La voz de Rebecca se percibe mejor conforme se aproximan:

—... ¿Ahora?

—No —contesta Charlie cuando pasan junto a mí—. No es el momento correcto...

Entonces Rebecca mira a un lado y me descubre.

—¡Hola, Em! —dice, mientras su mano vuela a su vientre en un gesto nervioso. Charlie estira el cuello por encima del caballo de Isi y lo detiene.

—¿No es el momento correcto para qué? —pregunto.

Charlie mira de reojo. Hay una pausa.

—Solo hablábamos de su bebé —señala el vientre hinchado de su hermana—. Le digo que espere hasta llegar a ese *Dominio* del que nos han hablado.

Levanto una ceja.

—No creo que ella tenga posibilidad de elegir —digo, aunque desearía que no fuera cierto. La mamá de Kane dice que Rebecca está a punto de parir. Ella me echó una mirada significativa cuando lo dije, y sé que estaba pensando en que yo ayudaba a *sœur* Manon con las parturientas en la Casa de Sanación. Pero lo cierto es que nunca lo asistí realmente: solo me tocaba limpiar cuando todo había pasado, fuera que el parto hubiera salido mal o bien. Y no echo de menos eso. Mi estómago se encoge cuando miro a Rebecca, que luce tan vulnerable aquí. Espero nunca estar en una situación así.

—Supongo que tienes razón —dice Charlie y se encoge de hombros—. Es solo que... nos has ayudado tanto. No queremos ser más una carga.

—Descuida —digo. Hay algo en la forma en que me miran que hace que se me erice la piel. Algo no está bien. Se siente como si...

—Em —dice él—, sabemos que tú convenciste al grupo a que nos ayudaran —da un paso hacia mí—. Eres del tipo de gente que ayuda, ¿no? Auxiliar a otros es parte de tu naturaleza.

A esta distancia, los ojos azules de Charlie me queman, me muestran cosas que prefiero ignorar: hambre y frío, desesperación; ver a su familia morir de hambre.

Trago saliva.

—Creo que todas las personas merecen un nuevo comienzo, si lo desean.

—¿Hacia eso te diriges? —pregunta Rebecca—, ¿a un nuevo comienzo?

—Algo así.

—Bueno, eso suena muy bien —dice Charlie—. A nosotros también nos serviría uno de esos.

El sol brilla sobre sus caras macilentas y los hace entrecerrar los ojos, como si miraran la luz del sol por primera vez.

—Voy a alcanzar a Kane —murmuro. Los dejo tan deprisa como mi pie me permite. Mi piel permanece erizada largo tiempo.

Por la noche llegamos a un punto protegido del viento en el bosque y levantamos

nuestro campamento. Todos estamos cansados. Es un terreno más rocoso en esta zona, y el camino ha sido duro. Hemos rodeado peñascos y bajado por laderas de piedra caliza. Henderson describió un área así. Espero que eso signifique que nos acercamos al cruce.

Nishwa capturó dos conejos en la tarde, pero no son suficientes para los doce que somos ahora, así que una vez que pusimos las tiendas, Kane, Isi y Nishwa se fueron a cazar otra vez. *Frère* André salió a hacer su rondín habitual.

—¿Puedo ir? —le preguntó Daniel. Los niños están muy inquietos sin la atención de Isi. Nico hace mohínes junto a los caballos, mientras los cepilla distraídamente.

André niega con la cabeza pero alborota el cabello de Daniel amablemente.

Una punzada de hielo atenaza mi corazón cuando lo veo alejarse entre los árboles. *La Prise* fue dura este año y él, a su edad, está haciendo estos esfuerzos. Las palabras de su hija resuenan en mi cabeza: *Ve a ver el mundo, papá.*

Respiro profundamente para ahuyentar la punzada helada y me pongo a realizar mis tareas para la cena. Mientras coloco la harina de raíces en un tazón de madera para preparar bannock, mis pensamientos vuelan de nuevo hacia Rebecca y Charlie.

Cuando dejamos su ruinoso campamento, Charlie dijo que lamentaba lo que su padre había hecho. Quiero creerlo. Ellos anhelan un nuevo comienzo. Y deseo que este nuevo mundo nos ayude a dejar ese pasado oscuro atrás para siempre. Entonces, ¿por qué sigo sintiendo que el hielo se instala en mi pecho?

La voz de Matisa me saca de mis pensamientos.

—¿Dónde están los niños?

Levanto la mirada de mi mezcla para el bannock. Ella ha estado desollando los conejos y sus manos están manchadas de sangre.

Miro alrededor. Todo está callado en las tiendas.

La hermana Violet está colgando la ropa lavada en un cordón que se extiende entre los árboles.

—No lo sé...

—¿Se fueron con Isi?

—No.

Matisa mira entre los árboles.

—Probablemente andan vagando por ahí —murmuro mientras lanzo una mirada a la hermana Violet—. Voy por ellos.

Dejo el centro del campamento intentando aparentar calma para no atraer la atención de la hermana Violet: no quiero incomodarla. Me dirijo al extremo de la arboleda.

En ese momento me doy cuenta de que la tienda de Charlie está en silencio y que nadie de su familia está ahí. A ellos no les dimos tareas: *frère* André pensó que sería mejor que siguiéramos con la división de trabajo que ya teníamos asignada y que los tratáramos como huéspedes, no como parte del grupo; todos estuvimos de acuerdo: no queremos darles la impresión de que los llevaremos más allá del cruce del río.

Pero, aunque no tengan tareas, suelen estar a la vista.

Dejo caer mi tazón al aproximarme a la tienda.

Rebecca está dentro, recostada. Levanta la cabeza cuando entro.

—¿Dónde está Charlie? —pregunto.

—Quería enseñarles algo a los niños en el bosque.

Mi corazón se detiene.

—¿Hacia adónde se fueron?

Ella se me queda mirando.

—¡Rebecca! ¿Hacia adónde?

—Más allá de esos abetos, creo. Em, ¿qué...?

Doy media vuelta y corro al bosque.

No sé exactamente por qué, pero pensar en Charlie a solas con Nico y Daniel me hace sentir náuseas. La náusea se convierte en pánico que aletea en mi pecho cuando no los encuentro al pasar la línea de abetos. ¿Dónde podrán estar? ¿Qué podría querer enseñarles?

Me interno más entre los árboles, sin poner atención a las ramas que arañan mis brazos.

—¡Daniel! —grito—. ¡Nico!

Me detengo a escuchar. Nada.

—¡Daniel! —grito de nuevo. Puedo escuchar una nota de terror en mi propia voz y me detengo, trago saliva, para tranquilizarme un poco.

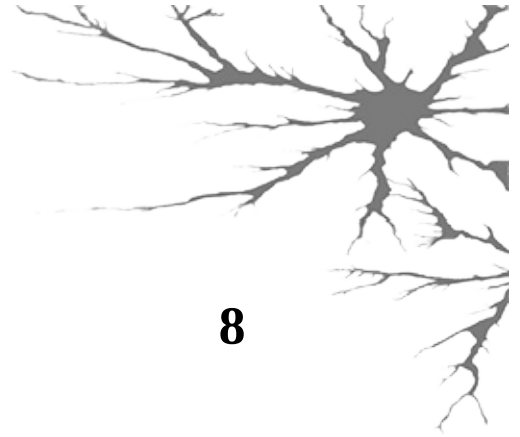
No podría haberlos lastimado. Iba con ellos también su propio hermano. No podría...

Estoy a punto de llamarlos de nuevo cuando escucho un grito. Proviene del fondo de una colina tapizada de arbustos.

—¡Daniel!

Bajo la pendiente en tres tambaleantes zancadas, paso entre los arbustos y rodeo un gran peñasco cubierto de musgo. Hay un pequeño arroyo, apenas un hilo de agua, en realidad, que corre entre dos peñascos más pequeños, y a los lados hay algunos charcos que recogen los riachuelos de lodo.

Los gritos provienen de más allá del arroyo.



8

Los chicos están acucillados de espaldas a mí. Josiah y Nico tienen palos en las manos. Están pescando.

Daniel grita de nuevo cuando Nico se vuelve hacia él con algo pequeño en la mano (¿un insecto?). Se lo acerca a Daniel y lo hace retroceder, riendo.

Charlie los mira de pie, junto a ellos.

Cuando me acerco, él se vuelve hacia mí. Sin sorprenderse, como si supiera que yo iría.

—¡Daniel! —digo de nuevo.

Daniel se sobresalta y levanta la vista. Su rostro se ilumina con otra sonrisa.

—¡Estamos atrapando ranas! ¡Mira cuántas hay! —señala, emocionado, hacia el arroyo.

El agua bulle de pequeñas ranas. Debe haber un nido de renacuajos en estos charcos. Nico extiende la mano hacia mí y la abre. La ranita brinca en mi dirección, pero eso es lo que menos me preocupa.

—¡Los estaba llamando! —digo a los niños.

Nico me mira, confundido.

—No te escuchamos —vuelve su mirada al estanque.

—Calma, Em. Los chicos están a salvo conmigo —dice Charlie.

Lo ignoro.

—No deben alejarse sin avisarnos —pero le hablo a sus espaldas—. ¡Nico! ¡Daniel! —Los niños se ven obligados a dejar de mirar el río y voltear hacia mí—. ¿Me escuchan? No pueden alejarse del campamento así.

—Pero estábamos con Charlie —protesta Nico.

—Lo sé —siento la mirada de Charlie sobre mí—. Lo sé. Pero... —Hago una pausa— tienen que avisarnos a dónde van.

—Nos dejan salir con Isi —dice Daniel.

Aprieto los dientes, siento cómo me sonrojo. No puedo mirar a Charlie de frente.

—A partir de ahora, avisen siempre, ¿me escuchan?

Los niños asienten, serios, y vuelven a dirigir su atención a las ranas. Charlie sigue mirándome fijamente. Estoy a la espera de que diga algo desagradable y me obligo a sostenerle la mirada, me preparo para escucharlo. De todos modos, él debe

saber cuál es su lugar, y ya no tengo miedo de recordárselo.

Pero Charlie descruza los brazos y suaviza su mirada.

—Lo siento, Em —dice—. Debí avisarles a dónde íbamos. Pensé que a ellos les gustaría. De pequeño, yo acostumbraba hacerlo.

De pequeño. Un recuerdo de cómo era de niño relampaguea en mi mente. Su papá estaba en el Concejo, así que Charlie no se relacionaba con nosotros. Yo lo veía de lejos. Siempre iba colgado del manto de su padre, con esa expresión de superioridad. Como si fuera mejor que nosotros.

Cuando estábamos en el asentamiento, Charlie era un muchacho odioso. Admiraba a su papá. *Seguro* que guarda rencor hacia Kane por haberlo asesinado. Pero, claro, también había sido niño. Un niño que arrojaba piedras, correteaba y atrapaba ranas.

Mira a su hermano Josiah y sonrío, y entonces me siento tonta de haber venido así, como si Charlie hubiera echado a los niños a los lobos.

—Está bien —descruzo los brazos.

Miramos a los niños que chillan y excavan, llenándose de lodo hasta los codos. Mis ojos se detienen en Nico: no tiene su habitual aspecto desconfiado, se nota contento. Todos están felices. Mi corazón se hincha al ver sus rostros maravillados.

—Em —dice Charlie—, sé que han pasado cosas malas entre nosotros.

Aguardo.

—Pero, hasta donde yo veo, no podemos deshacer el pasado. Estamos aquí ahora, y sé que esto no fue tu decisión. Sé que solo hiciste lo que consideraste correcto cuando fuiste a buscar a la Gente Perdida, cuando los llevaste al asentamiento.

Trago saliva. Esto suena a una disculpa.

—De todos modos, quería decirte que estoy agradecido de que nos hayan aceptado con ustedes. Espero encontrar una forma de pagártelo.

Y entonces no sé qué decir o qué pensar. *Sœur* Manon me dijo que yo cambiaría, que tomaría decisiones que nunca antes hubiera imaginado. Bueno, quizá perdonar lo que pasó en el asentamiento, confiar en que estamos dejando eso atrás, es parte de ello.

Sin embargo, aún albergo la duda en mi mente.

—Realmente aprecio eso, Charlie —le digo—. También quiero dejar el pasado en el pasado.

Cuando volvemos al campamento, Kane también regresa de su cacería.

—¡Gracias al Altísimo! —exclama la hermana Violet, apresurándose a tomar a Daniel del brazo—. ¿Dónde estaban?

—Solo fueron a mirar las ranas —respondo.

Kane deja un conejo en una roca cerca de su mamá y enfunda su cuchillo, sus ojos están fijos en mi rostro. Su mamá acompaña a los niños a que se laven las manos. Nadie pone demasiada atención en Charlie, que avanza hacia su propia tienda con Josiah. Nadie, excepto Isi. Está de pie, con los brazos cruzados. De una cuerda

que sostiene con una mano cuelgan dos animales destripados. No hace ningún movimiento para entregarle las presas a Matisa, que prepara la parrilla sobre la hoguera.

Isi mira a Charlie y luego a mí.

Siento que mi cara comienza a arder, como si estuviera avergonzada. Siento una oleada de ira. ¿Qué piensa? ¿Qué voy a traicionar a Kane con Charlie? La sola idea me hace querer reír o estremecerme. Podría explicarle, podría ir hacia donde está y decirle que los niños se habían ido...

No. Eso no es lo que está pensando. La forma en que miró a Charlie y luego a mí fue... la idea me golpea como una roca en las entrañas: nos miró del mismo modo.

Con desconfianza. Con recelo.

Mi corazón se hunde.

—¿Em?

Dejo de mirar a Isi. De algún modo, Kane cruzó el campamento y ahora está junto a mí.

—¿Estás bien?

—Seguro —sacudo mi túnica.

—Gracias por ir por los chicos —dice—. Yo... —Se detiene— me preocupa que hagan alguna tontería allá afuera. Pero si tú estás con ellos, no.

Me sonrío con esa mueca suya y mi preocupación por Isi se derrite.

Le devuelvo la sonrisa.

—No hay de qué —digo—. Los protegí de todas esas ranas, no hay problema.

Estando de pie bajo el rayo del sol, con Kane tan cerca de mí, el pánico que sentí hace un rato parece cosa de risa.

—¿De verdad? —Su sonrisa se ensancha—. Quizá deberíamos ponerte al frente de la Patrulla Antirranas.

Me encojo de hombros.

—No tengo miedo.

Ríe y me toma de la mano, la aprieta con la suya, fuerte y tibia. Mis mejillas enrojecen mientras lanzo una mirada sobre mi hombro, buscando a su mamá.

Todo mundo está ocupado, preparándose para la cena. Isi se ha ido.

Me vuelvo hacia él y mi corazón da un salto cuando se inclina sobre mí. El cuello de su camisa abierto, la suave piel de su garganta y el nacimiento de su pecho irradian un calor que se empareja con el aliento cálido en mi oído.

—Lo sé —dice, muy quedo—. Por eso te amo.

La llanura que rodea al asentamiento está vacía. Todos se han ido.

Me siento entre los cornejos. La tierra se mueve entre mis manos. Estoy escarbando. Escarbando.

El río canta a mi lado con las voces de todos los que murieron hace tiempo. Todos los que lanzamos a las Aguas Purificadoras.

La tierra entre mis manos se mueve como si tuviera voluntad propia. Mi mano se

retira con brusquedad al sentir ese movimiento: se aleja de lo que sea que esté acercándose a la superficie.

Emerge la cabeza primero, sacudiéndose, deshaciéndose de sus ataduras de tierra. El resto surge despacio. Dedos crispados que se aferran a la tierra. El barro cae a los lados mientras ella se levanta: es Matisa, pero no es Matisa.

La mitad de su cuerpo está intacta. Su largo cabello brilla al sol y su piel luce saludable. La otra mitad es solo huesos: blancos, brillantes, como si hubieran sido pulidos por el viento.

Me quedo mirándola. Mitad viva, mitad muerta.

Los muertos bajo el río cantan más fuerte.

Reconcíliate.

Despierto bañada en sudor.

El frío azul del amanecer está brillante. Puedo escuchar que los otros ya se están levantando, saliendo poco a poco del estupor. Junto a mí, el saco de dormir de Matisa está vacío.

Salgo de la tienda, busco en el campamento.

Isi está entre los árboles, inclinado, revisando los cascos de su caballo.

—¿Dónde está? —le pregunto, apresurándome a su lado.

Se endereza y frunce el ceño.

—Matisa —digo, a pesar de que sé que me entendió—, ¿dónde está?

—En el bosque —se mueve hacia la grupa de su caballo y le levanta la pata trasera—. Juntando leña.

—¿Cuánto va a tardar?

—¿Cómo voy a saberlo? —refunfuña.

Me siento irritada. La forma en que me miró anoche resurge en mi mente y aumenta mi enojo.

—Gracias por la ayuda —me doy la vuelta para irme.

—Guárdalo para Matisa —murmura.

Me vuelvo a dar la vuelta como un remolino.

—¿Perdón?

Su expresión se vuelve amenazadora.

—Matisa está haciendo lo que tú quieres, trayendo a esta... *gente* —pronuncia la palabra con disgusto— para que estén a salvo. ¿Y ahora te quejas de que no esté cuando la llamas?

—¡No me estaba quejando!

—¿Cuánto más debe sacrificarse por ti?

La cara me arde. Cierro la boca, le doy la espalda y me alejo.

Siento su mirada toda la mañana. Cada vez que Charlie está cerca de mí, si miro en su dirección, Isi me está observando tan fijamente que siento que la piel me arde. Me mantengo ocupada enseñándoles aves y nubes a Daniel y a Nico. Trato de distraerme con el sonido de sus risas y su plática.

Pero para la hora en que nos detenemos para el almuerzo de mediodía, aún me siento herida. El enojo late en mi pecho cuando revuelvo mi morral en busca de mi tintura. Estoy tan molesta que no me doy cuenta de que André me está hablando hasta que me toca el brazo. Me sobresalto y aferro la vasija de barro antes de que caiga de mi mano.

—Emmeline —dice—, ¿estás bien?

—Sí —digo rápidamente. Miro a Matisa, que les sirve sus porciones a Rebecca y a Josiah. Aprieto los dientes—. Más o menos.

—*C'est quoi le problème?*

Lo observo: sus ojos acuosos, su barba alborotada, ese sombrero maltrecho. Me da golpecitos en la mano. Mis hombros caen con un suspiro. Considero la posibilidad de contarle, pero no estoy segura de qué decir: ¿que no me gusta la forma en que Isi me mira?, ¿que siento que Isi piensa que Charlie y yo somos iguales? Suena tonto, incluso si creo que es cierto.

Me encojo de hombros.

—Es solo que es más... difícil de lo que había pensado. Aquí afuera.

Gruñe para mostrarse de acuerdo.

—Y he estado teniendo esos sueños... —Me detengo y lo miro, indefensa. No puedo explicarme ese sueño sobre Matisa, por qué estoy escarbando o por qué estamos de vuelta en el asentamiento, el lugar que estaba tan segura de que debíamos abandonar.

Sus ojos se suavizan.

—*Moi aussi* —dice. *Yo también.*

Me inclino hacia él. Él también tenía sueños cuando estaba en el asentamiento, y sus sueños lo animaban a explorar el bosque, como los míos.

—¿Qué has soñado? —le pregunto.

—*Je pense...* Pienso... acerca de mi nueva vida. Afuera —sonríe, un poco tímido—. Sueño con una cabaña, a la orilla del río. *Une belle place* —se encoge de hombros.

Sonrío.

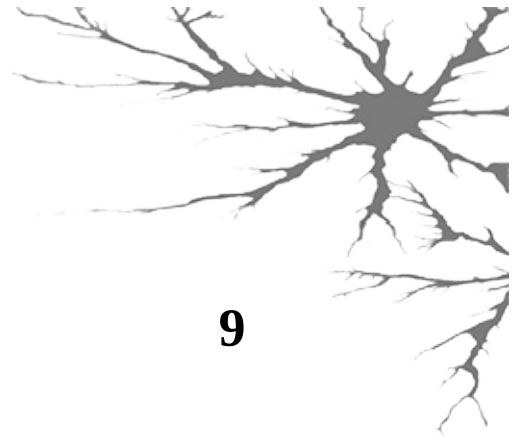
—Suena muy bien.

—¿Y tú?

—No tan bien —digo y bebo un trago de la tintura.

Vuelve a darme palmaditas en mi mano libre.

—Las cosas no son fáciles ahora —dice—, pero están mejorando —y sonrío—. *C'est le désir de Dieu* —es la voluntad del Altísimo.



9

Ya por la tarde encontramos el río que dobla al norte hacia nuestro asentamiento. Es más ancho aquí que allá en casa, y pasa entre los riscos con un fiero rugido.

Matisa dice que lo seguiremos hasta el cruce, que debe estar máximo a dos días de aquí. De ahí será solo una semana hasta que alcancemos a su gente.

Solo hemos estado fuera cuatro días. Se siente como si fuera más tiempo, sobre todo los dos últimos. Anoche, de nuevo, Matisa les dio a los Jameson su té medicinal como al resto de nosotros, pero no estoy segura de cuánto quede. No parecía preocupada, pero estoy feliz de que los Jameson no serán una carga extra por más tiempo.

No saben lo que Matisa está haciendo por ellos. Nadie más lo sabe, excepto yo, e incluso desconozco buena parte de la historia. De nuevo, pensar que nuestra seguridad depende tanto de Matisa me hace sentir inquieta. Si tuviéramos que separarnos de ella...

Quizá debería contarle a Kane acerca de la Hemorragia.

Camino con Matisa a la cabeza del grupo. Kane va justo detrás de nosotras al lado de su mamá, guiando a Pecas, que lleva a los niños. Los caballos que traen a los Jameson vienen atrás, con André. Luego de ellos, Isi y Nishwa.

Miro por encima del hombro y veo a Kane con la cabeza inclinada hacia su mamá. Ella le habla quedo y muy seria de algo que no alcanzo a escuchar.

Me muerdo el labio. ¿Cómo reaccionaría ante esto? ¿Vale la pena preocuparla si no estamos realmente en peligro?

Volteo de nuevo, hacia donde Charlie guía el caballo de Nishwa con Josiah encima.

Me acerco a Matisa y bajo la voz.

—¿Cómo crees que hayan sobrevivido los Jameson?

Los mira.

—Suerte —dice.

—¿Quieres decir que la Hemorragia no contagió su agua?

Asiente.

—Pero no hay grandes aguas por aquí —insisto—. Deben haber bebido de

pequeños arroyos —pienso en voz alta—. ¿Y si fuera, como dijo Henderson, que la Hemorragia dejó de existir?

—No —asegura—. Como te dije, va y viene. Hemos observado este ciclo por generaciones. Los Jameson tuvieron suerte.

—Entonces, esos recién llegados de los que habló Henderson, ¿tuvieron suerte también?

—Quizá —dice, pero duda.

—¿Qué pasa?

—Me he estado preguntando si quizás ellos saben cómo evitarlo.

—¿Cómo evitar el mal en las aguas poco profundas? —pregunto.

—Eso, o saben hervir su agua. Hervirla es solo una solución temporal, ninguna comunidad puede subsistir así por mucho tiempo, pero podría explicar por qué han sobrevivido hasta ahora.

—Pero ¿eso significaría que descubrieron las causas de la Hemorragia?

Chasquea la lengua y niega.

—A nosotros nos tomó muchas generaciones entenderlo, muchos años de observación. No creo que hubieran podido descubrirlo tan rápido —sus ojos se oscurecen—. Pero lo he estado pensando: quizá no es que lo hayan descubierto, sino que *alguien* se los dijo.

—¿Alguien? ¿Quién?

—Hubo rumores antes de que nos fuéramos el verano pasado. Rumores de que algunos de los nuestros nos abandonarían. Había un grupo... eran conocidos como *sohkâtisiwak*. Significa *los poderosos*. Usaban el emblema del halcón.

—¿Abandonar?, ¿por qué?

—No estaban contentos viviendo con un... misterio.

—¿No les gustaba que se les ocultara el remedio?

—Exacto. Querían separarse del grupo, reclamar otra área para ellos y vivir bajo sus propias reglas, pero...

—No podían hacerlo si no sabían cómo preparar el remedio.

Asiente.

—Entonces, ¿por qué los *sohkâ*...? —Me enredo al intentar pronunciarlo—, ¿por qué les dirían a los recién llegados de dónde viene la enfermedad?

Se encoge de hombros.

—Quizá los *sohkâtisiwak* decidieron aliarse con un grupo más *poderoso*. Uno que puede forzarnos a revelar el método para preparar la medicina.

—Forzarte a ti —digo.

—Hemos estudiado las armas que ha desarrollado el Dominio —dice—: son muchas y brutales.

Es la guerra con la que ella ha estado soñando. ¿Y si no es solo el Dominio quien la está originando? Podría ser también este grupo de rebeldes aliados con la gente del Dominio. El miedo me atraviesa. La idea de que ese grupo rebelde esté aquí, que

hayan traicionado a la gente de Matisa así...

—Pero ¿tienen el remedio? —pregunto.

—Quizá tengan suministros, pero los *sohkâtisiwak* no pertenecen al círculo de sanadores, así que ninguno de ellos podría saber qué ingrediente es. Toda nuestra gente sabe que la enfermedad proviene de las aguas, ese conocimiento es común a todos, pero no saben cuál es la planta que nos protege.

—¿Estás segura?

—Sí —dice, con firmeza—. Y nadie del círculo revelaría ese secreto.

Pienso en lo que me dice.

—¿Cómo es que el remedio se ha convertido en un secreto? En algún momento, toda tu gente debió saber qué era.

Sus ojos parpadean.

—Una cuidadosa creación de mitos —su tono es plano, como si me estuviera dando una respuesta que sabe que es verdad, pero que desearía que no lo fuera—. Nuestros ancianos se percataron de lo valioso que era el remedio cuando los *recién llegados portadores de muerte* perecieron por no tenerlo. Algunos de ellos querían que la gente olvidara cómo prepararlo.

—Los ancianos no confiaron en su propia gente —digo.

Frunce el ceño.

—Eran tiempos difíciles. No todos estuvieron de acuerdo.

—¿Y cómo lo hicieron?

—Cuando dejamos las llanuras, tomamos la planta con nosotros para cultivarla en nuestro nuevo hogar. En ese tiempo, la gente estaba demasiado ocupada ajustándose a una nueva forma de vida: diferentes tribus se unieron, cerrando filas contra la amenaza de los recién llegados, de los que nuestros sueños nos habían advertido. En ese caos, nuestros ancianos vieron una oportunidad de... ocultar la verdad. Crearon una leyenda misteriosa alrededor de la enfermedad, llena de supersticiones y de medias verdades. Se creó el círculo de sanadores para conocer la verdad y crear el remedio con una mezcla de muchas plantas y hierbas, todas inútiles excepto una, de modo que nadie pudiera identificarla. Las historias fueron pasando de generación en generación, y el conocimiento fue olvidado.

Como antes, lo familiar de la historia de Matisa desencadena una sensación desagradable en mi estómago.

—Suenan igual a como mi gente empezó a creer en el *malmaci* —digo. Pienso en cómo las creencias populares cambiaron con el paso de los años de un mal que causaba una enfermedad a un monstruo que podía raptar gente del bosque—. Suenan como el padre del hermano Stockham, perpetuando el mito del espíritu maligno para conservarse en el poder.

Aprieta los labios. La hice sentir mal.

—Pero sé que esto es distinto —añado pronto.

—Quizá no tanto —aunque sonrío, un asomo de tristeza nubla sus ojos—, pero

era necesario. Los métodos de mis ancestros para mantener el remedio en secreto pueden haber sido deshonestos, pero si los *sohkâtisiwak* están haciendo lo que temo, probaría que mientras menos gente conozca la verdad, es mejor.

Si lo que dice es cierto, significa que ser una de esas pocas personas te pone en peligro: te vuelve valiosa para la gente que usaría esa verdad para sus propios fines. Lanzo una mirada rápida hacia Kane. Todavía está escuchando a su mamá, asintiendo. Sus ojos reflejan preocupación.

De pronto desearía que no hubiéramos encontrado a los Jameson. Llevarlos al cruce nos retrasará solo un día, pero incluso ese día extra me pone nerviosa. Y el hecho de que soy la razón por la que nos retrasamos...

—¿Hueles eso? —me pregunta Matisa, inclinando su rostro hacia el viento.

Frunzo el ceño y niego. No percibo otro olor que el de la humedad fresca del bosque.

—Tú sabes que soy inútil para esas cosas —digo. Matisa y los muchachos siempre huelen y ven las cosas mucho antes que yo.

—Es verdad —me da la razón. Una sonrisa juguetona ilumina su rostro. Y entonces me toma del brazo—, pero me da mucho gusto que estés aquí, Em. Me siento... mejor porque estás aquí.

Miro sus dedos y mi sueño regresa a mi mente. Sus dedos crispados emergiendo de la tierra. Y ella emergiendo, mitad esqueleto. En mi primer sueño, Matisa estaba muerta. En el más reciente, está a medio camino entre la muerte y la vida. Quizá mis sueños me indican que voy por el camino correcto.

—Creo que mis sueños me señalan eso también —digo. Veo cómo voltea el rostro de nuevo hacia el viento y arruga la nariz sin entender a qué me refiero. Debería decirle. Ella podría ayudarme a entender el sueño. Pero...

Reconcíliate.

El sueño me está pidiendo que acepte algo, y siento como si fuera algo que ya hice. El asentamiento, Matisa, la vida y la muerte. ¿Es que mi sueño me dice que debo hacer las paces con lo que he aceptado mantener en secreto? ¿O me está pidiendo que acepte lo que hice al encontrarla? ¿Con lo que pasó después de...?

—¿Qué es eso? —La voz de Kane proviene de atrás.

Miro hacia donde él señala, entre los árboles.

Algo cuelga de las ramas.

¿Un atado de ramas? Lo que sea, no parece natural. No parece que pertenezca al árbol.

Parece que fue puesto ahí.

Matisa se asoma entre los árboles.

—No lo sé, pero creo que de ahí viene el olor.

—Quédate aquí —le dice Kane a su mamá y le entrega la rienda de Pecas.

Matisa y yo seguimos a Kane entre los árboles, con nuestros ojos fijos en el atado de ramas. El modo en que se tuerce en la brisa —lento, perezoso— me eriza la piel.

Cuando nos acercamos más, percibo el olor. Es repugnante y dulce, podrido, como de carne vieja.

Nos detenemos y miramos. Nos cubrimos la nariz para bloquear el olor y entrecerramos los ojos ante la luz que se filtra entre las ramas de los álamos. Me alejo un poco y uso mi mano libre para cubrirme del sol y ver mejor. El bulto está amarrado con una red de cuerdas. Entre ellas se pueden ver parches de carne y pelaje. Trozos de blanco hueso sobresalen de la red. Las moscas zumban alrededor.

—¿Qué es eso? —pregunta Kane.

—¿Un paquete de comida? —sugiere Matisa, mirando el bulto con curiosidad—. Quizá lo olvidaron por error.

—No entiendo —digo—. ¿Cómo que un paquete de comida?

El ojo del animal que ahora es un bulto me mira. Creo que también distingo un hocico.

—Estamos viajando por tierras de depredadores —dice—. He escuchado de gente que cuelga de los árboles sus paquetes de comida para mantenerlos fuera del alcance de los animales —frunce el ceño—, pero mi gente no hace eso. Tenemos otros métodos para evitar a los grandes depredadores, y sabemos bien cuándo están cerca.

La miro, sorprendida.

—Dejan muchas señales —dice.

—Pues esto tiene aspecto de llevar mucho tiempo ahí arriba —dice Kane.

—Ya no sirve —le da la razón Matisa.

Miro de nuevo al grupo.

Isi y Nishwa se acercan a donde estamos, sus ojos están fijos en el bulto nauseabundo.

Hay algo que me da mala espina.

Cuando vuelvo a mirar hacia arriba, me doy cuenta de qué es. Desde donde estoy, puedo ver el hocico. Está cubierto de sangre negra. Cuando miro con más atención, puedo notar que la sangre brota de un ojo.

Esto no es la comida de alguien. El animal tenía la Hemorragia.

¿Por qué alguien lo colgaría...?

Un grito corta el aire detrás de nosotros y me saca de mis pensamientos.

Miramos hacia el punto donde venían Isi y Nishwa. Han desaparecido... No, puedo ver la parte de arriba de la cabeza de Isi entre los arbustos y los altos helechos. Matisa corre hacia ellos. Kane la sigue de cerca.

Cuando los alcanzo, los encuentro en el suelo, ocultos tras los matorrales. Matisa está inclinada sobre Isi, que está arrodillado junto a Nishwa. Nishwa yace sobre su costado, con la pierna doblada de un modo antinatural.

—¿Qué pasó? —pregunto.

Están hablando rápidamente entre ellos en su lengua, y no alcanzo a ver por detrás de Matisa qué es lo que mantiene a Nishwa en el suelo.

—¡Dame un trozo de tela! —me dice Matisa. Nishwa deja escapar otro grito

como el que escuchamos antes.

Intento desabrocharme mi *ceinture*, tan rápido como puedo.

—¿Puedo ayudar? —pregunta Kane.

—Está bien —dice Matisa, con la voz más calmada—. Mantén apartados de aquí a los otros para que no se asusten.

Kane obedece y me apresuro a pasarle mi *ceinture* a Matisa, que está arrodillada junto a Isi.

La palidez de Nishwa no es natural, y veo que respira con dificultad, entre quejidos.

Debajo de la faja brillante que Matisa está atando a la pantorrilla de Nishwa veo sangre, carne... y metal.

Oh, Altísimo...

El pie de Nishwa está atrapado en una trampa de metal. Es grande, mucho más que las trampas que mi papá acostumbraba poner por si algún lobo se aventuraba a traspasar el asentamiento, y los dientes de un lado se hunden en la carne de la pierna, justo arriba del calzado.

Los dientes del otro lado no llegaron a la pierna: los detuvo una rama que ahora está presionada contra la espinilla. La sangre sale a borbotones alrededor de los dientes metálicos que muerden la carne.

La pierna de su pantalón está empapada del líquido oscuro.

Matisa envuelve la tela alrededor de la rodilla y la amarra.

—Necesitamos quitar la trampa —intento decir con firmeza, pero mi voz es demasiado aguda. No puedo dejar de mirar la sangre. Resbaladizos goterones carmesís cubren su pierna y el suelo debajo de ella.

Isi la examina. Recorre con las manos las bisagras de la trampa con mucho cuidado, como si temiera que pudiera cerrarse con más fuerza si la manipula de forma equivocada. Luego le habla a Matisa en su lengua. Su voz es baja y tensa.

Ella examina la trampa con la misma precaución. Revisa cada centímetro sin tocarla.

—Tuvo suerte de que estuviera ahí la rama. Sin ella, habría perdido el pie.

Nishwa gime de nuevo. No sé qué hacer, así que me acerco y tomo su mano. Él aprieta tanto la mía que siento que va a pulverizarme los dedos.

—Si hubiera tenido su caballo... —empieza a decir Isi.

—Ahora no —lo interrumpe Matisa, molesta—. Esto no es culpa de nadie.

Isi levanta la barbilla y desvía la mirada. Nishwa gime y aprieta mi mano.

Matisa vuelve a examinar la trampa.

—Necesitamos algo firme para abrirla.

—¿Una rama?

—No sería suficiente, necesitamos algo más duro.

—Los rifles —dice Isi.

Matisa asiente. Ella e Isi intercambian una mirada, molestos.

Los miro a ambos.

—¿Qué estamos esperando? ¿Cuántos rifles necesitamos? —Me pongo de pie.

Matisa levanta una mano para detenerme.

—Usarlos así podría arruinarlos. Son armas viejas, podrían doblarse.

Frunzo el ceño. No puedo entender cómo se preocupa por los rifles cuando Nishwa está sufriendo. Entonces me doy cuenta de que no está preocupada por los rifles: le preocupa que los otros no quieran entregarlos.

Pero se equivoca. Estoy segura de que *frère* André y la hermana Violet no lo pensarán dos veces si eso significa salvar la pierna de Nishwa.

—¿Cómo está Nishwa? —pregunta Kane mientras se apresura hacia nosotros entre los árboles.

Los demás permanecen a unas cincuenta zancadas de donde estamos y miran hacia esta dirección. Charlie está en pie a un lado, intentando ver.

—Altísimo —murmura Kane cuando está se acerca—. Esa trampa... pasamos justo sobre ella.

—La rama detuvo la trampa. Si no lo hubiera hecho, el metal le habría arrancado el pie —siento náuseas.

Kane me pone una mano en la nuca.

—Necesitamos algo más duro que una rama para hacer palanca —dice.

—Lo sabemos —responde Isi.

—Algo de metal —digo.

Kane entiende a qué me refiero y responde:

—Los arruinará.

Todos guardamos silencio.

Kane asiente.

—Ahora vuelvo.

El tiempo pasa y seguimos hablando de los rifles. La hermana Violet y *frère* André vieron la pierna de Nishwa y ahora hablan sobre el asunto entre murmullos.

No lo resisto más. Me retiro del árbol contra el que Kane y yo estábamos recargados, con la intención de ir con ellos y decirles lo que pienso.

Kane me toma del brazo para detenerme.

—Tomarán la decisión correcta —dice—. Solo están asustados. Espera, será mejor que no patees el avispero.

Pero no estoy tan segura. Puedo ver la duda en sus ojos, y la forma en que la hermana Violet agita las manos, como si estuviera tratando de hacer un conjuro para hacer aparecer un mejor plan de la nada.

André sostiene dos rifles, uno en cada mano, y los sopesa mientras habla. Violet niega con la cabeza y luego señala a los niños y los caballos. Luego se cruza de brazos y aprieta la mandíbula.

Y entonces pasa algo realmente extraño. Charlie se les acerca. Extiende una mano y habla en voz baja. Estoy desesperada por saber qué dice, pero Kane me aprieta el

brazo con más fuerza para mantenerme en mi lugar.

Un momento después, André va a donde está Nishwa. Lleva los rifles. Charlie lo acompaña.

Me apresuro a alcanzarlos.

—¿André?

—*Pas maintenant*, Emmeline. Vamos a liberarlo. *Et après, tu peux aider*.

Dice que después podrá ayudar. Supone que podrá curarlo, pero yo jamás había visto una herida así. Miro a Matisa, que observa a Nishwa con los ojos muy abiertos.

Puedo ayudar. Tengo que hacerlo. Me quito el morral de la espalda y empiezo a buscar en él, entre las raíces y hierbas que traigo. Voy a necesitar fuego y agua.

Encuentro un área de terreno seca a unos pasos de donde está Nishwa y empiezo a encender una fogata con las ramitas y hojas que encuentro cerca. Saco mi pedernal y logro una chispa. Le soplo para avivar las llamas. Antes de que me dé cuenta, Charlie está ayudándome. Busca ramas más grandes para alimentar el fuego.

André está ocupado dando indicaciones para remover la trampa. Puso los rifles como cuñas en los ángulos donde se unen los lados de la trampa y los enterró, firmes, en el suelo.

—Les diré a los chicos que nos detengamos un momento —me dice Charlie y va de nuevo hacia los caballos, tan rápido como se lo permite su maldita cojera.

—Isi *et* Kane, tomen rifles —dice André—. Cuando les diga, los jalen *comme ça* —y les enseña con un ademán lo que deben hacer—. *Avec toute votre force* —que lo hagan con fuerza—. No tener mucho tiempo. Yo jalo trampa. Si rama viene también, *bien*.

Isi y Kane toman sus lugares. André pone la mano bajo la trampa de un modo que, espero, mantendrá alejados sus dedos cuando el metal preense de nuevo.

Vierto agua en el tazón de metal de Matisa y lo pongo al fuego. Añado milenrama y me concentro para que hierva rápido. No quiero mirar, pero mis ojos van hacia la escena, donde André se sienta y mira con atención la trampa.

—*Alors* —dice André—, *maintenant*.

Los antebrazos de Kane se endurecen al tiempo que jala el rifle. Isi hace lo mismo, mientras aprieta los dientes con fuerza. Muy despacio, las bisagras comienzan a separarse.

—*Un peu plus*. Poco más —dice André, su mano está lista.

Isi tensa la mandíbula cuando él y Kane jalen en direcciones contrarias, con firmeza. Un jalón violento de un lado podría significar un desastre.

La tenaza se abre un centímetro más y André comienza a deslizarla hacia abajo.

Nishwa deja escapar un alarido cuando los dientes de la trampa desgarran su piel una vez más, pero finalmente su pie está fuera. André la deja en el suelo. Kane e Isi liberan los rifles y la trampa vuelve a cerrarse con fuerza, con un ruido metálico que hiela los huesos.

Matisa se apresura a poner un trapo alrededor de la pierna de Nishwa. Le habla

con palabras suaves y presiona sobre la herida a pesar de que él grita de nuevo al sentir el contacto. Ella me lanza una mirada preocupada y yo asiento, intentando hacerla sentir más segura.

El rifle que sostenía Kane está doblado, puedo verlo desde aquí. El de Isi se ve bien. André mira a Nishwa, toma los rifles y se los cuelga al hombro. Usa el borde de su *ceinture* para secarse el sudor de la frente. Su mirada es de satisfacción. De alivio. Pero su cara parece más vieja que antes.

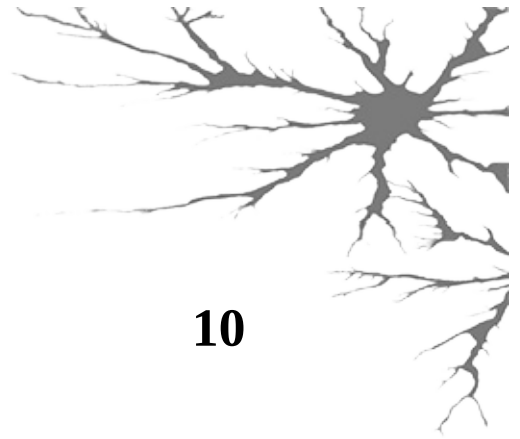
Camina hacia mí y posa una mano sobre mi hombro.

—*Doucement* —dice. Que lo haga con suavidad.

—Por supuesto —le respondo. Vuelve a secarse la frente y se da la vuelta.

—André —le digo, antes de que se aleje—. ¿Qué les dijo hace rato Charlie? ¿Cómo los convenció de usar los rifles?

—Dice que nos dará su arco. Fue, *comment on dit?*, intercambio.



Sólo descansa —le digo a Nishwa mientras aprieto suavemente su hombro. Matisa voltea desde la hoguera, donde está vigilando una olla de té. Una vez que detengo la hemorragia con mi pasta de goma de pino y milenrama, le doy a Nishwa de la tintura que preparó Matisa para mi pie, con la esperanza de que adormezca un poco el dolor. El vendaje se ve bien, pero él descansa sobre su espalda con los ojos cerrados y su rostro tiene una palidez poco sana. Coloco la vasija con la tintura al alcance de su mano.

Matisa hace un gesto de agradecimiento.

—Te prepararemos más, Em —me dice.

Un escalofrío de culpa me golpea cuando pienso que ella no tendría que agradecerme. Dejo a Kane con Nishwa y me alejo, respirando profundamente. Isi da vueltas alrededor del improvisado punto de descanso. El resto del grupo se ha aventurado más lejos para desempacar las provisiones para la comida del mediodía. Nadie está seguro de cuánto tiempo estaremos aquí, de qué tanto vale la pena establecernos. Pero ninguno habla acerca de movernos o de levantar el campamento.

Charlie está sentado con su familia, observándonos. Dio su posesión más preciada para ayudar a salvar la pierna de Nishwa. Todavía no termino de creerlo.

—Nishwa necesita mejores medicinas —la voz de Isi interrumpe mis pensamientos. Me sobresalto y volteo para encontrarlo con los brazos cruzados—. Esa trampa seguramente le rompió la pierna.

—No sentí que hubiera nada fuera de su lugar —le digo.

Isi hace un ademán despectivo.

—Las fracturas son difíciles de encontrar —encoge los hombros.

Volteamos a donde está tendido Nishwa. Kane revisa su frente para ver si tiene fiebre. Se da cuenta de que lo estamos observando, se pone de pie y se une a nosotros.

—Necesitará tiempo para sanar —dice Kane.

—Estoy segura de que si hubiera un hueso fuera de su lugar, lo habría encontrado —le digo a Isi. Él me ignora.

—Necesita ver a nuestro *âstehowew*, nuestro curandero.

—Sé lo que significa. Y sé cómo atender heridas —le respondo.

—¡Esto no tiene que ver contigo! —Se enoja.

Siento que la ira surge de mi pecho.

—¿Estás seguro de eso? ¡Porque todo lo que estás haciendo es señalar en qué he fallado!

—Tranquila, Em —dice Kane.

El rostro de Isi oscurece. Da la media vuelta y se aleja.

Kane se cruza de brazos.

—¿Qué pasó? —La curva de su entrecejo está arrugada y sus ojos muestran preocupación.

—Solo me estaba defendiendo —digo.

—Isi no estaba diciendo que fueras responsable...

—Soy responsable de lo que pasó. Por mi culpa nos dirigimos hacia ese cruce, por mi culpa estamos en estos bosques.

—Em...

—Nishwa tuvo que ceder su caballo a la familia de Charlie por mi culpa. Si no lo hubiera hecho, no habría pasado por ahí a pie. Y ahora Isi está seguro de que no lo curé adecuadamente.

—Solo está preocupado.

Bajo la mirada y me abrazo.

—Es solo que... —Tengo que obligarme a decir las palabras— Isi tiene razón: Nishwa tiene que volver.

A pesar de que quiero creer con todas mis fuerzas que lo curé adecuadamente, sé que no estará mejor mañana, ni al día siguiente.

Kane asiente.

Nos miramos uno al otro.

—Así que dejamos a Charlie y a su familia —pero cuando pronuncio esas palabras me siento enferma. Aprieto más los brazos alrededor de mi cuerpo.

La frente de Kane se arruga aún más.

—Es solo un día más. Si simplemente siguen el curso del río...

No puedo seguir diciéndolo. No puedo estar segura de que lo consigan. Pero tampoco puedo pedirle a Matisa que sigamos por esa ruta. Ya ha hecho demasiado por nosotros.

—Em —dice él—. Mamá... está asustada.

Asiento. Puedo entenderlo.

—Está bien. Entonces intentaremos continuar...

—No —me interrumpe—. Lleva un buen rato hablando de lo que dijo el hombre de los mapas. Acerca de los renegados, esa gente en la que no se puede confiar. Quien haya puesto la trampa debe estar cerca.

Un buen rato. Recuerdo haberlos visto hablando por la mañana.

—Lo que acaba de pasar la hizo decidirse.

—¿Decidirse?

—Quiere ir al cruce —dice—. Quiere ir al este.

Doy un paso atrás, sorprendida.

—¿Con Charlie y los otros?

—No *con* ellos —dice—. Pero... quiere ir a ese puesto de avanzada del Dominio.

Piensa que ahí la ayudarán a llegar al este —Kane se rasca la nuca—. Si dejamos aquí a Charlie, dejaremos también a mi mamá y a los chicos. Y yo... no puedo hacer eso. No puedo abandonarlos mientras no sepa que estarán a salvo.

Lo miro fijamente mientras comprendo lo que dice.

—Tú... tú quieres ir con ella —mi estómago se tuerce.

—Quiero llegar al cruce.

—Pero... ¿y entonces qué? Ellos aún tendrían que viajar al este varios días. ¡Henderson dijo que el puesto de avanzada está a días de distancia!

—No sé —dice—. ¿Quizá tú y yo podríamos llevarlos?

Lo miro, conmocionada.

—No puedo dejar a Matisa.

Después de todo lo que ella ha hecho, no puedo abandonarla ahora. Traer a la familia de Kane fue un sacrificio para Matisa, un sacrificio para que Kane no tuviera que hacerlo. Y traer a la familia Jameson fue otro: accedió a ayudarme para que yo pudiera vivir conmigo misma. Y mis sueños me dicen que debo quedarme con ella.

—Entonces ella puede venir con nosotros —dice Kane.

Sigo mirándolo fijamente.

—¿A ver a la gente que ella cree que lleva la guerra a su hogar? —Mi voz está cargada de incredulidad.

Se pasa la mano por el rostro.

—No *sabemos* si eso es verdad —dice.

—No —digo—. No le puedo pedir eso.

Entrelaza sus manos detrás de su cuello y levanta la vista al cielo mientras resopla. Los álamos rechinan alrededor de nosotros como si estuvieran inquietos, como si pudieran sentir nuestra desesperación.

Kane no va a dejar a su mamá y a sus hermanos ahora. Puedo verlo en su rostro, su postura.

Pero... no. Necesito arreglar esto. Encontrar un punto medio. Hace días, Matisa habló acerca de mandar a su hermano y su primo en avanzada si íbamos demasiado despacio. Eso fue antes del accidente de Nishwa. Sé que es pedirle mucho que se quede con nosotros ahora, pero no tengo muchas opciones.

—Le pediré a Matisa que se quede con nosotros hasta que llegemos al cruce —digo—. Quizás encontremos un asentamiento después de todo. O quizás hallemos gente buena que pueda conducir a tu mamá y a los chicos al este.

Kane deja caer los brazos y me mira.

—No puedo dejarlos hasta no saber que están a salvo —dice.

Me cuesta trabajo pasar saliva.

—¿Pero si Matisa viene con nosotros, y vemos que todo pinta bien para tu mamá y los chicos?

Esquiva mi mirada.

—Supongo que tendremos que lidiar con eso cuando sea el momento —dice.

Miro fijamente su perfil e intento detener las lágrimas que están por escapar de mis ojos. Aquel día en la ribera del río viene a mi mente, su piel ardiendo contra la mía.

Iré a donde tú vayas, dijo entonces.

Pero es mentira.

El enojo vuelve a encenderse en mi pecho. Él sabe lo importante que es para mí estar aquí, sabe que prometí quedarme con Matisa.

Trago saliva y me aclaro la garganta.

—Veamos qué dice Matisa —digo.

Asiente.

—Creo que será lo mejor.

—Los llevaré al cruce —dice Matisa, y la mano helada que estrujaba mi corazón deja de apretar.

Hago un esfuerzo para no dejar escapar un suspiro de alivio.

—Nishwa debe irse —dice Isi, entrecerrando los ojos. Un músculo se tensa en su mandíbula.

Kane y yo estamos de pie con ellos junto a un adormilado Nishwa, a buena distancia del campo para que los otros, que se preparan para la noche, no nos escuchen.

—Lo sé.

Isi mira fijamente a Matisa mientras ella se inclina sobre el pie de Nishwa. Su expresión no revela preocupación cuando, con suavidad, acomoda el pie lastimado de su primo.

—He estado soñando contigo, Isi, cuidabas de un ave herida —dice y lo mira—. Quizás esto es lo que el sueño significa. Tú puedes llevarlo a nuestro hogar.

—¿Y dejarte aquí? No —Isi sacude la cabeza—. Eso no es lo que significa tu sueño. Tú debes volver con Nishwa y conmigo.

—No —dice Matisa con firmeza, bien plantada con los brazos cruzados—. Ahora también la familia de Kane necesita llegar al cruce. Mantendremos el curso. Ustedes pueden dar a nuestra gente las noticias sobre el Dominio.

En estos momentos, siento tanto amor por Matisa que quisiera gritar.

Isi comienza a hablar en su lengua. Suena a protesta.

—¡Habla en su idioma! —explota Matisa—. Em y Kane merecen saber lo que piensas.

—¡Muy bien! —grita Isi. Se voltea bruscamente hacia nosotros y su grito es tal que podría despellejar a un ciervo—. ¿Quieren saber qué pienso? Se los digo: pienso que mi madre me mataría con sus propias manos si regreso sin Matisa y le digo que la

dejé a merced de una portadora de muerte cara pálida.

Los ojos de Matisa se abren con horror. Ella me lanza una mirada y toma del codo a su hermano, lo jala hacia sí.

—Em es nuestra *amiga* —sisea.

Isi se aparta bruscamente.

—¿Lo es? —pregunta—. ¿Una amiga que te impone una carga y luego te pide que abandones a un familiar herido para que ella no tenga que afrontar la responsabilidad de esa carga?

La sangre se agolpa en mi rostro.

Los ojos de Matisa relampaguean.

—Em hizo lo que su corazón le dictó. Y yo haré lo que el mío me indica.

Él se da la vuelta, murmurando:

—Sabía que esto iba a pasar.

—¿De qué estás hablando? —le pregunta Matisa.

Isi vuelve a enfrentarla.

—¡Confié en ti! Hice todo lo que me pediste. Cuando querías encontrar el asentamiento, te seguí. Cuando quisiste quedarte en el asentamiento, me quedé. Y entonces saliste con que estabas segura de que necesitábamos traer a Em con nosotros cuando por fin íbamos a volver. Pero ya es suficiente, Matisa. No puedes vivir persiguiendo sueños que crees que te muestran el futuro.

La mirada de Matisa relampaguea con dolor. Su voz es un rugido:

—Nunca te pedí que vinieras conmigo.

Isi retrocede como si lo hubieran abofeteado. Necesito detener esto.

—Isi tiene razón —digo abruptamente—. Nishwa no puede hacer el viaje con nosotros así como está, necesita volver con tu gente.

Los ojos de Isi me miran un momento, pero parece molesto por mi intervención.

—Ya dije que Isi puede llevarlo —insiste Matisa. Nunca la había visto tan enojada. Sus ojos desprenden un brillo que no le conocía y dos manchas han aparecido en sus mejillas.

—¡Y yo dije que no me iré sin ti! —grita él.

Se miran fijamente uno al otro. Matisa tiene los puños cerrados.

—¿Ya terminaron? —pregunta una voz. Miramos a Nishwa, que nos observa con un ojo entreabierto.

Matisa se apresura a ir a su lado, se arrodilla y se aparta un mechón de cabello. Le ayuda a sentarse.

—Pensábamos que estabas dormido.

—Es difícil dormir con ese escándalo —hace una mueca de dolor cuando se incorpora para mirarnos—. Tengo una idea para que guarden silencio: nadie va a ninguna parte. Matisa, quédate con el grupo. Isi, quédate con Matisa. Regresaré solo.

Isi resopla y Matisa comienza a protestar, pero Nishwa los interrumpe:

—Mi pierna está lastimada pero no estoy muriendo. Si cabalgo sin parar, puedo

estar en casa en cuatro días.

—Ese plan es terrible —dice Isi—. Obviamente hay recién llegados en el camino. Iremos contigo.

—Iré en mi caballo y conozco la ruta de vuelta —dice—. Tengo la tintura de Em. Y llevaré un rifle.

Todos nos inquietamos con eso último. Nos quedan dos rifles. Si él se lleva uno...

—No sabes disparar —protesta Matisa.

—André me enseñó —dice Nishwa.

Isi bufa de nuevo.

—Isi, Matisa cree que ella y Em deben permanecer juntas —dice Nishwa—. No puedes pedirle a Em que abandone a su gente y no puedes pedirle a Matisa que abandone a Em —luego habla en su lengua.

La mandíbula de Isi se tensa, pero permanece en silencio.

—Deja que me vaya solo o deja a Matisa y ven conmigo. Pero ella no va a acompañarnos.

Isi mira a Nishwa y luego a Matisa. Ella levanta la barbilla, desafiante. Cuando los ojos de Isi se encuentran con los míos, su mirada es de fuego.

—Sabía que todo esto era una mala idea —murmura—. Lo sabía.

Se da la vuelta y sale en dirección al bosque.

—Matisa... —comienzo a decir, con culpa y alivio a la vez. Pero darle las gracias me parece inadecuado. Siento que es como menospreciar su sacrificio.

Nishwa habla, salvándome de continuar:

—Necesitaré ayuda para empacar —dice.

Nishwa está ya sobre el caballo y lleva suficientes provisiones para cuatro días. También uno de nuestros preciados rifles. La mandíbula de Isi está tensa, como es habitual en él, y sus ojos están entrecerrados. Se inclina hacia adelante, le dice a Nishwa unas cuantas palabras en su lengua y el otro asiente. Nishwa se inclina hacia Matisa y toca con su frente la de ella. Entonces hablan quedo entre ellos, en su lengua. En esos susurros se percibe con intensidad el amor fraternal que sienten el uno por el otro.

El rostro de Nishwa se pone serio cuando nos mira a los demás.

—Cuídense —dice.

Dirige su caballo hacia el oeste y se pone en marcha. La hermana Violet se lleva a los niños, siguiendo a André, que se retira a empacar. Matisa, Isi, Kane y yo nos quedamos mirando a Nishwa hasta que el bosque parece tragárselo.

—¿Cuatro días? —pregunto.

—Cuando mucho —dice Matisa—. Estará bien.

—Eso no lo sabes —murmura Isi.

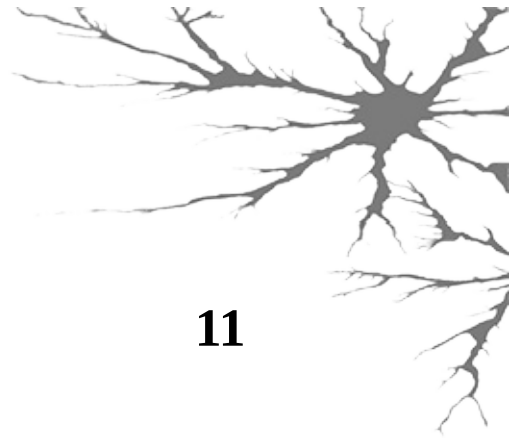
—Isi, Nishwa estará bien —insiste Matisa—. Y estaremos juntos de nuevo muy pronto.

Isi la mira con enojo antes de hablar.

—¿Tú crees? —pregunta como si estuviera comiendo una baya amarga.

Ella asiente.

—Ya tomaste tu decisión, así que no hace falta que castigues a nadie por ella. Isi vuelve a mirarla fijamente. Sacude la cabeza y se aleja de nosotros.



La luz de la mañana baña nuestra tienda con un brillo suave y cálido, pero despierto con esa sensación gélida en el pecho. Me levanto con cuidado de no despertar a Matisa. Mi pie malo protesta con un dolor palpitante. Me inclino para tomar la tintura de mi morral antes de recordar que se la di a Nishwa. Matisa dijo que prepararíamos más ella y yo, pero anoche estábamos demasiado conmocionados como para hacer algo más que mudarnos lejos de aquella carnada apestosa, levantar el campamento, comer y retirarnos a dormir.

Por lo menos eso es lo que he estado diciéndome: así es como he tratado de explicarme el hecho de que Kane evitó mi mirada durante el tiempo que estuvimos en torno a la fogata. Me digo que por eso se apresuró a ayudar a su mamá a preparar a los chicos para dormir y no regresó a donde yo estaba. Diciéndome eso es que pude conciliar el sueño, con el pecho tenso solo de pensar en que llegaremos al cruce. En que llegaremos al cruce y Kane partirá al este con su mamá.

Piso con fuerza con mi pie malo cuando salgo de la tienda y dejo que el dolor intenso me haga olvidar ese pensamiento. No le había hecho eso a mi pie en mucho tiempo. No había necesitado hacerlo. Pero pensar en Kane, y ver a Nishwa marcharse solo ayer ha hecho que el hielo en mi pecho se sienta pesado. Además, ahora tendremos que ir despacio, para cuidarnos de no caer en esas horribles trampas escondidas.

Al menos sabemos cuál es la carnada. Probablemente la oleremos antes de verla. E iremos despacio, pero Nishwa se asegurará de llegar a tiempo a su hogar para alertar a los cazadores.

Si nada malo le pasa en el camino.

Me dirijo al río para lavarme. Los sauces en la ribera todavía están cubiertos de rocío y el sol matutino destella sobre la orilla distante, persiguiendo a la niebla que se aleja lentamente. Mientras busco un lugar adecuado, me doy cuenta de que la corriente de agua cae y desaparece a unos cincuenta pasos río abajo. Las orillas son altas, abruptas. Y el agua simplemente desaparece.

Una chispa de emoción se enciende en mí. Siguiendo una corazonada regreso al campamento y avanzo hacia el sur entre los árboles, en paralelo al río. Más adelante, la pendiente se inclina. El suelo aquí es suave; árboles delgados que no pudieron

mantenerse en pie yacen en montones desordenados entre el musgo. Me tropiezo sobre ellos y me agarro a las ramas para mantener mi camino en diagonal a través de la colina.

Cuando llego al fondo, puedo escuchar el río con claridad. Suena como *les trembles* moviéndose al viento, pero más fuerte. Con más urgencia. Me abro paso entre los matorrales. El aire se siente pesado, se adhiere a mi piel y a mi pelo como una telaraña gigante. Avanzo a tropezones hasta llegar a una orilla rocosa.

El río cae por la cara de rocas por encima de mí, una gran cascada de agua blanca que se precipita desde lo alto y se apresura a encontrarse con las aguas que se revuelven abajo. Las nubes de pequeñas gotas de agua suspendidas flotan hacia la orilla y acarician mi rostro. Cubren mis pestañas como el rocío. Mi pecho se inflama.

Toda mi vida había querido ver una cascada.

Alguna vez había visto una dibujada en un libro de cuentos de *sœur Manon*. En el asentamiento, el río crecía y avanzaba con fuerza durante la primavera, y yo lo imaginaba corriendo hacia alguna saliente rocosa, y a mí con él. Pero esto es mucho más poderoso que cualquier cosa que me hubiera podido imaginar. El sonido golpea con fuerza en mis oídos, en mi pecho.

Quiero quitarme las ropas de inmediato. Caminar por la orilla, sumergirme en el agua, escuchar desde abajo de la superficie el golpe de la cascada. No debería hacerlo. La corriente es muy rápida. Podría ser peligroso. Pero quizá podría meter solo los pies...

Me inclino y desamarro el calzado de mi pie malo. Lo acomodo en las rocas y me quito el otro. Mi corazón late fuerte mientras me saco las calzas y desanudo mi *ceinture*. Estoy a punto de despojarme de la túnica cuando percibo movimiento con el rabillo del ojo.

Me congelo.

No estoy sola.

Kane está en pie sobre las rocas, más abajo. Descalzo. Con el torso desnudo. Tiene un pañuelo en las manos del que escurre agua. Hay una rama en la comisura de su boca, probablemente menta silvestre, a juzgar por cómo la chupa. Su boca se detiene cuando me ve.

El hielo vuelve a mi pecho. Por meses, había querido estar aquí, en el bosque, con él, solo con él. Pero ahora...

Me sostiene la mirada, pero sus ojos muestran inseguridad.

El momento de ayer entre los árboles me ahoga: ese momento cuando me dio la espalda. Todo su cuerpo mostraba su indecisión: la forma en que estaba parado, la mueca en su boca.

Mi ira regresa. ¿Por qué no puede estar seguro de mí? Me arrodillo en el borde rocoso y ahueco mis manos. El agua es un golpe helado. La froto contra mi rostro y la bebo para lavarme la noche, y me siento en mis talones para mirar el río que se arremolina. Hay un punto cerca de la caída del torrente donde el agua está en calma.

El resto del río pasa con furia, se ensancha y revuelve conforme se apresura contra las rocas.

Kane se acerca. Saca la ramita de su boca y la arroja al río.

—Buenos días —su voz casi se ahoga con el rugido del agua.

—Buenos —murmuro sin dejar de mirar la cascada.

—Es sorprendente —señala con un gesto la caída de agua. Me quedo en silencio.

Una parte de mí quiere decirle lo importante que es ver la catarata, pero otra parte siente que él no tiene por qué saberlo.

Kane se acerca más, y ahora lo puedo escuchar del todo.

—Em... —Con el rabillo del ojo puedo ver que sus manos juegan con el pañuelo, retorciéndolo una y otra vez—. Lo lamento mucho. Lo de ayer.

—Está bien —me levanto y fijo la mirada en el agua—. Matisa decidió quedarse.

Pero mi voz tiembla. Me recargo en mi pie malo.

—No, no está bien —dice—. Fue... bueno, todo ya estaba tenso con traer a los Jameson. Y entonces el accidente de Nishwa...

Espero.

Se detiene, retuerce el pañuelo.

—Es diferente aquí afuera, Em.

—Lo es —digo, con la voz todavía dura—. Es diferente.

Espera, pero no le ofrezco nada más. Suspira.

—Sé que ayer pareció que cambié de opinión, pero solo tenía la esperanza de que no me pidieras abandonar a mi mamá y a los chicos en ese momento. Tenía la esperanza de que encontráramos la forma de solucionarlo...

—Yo estaba buscando una solución.

—Lo sé —suspira—. Yo solo... Todo está de cabeza.

En este punto, los ojos se me llenan de lágrimas. Parpadeo varias veces para ahuyentarlas, y hablo con la voz tensa:

—No puedo pedirte que hagas algo que no quieres hacer.

—Lo que quiero es estar contigo —su voz es suave, casi un susurro, y hace que mi sangre se agolpe en mi interior.

Metó el pie bueno al agua. El rocío cubre mis piernas desnudas.

—Lo lamento —dice de nuevo—. Sé lo mucho que significa para ti estar fuera del asentamiento. Lamento que no haya sido... mejor.

Y ahora, *ahora* lo miro.

Está de pie, rendido. Una mano sostiene el pañuelo pero la otra está levantada, como si quisiera alcanzarme sin estar seguro. Sus ojos examinan mi rostro con una mirada ansiosa y esperanzada a la vez. El hielo en mi pecho se derrite.

—Está bien —digo—. Yo también lo lamento.

Sonríe con esa media sonrisa que hace que mi corazón lata al triple, y por un momento me pierdo en su calidez, en su promesa de protección.

Rompe el hechizo fingiendo que frunce el ceño, y señala con la cabeza mis pies

en el agua.

—Pensé que no sabías nadar —y dobla los brazos sobre el pecho.

El movimiento llama mi atención y, de pronto, la certeza de que su torso está desnudo me golpea con fuerza.

—Y n-n-no sé —tartamudeo—. Solo iba a chapotear. En esa laguna.

Mira por encima de su hombro hacia donde la corriente avanza, frenética. Sus brazos siguen sobre su pecho, su torso es todo líneas firmes y ondulantes. *¡Oh, por la Gracia!...* Bajo los ojos, mientras mi corazón golpea con fuerza en mi garganta.

—No puedes llegar ahí si no sabes nadar. No es seguro —finge severidad con voz firme.

Hay una pausa larga. La cascada ruge. Intento sosegarme, hacer que las mariposas en mi estómago se apacigüen.

—Dijiste que me enseñarías —le digo.

—¿Ah, sí? —Y da un paso hacia mí.

Casi sin aliento alcanzo a decir:

—Sí, tú dijiste.

¿Por qué estoy temblando como una mariquita? Lo conozco. Conozco la sensación de tenerlo aprisionándome contra las paredes de la cabaña, besando mis labios tan fuerte que me hacía perder el aliento. Conozco la sensación de tener su cuerpo apretado contra el mío. De hecho, está grabado con fuego en mi memoria. Pero...

En estos momentos es distinto. El bosque y la cascada, mis piernas desnudas y él de pie, con los brazos cruzados y sus ojos oscuros en mi rostro.

Se siente un poco fuera de control.

Trago saliva. Puedo ver que él lo siente también.

Está nervioso.

La hojarasca cruje. Miro hacia el bosque, esperando ver a alguien del grupo que llegue a arruinar el momento... pero nadie aparece. El ruido cesa.

Kane deja que sus brazos caigan a sus costados y da otro paso hacia mí. Estamos tan cerca que puedo sentir el calor que irradia su piel desnuda.

—El agua va a estar fría.

—Lo sé.

—No puedes dejarte puesta la túnica si no quieres que te hagan preguntas.

También lo sé. No puedo regresar al campamento con la ropa mojada. Como respuesta, desato la tira de cuero de mi trenza, recojo mi cabello en la parte alta de la cabeza y uso la tira de cuero para mantenerlo en su sitio.

Se acerca más y retira una hebra de cabello rebelde de mi mejilla.

—Muy bien —dice.

El agua está fría. Hace que pequeños escalofríos suban por mis piernas hasta un punto en mi cuello, debajo de la mandíbula, donde la sensación palpita. Jadeo pero sigo caminando dentro del agua, pisando con cuidado las pequeñas piedras del fondo.

—¿Ya estás dentro? —pregunta Kane, que está de pie, de espaldas a mí.

Me sentí un poco tonta al pedirle que se diera la vuelta, pero él ni siquiera levantó una ceja, solo asintió y se volteó.

Dudo cuando el agua alcanza mis corvas. Mi pie malo está adormecido, pero el resto de mí siente cómo el hielo agujonea mi sangre. Es mejor hacerlo rápido. Aprieto mis brazos sobre mis senos, tomo aire y me sumerjo hasta la cintura. Se me escapa un grito.

—¡Ya!

Él también se quitó las calzas. Puedo escuchar cómo entra al agua y salpica detrás de mí. La piel de mi espalda desnuda se eriza cuando él se acerca, caminando dentro del agua. Y llega a mi lado. Mantengo los brazos apretados contra el pecho con firmeza y le echo una mirada. Está sumergido hasta la cintura, el agua turbia vuelve borroso su cuerpo bajo la superficie, y su pecho está tenso por el frío.

—Tenemos que quedarnos en esta laguna, la corriente se ve muy fuerte —dice y señala con un gesto el agua—. Te dará menos frío si te metes completamente.

Me alcanza. Lo dejo tomarme del codo y guiarme a una zona más profunda. La cama del río llena de guijarros se convierte en suave arena y desciende súbitamente, de modo que el agua me llega a la clavícula. Estoy temblando. Las mariposas en mi estómago tienen alas de hielo. Me estoy congelando. Él debe estar igual. Y con todo... puedo sentir que irradia un calor que me abrasa.

Me hace volverme hacia él. Bajo los brazos y siento un nuevo golpe helado cuando el agua me cubre por completo. Lo alcanzo y me aferro a su nuca. Sus manos encuentran la parte baja de mi espalda y me acercan a él más y más, sus ojos se clavan en los míos, sus labios se entreabren como si apenas estuviera respirando. Se detiene, su boca está suspendida a un suspiro de distancia de la mía.

Cierra con fuerza los ojos, como si algo le doliera, y hunde la cabeza, apretando su frente en mi cuello. Respira profundo. Se aferra a mi cintura y su voz es grave, de humo y miel.

—Altísimo, Em —dice. Es a la vez una maldición y una plegaria.

Sus pulgares rozan los huecos de mis caderas, haciéndome temblar como los árboles de la ribera. Sus labios acarician mi cuello y suben a mi boca.

Me besa. Suave, nerviosamente. Como si nunca antes nos hubiéramos besado. Como la bocanada de aire más dulce y fresca. Un gemido escapa del fondo de mi garganta y sus dedos responden, tensándose en mi piel congelada. El beso se vuelve más seguro e insistente.

El deseo corre por mi cuerpo, zumbando como mil abejas, robándome los pensamientos. Me aprieto contra él, siento su corazón latir fuerte y rápido. La cascada cae con fuerza detrás de nosotros y todo lo que puedo sentir es su presencia, su aliento cálido, su piel suave...

Rebecca y ese bebé que aún no nace aparecen en mi mente, haciendo que recupere el sentido.

Pongo mis manos en sus brazos y me separo de él.

Sus ojos oscuros son de fuego cuando inhala profundamente y vuelve a buscar mi rostro. Mi lengua roza mi labio inferior, donde aún está el sabor de su boca... Pero me obligo a negar con la cabeza.

—No deberíamos...

—Lo sé —dice.

Mi corazón late tres veces más deprisa que antes. Se aleja de mí y entrelaza sus manos detrás de la cabeza, como si estuvieran más a salvo ahí. La curva de su pecho se levanta con otra inhalación y tengo que desviar la mirada. El sol está más alto ahora, y las nubes de rocío casi han desaparecido.

Cuando lo miro de nuevo, su ceño está fruncido.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Solo me estaba preguntando si ya aprendiste.

—¿Aprendí qué?

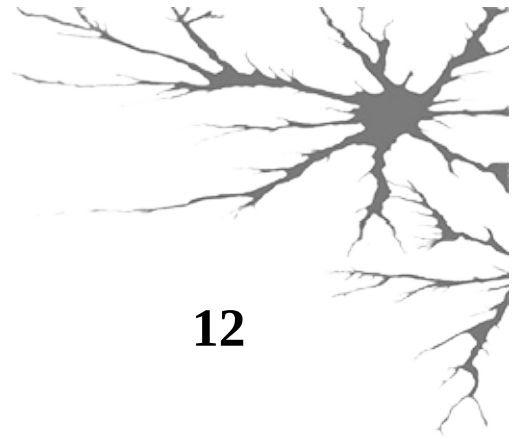
—A nadar.

Exploto en una carcajada.

—Creo que necesito practicar más.

Sonríe, con esa sonrisa que lo ilumina y entibia todo, y me levanta entre sus brazos para después hacerme girar en un amplio arco, con mi piel desnuda cortando el agua sedosa como una guadaña a través del suave trigo. Cuando me baja, estamos entrelazados, con sus brazos alrededor de mi espalda. Estoy a mil años de distancia de la incertidumbre y el miedo. Y esto es suficiente.

La cascada ruge.



Toda la mañana me siento ligera como el aire.

El ceño fruncido de Isi no me lastima como lo hace normalmente. Él va muy adelante, con nuestro único rifle en la mano. Camino junto a Matisa, resistiendo la necesidad de mirar a Kane por demasiado tiempo. Sé que mis mejillas florecerían con un sonrojo delator. Matisa no dice nada, pero su sonrisa me dice que sabe. Entretanto, evito por completo a la hermana Violet. Sigo sin tener la tintura, pero no me fijo en mi pie. Estoy de vuelta en el río con Kane, hielo y fuego se disparan sobre mi cuerpo, el dulce aire llena mis pulmones. La cascada ruge en mi mente, su piel quema la mía, sus brazos apretados alrededor de mí como si fuéramos uno solo.

Incluso con todo de cabeza, ese momento se sintió como una respuesta a mis dudas. Lo sentí como el principio de una nueva vida. Aquí afuera.

Sonrío, satisfecha.

Cuando nos detenemos para que los caballos beban, Matisa dice que estamos todavía al menos a un día de distancia del cruce.

La mayoría de nosotros no estamos acostumbrados a caminar tanto, y eso nos está retrasando.

Lucho contra una punzada de impaciencia y me digo que no debo ser como Isi. Muy en el fondo, sin embargo, no puedo esperar a librarme de Charlie y los suyos. Rebecca empieza a tener algo de color en las mejillas, pero parece que está a punto de dar a luz. Ella y Josiah van en el caballo de Isi, y los hermanos de Kane en Pecas, mientras los demás caminamos dolorosamente despacio.

Deshacernos de Charlie significa también que dejaremos a Violet y a los niños, pero eso ya no me llena de pánico como antes. El momento vivido en la cascada me hace sentir como si se hubiera sellado algo entre Kane y yo, algo que él no romperá por nada. Nishwa llegará a salvo a su hogar y la hermana Violet se irá al este. Y Kane y yo iremos con Matisa y su gente. Juntos.

La tierra se expande ante nosotros. Nos saca del bosque para meternos en una planicie llena de pasto que faldea el río. A la distancia, una línea de árboles nos promete el inicio de un nuevo bosque. Y refugio. Pero aquí, el viento nos muerde, sin colinas o árboles que detengan su aullido. Seguimos avanzando hasta que el bosque

queda atrás de nosotros, una mancha en el horizonte al norte. Para la tarde, todavía no hemos alcanzado el otro bosque al sur. Estas planicies no servirán para alzar el campamento, y se nota en la expresión de frustración de Matisa que ella pensó que estaríamos entre los árboles para esta hora.

El sol está desapareciendo, manchando de anaranjado y rojo a través de las nubes en el horizonte, cuando Matisa señala unas quebradas a la distancia. Es lo más cercano a un refugio que podemos alcanzar.

Cuando nos acercamos, Isi nos detiene. Hay un resplandor en el horizonte, debajo del primer nivel de las colinas. Miramos a donde nos señala. Pecas relincha suavemente con los hermanos de Kane en su lomo. Daniel le acaricia el cuello.

—Está nerviosa —me dice, contento de entenderla.

Arrugo la frente. No me gusta la idea de que Pecas esté nerviosa.

André le pasa su pistola y su mochila a Isi, y busca en su morral. Saca el catalejo.

—¿Qué es? —pregunta la hermana Violet.

André mira por el lente.

—*Je ne sais pas* —dice, negando con la cabeza. Le da el catalejo a Kane.

Kane entrecierra los ojos y mira.

—Una hoguera, quizás. Estamos demasiado lejos para estar seguro.

Sus ojos se encuentran con los míos y me olvido de mi preocupación por Pecas por un momento. El viento arrecia y azota mi cabello contra mi rostro.

—Tenemos que llegar a la ladera de esas colinas —dice Matisa.

Avanzamos.

La tierra se extiende a nuestro paso y el sol se convierte en una suave neblina en el horizonte mientras continuamos nuestro camino en busca de un refugio. Cuando llegamos a la falda de la primera colina, Isi levanta una mano para indicarnos que paremos de nuevo.

—Las grandes quebradas están cerca, pero estamos casi en la cima de lo que sea que producía el resplandor —dice.

—¿Estás seguro? —pregunta Kane.

—Estaba justo sobre esta cima.

—Mejor ver qué es ahora que arriesgarnos a acampar en la oscuridad —dice la hermana Violet— y que nos encuentre.

—Ya llegó la oscuridad —murmura André.

—¿Enviamos a un explorador? —pregunta Kane.

Nadie sabe qué será lo mejor. Siento que una mano se desliza en la mía y miro hacia abajo: Daniel se apeó del lomo de Pecas.

—Creo que es mejor que permanezcamos juntos —dice Matisa.

Seguimos.

Pronto, podemos percibir olor a quemado, pero es un humo extraño. A madera, sí, pero hay algo más debajo del olor familiar a madera carbonizada, algo acre y dulce. Y un sonido... muy agudo, no humano. Como un cordero balando.

Miro a Matisa. Sus fosas nasales aletean, y sus ojos se abren lo suficiente para que me dé cuenta de que está nerviosa.

—Quédate cerca, Daniel —aprieto su mano.

Atravesamos el costado de la quebrada y subimos por la orilla. Anidada junto a una pequeña arboleda, hay una casa.

En llamas.

—¿Pero qué es esto? —dice la hermana Violet.

Nos acercamos, caminamos despacio por el terreno hacia la cabaña. Enormes lenguas de fuego rojo y anaranjado lamen los costados de la choza, devoran el tejado. Los caballos se detienen y relinchan. Sigo adelante, tratando de entender la escena. Llamas gigantes envuelven la choza y proyectan largas sombras en las laderas en penumbra.

No puedo dejar de mirar la puerta.

Clavada a ella, con las dos extremidades extendidas de un lado al otro del marco, está una silueta carbonizada, casi irreconocible, excepto por el blanco brillante de los dientes contra la llama anaranjada. Es un hombre.

El cuerpo ennegrecido y la boca abierta en una máscara de terror.

El aire ruge, pero hay una calma muerta en todo esto. Como si una cortina invisible hubiera sido puesta sobre la escena, enrareciendo el aire, ralentizando el tiempo. El sonido que escuchamos no es un hombre que grita. Proviene de otro lado...

André da un paso adelante. Mis ojos se separan de la puerta para verlo avanzar, aturdido, con la mirada fija en el brillo anaranjado.

—¡No te acerques! —Ladra Isi, pero André sigue caminando como si no lo escuchara.

He soñado una cabaña. Junto a un río...

—¡Un caballo! —La voz de Daniel perfora el aire.

Mis ojos miran a donde Daniel señala. Hay un caballo atrapado en un corral a un lado de la cabaña. Está encabritado. Su agudo grito se escucha por encima del rugido del fuego.

Kane grita algo. Suena como si estuviera muy lejos.

Daniel se suelta de mi mano y corre hacia adelante. Es una mala idea, y quiero decírselo, pero mi mente va muy despacio. Siento el calor en mi rostro, esas dos sombras, una grande y una chica se ven enmarcadas por el brillo anaranjado.

La hermana Violet trastabilla hacia adelante, tratando de alcanzar a Daniel. Estira la mano, intenta agarrar la del niño. Casi lo tiene cuando...

El mundo se resquebraja.

Una tormenta de fuertes truenos, retumba por encima del rugido del fuego y hace eco en mi cerebro entorpecido.

Disparos.

—¡Abajo! —Es la voz de Kane.

Y en ese momento, André estalla en jirones.

Una docena de balas acribilla su pecho, otra docena su rostro y sus manos. Se sacude hacia atrás rociando a su alrededor sangre y carne.

El sonido es muy fuerte y su cuerpo es como un fresno bailando al viento que cae finalmente al suelo.

Fuego en mi cabeza. Como si las flamas estuvieran devorando mi mente.

El grito de Matisa proviene de mis espaldas. Me hace reaccionar. Daniel me mira con ojos enormes, aterrorizados. Me muevo en su dirección, empujo a la hermana Violet, y caigo sobre él.

Golpea el suelo con fuerza cuando caemos, mientras intento cubrir su pequeño cuerpo con el mío.

Más gritos. Más disparos que vienen de quién sabe dónde. ¿Cómo puede haber tantas balas al mismo tiempo?

Deben ser docenas, no, *cientos* de tiradores en el bosque. Me cubro las orejas con las manos y miro hacia arriba.

La hermana Violet sigue de pie, su boca permanece abierta en un grito silencioso. Un charco carmesí se extiende entre sus pechos y baja por su túnica hacia su *ceinture*. Más balas la atraviesan, la hacen sacudirse a un lado y a otro, la llenan, la hacen girar hacia un lado.

Cae sobre sus rodillas y voltea hacia mí con un rostro de pesadilla: un lado es el de siempre, con la comisura de la boca arrugada y el ojo oscuro, muy abierto con incredulidad, mientras que el otro lado ha estallado y es una pulpa sangrienta a través de la cual brilla el hueso del pómulos.

No puedo respirar.

Ella se derrumba en el suelo.

Y ahora: jinetes. Hombres a caballo aparecen entre el bosque, a la derecha, gritando mientras avanzan hacia nosotros como los vientos mortales de *La Prise*.

Cubro la cabeza de Daniel con mis brazos, lo presiono contra el suelo con mi cuerpo. Más disparos. Algo desgarró la mochila en mi espalda. Por debajo de mi brazo miro, busco a los otros. Kane intenta detener a Pecas, que se encabrita con Nico en su lomo. Él grita, aferrado a su cuello. El caballo de Isi relincha y se agita. Avienta a Josiah atrás de Rebecca. Isi está de pie. Se tropieza con el rifle y el morral de André. Carga el rifle, lo levanta y dispara, pero es claro que por cada disparo suyo habrá cien de los otros.

—¡Corre! —le grito cuando Isi baja el rifle para cargarlo de nuevo. Tira el arma, molesto, y busca su honda.

Los jinetes salen del bosque y se dirigen a nuestros caballos. Uno de ellos se separa del resto y avanza hacia donde estamos Daniel y yo.

Tiene algo en la mano (¿un rifle?, ¿un cuchillo?) y se acerca a gran velocidad. Gateo sobre mis rodillas y empujo a Daniel.

—¡Levántate! —le grito, pero está hecho ovillo, con las manos cubriendo sus

orejas. Daniel. Niega.

—¡Daniel!

El ruido de cascos de caballo se acerca rápidamente hacia nosotros, está a unas diez trancas de distancia. No tenemos oportunidad...

El jinete deja escapar un alarido y se dobla sobre el caballo, que se detiene. El hombre dirige a su caballo en otra dirección y veo que la empuñadura de un cuchillo se asoma por su camisa de gamuza, mientras una gran mancha de sangre se extiende deprisa. El hombre se dirige al bosque.

El resto del grupo ha desaparecido detrás de un amasijo de caballos y jinetes.

Kane emerge del caos y avanza hacia nosotros. Un jinete lo mira y se separa de su grupo para interceptarlo. Blandiendo un rifle como si fuera un mazo, el hombre se acerca a Kane, el cabello negro ondea detrás de él. Trato de advertirle pero mi grito es ahogado por los disparos. Kane tropieza y cae a un lado cuando el jinete lo golpea. El impacto conecta en su hombro y lo proyecta hacia adelante.

El jinete no baja la velocidad. Vuelvo a cubrir a Daniel con mi cuerpo, a la espera de que los cascos del caballo nos aplasten. Escucho un grito.

El jinete cae del caballo, golpea la tierra con fuerza y rueda para quedar boca arriba a un lado mío. Su largo cabello oscuro resbala de su rostro y me deja ver sus ojos vidriosos. Ojos como los de Matisa. Es de los primeros pueblos.

El grito suena de nuevo.

—¡Em! —Isi está de pie a mi costado, extendiendo la mano. Con la otra mano sostiene la honda y la gira en círculos amplios y perfectos. Despega su mirada de mí por un momento para apuntar y lanza otra piedra. Un jinete que venía hacia nosotros cae de su caballo. El animal, con el hocico espumeante y los ojos desorbitados, se apresura y nos deja atrás.

Isi me toma de la mano, me levanto y cargo a Daniel. Ahora corremos tan rápido como nuestras piernas nos llevan hacia la cabaña incendiada. El calor me obliga a apartar la mirada mientras Isi nos jala hacia allá.

No puedo ver a Kane. Los atacantes rodean a nuestro grupo como un enjambre. Un jinete emerge del montón. Bajo el brazo lleva un bulto que se retuerce. El hombre espolea al caballo y se dirige a los árboles. Algo cae de su bulto cuando se aleja.

Y entonces veo algo que hace que mi corazón se detenga.

Dos caballos emergen de entre el caos. Rebecca va en el caballo de Isi y Charlie en Pecas. Delante de él, atravesado sobre el caballo como un fardo, va el cuerpo de Matisa, inmóvil.

¿Está...?

El calor me abrasa, y cuando me obligo a mirar al frente de nuevo estamos tan cerca de la construcción en llamas que estoy segura de que va a derrumbarse sobre nosotros.

Isi me jala con fuerza hacia la izquierda.

Nos lanzamos en dirección a la orilla del río y me tambaleo hacia adelante. Suelto

a Daniel y me golpeo la barbilla contra la cabeza de Isi. La piel se abre y un hilo caliente de sangre baja por mi cuello mientras chapoteamos por la parte menos profunda del río. Me doy la vuelta y vuelvo a pescar la mano de Daniel. El río está muy frío y pierdo el aliento, siento como si me ahogara. Mi mente está a punto de estallar.

Estamos abandonando a los otros a su suerte.

Quiero gritarle a Isi que regresemos, pero no logro emitir sonido. Me jala a través de los bajos del río y de nuevo a la escarpada orilla. Señala hacia la lodosa pared de tierra.

—Tenemos que llegar a esos árboles.

Estoy congelada, mirando hacia atrás, hacia el resplandor del fuego y el sonido de los disparos.

—¡Si nos vieron irnos, podemos darnos por muertos aquí abajo! —grita Isi, mientras me sacude el hombro.

Pero los gritos, la carne abierta... Matisa, Kane.

Isi me hace a un lado, toma a Daniel del brazo y lo empuja hacia adelante, lo levanta hasta que encuentra apoyo en los arbustos de arriba. Luego Isi me empuja por la espalda y veo cómo mis manos y mis piernas se mueven por su cuenta, escalan por la orilla, se aferran a las matas de hierba.

—¡Rápido! —grita Isi ya que estamos los tres en la parte alta de la orilla, y me empuja de nuevo.

Avanzo tambaleándome, con la mano de Daniel en la mía. Me abro paso entre los arbustos, en dirección a los oscuros árboles.

Escuchamos más disparos, que provienen de algún lugar en el bosque. Jalo a Daniel para tenerlo más cerca e Isi me golpea desde atrás y nos tira al suelo. Mi barbilla abierta escurre sangre en la nuca de Daniel mientras esperamos, boca abajo. Siento que la tierra y las hojas secas se meten en mi nariz y boca cuando respiro. El brazo de Isi cruza mi espalda, pesado, y siento a Daniel, tan pequeño, bajo mi cuerpo.

Los disparos se escuchan más cercanos.

Una estampida de cascos de caballo se aproxima entre los árboles. Aprieto más a Daniel cuando los caballos pasan a gran velocidad.

Nos quedamos quietos hasta que todo está en silencio.

Isi se hace a un lado y se levanta de un salto. Se desempolva las manos y examina el oscuro bosque.

Daniel tiembla debajo de mí. Intento serenarme.

—Isi —susurro.

Sacude la cabeza y con una mano me hace señas de que guarde silencio. El bosque rechina a nuestro alrededor.

Y entonces lo escucho: alguien se mueve con velocidad entre los arbustos. Viene directo hacia nosotros. Isi se agazapa de nuevo.

Conforme el ruido se hace más fuerte, puedo distinguir un caballo con su jinete en

la penumbra. El animal relincha. Es el caballo de Isi. Y... ¿Charlie?

Inhalo profundo para llamarlo, pero Isi voltea a verme y vuelve a hacer el ademán con la mano. Su movimiento detiene mi lengua. Con una mano le cubro la boca a Daniel. Es como un muñeco, está laxo por la conmoción.

El caballo se acerca y veo que tengo razón: es Charlie, con Matisa delante de él. Isi espera hasta que están sobre nosotros y entonces brinca, intentando alcanzar a Matisa. El caballo relincha y respinga, mientras se aleja. Charlie bate el rifle en su mano en un arco amplio, y casi le da a Isi en la cara. Un grito se atora en mi garganta. Isi lo esquiva e intenta alcanzar a Matisa otra vez, pero Charlie espolea al caballo y este salta hacia los matorrales.

No veo a Rebecca hasta que está sobre Isi. Cabalga como si hubiera nacido encima de un caballo. Se lanza sobre Isi con un cuchillo en la mano. Isi grita cuando el cuchillo rasga su espalda. Se desploma hacia adelante y Rebecca le da una patada en la frente cuando pasa a su lado en el caballo. El cuello de Isi truena. Cae como una piedra.

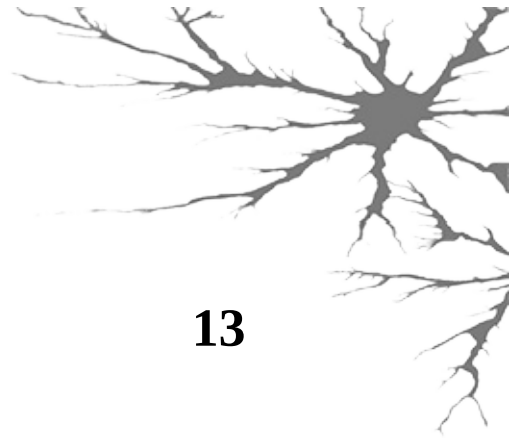
Me pongo en pie con dificultad y encuentro mi voz.

—¡Charlie! —grito—. ¡Rebecca!

Pero ya están lejos. Escucho los cascos que se alejan quebrando ramas y golpeando la tierra hasta que desaparecen.

Un silencio enfermo cubre el bosque.

Y estamos solos.



Me quedo boquiabierta ante el bosque oscuro, con el corazón golpeando mi pecho con fuerza. Un fuego salvaje de confusión y miedo me recorre. Charlie se llevó a Matisa. ¿Por qué? ¿Estaba intentando huir de los jinetes y los disparos?

André yace hecho pedazos y la hermana Violet descansa con la mitad del rostro destrozado. Las imágenes flotan frente a mis ojos. Me doblo sobre mí con una arcada. Voy a devolver todo lo que tengo en el estómago. Veo cómo el suelo del bosque se me acerca, y me sostengo de un árbol para tratar de mantenerme en pie. Mi cabeza da vueltas. Disparos, gritos, Kane corriendo hacia nosotros con su cuchillo... Altísimo, ¿qué pasó...?

Escucho un llanto quedo.

Daniel está agazapado en el arbusto y me mira con los ojos muy abiertos.

Contrólate. No dejes que te vea así.

Exhalo profundamente una y otra vez. Coloco las manos sobre mi rostro. Mi barbilla está apelmazada de hojas y sangre. Cierto. Me abrí la barbilla al chocar con la cabeza de Isi...

Isi.

Lo encuentro boca abajo entre los arbustos, inmóvil. Mi estómago se revuelve. Quiero dar la vuelta y correr, pero me obligo a caminar hacia él, sabiendo que Daniel está mirando todo.

Contrólate.

Me arrodillo junto a Isi. La mochila a su espalda tiene un largo desgarrón en la superficie.

Giro su cabeza a un lado y aplaudo junto a su oreja. No se mueve. Jalo la mochila y libero sus brazos con tanto cuidado como puedo. Mis dedos se sienten pegajosos. No puedo ver nada en la oscuridad. Los disparos comienzan de nuevo en mi cabeza, los gritos...

Concéntrate en lo que tienes enfrente.

Esculco su mochila y encuentro su linterna. Agradezco que Matisa me haya enseñado cómo usarla. El bosque está en silencio, no hay ni un rumor ni rastro de nadie más, así que me arriesgo a encenderla.

—Daniel —digo con suavidad. Me obligo a sonar firme—. ¿Puedes venir? Necesito tu ayuda.

El niño sale a la luz. Su rostro luce una palidez fantasmal y sus ojos grandes están abiertos como platos. ¿Habrá visto lo que le pasó a su ma...? Ahuyento ese pensamiento y me obligo a sonreír, mientras tiendo hacia él la linterna.

—Detenla con fuerza —le digo alegremente, como si estuviera por hacer la cena.

Extiende el brazo y la luz revela el cuerpo inanimado de Isi. En su camisa hay una rasgadura empapada de sangre oscura, que va de su omóplato a la cintura. Coloco mi oído sobre su espalda.

Siento un gran alivio cuando escucho el suave latido de su corazón. La mochila probablemente lo salvó.

Levanto la camisa tanto como puedo y encuentro en la parte baja de su espalda un corte tan largo como mi mano. No se ve profundo. Me quito mi *ceinture fléchée*, la enrolla y la presiono sobre la herida con tanta fuerza como me es posible. Me concentro en mis manos, en lo que estoy haciendo. No puedo dejar que mis pensamientos regresen a lo que pasó en la cabaña.

La respiración de Isi sigue siendo superficial, pero la hemorragia disminuye. Va a necesitar algo para mantener la herida cerrada cuando despierte.

Si despierta.

No: *tiene* que despertar.

—Em —dice Daniel. Es un espectro en las sombras. La lámpara ilumina su rostro, pálido y asustado—. Me duele el brazo.

—Lo siento —digo—. Pon la lámpara en el suelo.

La deja a sus pies. La luz proyecta sombras bajo sus ojos. Se acucilla junto a mí, en silencio.

Isi tose y comienza a moverse.

—¡Con calma! —le digo, sintiendo alivio—. Tienes una herida bastante seria.

Isi intenta levantarse pero se desploma.

—Duele —dice.

—Lo sé. Solo quédate así un rato.

En mi sueño, la huella sangrienta de un pie mancha la tierra. Vuelvo la cabeza para no mirarla y me encuentro con las murallas de madera de la fortificación, que se levantan ante mí y me hacen sentir pequeña a su sombra. Los muertos del río cantan para mí.

Mi corazón late deprisa. No puedo ir ahí.

Miro de nuevo al suelo. Del dedo gordo de la huella comienza a brotar un pequeño río. Esta vez mis ojos lo siguen. El hilillo fluye, mancha el suelo, se vuelve más denso y más veloz, hasta que se convierte en un arroyo. De manera imposible, comienza a fluir cuesta arriba por las colinas llenas de hierba que están frente a mí hasta llegar a una arboleda. Las hojas de color verde brillante resplandecen al sol, pero hay copos de nieve en las ramas. El río de sangre borbotea, apurándose a llegar a

los árboles, y desaparece en la extraña arboleda.

Y en lo profundo, entre esos árboles espolvoreados de nieve, puedo sentirlo: alguien me espera.

El bosque está bañado por una luz pálida. Me siento rápidamente, alarmada de haberme quedado dormida. Quería permanecer despierta, en guardia para proteger a Isi y Daniel toda la noche.

Miro a mi alrededor. Daniel aún yace en el suelo, envuelto en mi capa.

A mi otro lado, Isi despierta. Ambos estamos mojados a causa del rocío. Me vuelvo hacia él y pongo una mano sobre su brazo para dejarle saber que todo está bien.

Levanta la cabeza y gruñe. Intenta levantarse.

—Espacio —digo.

—Mi cabeza —murmura.

—Recibiste una patada en la frente —le digo—. Y tienes una herida en la espalda. No te muevas mucho.

Ignora mi consejo y se sienta. Gime cuando toca mi *ceinture* a través de su camisa.

—Detuve la hemorragia, pero si te mueves la herida se abrirá de nuevo.

Isi continúa como si no me escuchara. Se pone sobre sus rodillas y busca algo entre los arbustos. Cuando al fin encuentra su mochila rasgada, la abre y comienza a buscar algo.

—Isi —le digo.

Voltea a verme, con una pequeña caja de metal en su mano.

—¿Puedes coserla? —me pregunta.

Primero pienso que se refiere a la mochila. Pero entonces toca mi *ceinture* de nuevo. Trago saliva. Soy pésima para remendar ropa. Nunca he cosido una herida. Me percato de la renuencia en su rostro: no es que él *quiera* mi ayuda, es que no tiene opción.

—Tendrás que quitarte la camisa —digo. Miro a Daniel y siento alivio de que aún no se haya despertado. No hace falta que vea esto.

Isi se quita la camisa con un gemido.

Un escalofrío me atraviesa.

Se voltea. La *ceinture* está adherida a la carne con sangre apelmazada. La comienzo a jalar con cuidado, la despego de la herida y escucho cómo él inhala con fuerza. La herida no es ancha, pero la sangre comienza a brotar de nuevo. Tengo que hacerlo rápidamente.

Me limpio las manos en la túnica lo mejor que puedo. Tomo el hilo más grueso del costurero y trato de enhebrar la aguja. Me toma cuatro intentos.

—Va a doler —le advierto.

—Lo sé —responde. Se inclina hacia adelante y se sujeta con ambas manos del árbol que está frente a él—. Hazlo.

La costura es fea. No pude evitar que las manos me temblaran, así que dejé pliegues en la piel en algunos lugares y la jalé en otros. Una línea irregular de puntadas negras se extiende desde el omóplato de Isi hasta su cintura. Pero la sangre ha dejado de fluir, así que el esfuerzo servirá.

Le ayudo a ponerse una camisa limpia y lo veo empacar de nuevo sus cosas en la mochila desgarrada.

—Gracias —le digo—, por lo que hiciste por Daniel y por mí.

Sigue empacando.

—Yo... no sabía qué hacer. Estaba muy asustada.

Se detiene.

—Gracias —digo otra vez.

—Debí quedarme con Matisa —responde, su voz es amarga.

Trago saliva y miro alrededor.

—¿Crees que sea seguro volver?

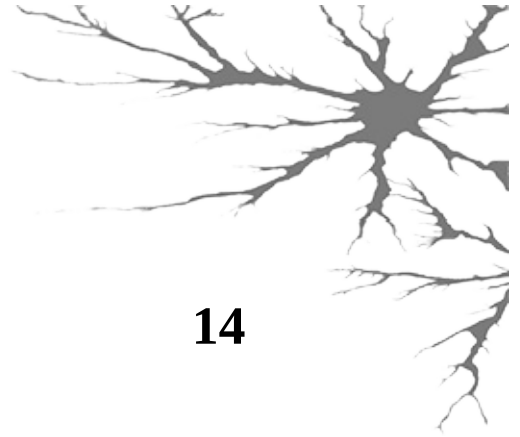
Me mira de un modo extraño. Se levanta y se cuelga la mochila del lado sano.

Me levanto también.

—¿Isi?

—Haz lo que quieras —dice—. Yo voy a buscarla.

Me da la espalda, comienza a caminar entre los matorrales y me deja ahí, con la vista clavada en él.



—¡**I**si!
No se detiene.
—¡Isi!

Me apresuro a alcanzarlo y lo detengo del brazo.

Se gira para soltarse. Y la expresión en su rostro...

La sangre se me congela. Lo había visto enojado antes, pero nunca como ahora. Pareciera que va a golpearme. Sus ojos están oscuros, todo su cuerpo vibra con furia. Y hay algo más: miedo.

Doy un paso atrás, las piernas me tiemblan.

—Por favor, no te vayas —mi voz suena demasiado aguda.

—Voy a buscarla —dice de nuevo, su voz suena grave y ominosa.

—Lo sé, pero... ¿y qué va a pasar con... —Trago saliva— nosotros?

—Matisa y yo volveremos con nuestra gente. Ustedes deberían hacer lo mismo.

—¿Y si no queda nadie allá?

—Ese no es asunto mío.

—Pero...

—¿Qué no entiendes?, ¡no me importa lo que les pase!

Inhalo con fuerza. No puede decirlo en serio.

—Lo único que nos has traído es peligro —escupe—. Necesitamos irnos antes de que nos traigas muerte.

Siento que se me escapa el aire. Apoyo la mano en el árbol más cercano para mantenerme firme.

—Yo... sé que estás molesto. Pero debemos mantenernos juntos —digo.

Se burla:

—¿Así como nos mantuvimos juntos con Charlie?

Mi estómago se dobla. Veo a Rebecca blandiendo el cuchillo, Charlie a punto de desbaratarle la cara a Isi con el rifle. Quizás estaban asustados y no podían ver bien en la oscuridad. Quizá Charlie huyó durante el caos. Podría ser que tuvo que escapar y vio su oportunidad de tomar los caballos. Podría...

—Lo siento. No sé qué pasó... —Cubro mi rostro con las manos y me froto los ojos, decidida a no llorar—. Lo siento —digo de nuevo.

—Que lo sientas no le hace ningún bien a Matisa.

Ahuyento el pánico que anida en mi pecho. Isi me odia, lo sé. Pero no puedo dejarlo ir.

—Ya sé que tienes que ir por Matisa —digo—. Por supuesto que tienes, tenemos que hacerlo. Pero ¿podrías ir conmigo a la cabaña primero? No sabemos qué...

Me detengo cuando la imagen de los cuerpos destrozados de André y la hermana Violet acuden a mi mente. No quiero pensar que Kane esté entre ellos.

Sacude la cabeza.

—Que yo vaya no va a cambiar lo que encuentres ahí.

—Pero si no hay nadie, Daniel y yo no sobreviviremos aquí solos.

—Eso no es asunto mío —dice de nuevo.

Me siento conmocionada.

—¿Por qué te tomaste la molestia de salvarnos?

Desvía la mirada.

—¿Por qué no te quedaste con Matisa? Si de todas formas estás dispuesto a dejarnos morir ahora...

—¿Em?

Me sobresalto. Daniel está despierto y está intentando descubrirse, incorporarse. Se retira el cabello enmarañado de los ojos y cuando nos mira a Isi y a mí, su carita se llena de alivio.

—¡Isi! —dice.

Miro a Isi. La oscuridad se ha ido de su rostro. En su lugar hay indecisión.

—¡Estás bien! —dice Daniel.

La expresión de Isi pierde por completo la dureza. Y ahora lo entiendo: no me estaba salvando a mí, sino a Daniel. Por supuesto. Me siento herida, pero trato de contenerme. No importa por qué me salvó, mientras no nos abandone aquí.

Daniel termina de liberarse de la capa y le extiende la mano para que venga adonde estamos. Sonrío.

—¡Isi está bien, Daniel! Hiciste un gran trabajo sujetando la linterna anoche.

Miro de reojo a Isi. Veo que se siente atrapado y que tengo una ventaja.

—¡Sabía que ibas a estar bien! —dice Daniel, complacido. Su carita todavía está pálida y tiene rastros de las lágrimas que se secaron en sus mejillas, pero es claro que se siente tan aliviado que está olvidando su miedo. Se detiene y nos mira.

—¿Adónde van?

Rodeo sus pequeños hombros con mi brazo y me acerco a él. Me odio a mí misma, pero estoy desesperada.

—Vamos a ver dónde están los otros.

Isi me lanza una mirada que podría curtir la piel de un ciervo.

—Qué bueno —dice Daniel—, quiero a mi mamá.

Me agito por dentro. Esto es horrible. Tan horrible.

—La encontraremos —digo—. Los tres juntos —la expresión de Isi cambia: pasa

de la ira a la conmoción.

—De acuerdo —dice Daniel, y toma con su otra mano la de Isi.

Isi inclina su cabeza hacia la mía.

—Date por muerta —murmura.

Mis manos tiemblan cuando llegamos de nuevo a la cabaña. La bola de hielo está de nuevo en mi pecho y me pesa como una piedra de río. Me tropiezo dos veces cuando atravesamos los matorrales, mi corazón late deprisa cuando llegamos a la última hilera de árboles y salimos a la planicie bajo el sol matinal.

Está vacía. Pasando la cabaña hay dos cuerpos inmóviles. No podemos reconocerlos desde aquí, pero sé que son André y Violet, que yacen donde los mataron a tiros. Nuestros atacantes deben haberse llevado con ellos a sus caídos. Eso, o no estaban tan heridos.

Miro más allá de los restos quemados. Mi corazón se divide entre el júbilo y la tristeza: Kane no está aquí, su cuerpo no está aquí. Eso es bueno, pero...

Kane no está aquí.

La cabaña humea bajo el cielo rosado de la mañana, ahora solo hay trozos de madera ennegrecida. La pared donde estaba la puerta se ha derrumbado y desaparecido entre las ruinas, y se ha llevado con ella la horrenda figura.

El viento sopla a través de la llanura, revuelve las ramas de los árboles hacia el oeste. Gracias al cielo, también está empujando el olor de madera y carne quemadas lejos de nosotros. Miro a Daniel.

—Quédate aquí en lo que buscamos —y señalo hacia la ribera—. Ve cuántas veces puedes hacer rebotar una piedra —hago un ademán hacia las rocas—. Veo una buena ahí.

—Pero ¿dónde está mi mamá? —pregunta.

—Vamos a... —No puedo encontrar las palabras— descubrirlo —le lanzo una mirada desesperada a Isi—. Tú solo quédate acá un momento.

Isi me devuelve una mirada de piedra.

Daniel asiente, renuente, y se dirige a la ribera.

Isi se da la vuelta y se aleja a zancadas. Me obligo a seguirlo un par de pasos, pero me detengo, incapaz de avanzar más. Debería ir allá, debería ir a donde están André y Violet, pero no puedo moverme. Isi sigue caminando, mira con dureza el césped pisoteado. Pronto pasa los cuerpos y se dirige al lugar donde vi a Kane la última vez.

Veo que se arrodilla y da vuelta a algo. Un tercer cuerpo. Mi corazón golpea deprisa, mi aliento se escapa.

Pero ahora veo que es pequeño, con una túnica sucia y cabello rubio, revuelto.

—¿Es Josiah? —pregunto, vacilante.

Isi se endereza y asiente. Inhalo profundamente, avergonzada de sentirme aliviada. Pero gracias al Altísimo que no es...

Deja de pensarlo.

Isi continúa mirando la hierba con cuidado, desaparece brevemente tras el nacimiento de la quebrada y de pronto está de regreso.

—Tres de tu grupo están muertos. Hay muchas huellas que van al bosque y algunas hacia las quebradas.

Tu grupo.

—¿Huellas?

—Humanas y de caballo.

—¿Crees que Kane esté bien?

—Si estuviera lastimado o algo peor, lo habríamos encontrado.

Quiero creerle. Hubo tiempo suficiente para que Kane se dirigiera a las quebradas. Pero si eso fuera cierto, ¿no habría regresado aquí? Paso saliva para tragar el pánico que me sube por mi garganta.

—¿Qué es esto?

—La construcción de un recién llegado.

—¿Cómo sabes?

—Nosotros tenemos más sentido común. No construiríamos algo así, en campo abierto, sin protección.

Miro lo que queda de la cabaña. Isi tiene razón. Quien hubo construido aquí no tenía idea del refugio que dan las quebradas o el bosque. La construcción a campo abierto habla de ignorancia, o arrogancia. Aunque ¿con quién podía mostrarse arrogante si creían que iban a estar aquí solos?

—¿Y los atacantes? —pregunto—. ¿*Sokaw...*? —Tropiezo con la palabra—
¿*Sokawstu*?

Los ojos de Isi se estrechan.

—*Sohkâtisiwak* —me corrige—. Pero ¿cómo sabes que...? —Y él mismo se contesta, en un suspiro—. Matisa.

—¿Deberíamos...? —Trago saliva—. ¿Deberíamos ir al sur?

Se aleja de mí.

—Tú no vienes.

—Isi, por favor. Daniel y yo moriremos si nos dejas aquí. Necesitamos permanecer juntos.

—Ustedes me van a retrasar.

Tiene razón. Para empezar, no soy rápida, y sin la tintura, mi pie se pone cada día peor. No podría ayudar cargando a Daniel, como solía hacer Kane con Daniel y Nico...

Nico.

Me había olvidado de él. El momento del ataque vuelve a mi cabeza. El jinete cargaba un bulto que se retorció bajo su brazo, algo vivo. Recuerdo que algo cayó de su caballo. Camino a través de la planicie hacia el bosque, escudriñando el suelo. Cuando veo el pequeño arco que Tom hizo para Nico, partido en dos, las náuseas me inundan. Levanto los trozos del arco con manos temblorosas, y me vuelvo hacia Isi.

—Se lo llevaron —digo con la voz estrangulada—. Nico. Esos hombres se lo llevaron.

Isi voltea con brusquedad hacia mí.

Le muestro el arco y una ola de desesperación barre conmigo, tan fuerte que siento que se me doblan las rodillas. Mientras me hundo en el suelo, mi cabeza da vueltas y tengo que soltar los trozos del arco para mantener el equilibrio. Esto no debía pasar. Se suponía que iba a ser distinto. Miro a Isi buscando... ¿qué? ¿Apoyo? La sola idea me hace querer reír. Puedo sentir la risa burbujeando dentro de mí, mezclada con el pánico que amenaza con ahogarme. Jalo aire. Estoy perdiendo el sentido...

Los ojos de Isi se detienen en los míos un momento que parece larguísimo. Entonces levanta el rostro al cielo y grita una palabra en su lengua, una palabra que suena peor que cualquier insulto que yo conozca. Se da la vuelta hacia mí, se quita la mochila de la espalda y la arroja al suelo con tanta fuerza que debió haberse abierto las puntadas de la herida. Mi mente queda en blanco cuando veo que empieza a caminar hacia mí.

Me enderezo y lo miro fijamente. Está muy nervioso, pero algo me dice que no es solo por la noticia de que se llevaron a Nico. Isi camina hacia mí, murmurando como si mantuviera una conversación con alguien a quien no puedo ver.

Finalmente se detiene y me fulmina con la mirada.

—Sigue la vaina de semillas —murmura—. Cuida el ave herida.

—¿Qué?

—¿Qué puedes recordar? —me pregunta—. De cuando se lo llevaron.

Sacudo la cabeza para aclarar mis pensamientos confusos. Puedo recordar al hombre en el caballo con Nico bajo el brazo. Pero ¿por qué me lo pregunta?

—Se fueron para allá —y señalo hacia el bosque—. Eran dos jinetes. Uno estaba sangrando luego de que Kane le clavara su cuchillo.

Isi escudriña el bosque.

—Necesitarán detenerse a causa de la herida —dice.

Lo miro con atención.

—Podemos alcanzarlos —me lanza una mirada dura—. ¿Cómo está tu pie?

Me obligo a cerrar la boca. Hace un momento no le importaba lo que nos pasara, estaba decidido a ir tras Matisa. Y ahora...

No importa.

—Está bien —miento.

Asiente, su boca es una mueca sombría.

—Iremos tras él.

En mi interior se mezclan la confusión y el alivio. Y un destello de esperanza comienza a brotar. Quizás encontremos a Kane en el bosque. Echo un vistazo al lugar donde está Josiah. Kane podría estar cerca. Podría estar viniendo hacia nosotros en este momento...

—Em —la voz de Isi me distrae de mis pensamientos—. Voy a ir a buscar a Nico. Si vas a las quebradas, estarás por tu cuenta.

Paso saliva y asiento.

—Tenemos que encargarnos de ellos rápidamente —señala los cuerpos.

Mi corazón se acelera mientras mis entrañas se retuercen. Parte de mí quiere huir y nunca voltear atrás. Sé que Isi no estaría de acuerdo: el otoño pasado dedicó horas enteras a enterrar los restos de su gente que encontramos en una cabaña, además de los esqueletos de la Encrucijada, que ni siquiera pertenecían a su pueblo. Pienso en las Aguas Purificadoras, donde lanzaron el cuerpo de mi papá. Entierro el recuerdo en lo profundo de mí.

—Los moveremos y los cubriremos con lo que podamos encontrar.

Miro a Daniel, su pequeña silueta brilla al sol de la mañana, lanza rocas al río, y el trozo de hielo de mi pecho se mueve a mi garganta.

Para la hora en que terminamos, tres montículos descansan bajo la primera línea de árboles y mi nuca está pegajosa de sudor. Isi cortó unas ramas de pino con su cuchillo y las pusimos encima de los cuerpos, cubriendo la piel expuesta con una capa doble. No podíamos prescindir de los jergones o de mi capa, así que no pudimos envolver los cuerpos como lo habríamos hecho para las Aguas Purificadoras.

Después de colocar las ramas, amontonamos rocas de la ribera del río encima de ellos y llenamos las grietas con tierra y hojas que tomamos del suelo del bosque. Nunca había enterrado a alguien para enviarlo a su descanso, así que solo seguí las instrucciones que Isi me dio. Trabajé aprisa, sin pensar, como si estuviera realizando cualquier tarea trivial en el asentamiento, como almacenar bultos de hierbas en las Bodegas y las Cocinas, o algo así.

Daniel estuvo vagando a la orilla del río, cortando dientes de león y margaritas. Luego se sentó al sol y esperó a que termináramos. Todo el tiempo me mantuve atenta a mis espaldas, con la esperanza de que Kane apareciera. Él sabría qué hacer, cómo saber si Daniel estará bien. Daniel no lloró cuando le dije que enterraríamos a su madre, solo mencionó que cortaría flores para ella.

No entiende. Por supuesto que no. La muerte era común en el asentamiento, seguro, pero no era algo de lo que se hablara. Nos deshacíamos de los cuerpos velozmente, y la vida continuaba.

Observo los montones de rocas y siento un vacío en el estómago. Cuerpos. André, la mamá de Kane y un niño que no tenía más de seis años. Cuerpos que yacen ahí, bajo todas esas piedras y tierra. Inmóviles. Se han ido. Nunca van a volver.

André, que quería ver el mundo. André, que me ayudó desde el momento en que me conoció, que compartió mis sueños. La hermana Violet, a quien yo no quería traer en este viaje, de quien quería librarme. Evoco los ojos oscuros de Kane cuando lo hablamos.

Mi corazón late con dolor. Me arrodillo, cierro con fuerza los ojos.

—¿Em?

Abro los ojos de nuevo y me encuentro con Daniel, que se acerca a mí, despacio, inseguro.

—Encontré esto —me enseña lo que tiene en las manos.

En una sostiene un ramo de flores silvestres. En la otra, el arco de Nico.

Me siento sobre mis talones, parpadeo para ahuyentar las lágrimas. Este es tu propósito ahora. Nico. Daniel.

—Hey —digo—, ven acá, es hora de irnos.

Me sacudo las manos y me pongo en pie.

—¿Vamos a ir con Kane y Nico?

Me obligo a sonreír.

—Sí.

El niño señala los montículos.

—¿Vamos...? —empieza a preguntar pero se detiene, mira las cosas que trae en las manos—. ¿Vamos a regresar por ella? —Logra terminar.

—No —trato de mantener la voz firme—. Ella se quedará aquí. Tu mamá está descansando ahora.

Me mira por un momento y asiente. Camina entre las tumbas y pone algunas flores al pie de cada montículo.

—Descansen bien —dice y me mira—. ¿Dejo esto aquí?

Es el arco roto de Nico.

—Buena idea —digo—. Le haremos uno nuevo a tu hermano.

Mientras coloca el arco sobre la tumba de su madre, trago saliva y miro hacia el río. El viento sopla sobre la planicie en dirección al bosque, susurrando a nuestro alrededor.

—Tenemos que irnos —nos llama Isi desde más allá de los pinos—. Vamos —le tiende la mano a Daniel, que se apresura a tomarla.

Me despido en silencio porque no logro que las palabras abandonen mi interior.

Descansen en paz.

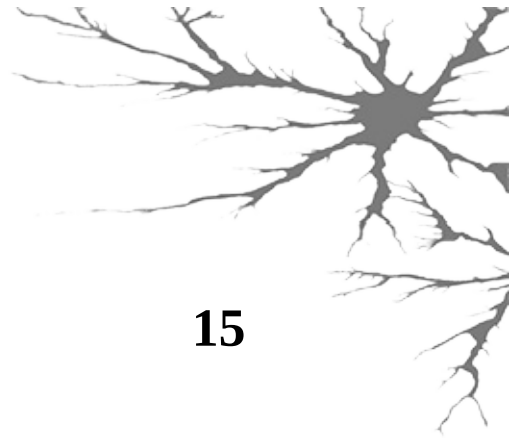
Recojo mi *ceinture* de donde lo colgué a secar al sol luego de lavar la sangre de Isi, y me lo amarro. Recojo despacio mi mochila, me detengo frente a la tumba de André.

Lamento que no hayas podido ver el mundo, André. Lamento que haya terminado tan pronto.

Sigo a Isi al bosque, sin cuidar mi pie malo. Siento un extraño alivio cada vez que se atora y me quema.

Mientras me entrego a ese dolor me pregunto si me estoy mintiendo. Quizás André sí alcanzó a ver el mundo.

Quizás esto es todo lo que el mundo tiene para ofrecernos.



Seguimos algún sendero que no alcanzo a ver. Avanzamos por él dentro del bosque por horas. En la tarde llegamos a un pequeño arroyo, que canta alegre sobre su cama de piedras.

El arroyo va hacia el noroeste e Isi baja a su lecho, mientras nos hace señas para que nos quedemos entre los árboles. Se detiene un momento, mira alrededor.

—Siguieron el arroyo —dice y regresa con nosotros. Seguimos avanzando.

Conforme se acaba el día, puedo ver en la frustración de su mandíbula apretada que avanzamos muy despacio. De tanto en tanto carga a Daniel, pero tiene que bajarlo con frecuencia para hacer a un lado algún arbusto o explorar para asegurarnos de que seguimos el curso del arroyo cuando se tuerce. Intento cargar a Daniel pero solo puedo hacerlo poco tiempo cada vez.

Vamos despacio, y estamos caminando muy cerca del arroyo...

—¿No deberíamos caminar por el lecho del arroyo? —pregunto finalmente.

Isi niega con la cabeza.

—Es mejor aquí arriba.

Suspiro y me vuelvo para ayudar a Daniel a pasar sobre un árbol caído. Supongo que andar por la orilla del arroyo significaría caminar más de lo que necesitamos, con todas sus curvas y vueltas.

Cuando vuelvo la cabeza, Isi está detenido y mira algo en el arroyo.

—¿Qué es? —Me uno a él y sigo su mirada.

Hay un cadáver a la orilla del agua.

Un venado, pero no son los huesos pulidos como el esqueleto que encontré hace días. Tiene parches de carne y pelo aquí y allá, y el cráneo está medio disecado. La lengua cuelga del hocico, hinchada, cubierta de sangre negra. Parece que estuvo sangrando, por lo que puedo ver en las manchas en las rocas cercanas, pero no distingo ninguna herida. Una nube de moscas zumba a su alrededor y se regodea en los ojos vidriosos.

Hago que Daniel mire para otro lado y me pongo entre él y el venado. Isi salta a la ribera y se aproxima al cuerpo.

—¿Qué le pasó? —pregunto.

Isi toma una rama del suelo y toca con ella el cadáver, mientras lo observa con

atención. El arroyo sigue canturreando alegre, algo que parece fuera de lugar. Cuando Isi se endereza, su expresión es sombría.

—Estaba enfermo.

—¿De qué?

Se encoge de hombros, pero desvía la mirada. La Hemorragia. Tiene que ser, pero puedo ver en la expresión de Isi que no piensa decírmelo. ¿Está la enfermedad en este arroyo? ¿Cómo puedo descubrir si es eso lo que Isi piensa?

—¿Deberíamos sacarlo del agua? —pregunto.

—¿Por qué?

—Pues... usar más abajo agua que venga de aquí me parece asqueroso.

—No vamos a beber esta agua —responde mi pregunta. No tenemos el remedio de Matisa ahora, así que él no quiere tentar a la suerte. Vuelve a empujar al ciervo con la rama. El enjambre de moscas se levanta y zumba ruidosamente, esperando aterrizar de nuevo.

—Hay pisadas aquí —señala el arroyo.

Me inclino a ver. La huella es claramente humana. Una bota. Está cerca del venado, y rodeada de agua sanguinolenta. De la punta, el agua se filtra hacia el arroyo, despacio.

—Como en mi sueño —pienso en voz alta.

Isi voltea a verme.

—¿Qué sueño?

—Soñé que encontraba la huella de un pie, de la que salía sangre que formaba un río. Llevaba a un grupo de árboles que tenían hojas verdes y nieve.

Isi mira hacia el cielo como si no me hubiera escuchado.

—Se hace tarde, tenemos que seguir moviéndonos.

Nos detenemos cuando cae el sol. Estoy exhausta, pero me ofrezco a levantar el campamento mientras Isi va a en busca de algo para comer. Los paquetes de comida estaban en los caballos, lo mismo que las ollas y los utensilios. Isi no parece preocupado, pero yo no tengo idea de cómo arreglármelas sin ellos. Él se dirige al bosque con su honda y su cuchillo. No tengo idea de dónde quedó su rifle en medio del caos, y no quiero preguntarle. No quiero ni pensar en lo que pasó.

Me mantengo ocupada haciendo lo único que puedo hacer: encender una hoguera.

—¿Em? —dice Daniel. Levanto la vista del pequeño montón de ramitas—. ¿Cuándo veremos a Kane y a Nico?

—Pronto —le digo.

—Bueno —responde—. Probablemente estén preocupados por mí.

—Claro —digo—, pero saben que estás conmigo y con Isi. Saben que estás a salvo.

Asiente. Su frente se arruga.

—¿Quiénes eran esos? ¿Los del fuego?

Soplo y abanico el fuego para animar las llamas.

—Esos hombres no eran como nadie que conociéramos. Eran malos.

—Pero ¿qué vamos a hacer si los vemos de nuevo? ¿Si vuelven a encontrarnos?

Ahora está cambiando su peso de un pie al otro, mirando hacia los árboles. Se está poniendo cada vez más nervioso.

Me levanto y tomo sus manos entre las mías.

—No te preocupes. Estás a salvo. Isi y yo no permitiremos que te pase nada.

Me mira a los ojos, inseguro.

Trato de sonreír, pero pienso que su nerviosismo puede presentarse con frecuencia. No tengo hermanos o hermanas, así que no estoy acostumbrada a calmarlos. La única niña a la que había cuidado es Edith, la hermanita de Tom. A ella le gustaban las canciones. Y yo entonaba la canción de mi mamá cuando estaba asustada o sola.

—Oye —le digo—, ¿tu mamá te canta en las noches?

Asiente.

—¿Cuál era tu canción favorita?

—La canción del conejo.

No tengo idea de qué canción sea esa.

—Cántala un poco para mí.

—No recuerdo bien la letra —hace un puchero, parece que va a llorar.

—¡No hay problema! —digo velozmente y aprieto sus manos—. Solo tararéala.

Arruga la frente, pensando. Por fin, comienza con una melodía vacilante.

—Es muy bonita —le digo—. Seguro que cuando tu mamá la cantaba te sentías muy bien, arropado y a salvo en tu cama, ¿no?

Asiente.

—Bueno, ahora lo que vas a hacer es esto: cada vez que te sientas asustado o nervioso, solo cierra los ojos y tararéala. E incluso si no la puedes escuchar, tu mamá estará cantándola para ti desde su lugar de descanso.

Sus ojos se abren muy grandes.

—¿De verdad?

—Claro. Y entonces sabrás que todo estará bien —jugueteo con sus manos, jalándolo—. Ahora ven —señalo las mochilas—. Veamos qué herramientas tenemos para comer.

Mientras revisamos los paquetes, me doy cuenta de que Daniel no es el único que necesita una canción para tararear. Todo el día he intentado no pensar en Kane, pero ahora que nos detuvimos y que la noche está por caer, siento un aleteo de pánico en mi pecho.

¿Dónde estará en este momento? ¿Logró escapar? ¿Lo habrán apresado esos hombres? ¿Estará vivo...?

Basta.

Kane está bien. Lo sabría si no fuera así. Lo sentiría.

¿O no?

La perdiz se rostiza despacio sobre la hoguera, su olor nos abre el apetito. El bosque está en silencio, pero Isi no ha dejado de hacer pequeños rondines por las orillas de nuestro campamento. Regresa de tanto en tanto para voltear la carne.

—Yo puedo hacer eso —le digo. Daniel está arrebuñado en mi capa, en el hueco de mi brazo.

Isi rehúsa con un ademán y quita la perdiz del fuego.

—Está listo —dice.

Trozamos la carne antes de que se enfríe y nos quemamos las puntas de los dedos y el paladar. Cuando terminamos de comer, la urgencia del hambre se ha ido.

Isi aviva el fuego y Daniel duerme. Me quito la *ceinture* y la enrolla, para ponérsela de almohada.

Isi mira las llamas.

—Gracias —le digo—, por la perdiz.

Se encoge de hombros. Miro el fuego y examino a Isi de reojo. Hoy nos guio a un paso firme y se detuvo solo cuando Daniel se quejaba o yo le pedía un descanso. Es obvio que piensa que estamos en la ruta correcta. De alguna manera...

Avivo el fuego con una rama y miro a Daniel, que duerme tranquilo a mi lado. Me aclaro la garganta.

—¿Cómo les sigues el rastro? —pregunto.

Isi levanta las cejas.

—Hay muchas señales si sabes dónde buscar.

—¿Como qué?

Se encoge de hombros.

—Ramas rotas, huellas. Había sangre en algunos lugares, supongo que de la herida del hombre. Se detuvieron a atenderla.

—Oh —digo. Lo único que vi fue la huella con sangre. *Esa huella*. Isi me ignoró cuando le hablé de mi sueño. Como si no significara nada. Pero sé que no es así. Puedo sentir que alguien nos espera en esos bosques.

—Mi sueño... —dudo—. Era muy extraño. Altos árboles verdes. Como en verano. Pero cubiertos de nieve.

Isi entorna los ojos. Es algo sutil, pero me doy cuenta: he dicho algo significativo para él.

—¿Qué? —pregunto.

Niega como si no lo supiera, pero no está siendo sincero, puedo darme cuenta.

—¿Sabes qué árboles son esos?

Se encoge de hombros.

—Nuestro propósito es encontrar a Nico —rehúye mi mirada. Me oculta algo.

En lo alto de los árboles, un ave nocturna canta.

Me siento intranquila. El súbito cambio de Isi, el hecho de seguir un sendero que no veo, el bosque nevado. Nada de esto tiene sentido. Mi piel se eriza. ¿Por qué?

Isi levanta la vista.

—¿Por qué vamos tras Nico? ¿Por qué nos estás ayudando?

Me mira con atención un momento.

—No confías en mí —dice.

—No es eso.

Me está observando de esa manera que detesto, esa manera intensa que me hace dudar de mis propios pensamientos. Bueno, ¿qué si no confío en él? ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Tú estabas listo para abandonarnos a Daniel y a mí. Lo habrías hecho si él no se hubiera despertado. Y planeabas dejarnos en la cabaña en ruinas para ir tú solo a buscar a Matisa.

—¿Y?

—¿Qué cambió?

Su mirada se pierde entre los árboles.

—El sueño de Matisa.

—¿Perdón?

Guarda silencio por tanto tiempo que me pregunto si me escuchó. Estoy a punto de preguntar de nuevo cuando deja escapar un largo suspiro.

—Ella soñó que yo seguía una semilla de árbol que se alejaba con la brisa. En la mano tenía un ave con el ala rota —ahora mira el fuego frente a él—. Sigue la vaina...

Cuida el ave herida.

Matisa creía que el ave herida de su sueño era Nishwa. Miro mi pie. Yo soy el ave herida. Al menos, eso es lo que Isi piensa. Mis mejillas se sonrojan. Ya no me preocupa cómo me ve la gente. No me ha preocupado por meses. Entonces, ¿por qué me ruborizo?

—Matisa estaba segura de que la vaina era uno de los niños. Me hizo prometer que seguiría ese camino si se presentaban así las cosas —sus ojos reflejan su molestia—. Cuando me dijiste que los hombres habían raptado a Nico, lo vi con claridad.

Lo miro atentamente, sentado con las manos en las rodillas y su rostro serio. Parece que está diciendo la verdad. Y si es así, su cambio de conducta y su actitud irascible cobran sentido. Además, ¿qué motivo podría tener para traernos a Daniel y a mí aquí?

Aun así, me doy cuenta de que sigue ocultándome cosas. Sabe más sobre mi sueño de lo que me está diciendo. Quisiera insistir, pero no hay manera de obligarlo, no es ese tipo de persona. Es el tipo de persona que hace lo contrario a lo que esperas solo para demostrarte que puede hacerlo.

—Así que aquí estamos —digo—. Por Matisa.

—Me lo pidió —dice, como si eso explicara todo.

Algo en su voz hace que mi corazón se acelere, y me doy cuenta de que estoy equivocada: Isi hace lo contrario cuando *ciertas* personas lo presionan. Con Matisa es distinto.

Me lo pidió.

El deseo me jalonea. ¿Qué me pasa? No puedo sentir deseo por Isi, eso es enfermo. ¿Deseo de que alguien sienta lo mismo por mí, que haga cualquier cosa que le pida? Kane se asoma en un resquicio de mi mente. Quería que él estuviera seguro de lo que siente por mí. Me sentí tan lastimada cuando pareció que prefería a su mamá y a sus hermanos antes que a mí. Y ahora nunca tendré que preocuparme de que elija.

El pensamiento hace que sienta náuseas, que ahogan el deseo.

Lo mantengo así y sigo hablando para distraerme.

—Pero no *piensas* que estés haciendo lo correcto, ¿verdad? —no le digo que lo comprendo. Lo correcto no siempre es tan claro, no siempre se siente bien.

Se encoge de hombros, pero desvía la mirada. Me doy cuenta de que se siente culpable por cómo se comportó con Matisa los últimos días.

—Pero estás tan seguro de todo lo demás —digo—. Estás completamente seguro de lo que pasó con Charlie en el incendio.

Su rostro se ensombrece.

—Cualquiera puede darse cuenta de lo que sucedió. Charlie es exactamente lo que te advertí que era.

—Pero...

—No le faltaban motivos para traicionarlos. Kane mató a su padre y tú eres el motivo por el que su familia fue arrojada al exilio.

Hago una pausa antes de responder.

—Pero le mostramos piedad.

—¿Por eso lo ayudaste?

—S-s-sí...

Isi me mira con dureza, con esa expresión que me hace pensar dos veces lo que estoy diciendo.

Y ahora, de entre todas las cosas posibles, los grises ojos del hermano Stockham aparecen en mi mente. La cicatriz en su hombro, que se extendía hasta su espalda. Yo sabía que las enseñanzas de su padre estaban marcadas ahí.

Trago saliva con dificultad.

El padre del hermano Stockham nunca le mostró piedad y él terminó con ese horrible secreto. Y murió por eso. Charlie tuvo que cargar con las transgresiones de su padre cuando fue expulsado del asentamiento. Pero si yo le mostraba piedad, podría salvarlo de repetir los errores de su padre, ¿no es así?

Me sonrojo y cierro los ojos, intento concentrarme en el hecho, pero lo único que puedo decir es:

—Aquí afuera no es como me imaginaba.

Silencio.

Abro los ojos y veo a Isi mirándome. Arruga la frente y se levanta de un salto.

—Tomaré el primer turno de guardia —se aleja entre los árboles.

Lo veo mientras parte, con la certeza de que no osará despertarme para el relevo de guardia. No estamos juntos en esto: soy la carga que tiene que llevar, y lo está haciendo por Matisa. Me acomodo detrás de Daniel y me acurruco alrededor de él, tratando de ignorar el dolor que crece en mi pecho. Lo que importa es que Isi cambió de opinión. Nos está ayudando por Matisa. Está haciendo lo que ella le pidió. Pero...

Cuida el ave herida.

¿Por qué tuvo ella ese sueño? ¿Sabía lo que nos esperaba? ¿Sabía que en menos de una semana de empezado nuestro viaje, este se convertiría en un infierno? Si fuera así, ¿por qué no me dijo nada? Lo habría hecho, de haber sabido. A menos...

A menos que ella guarde más secretos, además del remedio. Quizás haya muchas cosas más que no me ha dicho.

El sentimiento hiela mi pecho y late, mientras el dolor de mi pie me sube hasta la cadera. Levanto la cabeza y miro entre los oscuros árboles. Antes me parecían muy hermosos. Pensaba que ocultaban secretos sin los cuales yo no podría vivir.

Ahora esconden enemigos. Las largas ramas me empujan, me atrapan aquí, en esta tierra ajena. Cadáveres sangrientos, hombres enloquecidos que aparecen de la nada, armas terroríficas.

Deseo con cada parte de mi ser que Kane esté aquí, pero pensar en él hace que sienta un gran dolor en mi pecho...

Busco algo, lo que sea, que me tranquilice. Y de pronto me encuentro repitiendo el ritual de las virtudes: *Soy Honestidad. Soy Valentía. Soy Descubrimiento.* Estas palabras tienen un significado nuevo para mí desde el otoño pasado, pero el canto me resulta familiar, reconfortante. *Soy Honestidad. Soy Valentía...*

Mis pensamientos se detienen aquí. Nunca fui Honestidad. Y decirme que Kane está bien...

Bueno, quizá me estoy mintiendo, como me mentí con respecto a Charlie. Quizá debería prepararme para lo peor: que nunca encontremos a Kane.

Al menos, no vivo.

Me quedo sin aliento.

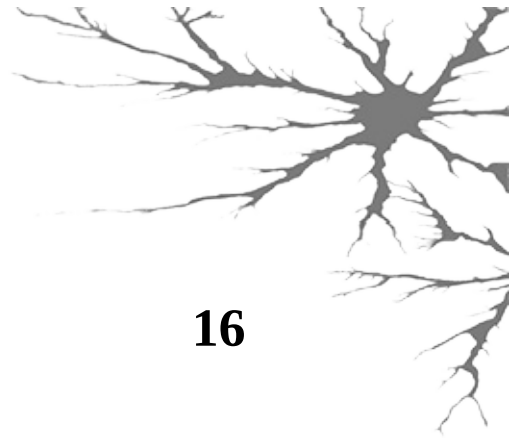
Basta.

No puedo seguir así, voy a volverme loca.

Recreo la imagen de Kane y la envuelvo en los hilos de mi mente. La entierro profundo, muy profundo en mi corazón. Él está a salvo ahí. Lo sacaré cuando encontremos a Nico.

Siento que el pecho de Daniel se levanta suavemente. Elevo una oración al Altísimo pidiéndole que Daniel tenga un descanso sin pesadillas.

No me molesto en pedir lo mismo para mí.



En mi sueño, las tierras más allá de la arboleda están secas y cubiertas de polvo. Las colinas tienen grietas causadas por el sol y el tiempo, y se levantan, enormes, contra el cielo de profundo color azul. El calor hace que brillen como las olas de un río. Dentro de la arboleda, donde alguien espera, la nieve en los árboles resplandece al sol. El río pasa a un lado, extendiéndose al norte y al sur.

De vuelta en la planicie de mi asentamiento, los muertos cantan bajo el río. Y entre las voces distingo la de mi papá, más fuerte que el resto.

Reconcílate.

Matisa está junto a mí. Se ve como otras veces: la mitad de ella está viva, entera; la otra es huesos secos. Su movimiento es errático cuando se inclina y levanta un puñado de tierra y hierbas.

Es la planta que nos protege de la Hemorragia, lo sé. Pero no puedo recordar su nombre. Me inclino hacia adelante, para alcanzarla, pero Matisa la retira de su palma con los dedos crispados de su mano descarnada y la aplasta hasta convertirla en polvo.

Mientras empacamos en la mañana para seguir nuestro camino, decido contarle a Isi la primera parte de mi sueño: aquella de la arboleda, donde alguien espera.

Arruga la frente cuando hablo pero no deja de empacar.

—Es importante —le digo.

Lo veo colgar la mochila a sus espaldas y ajustarla, luego se dirige hacia Daniel.

—Es la segunda vez que lo sueño, se siente como si alguien estuviera esperando ahí —digo—. No alcanzo a descifrar qué significan esos árboles.

Me cuelgo la mochila a la espalda.

Isi carga a Daniel y comienza a caminar. Tengo que apurarme para alcanzarlos.

—¿Isi?

—Quizá tengas que *descifrar* por más tiempo —me responde.

Refunfuño a sus espaldas y lo miro mientras camina, ligeramente desbalanceado por el peso de Daniel, pero moviéndose con seguridad. Me irrita que incluso con las puntadas en la espalda y la carga extra sea más rápido que yo.

Lo sigo en silencio pero no puedo quitarme el sueño de la cabeza. La segunda

parte en particular, la que no le conté, me está devorando.

—¿Piensas que Charlie llevó a Matisa al asentamiento?

—No, si valora en algo su vida.

Pienso en ello. Isi tiene razón: Charlie fue expulsado, volver sería tonto de su parte. No. No es por eso que Matisa aparece en mi sueño.

Reconcílate.

¿Será que mi sueño me pide que acepte lo que traje a mi gente cuando encontré a Matisa? Vida y muerte, exactamente como ella aparece en el sueño.

Pero eso no explicaría la parte del remedio. ¿Qué relación podría tener con eso?

Me quedo mirando el cabello oscuro de Isi mientras avanza entre los matorrales, con seguridad, sin hacer ruido.

¿Debería contarle esa parte del sueño? Me esfuerzo para emparejarme con él.

—Es solo que... también he soñado con el asentamiento —aventuro.

—Extrañas tu casa. Estás triste porque deseas regresar.

Su explicación me irrita.

—No, no es eso.

Enarca las cejas.

—Que *no* —insisto.

Y es verdad. No es tristeza lo que siento cuando pienso en el asentamiento, cuando pienso en mis sueños. Es... como si hubiera olvidado algo ahí.

Me retraso con respecto a Isi. Tengo que apurarme para alcanzarlo.

—Mis sueños me muestran cosas —digo.

Sacude la cabeza.

—Cosas que no entiendes.

—No. Cosas que no he descifrado aún. Que haya seguido mis sueños es la razón por la que encontré a Matisa el otoño pasado.

Se detiene y me encara.

—Eso fue suerte —dice—. No sabes nada. Tú crees que los árboles verdes de tu sueño tienen *nieve*.

—¡Sí tienen!

Niega.

—Estás soñando *mâyimitos* —dice, como si le estuviera explicando algo a un niño tonto—. Tus árboles nevados son solo árboles que tienen semillas que brotan como una suave pelusa. Es un árbol que no conoces.

Lo miro fijamente y siento que mi rostro enrojece. Quiero decirle que está equivocado, pero no estoy del todo segura. Aquí afuera todo es nuevo para mí.

—Bueno, no crecen en el norte —murmuro, pero mientras lo hago me percató de algo: que haya soñado con árboles que nunca he visto, con alguien ahí, esperándome, es como los sueños que tuve el otoño pasado, cuando Matisa y yo nos soñamos una a la otra.

Y eso no es cualquier cosa.

Isi pasa a Daniel a su otro costado y vuelve a caminar deprisa. De nuevo tengo que apresurarme para alcanzarlo, pero mi pie se atora en la raíz expuesta de un árbol y siento un ramalazo de dolor. Retengo el aire para no gritar.

Isi no se detiene, por supuesto.

Quiero gritarle, pero en vez de eso respiro para calmarme. Discutir con él no servirá de nada.

—Esos árboles *mayi-lo-que-sea* —ya olvidé la palabra que usó—, ¿dónde crecen? Camina aún más rápido.

—¿Isi?

Con esfuerzos, lo alcanzo.

—En muchos lados —murmura, sin voltear a verme.

—Pero en mi sueño crecen junto al gran río.

—Hay una arboleda de ellos, grande, al lado del río, un poco antes del cruce.

—Quizá deberíamos ir ahí. Es decir, una vez que encontremos a Nico —*si* lo encontramos, pienso—. Quizá...

Se detiene y me mira.

—Estoy haciendo lo que me pidió Matisa. Después, iré de regreso a donde estaba la cabaña en llamas y seguiré el rastro de Charlie.

Vuelve a cambiar de lado a Daniel, esta vez con un movimiento veloz y enojado, con la mandíbula apretada. El desplazamiento hace que se le escape un gemido y tiene que bajar a Daniel. Las puntadas le están molestando, sin duda.

Señalo su espalda.

—Puedo ayudar...

—No necesito tu ayuda —escupe.

—Pero sé que...

—¡No sabes nada!

—¡Sé más de lo que piensas! —le grito. El enojo hierve dentro de mí. Me muerdo la lengua para no decir el resto de lo que pienso, pero los ojos de Isi se estrechan.

—¿*Qué* sabes? —pregunta.

Ahora soy yo quien aprieta la mandíbula y mira hacia otro lado.

—Em.

Lo vuelvo a mirar.

—Sé que... que... —Su mirada intensa hace que vacile un momento— el venado que vimos atrás murió de Hemorragia. Sé que —me yergo—, el mal está en este arroyo.

Un relampagueo de incredulidad ilumina sus ojos. Mejor decir todo de una vez.

—Y sé acerca del remedio.

Se queda boquiabierto.

—Matisa tuvo que decirme —agrego velozmente.

Recupera el habla.

—¿Rebeló eso? —dice, como si no pudiera creer sus propias palabras.

—Solo a mí. Necesitaba que yo viniera y...

—¿Traicionó nuestro secreto para que *tú* vinieras? —Ahora está enfadado.

—¡Yo no le pedí que me lo dijera! —exploto.

—¿Por qué *otra* razón lo habría hecho?

—¡Porque ella cree que puedo ayudar!

—¡Pero *no* puedes! —Se aleja de mí, furioso.

—¡Solo porque eres tan necio! —respondo, mirando su espalda. ¡Altísimo! ¿Qué estoy haciendo aquí con él? ¿Cómo vamos a encontrar el camino?

Se produce un silencio largo. Los árboles rechinan a nuestro alrededor.

—¿Me cuentas una historia? —La voz de Daniel rompe el silencio. Se para frente a Isi y le tira de la ropa—. ¿Isi?

—No recuerdo alguna ahora mismo —responde él con la voz ronca.

—Puede ser la que me contaste antes —propone Daniel.

Isi inhala profundamente, como si estuviera juntando paciencia:

—Debemos guardar silencio.

Daniel le sostiene la mirada.

—Pero tú y Em estaban gritando hace un momento.

Me sonrojo al pensar en cómo nos hemos comportado enfrente del niño.

—Solo estábamos hablando —digo.

Daniel nos mira a ambos.

—Es mejor avanzar sin hacer ruido —insiste Isi.

—Está bien —dice Daniel, asintiendo con seriedad—. Puedes decirla muy quedo.

Aprieto los labios para esconder una sonrisa.

Isi suspira. Daniel le dio en su punto débil. La única vez que lo vi contento durante el invierno fue cuando estuvo contándoles historias a los pequeños.

Isi levanta a Daniel en sus brazos y le retira el cabello de la frente con una mano.

—Está bien —dice.

Los ojos de Daniel se iluminan.

Volvemos a caminar, pero puedo sentir que el enojo de Isi persiste. Levanto la barbilla y miro hacia los árboles mientras caminamos.

Isi comienza:

—Cuando era un niño, un día estaba paseando en el bosque y encontré un pequeño pájaro, un polluelo, que había caído de su nido.

—¿Estaba vivo?

—Sí, no estaba lastimado. Tenía las alas llenas de pelusa y eran así —veo de reojo que Isi levanta su mano libre y extiende sus dedos para mostrar un espacio pequeño entre ellos—. Y tenía un pico muy pequeño y suave pelusilla en la cabeza.

—¿Tenía miedo? —pregunta Daniel.

Isi asiente.

—Fui cuidadoso, lo atrapé y lo sostuve en mis manos. Era tan pequeño que lo habría podido estrujar en un puño.

Daniel deja escapar un jadeo de horrorizado placer.

—Quería ayudarle —sigue Isi—. Quería devolverlo a donde pertenecía, así que me pasé la mañana buscando su nido.

—¿Lo encontraste? —pregunta Daniel.

—Sí. Trepé al árbol, con cuidado de no dejarlo caer. Pero como estaba usando una sola mano para trepar, de modo que el pajarito estuviera a salvo, perdí apoyo y me golpeé con una rama en el cuello.

Los ojos de Daniel se abren más.

—¿Te lastimaste?

—La herida era profunda, pero no demasiado.

—¿Y entonces?

—Entonces puse al polluelo en el nido y bajé del árbol.

Daniel ríe, complacido.

—¡Lo salvaste! ¡Salvaste al polluelo!

Isi niega con la cabeza.

—Eso había pensado yo también —dice—. Pero cuando llegué a casa, mi *moshum*, mi abuelo, me dijo que, como había tenido al polluelo en mi mano, no había forma de que su mamá lo aceptara de nuevo.

Mi piel se eriza.

—¿Cómo? —pregunta Daniel, estirando el cuello para poder mirar a Isi a los ojos—. ¿Su mamá ya no lo iba a querer?

Isi asiente.

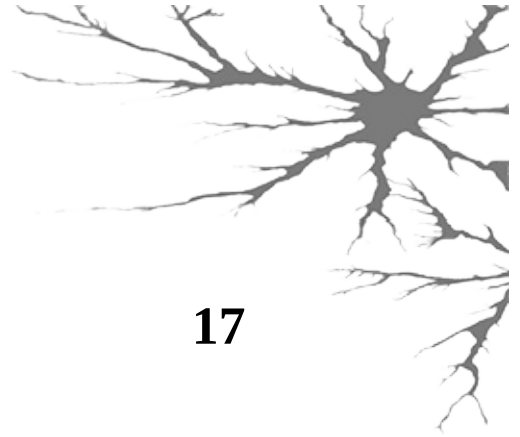
—Habría sido mejor dejar al polluelo ahí, solo y asustado, que ponerlo en un lugar al que no pertenecía.

Entonces me voltea a ver y me sostiene la mirada.

Me sonrojo. Aclaro mi garganta.

—No deberías cargar a Daniel —digo—. Te oprime las puntadas.

—Iríamos muy lento si camina por su cuenta —replica, luego mira mi pie—, ya de por sí vamos demasiado despacio.



Un hombre y una mujer aparecen de la nada.

Daniel y yo estamos sentados en una roca junto a las mochilas, y ellos emergen de detrás de unos matorrales, silenciosos y pálidos como fantasmas.

Isi se acerca velozmente y se interpone entre ellos y nosotros, su mano presta al cuchillo. Me levanto de prisa.

Los dos se detienen y nos miran, su expresión es también de sorpresa, pero veo que la mano izquierda de la mujer se mueve, veloz, hacia su costado. Un largo cuchillo cuelga de su cinturón.

—Espera —dice el hombre, deteniendo a la mujer por el brazo. Él levanta las manos para mostrarnos que no tiene nada en ellas. Su mano derecha está cubierta con una venda color marrón—. No les haremos daño —nos dice.

Isi no se mueve. Su mano permanece en la empuñadura del cuchillo.

—Den la vuelta y aléjense —dice, en un tono de voz bajo y peligroso.

—Ustedes primero —dice la mujer.

Los miro fijamente. Son de más o menos la misma estatura y su piel es pálida, como la de las chicas que trabajaban bajo techo en el asentamiento. Sus ropas se parecen a las de Henderson, solo que están un poco más raídas y sucias, como si llevaran muchos días de viaje sin descanso.

O como si acabaran de estar en algún tipo de escaramuza.

Me quedo sin aliento cuando los observo bien. Es gente de los primeros pueblos que atacó aquella finca. Al menos, eso creo. No recuerdo que hubiera mujeres entre ellos, pero todo sucedió muy rápido.

Me doy cuenta, por su postura, de que Isi no va a ceder. Su mano está muy cerca de la empuñadura del cuchillo.

Los cuatro nos miramos, unos a otros, rodeados por un silencio tenso.

Un tarareo comienza de pronto y llena el espacio con notas aleatorias que no parecen una melodía.

¿De dónde...?

—Brinca. Brinca. Brinca el conejito. Brinca, brinca, brinca muy bonito...

Daniel. ¡Altísimo! O está recordando la letra de su canción del conejo o la está

inventando.

—Y brinca, brinca, brinca al arbolito...

La está inventando.

Isi duda por un instante y el hombre mira a Daniel con expresión confusa. Ese sinsentido de canción continúa, es un gorjeo a todo volumen, completamente desafinado.

—Shhhh —siseo, echando una mirada por encima de mi hombro. Daniel solo cierra los ojos y canta todavía más fuerte y más desafinado que antes. Me yergo y miro de frente a la pareja, tratando de parecer intimidante.

—Cone, cone, conejito. Brinca, brinca, da brinquitos.

Las fosas de la nariz de la mujer se dilatan y sus labios se fruncen. Está intentando no reír.

No aguanto más.

—¡Daniel! —Me arrodillo a su lado—. Todo está bien, mira —tomo sus manos—. ¿Ves? Solo estamos platicando.

Le doy un manotazo a Isi en la pierna y él suelta el cuchillo. La mujer también aleja la mano de su arma. Daniel deja de cantar. Me mira. Y luego mira a Isi, al hombre y a la mujer.

—No pretendemos hacerles daño —insiste el hombre—. ¿Qué les parece si ustedes siguen su camino y nosotros el nuestro?

Esta gente no está interesada en nosotros. Curiosos de nosotros, tanto como yo de ellos, pero con más ganas de irse sin problemas.

Isi asiente. Carga a Daniel sobre su espalda.

—Vámonos —me dice.

Cuando me giro para seguirlo, me percató que el hombre trae un estuche de cuero colgando de su mochila. Es largo y cilíndrico, igual al que Henderson tenía.

No puedo evitarlo:

—¿Ustedes hacen mapas? —les pregunto.

—Extraoficialmente —responde el hombre, asintiendo.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—No estamos contratados —explica—. Hemos estado explorando el territorio por nuestra cuenta, haciendo mapas para venderlos cuando volvamos al este.

Ahora Isi también se vuelve.

—¿A pie? —Su voz es dura y llena de incredulidad.

—Perdimos nuestros caballos —dice la mujer, pero la mirada del hombre es nerviosa.

—¿Cómo? —insiste Isi, con una expresión inquisidora.

Ellos intercambian una mirada. Algo no está bien aquí.

La mujer se aclara la garganta.

—¿Y qué tal que mejor ustedes nos dicen de dónde vienen? —pregunta.

—No lo creo —dice Isi—. Vámonos, Em.

Acomoda bien a Daniel en su espalda y da media vuelta.

—¿Van a seguir este arroyo? —pregunta la mujer, abriendo mucho los ojos—. ¿Saben adónde va?

Hay miedo en su mirada. Y me doy cuenta de que nosotros somos la causa.

Isi la mira de nuevo.

—¿Ustedes saben? —le pregunto.

—Sí —mira a Daniel—, y no es lugar para un niño.

Observo a Isi. Sus ojos estudian la cara de la mujer. Sé que se está preguntando lo mismo que yo: ¿conoce ella a los hombres que raptaron a Nico?

Isi deja a Daniel en el suelo y se acuclilla junto a él.

—A ver cuántas flores puedes recoger —le dice. Y me doy cuenta de que le está poniendo una tarea para que podamos hablar con esta gente—. Pero quédate donde puedas verme.

Daniel asiente. Mira a la pareja y camina hacia el árbol más cercano detrás de nosotros.

Los cuatro nos miramos de nuevo.

—¿Nos sentamos? —La mujer señala unos troncos caídos que yacen cerca.

Me acomodo enfrente de ellos. Isi no se sienta: se queda de pie a mi lado, con los brazos cruzados sobre su pecho. Ya de cerca, la mujer parece ser unos diez años mayor que yo. Primero pensé que su cabello estaba recogido, pero ahora veo que tiene un corte extraño, justo bajo las orejas. El hombre luce una barba oscura, encrespada, y ojos profundos.

—Soy Em —me presento—, él es Isi.

—Soy Elizabeth Sharapay —dice la mujer, y me parece raro que ella hable primero—. Y este es mi cónyuge, Ulysses.

El hombre inclina la cabeza.

Cónyuge. Busco la palabra en mi cerebro y pienso, por la manera tan familiar en que se sientan uno al lado del otro, que debe significar compañero de vida.

Me aclaro la garganta.

—¿Dicen que perdieron sus caballos?

De nuevo veo algo en la mirada del hombre, pero la mujer permanece calmada.

—Les contaré al respecto —dice—, pero antes, ¿podrían decirme por qué quieren seguir este arroyo?

Siento que Isi se tensa. Sé que no quiere que les diga mucho a estos desconocidos, pero no tengo alternativa. El único modo en que recibiremos información es dando un poco nosotros.

—Vamos a recuperar a uno de los nuestros —digo, cuidadosamente—. Unos hombres se lo llevaron por este camino.

—Y van a ir... ¿solo ustedes dos? —pregunta.

Me yergo un poco más.

—Isi les siguió la pista hasta acá.

De nuevo, Elizabeth y Ulysses intercambian una mirada. Ulysses hace un gesto hacia su mochila y Elizabeth asiente. Él toma el estuche cilíndrico, lo abre y saca un pergamino como el de Henderson.

Mientras lo extiende para enseñarnos, me doy cuenta de que su vendaje es más oscuro a la altura de su meñique, como si manara sangre de él.

Respiro profundo y me concentro en el pergamino. El mapa se parece al que nos enseñó Henderson, con el gran río en el este y las montañas al oeste, pero le falta todo lo que el de Henderson señalaba al sur. Ulysses indica una línea que corre de este a oeste y que no estaba en el mapa de Henderson. Con un dedo de su mano sana, señala una serie de tachas. Cerca de esos símbolos, hay otra línea que se curva, pero está incompleta. ¿Será otro río?

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Allá es adonde ustedes se dirigen —dice Elizabeth—. Están a algunas horas de camino —su boca se tuerce en una mueca—. Le llaman el Fuerte de León.

—¿Quién le llama así?

—Los bastardos que lo controlan —lo dice con ligereza pero su voz contiene un temblor. Se aclara la garganta—. Les aconsejo mantenerse lejos. Si tomaron a alguien de su grupo, no tendrán intención de soltarlo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, aunque no estoy segura de querer saber la respuesta. El vendaje de la mano de Ulysses atrapa mi mirada—. ¿Fueron allá por su... trabajo con los mapas?

Ella asiente.

—Estábamos tratando de trazar el mapa del oeste, hacia las montañas, y llegamos a su campamento hace un par de días. No nos dimos cuenta del tipo de hombres que son hasta que fue casi demasiado tarde.

Miro a Isi. Sus ojos están midiendo la verdad en las palabras de la mujer.

—Por suerte, ellos querían un mapa —dice con voz amarga. No suena a que tuvieron suerte—. Nos dejaron ir con la condición de que regresemos con el mapa.

—¿Qué mapa quieren?

—De esta zona hacia el norte. Quieren saber si hay nuevos asentamientos por este camino.

—¿Por qué?

—Están haciéndose de territorio. Eliminan a los grandes depredadores que podrían ser una amenaza —pienso en Nishwa, con la pierna atrapada en esa enorme trampa de acero—. Ahuyentando a la gente que se ha establecido en la tierra que quieren para ellos.

Aquella finca. Nuestros atacantes fueron hombres de este fuerte del que está hablando. Se me hace un nudo en la garganta: mi asentamiento está al norte.

—Nosotros... encontramos una finca en llamas a unos kilómetros de aquí —digo—. Cerca del río grande. Creo que el dueño estaba entre el... caos.

—Cualquier persona que se niega a obedecerlos recibe un castigo ejemplar —dice

Ulysses, y veo que Elizabeth se yergue en su asiento. Un castigo ejemplar. Miro de nuevo la mano del hombre. Los vellos de mi nuca se erizan.

Vuelvo a pensar en el ataque en la finca. En el hombre que yacía boca arriba junto a mí.

—Estos hombres, ¿son *osanaskisiwak*? —pregunto.

Los dos me miran como si no me entendieran.

—¿De los primeros pueblos?

—Ah —el rostro de Elizabeth se ilumina—. Sí, hay algunos. Pero León y el resto son cormoranes.

Ahora soy yo la que no entiende.

—¿Del lejano este? —dice ella—. ¿De la Bahía Cormorán?

Sigo sin entender de qué habla pero decido que ellos no necesitan saberlo.

—¿Qué es lo que ellos quieren? —pregunto.

—Hacerse de tanta tierra como puedan antes de que llegue el Dominio — responde Ulysses—. Quieren imponer su propio gobierno, empezando por establecer sus fronteras.

—¿Dónde están esas fronteras?

—Pues se están expandiendo —dice Ulysses—. Pero, hasta ahora —señala en el mapa—, parece que quieren reclamar todo lo que hay entre el río grande que está cerca del fuerte que están construyendo —e indica la línea larga que primero pensé que era un río— hasta el Serpiente, al este —y señala el río que aparecía en el mapa de Henderson, el que, según creo, pasa junto a mi asentamiento.

Arrugo la frente.

—¿El Serpiente?

—Le llamamos así al río por el modo en que serpentea.

—¿Y qué tan al norte y al sur? —pregunto.

La trampa en la que cayó Nishwa está a un día de viaje al norte del cruce. Fue la primera señal que tuvimos de gente en la zona, aparte de los Jameson. Incluso así, esa frontera estaría a solo cuatro días de viaje de mi asentamiento. De Tom.

—Es difícil saberlo. Parece que están más interesados en expandirse al norte que al sur, quizá porque la tierra al sur del cruce del río es inhóspita.

Miro las partes en blanco del mapa y levanto una ceja.

—O eso hemos escuchado —añade—. No hemos llegado tan lejos.

Ulysses comienza a enrollar el pergamino.

Le dirijo una mirada a Isi. Su rostro es completamente inexpresivo. Tomo una decisión.

—Conocimos a otro hombre que hacía mapas hace unos días —les digo.

—¿Sí? —Los ojos de Elizabeth muestran interés.

—Se llama Henderson —continúo—. Dijo que trabaja para el Dominio.

Elizabeth y Ulysses intercambian una mirada.

—¿Lo conocen?

—Sabemos de él —dice Elizabeth—. Somos su competencia —otra palabra cuyo significado no me queda claro—. Solo que él aún no lo sabe.

—Nos habló sobre los bandidos, gente como este tal León. Gente que anda en estos territorios porque no tienen ley.

—No tienen ley *todavía* —dice Elizabeth—. En cuanto la ley del Dominio llegue, habrá problemas.

Se me eriza la piel. Pensar en estos tipos proclamándose dueños del territorio, o al Dominio llegando a competir con ellos hace que me hierva la sangre. ¿Será esta la guerra con la que soñó Matisa?

Me concentro en lo que nos interesa ahora:

—¿Para qué querían estos tipos a un niño?

—¿Qué? —me pregunta, mirándome inquisitiva.

Entiendo que me pide que lo repita. Miro a Daniel y bajo la voz.

—Los hombres se llevaron a su hermano.

El rostro de Elizabeth se oscurece.

—Probablemente planean criarlo como si fuera uno de ellos. Están expandiendo su población de todos los modos posibles.

Hay ira en su voz y odio en sus ojos mientras lo dice...

Me obligo a preguntar lo que he estado pensando todo este tiempo.

—Pero si los dejaron ir, ¿qué pasó con sus caballos?

Ulysses cierra el estuche que guarda el mapa y se acerca a Elizabeth, pasa su brazo alrededor de sus hombros y la atrae hacia él con su mano sana.

—León se quedó con nuestros caballos como garantía. También tomó mi collar —dice—. Tiene un relicario —su voz flaquea— con el retrato de nuestra hija.

La manera en que lo dice me hace pensar que esa imagen era lo único que le quedaba de su hija. Ella se aclara la garganta.

—Dijo que nos devolverá todo cuando regresemos con el mapa. Quería que me quedara como parte del trato, pero Uly no se habría movido sin mí.

Ulysses le aprieta el hombro.

—¿Por qué te querían a ti?

—Tienen demasiados hombres y no hay suficientes mujeres.

Frunzo el ceño por un momento, intentando entender lo que me dice. Y entonces lo comprendo.

Están haciendo crecer su población de todos los modos posibles.

La náusea revuelve mi estómago y estiro una mano hacia Isi para mantener el equilibrio o para sentirme apoyada, no sé bien cuál de las dos. Siento cómo se tensa con mi contacto y retiro la mano.

—¿Cómo escapaste? —pregunto.

—Ellos querían el mapa más de lo que me querían a mí —pone su mano sobre la mano lastimada de Ulysses—. Pero le dejaron a Uly un recordatorio para que regrese.

No me atrevo a mirar el vendaje.

—¿Y lo harán?

—Claro que no —escupe—. No van a conseguir nada de nosotros.

—Pero...

—Tendrán que alcanzarnos antes —dice con los ojos llenos de fuego—. Toda mi vida he soñado con venir al oeste. Con ver estas tierras salvajes con mis propios ojos. Ulysses y yo hicimos planes para hacer nuestra fortuna trazando el mapa. Cuando perdimos a Charlotte, decidimos que era tiempo de venir al oeste, empezar de nuevo —ella lo mira y su rostro se suaviza—. Ya encontramos el lugar en el que queremos establecernos. Un poco al sur del cruce. Es tan hermoso, un pequeño valle escondido entre los pinos.

Ulysses le sonrío y comparten un momento privado. Mi corazón me duele de nostalgia.

Cuando Elizabeth me mira, la furia ha vuelto a sus ojos.

—Si piensas que voy a permitir que esas ratas reclamen esa tierra, estás equivocada.

La observo detenidamente. Nunca había conocido a una mujer como esta. La hermana Ann, allá en el asentamiento, decía lo que pensaba y era obstinada; ella estaba al mando en su hogar. *Sœur* Manon también tenía sus propias opiniones, vivía bajo sus propias reglas e incluso el Concejo la dejaba en paz.

Pero esta mujer, Elizabeth, es diferente. No es solo que tenga sus propias opiniones: también tiene un sueño. Está decidida a empezar una nueva vida aquí, en lo desconocido, y no permite que el horror de lo que han vivido quiebre su voluntad.

En estos momentos, todo lo que quiero es que tengan éxito. O, por lo menos, que sobrevivan.

—El agua aquí —le suelto antes de poder detenerme a mí misma— podría estar... bueno, no estar limpia.

—Oh, hervimos toda el agua que usamos —dice con un ademán despreocupado—. Es la estrategia de supervivencia número uno en mi guía para la naturaleza.

Puedo sentir que los ojos de Isi me apuñalan, así que no le pregunto más del asunto. Cambio el tema.

—Este fuerte —pregunto—, ¿lo vigilan todo el tiempo?

—Todavía está en construcción —dice Ulysses—. Será una gran fortificación cuando la terminen, con puestos de vigilancia. Pero, de momento, tienen un campamento fuera de su muralla. Yo diría que media docena de hombres vigila por las noches.

—Y tienen armas —afirmo. El desastre en la finca lo prueba.

Elizabeth levanta una ceja.

—Y qué armas. Yo creo que León sacó ventaja como traficante de armas de pólvora antes de ir al oeste. Todos ellos cargan con rifles Rosses y vi que cuentan también con una ametralladora automática. No me sorprendería que hayan conseguido ese gas venenoso.

No entiendo nada de lo que dice, pero supongo que Isi sabrá de qué hablan. Es mejor conseguir la información que podamos.

—¿Cuántos hombres hay en el grupo de León?

Ulysses se rasca la barba.

—¿Unos doscientos? Aunque no todos están por decisión propia. Algunos son prisioneros, los tienen trabajando.

—¿Prisioneros de dónde?

Ulysses se encoge de hombros.

—No estoy seguro. De alguna tribu del oeste, quizá.

Miro a Isi. Su mandíbula se tensa.

—¿Tenían el símbolo de un halcón rojo en la manga?

Ulysses frunce el ceño.

—No que yo haya visto.

Pienso en Nishwa, dirigiéndose al suroeste desde donde estaba la trampa. Iba directo a donde se encuentran León y sus hombres.

—Em —Isi me da un codazo. Daniel ha regresado con las manos llenas de flores. Isi las toma y le alborota el cabello con cariño. Pero la mirada que me dirige es seria e impaciente.

—Debemos continuar —me pongo en pie.

—Nunca nos dijeron de dónde vienen —dice Ulysses. Esto me hace titubear.

—Es cierto —dice Elizabeth—. ¿Dónde es su hogar? —Ella inclina la cabeza—. ¿Por qué están aquí?

Abro la boca para responder. La cierro. No sé qué decir. Al darme cuenta, siento que el pánico aletea en mi pecho.

La voz de Isi interrumpe mi pensamiento.

—Vamos al oeste una vez que encontremos al niño —lo dice como si eso explicara todo.

Elizabeth estudia su rostro. Se encoge de hombros.

—Bueno, supongo que no es asunto nuestro. Ya les dije que se mantengan alejados de ese fuerte, pero veo que harán lo que les plazca —se pone en pie—. Siento no poder ayudarles más, pero tenemos que seguir con lo nuestro.

—Beth —dice Ulysses—, son solo niños.

Ella lo fulmina con una mirada.

—Son niños que han llegado hasta aquí —dice—. Y tú sabes tan bien como yo que, aquí afuera, si no cuidas de ti te meterás en problemas.

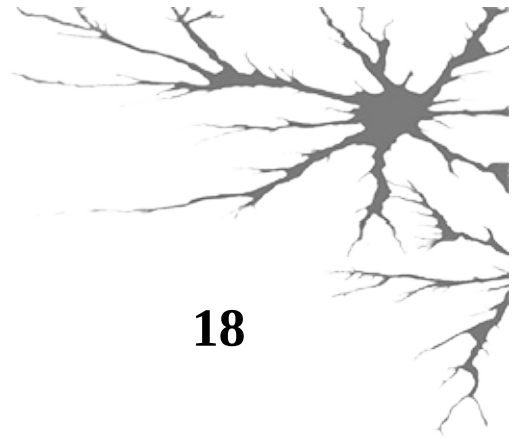
Ambos se cuelgan sus mochilas a la espalda.

—Gracias por advertirnos —digo.

—Espero que encuentren al pequeño —dice, y nos ofrece una sonrisa breve—. Buena suerte.

Su sonrisa, sin embargo, no es de esperanza. Es para esconder la expresión de sus ojos, esa expresión que traiciona lo que realmente está pensando. Ella piensa que

necesitamos algo más que suerte: un milagro.



El bosque que alcanzamos al ocaso ha sido devorado por el fuego: hay esqueletos de árboles y arbustos quemados entre la maleza.

Todo está en silencio, inquietante. Avanzamos tanto como podemos. Isi carga a Daniel y yo trato de no tropezar con mi pie malo. Pronto escuchamos el rumor de un río, tal vez el nacimiento del arroyo que hemos estado siguiendo, y el bosque comienza a verdear de nuevo. Los pastos son altos y esconden las ramas y troncos caídos, lo que hace difícil nuestro avance.

Isi levanta la mano en señal de que nos detengamos. En cuanto cesa el ruido que producimos, escucho algo nuevo: una sierra, martilleo. Como en el asentamiento cuando reemplazábamos parte de la muralla o construíamos una nueva cabaña.

Avanzamos con cautela y pronto podemos ver que el bosque cede espacio a una planicie cerca del río.

Mis ojos se ensanchan. Estoy viendo mi fortificación.

Pero es distinta: nueva. Las paredes no están gastadas por la intemperie, sino que son tablas lisas y brillantes, altas. El sonido de la construcción proviene de dentro. Hay muchas tiendas grandes, blancas, diseminadas en el campo, fuera de la muralla, y alrededor de una docena de personas caminan por ahí, demasiado lejos como para distinguirlas con claridad. Una hoguera crepita al centro. Una media docena de caballos están amarrados a los árboles en las afueras del campamento, hacia el río.

Isi toca mi brazo e inclina la cabeza para indicarme que retrocedamos.

Llevamos a Daniel varias docenas de zancadas atrás y lo dejamos en el extremo de un tronco caído.

—Quédate con él —me dice. Ha empezado a buscar algo en su mochila, y saca a un lado su cuchillo y su honda.

Ignoro a Isi y le digo a Daniel:

—Quédate aquí, sin hacer ruido, como un ratoncito de campo.

Él se aferra a mis brazos.

—¿Y si me da miedo?

—¿Recuerdas la canción del conejito?

—Pero me dijiste que me quedara en silencio.

Altísimo. ¿Por qué no le di algo más práctico que la canción? Aprieto los dientes

y me obligo a sonreír con calma.

—Puedes tararearla dentro de tu cabeza.

Daniel asiente, con los ojos muy abiertos.

—Voy a ir solo —me dice Isi.

—No.

Se cruza de brazos.

—Eres lenta y ruidosa.

—Y tú estás sangrando —señalo la mancha carmesí en el costado de su camisa.

Isi examina la mancha y maldice en su lengua. Y yo aprovecho la oportunidad para dar media vuelta y comenzar a avanzar hacia el campamento. Me alcanza en un segundo, me mira molesto y me jala a un lado para cortar camino hacia el río. Cuando le cuestiono con la mirada, hace una seña: un círculo con su dedo. Supongo que significa que quiere rodear el campamento para verlo por todos lados.

Nos acomodamos de tal modo que tenemos una visión completa de la orilla del río y las tiendas. Es difícil escuchar con el rumor del río, pero el martilleo y la sierra han parado: ya no tienen luz suficiente para trabajar.

En la hoguera del centro del campamento una mujer de cabello oscuro atiende un asador, rostiza lo que parece una docena de pequeños animales.

Isi estudia la ribera, el campamento. Adelante, hay una área pequeña donde la orilla del río se levanta gradualmente hacia el claro que ellos escogieron para el fuerte. Las tiendas están en medio círculo en el extremo opuesto al que nos encontramos. Detrás de las murallas al norte y al oeste, el bosque levanta árboles jóvenes.

Un hombretón con cabello negro trenzado sale de una tienda del lado más lejano de donde estamos. Hace un círculo, camina por el perímetro del campamento, veo un símbolo rojo en su manga. No puedo distinguirlo, pero sé que pertenece a los primeros pueblos, como el de la mujer. Y carga consigo una pistola grande y de aspecto extraño, no un rifle como los de mi asentamiento.

El hombre patrulla el perímetro una vez más y vuelve a la hoguera.

Miro hacia donde se encuentra Daniel, pero la oscuridad ha cubierto el bosque, así que no lo distingo.

Isi cambia de posición y llama mi atención de vuelta hacia el campamento.

Está saliendo gente de detrás de las murallas. El primero es alto, ancho de espaldas e incluso desde aquí me doy cuenta de que las mujeres de mi asentamiento lo encontrarían atractivo. Su cabello rubio brilla a la luz de su linterna. Parpadeo un par de veces. Seguro es efecto de la luz, pero, junto al hombre que vi antes, este parece un fantasma de tan pálido.

Una mujer aparece a su lado, con el cabello rojo como una flama que le recorre toda la espalda.

Son los cormoranes de los que habló Elizabeth.

El rubio y el hombretón hablan entre ellos. Más hombres salen de detrás de las

murallas y avanzan fatigosamente con los hombros caídos como si hubieran estado trabajando duro y estuvieran exhaustos. Pero veo que, al menos diez de ellos, están...

Altísimo.

... Encadenados.

Se mueven despacio, con los pies sujetos para que no puedan escapar, y los dos hombres que los siguen llevan pistolas en las manos. Conforme abandonan las sombras y avanzan hacia el brillo del fuego, observo que todos los encadenados se parecen a Isi, cabello oscuro y piel morena, y que los que sostienen las pistolas son de piel pálida.

Busco en la línea de hombres encadenados, sintiendo el corazón en la garganta, antes de darme cuenta de qué estoy buscando o, mejor dicho, a *quién*. Me aterrorizaría encontrar entre ellos a Nishwa. El nudo en mi garganta disminuye cuando constato que no se encuentra entre los encadenados.

El hombre rubio y el de las trenzas oscuras entran en la tienda grande, y la pelirroja se dirige a la pequeña que está junto a esa. Ella se mete a la tienda y sale de nuevo, guiando a un niño de cabello oscuro.

Me muerdo los labios para no gritar.

Es Nico.

La mujer lo conduce junto a una cubeta que está a un lado de los caballos y le indica que se lave. Están solos, pero estamos demasiado lejos como para intentar cualquier cosa: la mujer daría la voz de alarma y los hombres estarían sobre nosotros en un segundo.

De la tienda grande sale de espaldas el hombre de cabello oscuro. Sus movimientos son torpes, como si le costaran trabajo. Luego veo que está cargando algo. No: a alguien.

La pelirroja aparta a Nico para que no vea cuando el hombretón emerge de la tienda.

El rubio lo está ayudando con la carga, y cuando dejan la tienda me queda claro por qué les pesa tanto: están cargando a otro hombre. Desde aquí es difícil saber qué pasa, si el hombre al que cargan está dormido o muerto. Trastabillan con su carga a través del campamento. Se dirigen al río, justo adonde estamos.

Nos agachamos y seguimos mirando, ahora por debajo de las ramas. Cuando alcanzan la ribera, dejan caer al hombre sin demasiada delicadeza. De hecho, simple y llanamente lo arrojan.

No está dormido.

Su piel luce feos moretones, sus ojos son ríos de sangre. Su boca está abierta, su lengua está negra.

El río ruge con fuerza en mis oídos y ahoga la charla de los hombres, parece que están discutiendo. Finalmente, el hombretón agarra al muerto por las piernas y asiente con la cabeza al rubio. Ambos levantan el cuerpo y se acomodan en paralelo al río. Mecen los brazos con su carga una, dos, tres veces. En la tercera lo dejan caer al

agua.

El cuerpo se desploma con un violento salpicón. Se balancea un momento, con el rostro ennegrecido emergiendo a la superficie, y entonces se lo lleva el torrente.

Siento náuseas.

Solíamos hacer esto en el asentamiento, lanzar los cadáveres en las Aguas Purificadoras. Pero aquí no hay ceremonia, no hay despedidas.

Isi me toca el brazo y hace un gesto con la cabeza para indicarme que nos apartemos.

Regresamos adonde está Daniel y nos lo llevamos lejos, de vuelta a la maleza quemada del bosque muerto, antes de que comencemos a hablar.

—Ese hombre —digo—. Sufría la Hemorragia.

Isi asiente.

—Esos dos que ayudaban al rubio, ¿son desertores de tu gente? Creo que vi un escudo en la manga del hombre.

Isi niega como si no supiera de qué se trata.

—¿Por qué habrán encadenado a esa gente?

—No sé —desenfunda su cuchillo y me lo ofrece—. Mantén a Daniel aquí.

—¡Voy contigo!

—Esta vez no.

—Son al menos una docena, quizá más. No puedes llegar con ellos esperando que te den la bienvenida.

—No lo haré. Voy a vigilarlos. A examinar el campamento, a analizar sus posiciones.

—¿Y entonces?

—Entonces haré lo que mi *moshum* habría hecho —dice—. Esperar la noche. Entraré y atacaré como un zorro en el nido del faisán. No sabrán lo que pasó hasta que busquen a Nico en la mañana.

El miedo sube por mi garganta como bilis.

—Quédate aquí —insiste, y pone el cuchillo en mi mano—. Si no regreso una hora después de que haya oscurecido, sal de aquí y no regreses. Yo te alcanzaré.

—Pero tu herida...

—Mi herida no va a retrasarme —interrumpe—. Pero tú vas muy lento ahora.

Isi mira mi pie. Resoplo, aunque en el fondo sé que tiene razón. Él hace un gesto hacia Daniel, que está demasiado lejos como para escucharnos.

—Él te necesita —dice.

Abro la boca para protestar, pero da la media vuelta y se marcha, en completo silencio.

Esperamos en el bosque muerto. Le canto canciones a Daniel entre susurros, lo distraigo con muñecos que fabrico con varitas, todo mientras mantengo un oído atento hacia nuestro alrededor. Intento distraer la ansiedad que siento en mi pecho. Quería hablar las cosas con Isi, hacer un plan juntos. Pero él toma las decisiones con

demasiada prisa.

El cadáver ensangrentado aparece en mi mente. Las historias que se contaban en el asentamiento describían la maldad que el *malmaci* le hacía a la gente. La Hemorragia está aquí, en este bosque. Y esta gente ignora la cura.

Daniel y yo cenamos bayas mientras el cielo se oscurece. Cubro a Daniel con mi capa para envolverlo contra el frío.

Y de pronto escucho algo en el bosque, un tañido.

Mi corazón se acelera. Jalo a Daniel y corro muchas zancadas hasta un tronco caído. Nos escondemos detrás de él.

¿Habrán descubierto a Isi? ¿Es la alarma del campamento el tañido que escuchamos?

El sonido va tras de nosotros, alegre. Se detiene y comienza de nuevo, pero con más fuerza. No es una campana grande que se escuche a la distancia: es un cascabel que suena realmente cerca, similar al que colgamos a las ovejas cuando las llevábamos a pastar en el verano.

Me asomo por encima del tronco y veo una gran sombra que se desplaza detrás de unos arbustos quemados. ¿Un venado?

No.

Un caballo.

El miedo se convierte en entusiasmo: ¡un caballo!

Me levanto.

¿Habrán roto su atadura? Porque no creo que León y sus hombres dejen que los caballos deambulen de noche.

—¡Em! —Daniel se agarra de mi brazo—. ¡Es el caballo del día del incendio! ¡Lo reconozco!

—Shhhh —le palmeo la mano—. Aguarda aquí un segundo. No queremos asustarlo.

Asiente, junta sus manos y brinca en las puntas de sus pies. Mientras, me acerco al caballo, despacio. Veo que se mueve de un modo extraño, como si cojera. Ya que estoy más cerca, veo que sus patas delanteras están atadas juntas, como los hombres en el fuerte. El extraño sonido que hace su cascabel se debe a que el caballo intenta dar pasos más largos de los que su atadura le permite. Tiene que mover las dos patas delanteras a la vez. Arrugo la frente, siento ira que desaparece cuando entiendo que es una manera de permitirle comer sin que se escape.

Con todo, no creo que estos hombres quisieran arriesgarse por gusto a que alguien más se apoderara de él. O más bien, de ella: por lo hinchado de su vientre me doy cuenta de que es una yegua y que está próxima a parir a su potrillo. Quizás estos hombres pensaron que, en su estado, no podría ir muy lejos. Sonríe ante la noción de que ella vagabundeó mucho más lejos de lo que ellos hubieran pensado. No hay manera de que esta yegua sea el animal de la finca incendiada, pero no se lo diré a Daniel.

Por mí, que él crea en lo que le dé esperanzas.

Me acerco despacio y le hablo en un susurro para calmarla. Acercó mi mano para que la huela. Ella olfatea hinchando las fosas nasales, pero no se inquieta. Sus ojos están tranquilos. Inhalo profundo su olor a tierra y acaricio su cuello.

Tiene puesta una brida, así que puede ser conducida. ¿Pero podrá ser montada? Le palmeo de nuevo el cuello y acaricio su enorme barriga. Debe estar a punto de parir, no creo que pueda con mi peso. Pero Daniel apenas pesa nada.

Trago saliva y miro hacia arriba. Hace rato que el sol se ha escondido, y está cada vez más oscuro el cielo que veo entre los esqueletos de las ramas.

Le quito el cascabel del cuello y lo dejo caer entre las ramas y hojas que alfombran el suelo. Liberar sus patas no es difícil: el nudo no es complejo.

Ella ni cuenta se da, ocupada como está en estirar el cuello para alcanzar la hierba del lado lejano de un tronco.

Me quito mi *ceinture*, guardo el cuchillo de Isi en mis calzas, debajo de mi camisa, y amarro la *ceinture* a la brida de la yegua. Tendrá que servir como rienda. Entonces la conduzco al lugar donde me espera Daniel, todavía emocionado.

—No la asustes —le advierto.

Se acerca y acaricia el lomo de la yegua. Le frota el hocico. La yegua resopla y salpica la mano de Daniel con mucosa, y con el morro dirige el brazo del niño hacia su lomo. Suelta una risita cuando la yegua frota el hocico contra su cabello.

A mi cabeza acude la voz de Kane, recuerdo aquel día en el río cuando me contó sobre Daniel y Pecas. Mi corazón se encoge, a pesar del alivio que me da ver a Daniel sonreír así. El niño se inclina y arranca un puñado de hierba. La yegua toma las briznas de su mano, sus labios se mueven sobre la mano del niño y dejan un rastro de saliva espesa. Daniel se limpia la mano en la pernera del pantalón y me mira, feliz.

—¿Vemos si quiere llevarte? —le pregunto.

Asiente, ansioso.

Sin soltar la rienda, levanto a Daniel por las axilas.

—Pasa la pierna con cuidado —le digo.

La yegua baja el pescuezo para comer más, mientras Daniel se acomoda en su lomo. La dejo masticar el bocado y luego chasqueo la lengua como Matisa solía hacerlo, a la vez que jalo la rienda para que enderece la cabeza. La guío en un pequeño círculo alrededor del claro. Daniel se agarra con fuerza a la crin, tal como Isi le enseñó. Sus piernitas están estiradas sobre el dilatado vientre del animal, pero mantiene el equilibrio. Y la yegua no parece molesta. Responde positivamente cuando la dirijo a un lado u otro. Está entrenada, como los caballos de Matisa.

Después de varios minutos caminando en círculos, la detengo y bajo a Daniel.

Su sonrisa es enorme.

—Se va a llamar Suerte —me dice.

Asiento y dejo que él lleve la rienda improvisada.

Isi dijo que esperaríamos una hora.

La yegua no puede llevarnos a ambos, así que resultaría inútil si necesitáramos huir velozmente. Con todo, me siento mejor por tenerla con nosotros, sabiendo que Isi no tendrá que cargar a Daniel el resto del camino.

O a Nico.

La inquietud despierta en mi pecho conforme oscurece. Escucho a Daniel hablarle suavemente a la yegua, pero no dejo de pensar en ese campamento, en toda la gente que Isi tiene que evitar para llegar hasta Nico. Habría sido mejor crear una distracción para que pudiera pasar sin ser notado. Pero él no dio oportunidad para hablar del asunto, simplemente se marchó. Sangrando del costado, notoriamente adolorido. Típico de él: imprudente y necio.

Comienzo a pasearme de un lado a otro, pisando con fuerza sobre mi pie malo.

Daniel podría quedarse aquí solo, ahora que tenemos a la yegua. Podría convencerlo, estoy segura. Quizá podría robarme otro caballo en lo que Isi rescata a Nico. Podríamos huir rápido. La yegua parece tranquila y confiable, a pesar de estar a punto de parir y...

¡Maldición!

No tengo idea de si Isi pensó en robar un caballo. No tengo idea, de hecho, de cuáles eran sus planes. Podría tener tiempo tan solo de rescatar a Nico y huir... *si* es que puede rescatarlo. Piso con fuerza, llena de frustración. ¿Por qué se marchó de esa manera? Levanto mi mochila.

—Daniel.

Deja de acariciar al caballo y me mira.

Trato de que mi voz suene animada.

—Quiero que te quedes aquí con Suerte —tomo de su mano mi *ceinture* y la desamarro de la brida. Luego amarro de nuevo las borlas a los lados de la cabeza del caballo.

—¿Aquí? —repite.

—Sí —digo.

Doblo el ceñidor a lo largo y lo enredo sobre el morro de Suerte. Luego lo paso por la brida, del lado opuesto, intentando hacer algo parecido al arnés del caballo de Matisa. Me quedó abultado y feo, pero creo que va a resistir. Mejor estar preparados.

—Cuando regrese, podrás montarla.

—¿Regresar de dónde?

—Voy a ayudar a Isi.

Hace un puchero. Está a punto de romper en llanto.

—Daniel —digo con firmeza—. Tienes que ser un niño valiente.

Sus ojos tiemblan.

—No quiero que te vayas.

—Hey —me arrodillo frente a él y lo tomo de los brazos—. ¿Recuerdas la historia que te contó Isi? ¿La del pajarillo que regresó al nido? ¿Recuerdas cómo trepó así de alto aunque le daba miedo?

Daniel me mira fijamente.

—Es algo parecido.

—Isi dijo que no estuvo bien lo que hizo.

¡Altísimo!

—Bueno, él estaba salvando al polluelo de los lobos, ¿no? Así tienes que ser de valiente y quedarte con Suerte. Ella está por tener un bebé.

Mira el vientre hinchado de la yegua.

—¿En verdad?

—En verdad. Y necesitas quedarte con ella y asegurarte de que esté a salvo — vuelvo a hablar con firmeza—. Debes ser valiente como Isi. Canta tu canción del conejito —tarareo una parte para recordársela—. Seguro que a Suerte le gustará.

Esto le arranca una sonrisa.

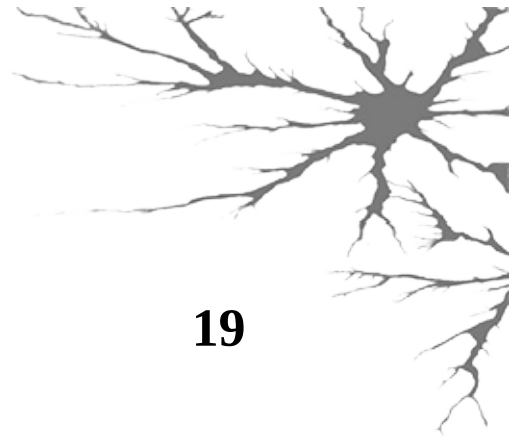
—Quédate aquí —le doy mi *ceinture*—. No le permitas alejarse.

—Pero ¿regresarás pronto?

—De inmediato —alboroto su cabello con cariño y le aprieto el hombro.

Asiente con los ojos muy abiertos.

No dedico otro pensamiento a lo que voy a hacer: me doy la vuelta y me dirijo al fuerte.



La periferia del campamento está iluminada por lámparas como las que Matisa llevó al asentamiento, esas que necesitan de un líquido para arder. Me agazapo en los arbustos en los que nos escondimos Isi y yo, y lo busco con la mirada. El fuego arde al centro del campamento, y cuento siete hombres y una mujer sentados alrededor, incluyendo al hombretón con el símbolo en la manga. Los hombres encadenados no están, y no hay señales de la pelirroja que cuidaba de Nico hace rato. Uno de los hombres pálidos se inclina hacia adelante, con el cuerpo tembloroso. Cuando se endereza, con el puño en la boca, me percató de que está tosiendo.

Su cuerpo se convulsiona mientras se levanta y se dirige a las tiendas.

La tienda en la que tenían a Nico en la mañana está en calma. El río parece más ruidoso en el silencio, y ahoga la conversación en torno al fuego. También impediría que yo escuchara cualquier ruido que viniera de la tienda. No puedo ni imaginar cómo podrá hacer Isi para entrar ahí sin ser visto.

Mi atención se dirige a los caballos que están sujetos a un arbolito cerca de donde me encuentro. Los árboles en esa zona son escasos y los animales están demasiado a la vista como para que pueda desatar alguno sin ser descubierta. Si Isi me hubiera esperado, yo podría haber creado una distracción mientras él liberaba a los caballos. Yo podría haber...

Un movimiento a mi derecha llama mi atención. Una silueta oscura está agazapada junto a la tienda grande de las afueras del campamento. Es Isi.

Quizá podría hacer un ruido en los arbustos, de modo que se acerquen a investigar e Isi pueda ir a la tienda donde está Nico. Pero veo que Isi tiene en la mano una lámpara de las que iluminan el campamento. Veo que le quitó la pantalla de vidrio y que la está doblando hacia la tela de la tienda.

Está creando su propia distracción.

¿Por qué? Pensé que iba a *entrar y salir como el zorro en el nido de un faisán*. Mi corazón se acelera mientras siento una ola de frustración. ¿Qué debo hacer? ¿Esperar a que los tipos se distraigan con la tienda, y entonces ir por los caballos? ¿O me quedo aquí y me aseguro de que Isi saque a Nico sin ser visto? ¿Y qué haré si no lo logra?

¡Malhaya!

Súbitamente se escucha un quejido fuerte en el bosque, lejos de las tiendas, detrás de Isi. Él se congela, y los hombres miran atentos hacia el bosque.

—¡León! —grita el grandote, llevando esa pistola imposible. El rubio aparece en la puerta de la tienda grande, con la camisa desabotonada y una pistola como la que el hombretón trae en la mano. Vuelve a escucharse el quejido.

—¡Atentos! —le grita al grupo.

Los hombres se levantan, toman sus armas y forman un semicírculo de cara al bosque.

Silencio.

El hombre rubio, León, le hace un gesto al grandote, que recoge una linterna y se dirige al bosque. Avanza sin dudas, una mano sostiene el arma y la otra dirige la linterna hacia el camino que se extiende frente a él.

Otro quejido. El hombre se detiene. El resto de los hombres apresta las pistolas, oteando en la oscuridad algo a lo que puedan dispararle.

El río ruge. Los hombres se mueven mientras el grandote levanta muy alto la linterna. Isi se agazapa.

Y ahora, oigo un sonido que nunca antes había escuchado, como si mil pájaros carpinteros perforaran una superficie de metal. Viene de entre los árboles como un rugido mortífero, con tal estruendo que me obliga a cubrirme las orejas con las manos.

La linterna del hombretón cae al suelo y se enciende con su propio aceite. Él cae también, boca abajo, con el cuerpo despedazado en trozos sanguinolentos.

La escena explota frente a mí.

León se tira detrás de la tienda grande y el resto de los hombres gritan, se arrojan al suelo y disparan sus armas al aire. La mujer de cabello oscuro de la hoguera corre hacia el río, pero apenas da dos zancadas antes de ser lanzada al frente, despedazada, junto con el hombretón.

Los hombres se separan, disparando a la oscuridad. No parece que tengan que recargar las armas, solo disparan. Una y otra vez. Y, desde el bosque, más ruido ensordecedor. Otro hombre es golpeado y vuela como una hoja sangrienta en un remolino.

Dedico una mirada frenética en busca de Isi.

No está. La linterna yace cerca de la tienda y su pequeña flama comienza a encender la tela.

La tormenta de proyectiles resuena con fuerza, pero encima de ella se escuchan gritos, gritos de enojo y de júbilo al mismo tiempo, en un lenguaje que desconozco. Fuerzo la mirada en la oscuridad.

Y ahora, con las llamas iluminando el bosque, los veo. Están escondidos entre los árboles en el extremo opuesto de la pared recién construida, y avanzan. Cabello largo, oscuro, ropas como las de Isi: es gente de los primeros pueblos.

Escudriño buscando a Isi, pero hay personas corriendo y gritando y sombras largas bailan en las paredes de las tiendas, ¡y entonces lo veo! Se está deslizando detrás de las tiendas del norte. Su silueta oscura aparece y desaparece en el resplandor anaranjado.

Quiero volver a encogerme entre los árboles, pero me obligo a moverme. Es la mejor oportunidad que tengo. Me apresuro hacia los caballos, que están tirando de sus cuerdas con los ojos desorbitados. Con el cuchillo de Isi, libero la atadura del primer caballo y la sostengo con firmeza en una mano. Cuando termino de cortarla, el caballo, encabritado, levanta la cabeza y se yergue sobre sus patas traseras. Aunque la fricción quema mis manos, no suelto la cuerda. Cuando el animal aterriza en sus cuatro patas, me apresuro y brinco, me apoyo con todas mis fuerzas en mi pie sano, levanto mi otra pierna sobre el lomo y me aferro a él. El caballo se apresura al bosque, huyendo del caos.

Entonces me doy cuenta de mi error: tengo la cuerda pero no sus riendas, no hay forma de detenerlo o de indicarle un cambio de dirección. Mientras el caballo avanza al bosque, una rama baja se me aproxima. Pongo mi cara en el cuello del caballo para que la rama no me arranque la cabeza.

El caballo se detiene abruptamente y casi me caigo. El animal resopla y caracolea, su cuerpo tiembla debajo de mí.

Nos hemos detenido a la orilla del río y da la impresión de que el caballo se da cuenta de que la corriente es demasiado fuerte como para intentar cruzarla.

Necesito hacerlo volver. Encontrar a Isi. Acaricio el pescuezo del animal, tratando de calmarlo. Los disparos han cesado, pero puedo escuchar gritos y aullidos en el campamento. Suena como que festejan una victoria.

Ay, Altísimo. ¿Habrá encontrado Isi a Nico? ¿Habrán logrado escapar?

Los alaridos paran y se escuchan nuevos sonidos: gritos de alarma.

—¡No dejen que se extienda al fuerte! —Escucho.

El fuego. La tienda está ardiendo con fuerza ahora.

Eso es bueno, pienso. Deseo.

Si Isi recuperó a Nico, ¿por dónde intentaría regresar adonde nos dejó? No junto a la tienda en llamas, eso es seguro. Pero la alternativa es por la ribera del río y ¿no irían esos hombres justo al río por agua, para apagar las llamas?

¿Cuál será el plan de Isi? ¿Qué hago?

Guardo de nuevo el cuchillo en mi cintura, bajo la túnica. Me apeo del caballo y coloco una mano en su cuello, lo detengo de la cuerda. Intento mantenerme tranquila, a pesar de que mi corazón late deprisa. Trato de concentrarme en lo que debo hacer: usar la cuerda para fabricar una rienda, como hice con Suerte, mientras le hablo al caballo con suavidad. Paso las riendas sobre su cabeza y estoy a punto de montar de nuevo cuando escucho un siseo.

Busco a mi alrededor en la oscuridad.

El siseo se escucha de nuevo:

—¡Em!

Proviene de la ribera del río.

Me acerco a la orilla y miro hacia abajo.

Bajo la luz de la luna, los ojos de Isi me miran, muy abiertos. Carga a Nico en sus espaldas y una mochila al frente. Está agarrado a las raíces descubiertas que dan al río. Contengo un grito de alivio. Unas rampas crujen detrás de mí.

—¿Adónde crees que vas con ese caballo? —dice una voz a mi espalda.

Me congelo. Los ojos de Isi se abren aún más.

—Levántate —dice la voz, pero no es amable. Todo lo contrario.

Me incorporo y me volteo. De pie, en la oscuridad, detrás de la grupa del caballo, está el hombre con el aspecto más repugnante que haya visto. Sus ropas son tiesas y le quedan demasiado justas, y su sombrero está lleno de sudor y tierra, muy pequeño para su cara redonda y blanca. Tiene una pistola en la mano y yo soy el blanco de su mira.

Su boca se tuerce en una sonrisa.

—Bueno, mira lo que hay aquí —dice—. Qué bonita sorpresa.

Sus ojos me examinan de la cabeza a los pies.

Mi piel se eriza. Me concentro para que Nico permanezca en silencio, abajo en la ribera del río, pero justo entonces un suave gemido comienza a escucharse. Nico está llorando. ¡*Altísimo!*

Los ojos del hombre se clavan en el río detrás de mí.

—¿Tenemos compañía? —pregunta y da dos pasos rápidos y largos sin dejar de apuntarme con la pistola. Se asoma. Sé que Isi sigue ahí por la manera en que la horrible sonrisa vuelve a aparecer en la cara del hombre.

—Bueno, bueno —dice, y se pasa la lengua por los dientes.

Mi corazón late deprisa, muy deprisa, con miedo.

E ira.

El hombre señala con la cabeza a Isi y Nico.

—Ayúdales a subir —dice.

No me muevo. *Ira*. Puedo sentir cómo surge de las puntas de mis dedos y gana fuerza conforme sube por mis brazos, a mi pecho, mi garganta, mis ojos.

El hombre mueve la pistola, de modo que ahora apunta hacia Isi y Nico. Nico llora más fuerte.

—Ayúdales —dice de nuevo—. O le dispararé al muchacho.

De repente, todos los acontecimientos de los últimos dos días se agolpan en mi cabeza, todo lo que es culpa de estos hombres. De este hombre. La pierna de Nishwa. André y la hermana Violet, despedazados. Kane, perdido. Nico arrebatado de nuestro lado.

Doy un paso hacia el hombre.

—Eres lenta —dice con desprecio. Eleva su pistola a un costado del rostro, como si pudiera dispararles sin mirarlos.

Siento el cuchillo de Isi, metido en mis calzas, bajo mi camisa, y su peso me produce calma. Mucha calma. Mi ira muere. Doy un par de pasos cuidadosos hacia el hombre, con la mirada en el suelo.

Cuando veo la punta de sus botas, me detengo.

Y dejo que la ira me inunde de nuevo.

Furia. Como un fuego. En mi corazón. En mi mente.

Saco el cuchillo de mi costado con la mano derecha, lo lanzo hacia adelante y tasajeo la repugnante boca del hombre. Sus ojos se abren enormes, sorprendidos, y la pistola cae de su mano, mientras extiende los brazos para protegerse del golpe.

Es demasiado lento. Mi cuchillo se le clava, y la piel de su mejilla se abre en un gajo carmesí.

El hombre aúlla y retrocede. Lo embisto de nuevo, antes de que pueda alcanzar su arma. Me agarra la mano izquierda y tuerce mi muñeca tan rápido y fuerte que un dolor intenso me inunda. Eso enciende de nuevo mi furia. Lo único que siento es un vacío hirviente mientras levanto el brazo para acuchillarlo de nuevo. Busco su pecho. Voy a partirlo en dos.

Vuelve a agarrarme. Evita la hoja, pero el movimiento lo saca de balance y cae al suelo. Sus manos están ocupadas tratando de detenerme, así que no puede protegerse...

¡Crac!

Su cabeza cruje cuando se golpea con una roca. Sus ojos quedan en blanco y su cuerpo se sacude. Pronto queda quieto.

Me yergo a su lado e intento recuperar el aliento.

—¡Em! —La voz de Isi está detrás de mí. Volteo y veo que está escalando desde el borde del río—. ¿Te lastimó? —Se pone en pie y camina hacia mí.

No siento su tacto.

—No —digo. Mi voz viene de muy lejos. Miro de nuevo al hombre. No se mueve.

—Tenemos que irnos —dice Isi.

Veo que se apresura a la ribera. Se arrodilla y levanta a Nico, para dejarlo en el suelo a unos pasos de mí.

El semblante de Nico está blanco y sus ojos muy abiertos, aterrorizados, aunque ya no llora. Me mira como si no me reconociera.

No logro hacer que mis pies se dirijan hacia él. No puedo ofrecerle mi mano. Todo se mueve muy despacio. La furia se ha ido. Se ha ido y, en su lugar, la náusea reptante por mi garganta hacia mi boca. Me hace imposible decir palabra. Todo es difuso, como en una horrible pesadilla.

—¿Ceril? —llama una voz de entre los árboles.

Mi estado como de ensueño se desvanece. Veo los ojos de Isi, muy abiertos, que me miran. Se mueve deprisa, levanta a Nico y lo monta sobre el caballo. Furioso, me hace señas de que me acerque y me ayuda a trepar. Logro subir y rodeo a Nico con

mis brazos. Muerdo mi labio cuando recuerdo el dolor en la muñeca. Isi trepa de un salto al caballo, detrás de nosotros, y se estira para alcanzar las riendas.

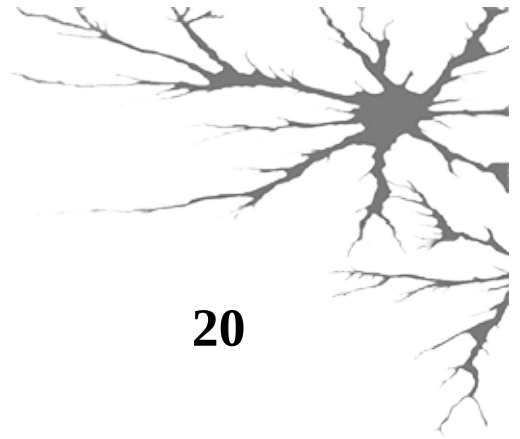
—¡Ceril! —Vuelve a escucharse la voz masculina. Cerca. Muy cerca.

Miro a mi espalda y alcanzo a distinguir una sombra que se acerca entre los árboles.

Isi espolea al caballo, que corre hacia adelante con una sacudida.

Recargo mi rostro en el cuello de Nico mientras avanzamos por el bosque.

Deseo despertar de este sueño horrible.



— **N**o debiste dejar solo a Daniel —me dice Isi por milésima vez. Va caminando al lado de Suerte, examinando con la mirada los arbustos frente a nosotros. Daniel avanza abrazado al cuello de la yegua, está dormido.

Nico descansa recargado en mi pecho y su cabeza se mece al suave ritmo de las pisadas del caballo.

No respondo. Pensamientos raros se filtran en mi cabeza como la luz del sol entre los brotes de los árboles: huellas de pisadas sangrientas, cuerpos salpicados de rojos agujeros. Veo a Rebecca con manos y pies amarrados, como la yegua, a punto de parir. Mis manos están dormidas. Hace una hora todo lo que podía sentir era el cuchillo rasgando la cara del hombre, el latigazo de dolor corriendo por mi muñeca. Ahora no siento nada.

Pienso en lo que ocurrió como si fuera algo lejano. Pienso: el hombre pudo dispararme. Pienso: si no lo hubiera sorprendido como lo hice, estaría muerta. Pero la idea no me atemoriza.

En ese momento, todo desapareció. No había más que ira. Esa feroz necesidad de hacer daño. Es como me dijo Isi una vez:

Soy portadora de muerte.

—Em —la voz de Isi interrumpe mi pensamiento. Me concentro en su rostro. Me mira fijamente—. Deja de pensar en eso.

—Tenía tantas ganas de salir del asentamiento —le respondo, pero mi voz suena como si perteneciera a alguien más—. Desde el momento en que encontré a Matisa el otoño pasado, quería estar aquí afuera —espero sentir el hielo en mi pecho, pero no llega. Es como si estuviera mirando todo desde afuera de mí misma—. Pero mira lo que he conseguido.

Isi frunce el ceño y esquiva mi mirada.

Seguimos en silencio hasta que el cielo está bien iluminado.

Daniel despierta. Se frota los ojos y el cabello alborotado. Isi deja de caminar y lo sostiene en lo que Daniel se endereza y nos mira a Nico y a mí. Sus ojos se abren grandes, llenos de gusto, como anoche, cuando lo encontramos. Estaba cantando su canción del conejo y alimentando a Suerte con puñados de hierba, y cuando vio a su

hermano, su rostro se iluminó con una expresión de gozoso alivio. Preguntó por Kane, pero no pude responderle. No podía hablar. En esos momentos, yo no sentía nada.

Ahora Daniel señala a su hermano.

—¡Nico sigue dormido!

—Está cansado.

Isi chasquea la lengua para que la yegua avance de nuevo. Daniel pone su manita sobre el cuello de Suerte.

—Buena chica —dice, como si la yegua estuviera obedeciendo sus órdenes y no las de Isi.

Miro cómo se balancea su cabeza al paso de la yegua. Sobre ella, se ve muy pequeño. Indefenso. Isi tiene razón: no debí dejarlo solo. Eso fue imprudente.

Daniel me mira y sonrío, feliz.

—Me gusta montar a Suerte —dice—. ¿Y a ti? ¿Te gusta Azul?

Ya le ha puesto nombre al caballo negro azulado que robé.

Asiento. Él deja de mirarme y, de pronto, me siento inundada de un alivio tan profundo que se me hace un nudo en la garganta. Imprudente o no, ambos niños están de vuelta. Y tenemos a Suerte y a Azul, y ya no avanzamos tan despacio.

Quizá las cosas estarán bien.

Llegamos a un claro pequeño al atardecer y levantamos el campamento. La mochila que Isi robó del fuerte contiene algunas cosas útiles: una olla, algo de carne seca, algunas tortitas de consistencia dura, una cuerda y un cobertor. También hay un objeto extraño que parece dos catalejos unidos. Isi me dice que en la mañana me enseñará cómo funciona.

Me percato de que la herida le molesta. Se mueve más despacio de lo habitual, se inclina con cuidado. Insisto en que comamos las provisiones robadas para que no tenga que cazar para la cena. Después de eso, envuelvo a los dos niños en mi capa y el cobertor. Se duermen de inmediato. Nico se mantuvo silencioso y con los ojos muy abiertos cuando despertó en la mañana, pero al menos ahora su desconfianza se dirige a todo y no solo a mí. No ha preguntado por su mamá y la única explicación que se me ocurre es que él vio lo que pasó en la finca y que está tratando de no pensar en ello. Quizá lo enterró profundo, en algún pasillo alejado de su mente.

Sé cómo se siente eso.

Daniel está tan feliz de tener a Nico de vuelta que no ha mencionado a su mamá. Ha pasado el día hablando de Suerte y de cómo él sabe lo que la yegua piensa todo el tiempo. Nico no le respondió, pero a Daniel eso no pareció importarle.

Me siento del lado contrario al que está Isi alrededor del fuego. Los niños duermen y podemos hablar sin rodeos, pero me cuesta un buen rato encontrar las palabras.

Las llamas danzan y proyectan fieras sombras sobre el rostro de Isi, pero cuando nuestras miradas se encuentran, su semblante cambia, se suaviza. Él espera a que yo

hable, pero esta vez no muestra su habitual expresión de impaciencia.

—Nunca... había sentido tanta rabia —digo finalmente. No le digo a qué momento me refiero.

Me examina con la mirada.

—Te molesta —dice.

Asiento.

—Pero tu rabia fue útil en ese momento —dice.

Bajo la mirada.

—Supongo.

Hay una pausa.

—Ese hombre, Ceril —digo—, ¿crees que esté... muerto?

—No importa —dice Isi con firmeza.

Asiento, pero no puedo evitar sentir que se equivoca. Siento que lo que hicimos, ¡lo que yo hice!, importa. Y mucho.

Me aclaro la garganta.

—¿Qué pasó cuando fuiste por Nico? —pregunto—. Pensé que entrarías y saldrías del campamento sin ser visto.

—Necesitaba una distracción.

—Eso fue peligroso —digo.

Resopla, burlón.

—Pero ¿huir en el caballo no lo fue?

—Estaba tratando de ayudar. Estaba... preocupada por ti.

Pienso que va a ignorar eso, pero en vez de hacerlo, ladea la cabeza y me mira con atención.

—¿Qué? —pregunto.

—No esperaba que sobrevivieras —y me mira con curiosidad.

—¿Cómo?

—Aquí afuera —arruga la frente.

Claro. Jamás pensé que podría seguirle el paso, hacer algo útil.

Cambio de tema y pregunto algo que ya sé, pero que quiero escuchar de él.

—Nishwa. ¿No estaba entre los prisioneros?

Sus ojos se oscurecen. Niega.

—¿Los que atacaron eran de los primeros pueblos, intentaban liberar a los cautivos?

Asiente.

—¿Crees que lo lograron?

—No. Creo que tu gente fue tomada por sorpresa, pero que al final se protegieron.

—Esos no son mi gente.

Isi levanta las cejas.

—No lo son —insisto, exasperada—. Son gente del este. Se unieron con gente que abandonó a *tu* gente —agito la cabeza—. Y no soy como ellos. Para nada.

Pero mis mejillas se encienden porque lo que digo suena falso incluso para mis propios oídos. Ese momento en la ribera del río, cuando perdí la cordura...

El rostro de Isi se suaviza.

—Usé la palabra incorrecta —dice.

Le sostengo la mirada y espero no sonar desesperada:

—Tú eres mi gente. Soy como tú.

Me mira fijamente un momento. Frunce el ceño.

—Nadie pensaría que eres de mi gente por la forma en que cabalgas.

Voy a replicar algo pero veo el brillo en sus ojos. Está bromeando.

Una sonrisa se me escapa mientras esquivo su mirada hacia la hoguera.

—¿Iremos... de vuelta a la finca quemada? —pregunto.

No había tenido el valor para preguntárselo durante el día. Pero hay algo en sus modos, en este momento, que me hace ser valiente. De alguna manera, es más cálido. Tal vez se siente aliviado ahora que hemos recuperado a Nico.

—No —niega con la cabeza—. Vamos al bosque que soñaste.

Me quedo con la boca abierta.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

Suspira.

—Porque no sé qué más hacer contigo. Porque tú crees que tus sueños significan algo. Porque, al menos, es fuera del territorio del tal León. Porque espero... —se interrumpe abruptamente.

—Esperas que Matisa esté ahí —termino la frase por él. Si mi sueño ayuda a que la encontremos, ¿admitirá por fin que mi lugar está con ella?

No me responde, pero la mirada que me lanza, como si esperara que yo tuviera algunas respuestas, me asusta y me halaga a la vez. Es la primera vez que me mira como su igual.

—He estado pensando lo mismo —me esfuerzo en que mi voz suene tranquilizadora. No le digo lo que realmente hay en mi corazón: que el sueño sobre esa arboleda me dio una esperanza de la que no me atrevo a hablar, que podría ser Kane quien estuviera esperando entre esos árboles. Aguardando por mí.

Y, por primera vez en dos días, me permito pensar en Kane.

Me permito imaginarlo en esa arboleda, imaginar que hundo mi rostro en el calor de su cuello mientras sus brazos me rodean con fuerza.

Imaginar que me dice que todo va a estar bien. Que está conmigo, que me seguirá a cualquier parte...

La ceja de Isi se levanta y solo entonces me doy cuenta de que tengo la mirada fija en él.

Me aclaro la garganta.

—Gracias —digo—. Por recuperar a Nico.

Se encoge de hombros y atiza el fuego. Su movimiento es brusco y él gime.

Me pongo de pie.

—Muéstrame —le digo, mientras me acerco a él.

Isi resopla, como si no tuviera intención de hacer lo que le pido.

Me cruzo de brazos y me mantengo en el mismo sitio.

Levanta la mirada hacia mí.

—Que me muestres.

Renuente, se gira para que el fuego ilumine su espalda y se levanta la camisa. Me arrodillo. Su piel suave brilla al fuego, pero la cicatriz de puntadas torcidas va desde la cintura hasta el omóplato. Se ve extraña ante la luz de las llamas, casi diría que hermosa. Una costra de sangre oscurece su costado. Cuando toco las puntadas, él se estremece. Retiro los dedos de inmediato.

—¿Duele?

—Un poco.

—¿Todo el tiempo?

—Cuando lo tocas.

Mi mano se relaja. Si la herida no estuviera sanando, se sentiría caliente e irritada todo el tiempo. La piel lastimada todavía está muy sensible, de eso no hay duda. Pero ha estado sangrando.

—Espera —digo.

Tomo un pañuelo y una pequeña vasija de barro de mi mochila. Humedezco el pañuelo en agua que pusimos a hervir para calentar a los niños antes de que se acostaran y regreso con él.

Cuidadosamente, limpio la costra y encuentro la puntada abierta. La vasija de barro contiene lo que queda de la pasta de savia que usé para cerrar la herida de la pierna de Nishwa. Con toda la delicadeza que puedo emplear, pongo la pasta en la herida abierta y la sello.

Me siento cuando termino, pero mi mano no deja la espalda de Isi. En vez de eso, recorro la orilla de la herida con dos dedos. La piel sana es suave. Recuerdo haber visto otras cicatrices a la luz de las llamas. Parece que fue en otra vida. El hermano Stockham me había llevado al salón ceremonial y me había mostrado las enseñanzas de su padre, grabadas en su piel. Mis dedos aún tienen ese recuerdo. En ese entonces, también, yo quería tocar...

Retiro bruscamente mi mano y me pongo de pie.

Isi deja caer su camisa y voltea a verme.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada —digo.

Ladea la cabeza.

Le doy la espalda para esconder el calor que sube por mis mejillas y voy de nuevo con los chicos. La piel desnuda de Isi no debería alterarme: no siento eso por él. Es solo que... su cicatriz se ve tan horrible, pero se siente tan suave. Tal como en el

salón ceremonial aquel día. ¿Habrían sido distintas las cosas si me hubiera mantenido tranquila, si le hubiera mostrado piedad al hermano Stockham en vez de arriesgarlo todo al revelar su secreto?

Finjo estar revisando que los niños estén bien, acaricio el cabello de Daniel y les acomodo el cobertor. Cuando retiro el pelo del rostro de Nico, mis manos tocan fuego.

Nico está ardiendo.

—¡Isi! —siseo.

Está a mi lado en un instante. Tomo su mano y la pongo sobre la frente de Nico, que gime suavemente.

Los ojos de Isi se agrandan en la oscuridad.

—¿Cuánto hace que está así?

—No sé. No ha hablado en todo el día.

La mandíbula de Isi se tensa. Pone los dedos en el cuello de Nico para revisar su pulso. ¿Revisar *su pulso*?

No. Esto es una fiebre. He visto muchísimas fiebres. *Sæur* Manon me enseñó que cuando la temperatura sube tanto hay que buscar la forma de bajarla.

—Necesitamos agua para refrescarlo. Podríamos ir al arroyo y...

—¡No! —grita Isi, enderezándose.

Luego comienza a caminar de un lado a otro, murmurando en su idioma, como maldiciendo. Ahora lleva una cuenta con los dedos, pero no sé de qué.

—Solo la usaremos para bañarlo, no va a beberla —le digo.

Isi no me responde, solo sigue dando vueltas.

Me muerdo el labio con frustración. No puedo llevar sola a Nico. Pero hay otra manera de refrescarlo: té de sauce. Eso es lo que necesitamos. Hace años *sæur* Manon me enseñó cómo hacerlo. Probablemente fue lo que me dio a beber cuando estuve enferma de fiebre el año pasado.

—Puedo preparar un té. Solo necesito mi morral.

Isi sigue maldiciendo o contando, no sé cuál de las dos cosas.

—¡Isi! Puedo preparar un...

—Eso no va a servir —me interrumpe sin detenerse.

—¡Ni siquiera me dejas explicarte!

—Porque no importa.

—Pero cuando alguien enfermaba de fiebre en el asentamiento...

—¡Em! —grita—. ¡No va a servir!

—¡Claro que sí! —Mi voz suena histérica. Sé qué es lo que le preocupa. Teme que Nico sufra de Hemorragia. Pero no puede ser. No puede.

Isi vuelve a dar vueltas, murmurando, maldiciendo. Sin tomarme en cuenta.

Me paro frente a él.

—¡Dime cómo preparar el remedio! —le grito.

Se detiene y me mira.

—¿Qué?

—El remedio. Dime cómo. Dime cómo lo hace ella.

No sé por qué le digo eso: por supuesto que él no sabe. Pero estoy desesperada. Deja caer sus hombros, derrotado.

—Em —dice suavemente—. Incluso si supiera, no serviría. El remedio previene, no cura.

Lo miro fijamente.

—Lo hará —susurro, pero en cuanto lo digo me doy cuenta de que tiene razón. Matisa nunca me dijo que tuviera la cura, me dijo que tenía un remedio para mantener alejada la enfermedad. Dos cosas muy distintas.

Isi sacude la cabeza.

—Si Nico tiene lo que mató a aquel hombre en el fuerte, nada podrá ayudarlo.

No. No. Esto no es lo mismo.

La tristeza en los ojos de Isi hace que me dé cuenta de que lo último no solo lo pensé: lo dije en voz alta. Isi está triste por mí. Por Nico.

El miedo arrastra sus dedos helados por mi pecho. Pero... no. No. Tengo que solucionar esto. Debe haber un modo.

—Voy a hacer el té de sauce —mi voz, ronca, suena retadora—. Ahora ayúdame a alejarlo del fuego.

Isi me mira mientras me esfuerzo por cargar a Nico. Finalmente me hace a un lado, lo carga sin dificultad y lo lleva hacia las frías raíces expuestas en la base de un olmo enorme.

—Destápalo y dale agua —le indico.

Isi, con los hombros tensos y los puños cerrados, mira el rostro pálido de Nico.

—¡Hazlo ya! —le grito.

Isi se agacha y comienza a destaparlo, pero se mueve muy despacio. Como si no importara a qué velocidad lo hiciera. Me apresuro. Esto va a funcionar. Por supuesto que va a funcionar.

Tomo mi morral y hurgo en él. Miro cómo Isi le quita a Nico los zapatos y los calcetines de lana, y luego le desata el cuello de la túnica. Me inclino sobre mi morral, deshojo las pocas ramas de sauce que tengo, y pongo el agua a hervir. Miro cómo Isi humedece un trozo de tela y lava con él el rostro de Nico.

Toma un tiempo, que me parece eterno, que la tintura hierva. Cuando la pongo al lado de Nico, él abre los ojos y me observa con la mirada vidriosa. Le doy a beber el té a cucharadas mientras Isi humedece su rostro y sus brazos con la tela. Cuando Nico se ha tomado una taza de la amarga infusión, lo recuesto de nuevo y cubro sus piernas con el cobertor.

Y aguardo.

Transcurren largos momentos. Nico gime en sueños una, dos veces. Y luego se queda en silencio.

Mi mano se posa en su frente.

Está más fresca.

Más fresca.

Me siento sobre mis talones, percibo un alivio tan grande que me mareo. Isi da un paso adelante y examina a Nico. Su pecho baja con un suspiro de alivio. Me mira con una sonrisa.

No se la devuelvo.

Me inclino hacia adelante y me entretengo con el cobertor, lo estiro una y otra vez. Finalmente Nico comienza a respirar con tranquilidad. Duerme un sueño calmo. Toco su frente. Está mucho más fresco ahora, pero necesito cerciorarme...

Isi estira una mano y la pone sobre la mía.

—Va a estar bien —me dice—. Con la enfermedad, la fiebre aumenta. Probablemente era cansancio.

Retiro mi mano y me levanto. Presiono mi pie malo.

Isi frunce el ceño y se levanta también.

—¿Cómo? —le pregunto.

—Tenías razón —dice.

—Lo sé —cruzo los brazos y lo miro.

Su frente se arruga.

—No debí alarmarte.

—No importa.

Isi ladea la cabeza y me examina con esa mirada del Altísimo que me hace dudar de mis propias palabras.

—Te hice enfadar.

—¡No estoy enfadada! —grito.

Enarca las cejas.

Le doy la espalda y camino deprisa hacia los árboles. Me detengo justo fuera del resplandor de la fogata. Intento calmar mi mente, controlarme. Pero en lo único que puedo pensar es en cuánto deseaba salir del asentamiento.

Y lo que conseguí con ello.

Sabía cuánto necesitaba la hermana Violet a Kane, pero yo ya había decidido ser más importante, que *esto* era más importante. Soy la razón por la que ellos están aquí. La razón por la que Daniel y Nico perdieron a su madre. Las lágrimas me nublan la vista y se atorán en mi garganta.

¿Dónde es tu hogar?, me preguntó Elizabeth Sharapay. ¿Por qué estás aquí afuera?

Y no pude responder. No pude responderle porque...

Porque ya no lo sé.

Y si Nico hubiera tenido Hemorragia...

—Em.

Me enjugo las lágrimas con las manos y me cruzo de brazos.

Isi está detrás de mí. Una sombra oscura, inoportuna.

—Vuelve al fuego. La noche está enfriando.

—¿Y?

—Y no hay necesidad de que te enfríes con ella.

—Tengo ganas.

Silencio.

—Sé cómo te sientes —dice.

—No, no lo sabes.

—Sientes que si no llevas de vuelta a estos niños a salvo, nunca podrás perdonarte.

Me froto los ojos de nuevo y miro hacia el oscuro bosque.

—Querías que esto fuera el inicio de una nueva vida y ahora sientes...

—¿Qué te importa? —exploto, encarándolo—. Soy la portadora de muerte, ¿recuerdas? Mi nueva vida solo ha traído calamidades. Las traje al asentamiento, las traje a las personas que me siguieron. Soy el ave herida, la que nunca debiste ayudar. Para ti no significa nada lo que yo *sienta*.

Se remueve, inquieto, como si no supiera qué hacer.

—Vete —susurro, furiosa.

Deja caer los brazos a los costados.

—Tienes razón al pedirme que me vaya.

Sigo con la mirada fija en los árboles, tratando de deshacer el nudo en mi garganta, intentando respirar a pesar del frío en mi pecho.

—Pero las cosas que dije... estuvieron mal.

Mis ojos se abren grandes y parpadeo con furia, intento detener las lágrimas que amenazan con derramarse.

—Dije todo eso porque estaba enojado y tenía miedo —dice—. Así como tú ahora.

Volteo a verlo. Me está mirando de ese modo suyo que me irrita pero que, justo ahora, me llena de deseo. No deseo por él, sino...

Deseo de ser mejor. Más valiente. Más fuerte.

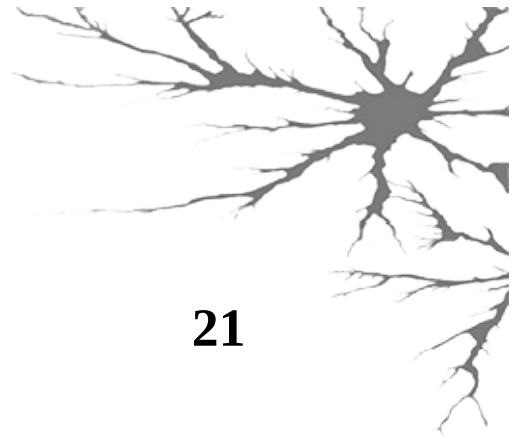
Trago saliva.

—Vuelve al fuego —dice. Su voz suena diferente. Amable.

Miro de nuevo al bosque oscuro. Observo esas sombras que me parecen seductoras porque hacen que todo desaparezca.

Pienso en los niños. En Matisa. En Kane.

Le damos la espalda a la oscuridad y volvemos al suave brillo de nuestro campamento.



Nico se mueve con normalidad en la mañana, pero todavía está callado, ensimismado. Le pregunto a Isi si deberíamos preocuparnos, pero él opina que se restablecerá. Seguimos adelante y hoy me siento realmente agradecida por el parloteo de Daniel.

Hacia media mañana el bosque se estrecha y se vuelve pantanoso. Tenemos que desmontar y guiar a los caballos, que se tropiezan en el lodo. Nuestros zapatos hacen sonidos de succión cuando tenemos que avanzar entre los altos matorrales de hierbas y sauces.

Ayudo a Daniel a pasar sobre un tronco caído lleno de maleza cuando me doy cuenta de que el lodo tiene un extraño color anaranjado. Conforme avanzamos, el color se vuelve más intenso, como si el sol se hundiera en el horizonte en un día de niebla. Pronto estamos caminando entre pequeños arroyos de brillante color amarillo y anaranjado.

—¡Isi! —lo llamo, obligándolo a detenerse y volver sobre sus pasos.

Señalo la tierra.

—Pintura de lodo —dice, como si eso explicara todo.

Arrugo la frente. Daniel toma una vara y la arrastra por el fango amarillo y luego por el anaranjado, mezclándolos.

—Aquí la tierra es rica en minerales. El polvo y el agua, el lodo, crean colores cuando sopla el viento.

Miro a Isi, sorprendida.

Ambos niños revuelven los charcos de lodo y una pequeña sonrisa asoma a los labios de Nico. La primera desde que ha vuelto.

Isi lo observa por un momento.

—Vengan, voy a mostrarles —dice.

Dirige su caballo a los árboles y amarra la cuerda a uno de ellos. Hago lo mismo con la yegua, y los niños y yo seguimos a Isi al bosque, nos detenemos donde los nuevos brotes de abetos forman un gran círculo. Aquí hay un claro entero lleno de charcos de diferentes colores. Muchos brillan con el tono anaranjado que atrapó la atención de Daniel. Algunos cercanos son amarillos. El más próximo a nosotros es de un verde intenso. Y, un poco más lejos, hay uno rojo como las rosas de otoño.

Daniel voltea a mirarnos, con esos ojos muy redondos, maravillados.

—¿Podemos? —pregunta.

—¿Es seguro? —pregunto a Isi.

Asiente.

—Vayan —le digo a Daniel.

Daniel toma a Nico de la mano y lo jala hacia los charcos. Encuentran ramas en la orilla y pronto están jugando entre los colores, pintando con ellos los árboles cercanos.

Isi y yo nos sentamos en un tronco caído para mirarlos. Mi pie duele por la caminata a través de la ciénaga, y no puedo evitar sobarlo cuando me siento.

—Necesitas la tintura —dice Isi.

—Está bien —me encojo de hombros.

—No lo está.

Lo miro, tratando de entender si está preocupado o si está señalando lo que hago mal.

—¡Em! —me llama Daniel desde el charco anaranjado. Tiene las manos en alto. Sumergió la punta de los dedos en el lodo colorido. Nico está en pie junto a él y Daniel le pinta una raya anaranjada en la manga. Nico chilla, gozoso, y corre.

Mi corazón se inflama cuando veo a los niños tomando turnos para decorarse las mangas uno al otro.

—¿Eso va a manchar su ropa?

—Sí —dice Isi—, pero no importa.

—Es cierto —admito.

Los niños están ahora en el charco verde. Me pongo una mano en la frente para protegerme del brillo del sol, y veo los grandes ojos de Nico, su sonrisa. Y otra vez me siento ligera, alegre.

—Mejor que estén felices que limpios —digo.

—Eso es algo que Matisa diría —me responde Isi con el rostro iluminado por una extraña sonrisa. Pero una nube de preocupación la disipa.

—¿A qué distancia estamos de la arboleda? —le pregunto.

—Llegaremos esta tarde —dice—. ¿Has vuelto a soñarla?

—No —respondo—. Pero tenemos que ir ahí, estoy segura.

No le digo lo que he decidido: que la parte de mi sueño que se refiere a Matisa me está llamando a cuentas por lo que pasó en el asentamiento. Siento que es un recordatorio de que estoy huyendo a inhóspitas tierras en busca de una nueva vida, pero que no me he reconciliado con lo que pasó en la anterior.

Isi asiente, pero puedo ver que hace un esfuerzo por no mostrarse preocupado.

—Isi, si no la encontramos ahí...

—La encontraré —dice con firmeza.

No le pregunto qué planea hacer con nosotros. Ya lo hemos retrasado mucho y seguro querrá ir por su cuenta. ¿Qué sucederá cuando la encuentre? ¿Le dirá dónde

nos dejó? ¿O fingirá que no lo sabe e insistirá en que vuelvan a su hogar, por la seguridad de su gente? ¿Qué haré entonces?

Un calambre en el estómago me hace darme cuenta de que también me molesta la idea de que él se vaya. Aunque sea arrogante. Aunque tome decisiones apresuradas. Me he acostumbrado tanto a tenerlo cerca, a que nos cuide.

—Tú la amas —la afirmación sale de mi boca antes de que yo misma me dé cuenta.

No me responde, pero su silencio lo dice todo.

—Pensaba que eran parientes —digo, pensando en que esas relaciones están prohibidas en el asentamiento.

—¿Porque me dice primo? —se ríe—. Creo que tenemos una idea diferente de familia. Familia, para nosotros, no es solamente ser de la misma sangre —toma una rama del suelo y la arrastra por el lodo frente a él—. Cuando éramos niños, yo era un dolor de cabeza para mi madre. El *moshum* de Matisa no era de mi sangre directa, pero me recibió como si lo fuera. Me ponía a hacer cosas. Matisa me hablaba y me escuchaba como si entendiera, como si fuéramos iguales, aunque claramente yo no estaba a la altura.

Lo observo con cuidado: su nariz fuerte, su oscuro cabello que brilla al sol. Muchas veces parece presto a brincar a la menor provocación, pero en estos momentos está relajado, amable. Y justo ahora está a la altura de cualquiera en quien pudiera yo pensar.

—¿Ustedes...? —No sé la palabra en su lengua para describirlo—. ¿Son compañeros de vida? ¿Destinados a estar juntos?

Dibuja un círculo con la rama.

—Matisa siempre ha tenido esa luz, que la ilumina desde dentro... es un propósito... y no es el de compartir su vida. Muchos —y sonrío—, muchos lo han intentado. La llaman *âmopiyésîs*.

—¿Qué significa?

—Es un ave pequeña, muy hermosa, que se mueve de flor en flor tan aprisa que te hace pensar que fue una ilusión. Imposible de atrapar.

—Bueno, pues agradezco que la ames.

Me mira.

—De otro modo, Daniel y yo nos habríamos quedado solos.

Guarda silencio.

De pronto escuchamos la risa distante de los niños.

Suelta la rama.

—Cuando Matisa empezó a contarnos de sus sueños, me gustó la idea de una aventura —me mira de nuevo—. Y cuando se mostró decidida a venir a buscarte, vine para asegurarme de que estuviera a salvo, pero —duda— no quería que tuviera razón.

—Lo sé —le respondo—. Solo que no entiendo por qué.

—No entendía por qué tendría importancia una muchacha de un grupo de la Gente Perdida. Ustedes son los Recién Llegados de nuestras historias. Los que trajeron la muerte. Y yo... tenía ciertas ideas acerca de qué tipo de gente podría ser esa, tan perdida, tan estancada en el tiempo...

Enarco una ceja.

Se encoge de hombros.

—Pensaba que serían temerosos y retrógradas.

Pienso en esto un momento y sé que tiene mucho de verdad.

—Lo somos. Siempre pensé que yo era diferente de todos ellos, pero no es así: desperdicié mucho tiempo sintiendo miedo —no me molesta admitirlo ante él.

—No. No tenías miedo. Arriesgaste tu vida por encontrar a Matisa. Lo hiciste de nuevo para liberar a la gente que amabas.

Niego.

—*Pensaba* que eso es lo que estaba haciendo: liberarlos. Pero ya no sé. Mi papá...

—Em —me interrumpe—, cuando decidiste volver al asentamiento por tu padre y tu amigo, elegiste la libertad. Y en ese momento te vi con otros ojos. Yo... todo este tiempo he intentado convencerme de lo contrario.

Mi semblante enrojece.

—Pues has dejado bien claro que soy yo quien nos ha puesto en peligro. Lo has hecho una y otra vez.

—Lo hacía porque tenía miedo.

—¿De qué?

—De ti.

Trago saliva. ¿Miedo de mí? No puede ser. Isi siempre sabe exactamente qué hacer. Es él quien me hace pensar que no sé distinguir arriba de abajo.

—Presentía que tienes una fuerza inusual. Y lo has demostrado.

Resoplo burlonamente.

—¿Cómo lo he demostrado? ¿Cojeando demasiado despacio o teniendo un ataque de histeria en el bosque?

Ríe y niega.

—Curaste mi herida, enterraste a tu gente, caminaste por días en tierra inhóspita para rescatar a un niño —se pone serio—. Matisa tenía razón al buscarte. Perteneces aquí, afuera.

Y me mira de un modo que nunca le había visto.

Un grito llama nuestra atención hacia los charcos. Daniel y Nico corren hacia nosotros con las manos llenas de lodo de color anaranjado brillante, mientras sonrisas traviesas iluminan sus caritas.

Me pongo en pie.

—¡No! —grito fingiendo espanto. Señalo a Isi—. ¡A Isi!

Los niños cambian su ruta y corren hacia él, pero en el último segundo Nico

vuelve a desviarse, brinca hacia mí y me embarra toda de fango anaranjado. Caigo al suelo, riendo, tratando de evitar las manos lodosas en mi piel. Daniel taclea a Isi del mismo modo, le llena la mejilla de pintura y se la embarra en el cabello.

Jugamos con los chiquillos, que gritan y carcajean, hasta que pido clemencia y Nico cesa. Isi toma con una mano las dos de Daniel y le hace cosquillas hasta que el niño pide paz. Nos tiramos sobre nuestras espaldas, intentando recuperar el aliento y mirando el cielo blanqui azul.

Volteo a ver a Isi y sus ojos se encuentran con los míos. El calor de la tierra se eleva y hace que el aire entre nosotros brille y baile.

Algo ha cambiado entre nosotros, como si un hilo invisible nos hubiera conectado de corazón a corazón. Es algo similar al vínculo que tengo con Matisa. Y, de alguna manera, al que tengo con Kane.

Y me doy cuenta de que Isi lo siente también.

En la tarde, llegamos a un campo. A la distancia hay unas colinas y, más allá, el destello de un río a la puesta del sol. Mi corazón brinca ante la vista de esas aguas, tan familiares: lo único que reconozco en esta vasta tierra.

Isi me tiende el catalejo y dirige mi mirada hacia el sur. Un camino corto por el río conduce a un bosque de altos árboles. Verdes. Manchados de blanco.

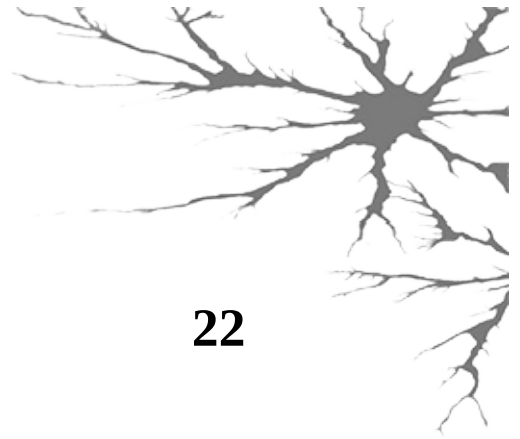
—*Mâyimitos* —dice.

Recuerdo mi sueño y siento que pierdo el aliento mientras mi corazón late con fuerza en mi pecho.

Cuando llegamos a la cima de la última colina, los árboles de mi sueño se elevan altos hasta el cielo, con blancos penachos en sus copas. Pierdo el aliento cuando veo movimiento. El reflejo de un catalejo.

Brinco del caballo y se lo dejo a Nico. Mi pie grita de dolor, pero apenas me percato: estoy ocupada mirando la silueta que sale de entre los árboles. La reconozco por su postura.

Es Kane.



Kane.

Corro por los pastos aterciopelados de la pradera tan rápido como mi pie me lo permite. Está tan cerca y a la vez a toda una vida de distancia.

Pero el también corre hacia mí tanto como puede, cruza los largos días que han pasado, solo para alcanzarme...

Alcanzarme. Alcanzarme, abrazarme en sus fuertes brazos y hacerme girar a su alrededor. Me aferro a él, sepulto mi rostro en su cuello, en su piel tibia, y respiro su olor, lo abrazo como si nunca fuera a soltarlo.

Él toma mi rostro entre sus manos, los ojos muy grandes y me examina como si no pudiera creer lo que ve.

—Em... —Su voz es ronca—, pensé...

Acaricia mis mejillas con sus pulgares, coloca mi cabello detrás de mis orejas. Y me besa en la boca. Con fuerza.

Pierdo el aliento junto con mis pensamientos. Mis manos aletean y se aferran a sus brazos. Me sostiene cuando interrumpo el beso y me echo hacia atrás.

—Estoy bien —jadeo—. Todos estamos bien.

Kane mira sobre mi hombro. Sus hermanos gritan, emocionados de verlo.

Daniel salta de la yegua y Nico lo imita. Me hago a un lado mientras los niños corren desordenadamente hacia él, brincando a sus brazos y se funden en un abrazo.

Miro a Isi, que sigue de pie, sosteniendo las riendas de los caballos con una sonrisa en el rostro.

Kane se libera de los chicos, camina hacia Isi y le ofrece la mano.

Isi suelta las cuerdas de los caballos y toma la mano de Kane, que lo jala hacia él y lo abraza. Le da cariñosos golpes en la espalda antes de soltarlo. Nos miramos unos a otros. Los chicos se apiñan alrededor de su hermano.

El viento sopla y una suave pelusa blanca aparece ante mí, flotando en la brisa. Miro hacia los árboles, cubiertos de blanco y dejando caer su plumaje al aire. Mi corazón se hincha.

—¿Y Matisa? —le pregunto a Kane.

Su frente se arruga. Niega.

Mis ojos vuelan hacia Isi, cuya sonrisa desaparece. Pareciera que lo hubieran

golpeado. Respiro profundo. Su rostro se endurece.

—Isi...

—La yegua necesita descansar —dice y señala con la barbilla hacia la arboleda—. ¿Tienes un campamento?

—Una fogata, más bien —dice Kane—. Pero sí, está justo entre esos árboles.

Isi asiente.

—Daniel, ayúdame con Suerte. ¿Nico?

Daniel asiente con seriedad y toma la rienda de la yegua, pero Nico no quiere separarse de Kane. Isi lo convence pidiéndole que lleve una de las mochilas. Intento mirar a Isi a los ojos, pero él no me devuelve la mirada.

—Estaremos aquí —les dice Kane a sus hermanos.

Los veo alejarse. Mi corazón revolotea. El alivio aún me inunda en oleadas, pero me equivoqué con respecto a Matisa, e Isi se irá a buscarla tan pronto como descansa su caballo...

Hago a un lado estos pensamientos y me vuelvo hacia Kane, deseando que regrese ese momento del reencuentro. Ese primer momento de dicha.

Su rostro es el de siempre: ojos negros y pestañas largas, nariz recta, la boca que se curva en una comisura. Pero sus ojos no ríen como antes. Tiene una nueva cicatriz: una pequeña media luna en la barbilla. La toco con la punta de mis dedos. Frunzo el ceño.

—Fue un raspón —toma mis dedos con su mano y los aleja de la cicatriz—. Me escondí en las quebradas durante esa... esa...

Con mi mano libre lo jalo de la camisa y lo atraigo hacia mí.

Sus manos tropiezan, buscándome, tomándome de los hombros. Encuentra mis labios con los suyos, desesperado. Me aprieto contra él, intento sepultarme en el recuerdo de esto: de cómo encajamos perfectamente. Su aroma, su boca...

Se echa un poco para atrás y me mira con una intensidad que hace que mi sangre hierva.

—Creía que estabas muerta —murmura.

—Yo temía lo mismo.

Me acerca a él, me rodea con sus brazos y me aprieta contra su pecho con fuerza.

—No sabía qué iba a hacer. Vi cómo Isi y tú escapaban con Daniel. No sabía a dónde había ido Nico. Pensé que seguiría tu camino si avanzaba con el río. Pero no te encontré, yo no... —se interrumpe y traga saliva.

—Aquí estoy ahora. Los chicos están a salvo.

Asiente. Pero sé lo que calla.

—Kane, lo siento tanto... Nosotros... —Y tengo que obligar a las palabras a salir— la enterramos.

Su pecho y sus brazos se tensan.

El corazón me duele.

—También a André.

En respuesta, vuelve a abrazarme. Escondo la cabeza en su clavícula y respiro hondo. El latido de su corazón golpetea en mi oído.

Luego de un rato, digo:

—Pensamos que Matisa estaría aquí.

Me suelta y se aleja un poco, de modo que puedo ver su rostro.

Sabía que alguien estaba aquí, pero tenía miedo de ilusionarme...

Frunce el ceño.

—¿Cómo lo sabías?

—Lo soñé.

Una sombra pasa veloz por su rostro.

—Kane, tenemos que encontrarla.

Mira hacia la arboleda, luego de nuevo a mí, pero guarda silencio.

—Creo que puedo convencer a Isi de que aguarde a la mañana, pero ha esperado mucho tiempo, siguiendo la pista de Nico. No... no puedo pedirle que permanezca con nosotros un día más.

Kane me mira, con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo que siguió su pista? —pregunta. No sabe. Por supuesto que lo ignora. Todo fue borroso aquella noche.

—Aquellos hombres se lo llevaron —le digo—. Pero lo encontramos a un par de días al noroeste de aquí.

—¿Lo lastimaron?

—No —lo tranquilizo—. Pero llegamos justo a tiempo. Ellos tenían muchas armas, hubo un enfrentamiento.

—¿Qué tipo de armas?

Cuerpos despedazados. Explosiones. Miembros desgajados.

—Armas terribles. Como ninguna que hubiera visto antes —le digo.

—¿Quiénes son?

—Los guía un hombre llamado León. Hasta donde puedo entender, son los hombres sin ley de los que nos habló Henderson. Están ahuyentando a la gente que se establece en los terrenos que ellos quieren para sí. Tienen como prisioneros a muchos de los primeros pueblos, y los obligan a trabajar en la construcción de un fuerte. Y...

Pero no puedo decirlo. No puedo decirle que mantienen a la fuerza también a mujeres.

Me escucha con los dientes apretados.

—Tenemos que poner a salvo a los chicos —dice.

—Lo haremos —le respondo—. Tan pronto como encontremos a Matisa, iremos con su gente.

Se aleja más.

—Puedo ayudar a encontrarla —digo—. Mis sueños me guiaron aquí, a ti. Sé que me guiarán a ella —me interrumpo porque su semblante se endurece—. ¿Qué pasa? —le pregunto.

—Deberíamos ir al cruce, llegar al puesto del Dominio.

Ahora yo doy un paso atrás.

—¿Qué?

—Volver al asentamiento es regresar al caos. Con esto que me dices de León, que ahuyentan a la gente —sacude la cabeza—. Lo más seguro es ir al este. Con el Dominio.

—No sabemos si es seguro.

—El hombre de los mapas habló de que hay ley. Dijo que el Dominio busca el orden. Eso es más seguro que estar aquí afuera.

—Pero la gente de Matisa nos protegerá —mientras lo digo me doy cuenta del problema: primero tenemos que llegar allá. Insisto con lo que me resulta más importante—. Debo encontrar a Matisa. Ella y yo...

Kane mira al cielo y suelta el aire con exasperación. Junta sus manos detrás del cuello.

Y ahora lo veo. Ahora lo entiendo.

Todo este tiempo pensé que aquel momento en la cascada había sido el inicio de nuestra vida juntos. Incluso si estaba nerviosa acerca de partir con su mamá y los chicos, tenía la certeza de que él vendría conmigo. Y desde los sucesos en la finca, asumí que la elección estaba hecha.

Estaba equivocada.

—No tenías intenciones de quedarte conmigo.

Baja la mirada.

—Quiero estar contigo más que nada en el mundo. No es eso.

—No crees en mis sueños.

—Em...

—Nunca creíste en ellos.

—No tiene que ver con eso.

—¿Entonces qué?

—¡Tengo una familia que proteger! ¡Tú no! —Sus ojos relampaguean.

Mi boca se abre. Se cierra de nuevo. ¿De verdad dijo eso?

—No quise decir eso —agrega, cerrando los ojos—. Es solo que...

Cuando abre los ojos, veo en ellos que la lucha se ha extinguido. Se ve... desamparado.

—Debí ser yo, Em —su voz es ronca—. Debí ser yo quien trajera a los chicos de vuelta. Quien te trajera a *ti* de vuelta —cae en el suelo, levanta las rodillas y esconde el rostro entre sus manos—. No supe qué hacer.

—Kane... —Me arrodillo junto a él.

—Estuve a punto de enloquecer, pensando que te había perdido. Y todo lo que pude hacer fue desear que nunca hubiéramos venido.

Jalo aire.

—Ni siquiera sé qué hago aquí afuera, excepto ir tras de ti —levanta la cabeza y

me mira, abatido.

Y entonces la verdad de todo eso me golpea con fuerza: salir del asentamiento no era *su* sueño. Es el mío. Solo mío.

Lo que quiero es estar contigo.

Eso es lo que dijo en la cascada. Y me siguió ciegamente porque yo quería estar aquí afuera. Y ahora su madre está muerta y sus hermanos en peligro. Y no cree que el camino que persigo sea uno que pueda seguir.

Miro la hierba de la pradera y siento el viento soplar en mi rostro.

—Necesito llevar a Nico y Daniel a algún lugar seguro —dice, luego de un largo silencio—. Tú quieres ir tras Matisa, no puedo detenerte.

Una astilla de hielo me desgarró el corazón.

Kane se incorpora. Cuando habla, su voz es ronca:

—Tengo que ir a ver a los chicos.

Siento un peso en el pecho. Un peso enorme. Sigo a Kane a la primera línea de árboles pero me detengo, soy incapaz de dar un paso más. Recargo la mano en el tronco más cercano, vencida por el peso helado de mi pecho. Él no me espera.

El hielo avanza a mi garganta, sube a mis ojos. Las lágrimas borran mi visión mientras se aleja. Doy media vuelta y me recargo en el tronco, observo un círculo de cielo que asoma entre las ramas. Los altos árboles a mi alrededor me hacían albergar esperanza. Eran como una promesa.

Ahora los siento como cosas rotas. No son promesas, solo fracaso.

La noche anterior, cuando Nico enfermó, quería perderme entre los árboles, quería que el oscuro bosque me tragara, entregarme a lo que sea que atraje sobre nosotros.

Y ahora lo deseo otra vez.

En estos momentos, siento que es lo único que puedo *hacer*.

Altísimo, desearía que Tom estuviera aquí. Necesito alguien que entienda...

—Em —la voz de Isi me arranca de mis pensamientos.

Me separo del árbol y volteo a mirarlo.

—Te estamos esperando en la hoguera.

No le respondo.

—Necesitamos hablar con Kane —dice.

—Creo que ya dijo todo lo que necesitaba oír.

Cruza los brazos sobre el pecho.

—Ha perdido a su madre y acaba de recuperar a sus hermanos. Necesita tiempo.

Suelto una risa áspera.

—¿Así que *ahora* tú eres muy paciente?

Isi me mira con esa irritante nueva calma suya.

—Kane quiere ir al este —le digo con la voz apagada.

—¿Por qué?

—Piensa que es lo más seguro para sus hermanos.

Isi deja escapar un largo suspiro. Da un par de pasos hacia mí. Echa hacia atrás los hombros y me mira directo a los ojos.

—Mantenlo aquí hasta que regrese.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Convéncelo de quedarse aquí, en la seguridad de la arboleda, en lo que encuentro a Matisa. Regresaremos por ustedes y hablaremos entonces. Quizá Matisa lo haga cambiar de opinión.

—Pero tengo que ir contigo. Mis sueños pueden ayudar.

—No los necesito. Empezaré de nuevo en la quinta y seguiré sus huellas como seguí las de Nico.

—¿Y si no la encuentras?

Una chispa de desesperación asoma a sus ojos. Se endurecen.

—Lo haré.

—Tú sabes que sería mejor que te acompañara.

—Kane no irá. Quédense aquí, regresaremos.

—No puedo dejarte ir solo.

—¿Por qué no?

—Porque... —digo— yo estaba...

Me doy media vuelta pero él me toma del brazo y me obliga a mirarlo. Trago saliva.

—Estaba equivocada. Acerca de venir aquí.

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué dices eso?

Me zafo de su mano, me envuelvo en mis brazos y miro los árboles, intento tragar las esquirlas heladas que laceran mi garganta. Si miro hacia abajo, las lágrimas comenzarán a brotar. No puedo permitirlo.

—Em —su voz es seria—. ¿Por qué?

—Porque... porque fui egoísta. Pensé que mi nueva vida, con Kane, estaba aquí afuera. Pensé que lo merecíamos. Que esta vida era una recompensa por llevarle a mi gente la libertad. Pero no traje libertad. Traje... —No puedo terminar. Mi garganta se cierra por las ganas de llorar.

—¿Qué trajiste?

Sacudo la cabeza. El hielo en mi pecho es más pesado de lo que ha sido nunca. Me va a hundir en el suelo del bosque. Y nunca podré levantarme de nuevo.

La mirada de Isi es dura, como si estuviera viendo directamente mis pensamientos. Cuando habla, su voz es suave.

—Este es un nuevo mundo, Em —dice—. Trae consigo cosas que no podemos evitar —su voz se suaviza aún más—. André, la hermana Violet...

Contengo el aliento. Quiero que se detenga. Que deje de hablar.

—Tu padre...

No lo digas.

—Sus muertes no fueron tu culpa.

La bola de hielo se hace añicos. Como el río helado cuando se estrella contra las piedras de la orilla: explota, irriga ráfagas de dolor en mi pecho, mi centro, mi garganta. Los árboles frente a mí se vuelven borrosos y tiemblan a través de mis lágrimas. Oculto el rostro entre las manos. Dejo que las lágrimas corran, tibias, por mi cara. Me permito llorar por todo lo que he perdido.

Mi papá. André. La hermana Violet.

La vida que pensé que comenzaba aquí fuera, ese sueño iluso. La esperanza.

Hay un aullido dentro de mi cabeza, como ríos corriendo sobre mí, golpeándome, ahogándome. Quiero escarbar profundo, enterrarme entre los hongos y el moho. Quiero gritar hacia los árboles, el cielo rosado, mientras me hundo en el suelo del bosque. Puedo sentirlo desgajarse a mi alrededor, los árboles y el cielo girar, enloquecidos, mientras me hundo en este dolor que me estrangula, que me ciega.

La mano de Isi toca mi espalda.

Es suave y fuerte.

No pertenece a este lugar oscuro.

No es deseada en este lugar oscuro.

Pero...

Es familiar. Se siente como el tacto de mi papá cuando era niña.

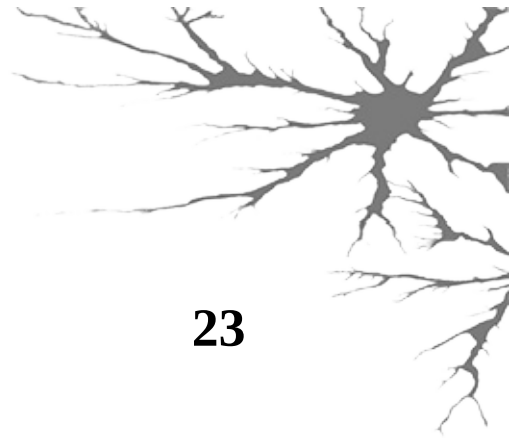
Como la mano de Matisa en la mía, cuando llevamos a mi papá a su lugar de descanso.

Como la mano de Kane cuando me sostuvo en la cascada, hace una vida.

Reconcíliate.

Quiero que Isi se vaya, que me deje hundirme en la negrura helada, pero su calidez no lo permite. Quema a través de mis ropas, me jala, me arranca de las profundidades. Pone mis pies en el suelo del bosque. Me ancla a este mundo.

A este mundo nuevo.



Kane no voltea cuando me aproximo al campamento en la arboleda. Es apenas un poco más grande que la fogata, como dijo, pero Isi trajo nuestros suministros y ya hay una olla de agua burbujeando sobre el fuego. Intento calmar mi apresurado corazón y me inclino sobre las provisiones. Me mantengo ocupada en preparar una sopa. Isi sigue entre los árboles, revisando que las pezuñas de los caballos no tengan rasguños o rocas incrustadas.

Nico está acurrucado bajo uno de los brazos de Kane, con el rostro lleno de un rastro de lágrimas. Incluso Daniel está callado, con el rostro serio, arrebujado en el otro brazo de Kane. Y por la expresión de dolor de Kane, entiendo que han estado hablando de su mamá.

Quisiera que sus ojos se encontraran con los míos, pero tiene la vista fija en el fuego.

Hay un silencio pesado mientras añado granos y sal al agua. Finalmente Nico mira a Kane y le pregunta:

—¿Dónde estuviste todo este tiempo?

Los ojos de Kane se posan en los míos por un instante. Su pecho suelta un suspiro profundo. Aseguro la olla sobre el fuego y escucho la narración de lo que hizo en los últimos tres días.

Kane busca las palabras mientras habla, como si estuviera tratando de recordar o de olvidar cosas, pero se las arregla para decirnos que, durante la tormenta de balazos, se refugió tras la primera quebrada. Un hombre lo persiguió, pero él avanzó entre las fisuras y se dirigió al noroeste, donde el caballo del hombre tendría problemas para avanzar por lo accidentado del terreno. El hombre era persistente y esperó a que Kane saliera. Pero se marchó a la mañana siguiente, y Kane aprovechó para dirigirse al sur, hacia el río. Perdió el camino, sin embargo, y pasó de largo la finca. Cuando regresó, ya no había nadie ahí. Decidió continuar al sur, hacia el cruce, donde esperaba que hubiéramos ido también.

Lo observo mientras habla. Aquí, en la arboleda, las sombras de los árboles y el fuego iluminan su rostro con una nueva luz, y veo en él los días de preocupación que vivió. Círculos oscuros de noches sin sueño rodean sus ojos. Y, de repente, me doy cuenta de lo que le estoy pidiendo.

Altísimo, ¿qué pasa conmigo?

Por supuesto que quiere encontrar un lugar seguro para sus hermanos, tan pronto como sea posible. Pedirle que nos ayude a encontrar a Matisa, con los niños a rastras, es simplemente egoísta. Escucho con el corazón compungido lo que resta de su historia.

Nico se recarga más en él y, cuando Kane le sonrío, mi estómago se encoge.

Isi se une a los chicos frente al fuego mientras sirvo la sopa. Es el primer plato caliente que como desde el conejo que cenamos la primera noche de viaje, pero, por algún motivo, no tengo hambre. Los chicos, en cambio, están famélicos: comen como si tuvieran días de no hacerlo. Y de hecho, así ha sido. Prácticamente no se han alimentado. Mi corazón me pesa más al verlos así, arrebuados, con las manitas en los tazones y los ojos brillando de alegría al mirar a Kane.

Me froto los ojos, frustrada, y presiono los puños contra mi frente.

Ellos terminan de comer cuando la luz desaparece del cielo.

Isi se levanta.

—Voy a revisar a la yegua —dice, tomando la rienda de su caballo.

Debería dejar a Suerte entre los árboles para que encuentre un espacio para parir, pero me doy cuenta de lo que está haciendo en realidad. Lleva su mochila y avanza en la dirección opuesta adonde está la yegua: se marcha a buscar a Matisa y no me está dejando opción.

—¿Y si la dejas un rato? —digo. Mis ojos le suplican que entienda lo que realmente estoy diciendo—. ¿Y si la dejas descansar toda la noche?

—¿Podemos ir? —le pregunta Daniel a Kane—. Suerte es *mi* caballo.

—Quédate —le dice Kane, con la mirada puesta en mí—. Puedes ir a verla en la mañana.

Isi niega con la cabeza:

—No puedo.

Siento una punzada en el estómago. Lanzo una mirada desesperada a Kane y me levanto.

—Em —la voz de Isi me hace voltear a verlo. Entonces niega con la cabeza. Me está diciendo que no vaya con él. Pero no está siendo grosero—. Quédate —dice con firmeza—. Regresaré.

Y desaparece entre los árboles mientras yo peleo contra la urgencia de correr tras él. En vez de eso, piso con fuerza sobre mi pie malo y clavo mi mirada en el suelo.

Nos quedamos en silencio. Y luego se escucha la voz de Kane, tensa y queda:

—¿Estás segura de que quieres quedarte?

Sus ojos me examinan. Él sabe a dónde va realmente Isi, sabe cómo me siento de verlo irse sin mí.

—Claro —digo, pero la voz se me quiebra—. ¿Podemos...? —Me detengo. Veo en su rostro que no es el momento adecuado para convencerlo de esperar conmigo a que vuelva Isi con Matisa. ¿Y qué haría si se niega? ¿Ir con él al cruce o quedarme

aquí? ¿Qué pasará si Isi no puede encontrar a Matisa?—. ¿Podemos platicar en la mañana?

—Buscaré algunas ramas de pino para dormir sobre ellas —murmura. Se separa de sus hermanos y se pone en pie.

Cuando pasa junto a mí, tengo ganas de detenerlo, de que me tome entre sus fuertes y tibios brazos. Pero la forma en que se mueve me hace sentir que está más lejos de mí de lo que ha estado nunca. Una mano fría aprieta mi garganta mientras lo veo alejarse. El bosque a nuestro alrededor ha quedado en silencio. O quizá siempre lo estuvo: quizá nosotros dejamos de hacer ruido.

Kane se detiene al borde de los árboles y voltea a verme.

—¿Sabes? Estás equivocada —dice, con la voz estrangulada—. Siempre creí en tus sueños —sacude la cabeza—. Pero no estoy seguro de que alguna vez yo haya sido parte de ellos.

Mi corazón cae al suelo. Respiro hondo para contestarle, para decirle que está muy equivocado, pero un movimiento detrás de él llama mi atención.

Y una silueta borrosa sale de entre los árboles.

Me da tiempo de gritar su nombre pero a Kane no le alcanza para reaccionar, para voltear. Es un hombre, con un garrote en la mano, y el garrote está viajando en el aire hasta impactarse contra la sien de Kane. Lo hace caer al suelo como una piedra.

Los gritos de los chicos retumban en mi cabeza mientras corro a verlos.

Otro hombre surge del bosque. El rifle en sus manos apunta hacia nosotros.

Me interpongo entre él y los niños. Kane está en el suelo, boca abajo, sin moverse.

¿Está...?

El hombre sisea entre dientes:

—No se muevan —nos dice.

El del garrote mueve a Kane con el pie y voltea a mirarnos.

—¿Qué es esto? —pregunta.

Es un hombre enorme, fácilmente del doble de mi peso, y mi cabeza, cuando mucho, llega a su hombro. Cabello rubio, cejas rubias, pómulos prominentes, me resulta familiar, aunque no sé de dónde.

—Él no dijo nada sobre unos niños —dice el hombre enorme.

¿Por qué me resulta familiar? Mi mente está confundida. Intento ubicarlo. Se parece... se parece...

El hombre del rifle avanza hacia mí. Es muy delgado, de piel pálida y ojos azules, con una mata de sucio cabello castaño que asoma bajo un sombrero maltratado.

—¿Dónde están los otros? —me pregunta.

Tengo que hacer un esfuerzo para jalar aire.

—¡Te pregunté algo!

Obligo a mi lengua a trabajar.

—¿O-o-otros? —¿Se refiere a Violet y André? ¿Por qué tendría que preguntar por

ellos? Estiro el cuello para ver por encima de él si Kane se ha movido—. ¿Está bien mi...?

La mano libre del hombre se dispara. Veo un cielo blanco brillante cuando el dolor explota en mi rostro. Mientras caigo hacia atrás, pongo una mano en mi boca, y percibo el sabor a sal y hierro y siento escurrir la sangre entre mis dientes. Mi mano encuentra un valle pegajoso: tengo un corte en la comisura de los labios.

—No hables a menos que sea para responder a mis preguntas —dice y mira al otro—. Ahora lo recordará, ¿no, Julian? —Y me mira de nuevo—. ¿Y bien?

Intento recordar la pregunta, pero hay un zumbido en mis oídos que enturbia mis pensamientos. Contengo las arcadas cuando trago mi propia sangre.

—Déjalo —dice el hombre enorme, Julian—. Pongamos al mestizo en la jaula antes de que despierte. Se ve que es fuerte.

Me toma un momento darme cuenta de que habla de Kane. Siento alivio en medio del miedo: Kane está vivo.

—Arriba —dice el delgado a los niños—. Caminen —les indica con el rifle que avancen hacia los árboles.

Mi cabeza me da vueltas. Me tambaleo y tomo a los niños de las manos. Avanzamos entre los árboles, de nuevo hacia la planicie, a la vera del río. Siento el cuerpo dormido, pero mi boca palpita.

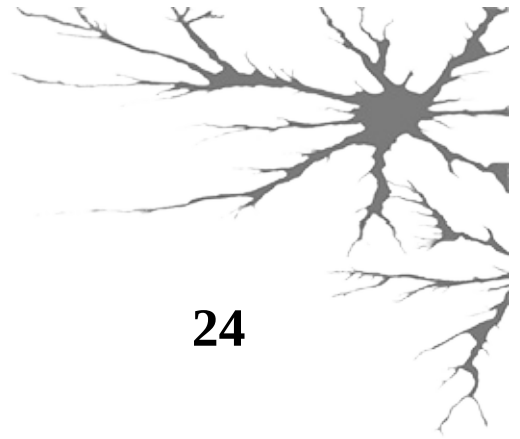
La sensación de estar entre sueños aumenta cuando dejamos los árboles atrás. La luna llena ilumina la ribera, clara como si fuera de día, bañando todo el cuadro con un brillo fantasmal.

En medio de la pradera hay un coche, mayor a cualquiera que hubiéramos tenido en el asentamiento, jalado por dos caballos enormes. Son casi del doble de tamaño que Suerte, sus pescuezos son fuertes y sus grandes patas están cubiertas por suaves plumas. En la parte trasera del carro hay algo que parece una caja, hecha del mismo tipo de hierro con el que estaban forjadas las horcas en la Encrucijada, cerca del asentamiento. La jaula. Donde planean poner a Kane. El pánico atraviesa mi cuerpo, pero se detiene bruscamente cuando mis ojos se pasean por todo el coche.

Atado en la parte trasera, en un montículo en el suelo, hay un bulto de harapos.

No, no son harapos.

Es Matisa.



Sofoco un grito. Las lágrimas en mis ojos hacen difusa la escena, y ella se convierte en dos siluetas por un momento, temblando ante mi vista. Parpadeo con fuerza y de nuevo sofoco la urgencia de gritarle.

A mi lado, Daniel llora. Aprieto su mano, deseando que se detenga. Nico está conmocionado, me doy cuenta por la forma en que camina entre tropezones, con el rostro inexpresivo.

Me esfuerzo por mirar hacia atrás. Hay dos siluetas encadenadas a la parte trasera del coche. La segunda se mueve, levanta la cabeza y la vuelve a bajar de inmediato.

Es Charlie.

—Detente —dice el hombre. Se para cerca de mí y mira hacia el coche y luego a mí—. ¿Ves a alguien que conozcas? —me pregunta.

Los vellos de mi nuca se erizan. *Miente. Miéntele a este hombre.*

—N-n-no —tartamudeo. Trato de mantener mi rostro inexpresivo y deseo que los chicos se queden callados.

—¿Segura? —El rifle apunta a mi pecho. El hombre señala a Charlie con la cabeza—. Nos dijo que habría gente aquí que vendría por ella —escupe—, pero no dijo nada de mestizos ni blancos.

Lo miro. ¿Charlie le dijo que vendríamos por Matisa? ¿Aquí?

La confusión en mi rostro debe ser convincente, porque el tipo escupe de nuevo:

—Es una pena —dice—. Al menos, para él.

—¡Amárralos y ven a ayudarme, Emmett! —Sale un grito de entre los árboles—. ¡Pesa mucho!

Mis pensamientos son confusos y mi corazón late, deprisa, lo siento en mi garganta.

Mantén la calma. No caigas en pánico.

Mis pensamientos vuelan hacia Isi. No tiene mucho que se fue. Espero que esté cerca. Él sabrá qué hacer. Tal vez esté planeando algo en este momento.

Pero entonces algo se mueve en un extremo del coche, y los dos animales aplanan las orejas, como suelen hacer los caballos cuando están molestos. Veo que hay otro caballo, atado cerca de ellos, y que se mueve, inquieto.

Apenas se distingue, parece una sombra en la noche oscura, así de oscuro es su

pelaje.

Azul.

Y me doy cuenta de que hay alguien más dentro de la jaula.

Isi.

Estoy de vuelta en la planicie, fuera del asentamiento, con Matisa. Ella está entera: su cabello negro, brillante, cuelga como una cortina sobre su rostro, y su piel es tersa.

Sus movimientos son fluidos cuando se inclina y levanta un puñado de tierra y plantas.

Es la planta que nos protege de la Hemorragia, lo sé. Pero no puedo recordar su nombre... Me inclino hacia adelante, para alcanzarla, pero Matisa la toma entre los dedos de su otra mano y la pulveriza. Luego me da el puño de tierra, un montoncito negro en su palma rosada.

Los muertos en el río cantan fuerte, y volteo hacia las aguas brillantes.

Y ahora Matisa se encuentra a mis pies. Su piel está manchada y con moretones, hinchada con sangre.

Caigo junto a ella y escarbo. Extraigo puños de tierra y los amontoño sobre ella. La cubro. La entierro.

Un rumor de galope se acerca. Disparos. Caballos. Gritos.

Las voces de los muertos me gritan.

Reconcílate.

Las voces flotan sobre mí como una corriente de agua. Menguan y flotan, escurren en mi mente, llenan el aire a mi alrededor.

—... Dijo que habría media docena de rojos.

—Maldito mentiroso. ¿Viste a la lisiada? No tiene idea...

—... Eso, o es estúpida como una mula.

—... No vamos a sentarnos y...

—Pero si ella es lo que él dice...

Mi cabeza se aclara. Los rayos de luna caen desde lo alto y bañan con una luz verdosa mis manos y la rugosa corteza frente a mí.

Por un momento no entiendo dónde estoy, pero cuando me muevo y siento las correas de piel apretadas a mis muñecas, el dolor corre por mis brazos, que han estado levantados demasiado tiempo. Recuerdo todo. Los hombres. Me llevan. Ponen mis brazos alrededor de un árbol y me atan. A mi izquierda está Charlie, sujeto de la misma forma. A mi derecha, los niños. A ellos les permitieron sentarse, sus ataduras están lo suficientemente largas para que puedan moverse alrededor de la jaula. Sacudo la cabeza. ¿Estuve durmiendo?

—... Arriesgarnos. ¿Qué otra cosa podemos...?

—Llevarlos al fuerte.

La confusión se disipa. El fuerte. Estos son hombres de León. Inhalo profundamente un par de veces y estiro el cuello para ver por encima de mi hombro.

Ambos hombres están en pie a la orilla del río, muy juntos. Nos señalan. Discuten.

Una hoguera crepita junto al vagón, ilumina en el interior las siluetas de Isi y Kane. Kane yace inmóvil. Fuerzo la vista y deseo que el movimiento de su pecho, arriba y abajo, no sea producto de mi imaginación. Matisa permanece en el mismo lugar, todavía hecha un ovillo en el suelo. Entonces tose, se gira sobre su costado y vomita.

Lucho contra el pánico que crece y trato de aclarar mis pensamientos.

Me doy cuenta de que es mejor no preguntar, pero necesito entender qué pasa.

Los hombres caminan alrededor. De tanto en tanto, mastican algo y lo escupen. Examinan a los caballos, sus armas.

Las colinas al norte.

Esperan algo.

¿Dónde están los *otros*?

Si no hablaban de André y Violet, ¿podrían referirse a Rebecca? No. Se sorprendieron al vernos. Están esperando a *media docena de rojos*. La gente de Matisa.

Julian se detiene abruptamente y se asoma al bosque a nuestras espaldas. Sisea, le hace señas al otro para que se acerque.

—¿Escuchas algo? —señala hacia los árboles.

El otro inclina la cabeza para escuchar por un rato largo. Se encoge de hombros y niega.

Ambos continúan su caminata por el campamento.

Cuando se juntan de nuevo para hablar, escucho un susurro a mi lado izquierdo. Charlie intenta llamar mi atención.

Vuelvo mi rostro hacia él y se me escapa un gemido. Sus brillantes ojos azules, que tanto me recordaban los de su padre, están inyectados en rojas telarañas, y exhibe un moretón oscuro en una mejilla. Se ve muy mal, escuálido, como cuando lo encontramos. Débil. Toma una bocanada de aire y tose. Es una tos húmeda, como la de la gente que visitaba a *sœur Manon* para tratarse ese *líquido en el pecho*.

—¿Por qué... estás aquí? —Carraspea.

Frunzo el ceño.

—Vine...

Me detengo bruscamente cuando la herida en la comisura de mi boca se abre con un dolor punzante. Bajo la barbilla a mi hombro, cierro los ojos y presiono el corte contra la manga de mi camisa. No puedo permitir que los hombres sepan que estamos hablando, pero necesito saber qué está pasando.

—¿Dónde está Rebecca? —murmuro.

—La llevaron a ese fuerte —responde en el mismo tono.

Charlie también es prisionero de estos hombres. ¿Habrá tratado de intercambiar a Matisa con ellos y lo traicionaron? ¿O en verdad intentaba escapar ese día?

La pequeña llama de esperanza de que Charlie no nos haya traicionado vuelve a brillar en mi corazón. Quizás él no es como Isi piensa.

Claro, eso no nos sirve de nada ahora.

—Tú hablas nuestro idioma —por un minuto pienso que esas palabras son para mí. Estiro el cuello. Es el rubio, el tal Julian, que le habla a Isi a través de los barrotes de la jaula. Isi está sentado, con el rostro en blanco—. Quieres hacerte el tonto, pero podemos encontrar maneras de hacerte hablar —se dirige a la parte trasera del vagón y jala a Matisa por el brazo. Ella no se mueve, es como una muñeca de trapo. Isi brinca al fondo de la jaula.

Julian le sonrío.

—¿Vas a hablar? —Y entonces me doy cuenta de por qué me resulta conocido. Me recuerda a aquel otro rubio, en el fuerte, León. Julian es tan parecido que podrían ser hermanos.

Lo miro jalonear a Matisa. Su rostro tan pálido, el cuerpo laxo. Vomita... podría tener lo que *sœur* Manon llamaba *la maladie de la chaleur*, insolación. A veces, a los recolectores en los jardines les daba si no se cubrían adecuadamente la cabeza en un día de mucho calor.

¿Cuánto tiempo llevaba Matisa atada detrás del coche?

—Sí, vas a hablar —sigue el hombre—. ¿O quieres que sigamos...?

—¡No es uno de ellos! —grita Charlie en un jadeo.

Julian se detiene y se endereza. Mueve la cabeza como si estuviera pensando en algo, suelta a Matisa y camina hacia nosotros. La forma en que se mueve me hiela el pecho. Llega a nuestro lado e inclina la cabeza hacia Charlie.

—¿Entonces dónde están?

Charlie traga saliva.

—Ellos... vendrán.

Julian posa una mano sobre la espalda de Charlie y lo empuja hacia el árbol. Recarga todo su peso en esa mano.

Charlie deja escapar un grito estrangulado, horrible. Volteo hacia el otro lado y presiono mi cabeza contra el brazo para no verlo.

—Más te vale estar diciendo la verdad —dice—. Si esto es una mentira para ser más valioso que tu hermanita, vas a lamentarlo.

El grito de Charlie se convierte en un sollozo. Hay algo dentro de su pecho que está roto, me doy cuenta por el sonido. Trago con dificultad para contener la bilis que sube por mi garganta.

—¡Vendrán! —jadea Charlie.

—Más te vale —dice Julian. Entonces vuelve su mirada hacia mí—. Si quieres que te parta el otro lado de la boca, sigue hablando.

Se me retuerce el estómago. El hombre se dio cuenta de que Charlie y yo estábamos conversando. Pero entonces se aleja, nos da la espalda y habla fuerte para que su compañero lo escuche:

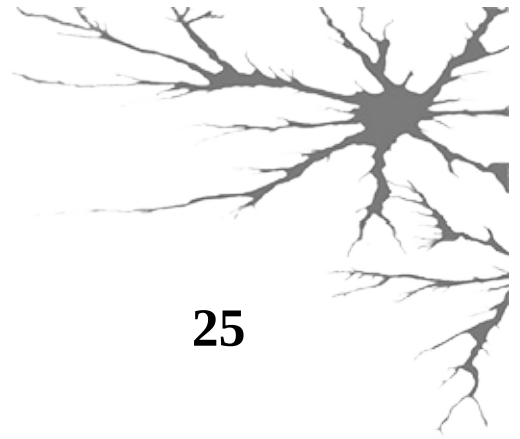
—Si no llegan a mediodía, nos vamos. Ceril estará contento con los dos de la jaula.

Ceril. El hombre al que atacé. Mi sangre palpita en mis oídos. Julian me mira.

—Y sé de alguien que está buscando mujeres.

La sangre fluye más aprisa, siento náuseas. El hombre pasa una mano por su cabello y sonrío con una mueca mortífera.

—Tú —mira a Charlie— podrás pudrirte aquí.



Hace mucho que desapareció la luna, y la negrura de la noche se suaviza en un azul espectral. Hilos de niebla salen del río, se arrastran por la ribera como dedos fantasmales. El amanecer se acerca.

Los hombres han dormitado, tomando turnos para vigilar, al norte, las colinas, y al sur, el bosque. Bajo la luz azul, están sentados alrededor del fuego, beben algo en cuencos de metal.

Tengo la lengua pegada al paladar, mis brazos están adormecidos. Siento tanta sed. Mi piel arde con un calor picante. Estoy perdiendo contacto con la realidad, lo sé.

Dos veces, en las últimas horas, sentí que el bosque se movía y respiraba a mi espalda, como si los árboles hubieran cobrado vida y quisieran alcanzarme, llevarme (llevarnos) a un lugar seguro. Como si la Presencia de mi sueño, la que me espera en la arboleda, estuviera ahí. Y viniera por mí.

Es absurdo.

Kane e Isi están en la jaula; los niños y yo estamos aquí amarrados, y los hombres acarrear esas horribles armas. Me obligo a mirar a Matisa, que sigue tirada detrás del vagón. Ha recibido un indulto del calor por la noche, pero el sol está por salir, y será intenso. No hay forma de que ella aguante mucho. Por horas he pensado qué hacer, pero para lo único que me ha servido es para distraerme.

Kane sigue inmóvil. E Isi está actuando tan raro. No se le ha acercado a Kane ni una vez. No voltea hacia nosotros.

Mi corazón se hunde. ¿Me estará culpando de esto?

Cuando la luz aumenta, el hombre más pequeño se levanta y toma algo de la parte trasera del vagón. Es una especie de morral largo, como del tamaño de su pistola.

—Maldición, Emmett, es esa cosa otra vez —dice Julian. Vuelve su cabeza a un lado y escupe en la tierra. Luego la gira hacia los árboles—. ¿Escuchaste eso? —pregunta.

El hombre bajito, Emmett, se encoge de hombros.

Julian toma su pistola.

—Voy a ver.

—Yo les echo un ojo —Emmett trata de abrir con dificultad un broche del morral.

—Si algo pasa, dispara —dice Julian y escupe de nuevo—. Pero intenta no darle a uno de ellos.

Julian ríe y se interna en el bosque, dejando a Emmett junto a la hoguera.

Miro alrededor. Los niños están dormidos, enredados juntos: un lío de extremidades y cadenas. Una queda melodía comienza a sonar, titubeante y rasposa pero agradable: completamente fuera de lugar con toda esta suciedad. Me vuelvo bruscamente hacia donde viene el sonido.

Emmett tiene un violín, pero no lo toca como los hombres del asentamiento. En vez de posarlo en la parte interna de su codo, lo aprieta con la barbilla. El hombre mira fijamente el fuego mientras toca. Nunca había visto a nadie hacerlo así. Nunca había escuchado sonido semejante, tampoco. No puedo entender que un sonido tan hermoso sea producido por alguien tan...

Mi boca palpita. Cierro los ojos y pretendo por un momento que estamos en otro lugar, en uno agradable. Mis pensamientos se van al baile de la cosecha. Recuerdo cuando bailé con Tom, con su cabello color trigo cayendo en sus ojos y su camisa —de su papá, en realidad— demasiado grande. Mis problemas parecían tan terribles entonces, pero daría cualquier cosa por regresar a ese momento. La seguridad dentro de las murallas. Mirar a Kane desde el otro lado del salón, con la esperanza de que me pida bailar con él una pieza...

—Em —es un susurro. Charlie de nuevo.

Mantengo los ojos cerrados.

—Em —insiste.

Muy despacio, volteo a verlo.

—¿Por qué estás aquí? —susurra.

Dirijo la mirada al fuego. Los ojos de Emmett están cerrados ahora, y es claro que está perdido en su música. No nos presta atención. Aun así, mantengo la voz baja. Emmett quizá no nos escucha, pero si Julian está cerca...

—¿Qué quieres decir? —susurro.

—¿Por qué viniste aquí? ¿A este bosque?

Frunzo el ceño.

—Lo soñé.

Sus ojos se estrechan, como si no entendiera mis palabras. Luego se abren grandes.

—Ella sabía que vendrías —su rostro se contorsiona como si fuera a llorar.

—¿Quién?

Agita la cabeza.

—Ella me mintió.

—¿Quién?

—Matisa.

El violín se detiene abruptamente. Miro hacia allá, con el corazón en la boca, con miedo de que Emmett se acerque. Está inclinado sobre el violín, lidiando con las

cuerdas. Las jala y las acomoda antes de poner de nuevo el instrumento bajo su barbilla para empezar de nuevo.

—Estamos en problemas —susurra Charlie—. En serios problemas.

—¿De qué hablas?

Descansa la frente en sus brazos.

—Ella me dijo que la trajera aquí. Dijo que ellos estarían aquí —mira el suelo, como si hablara consigo mismo—. Pero es porque sabía que *tú* vendrías. Ellos no vendrán.

—¿Quiénes?

—Se veían como ella: cabello y ojos negros, armas que nunca había visto, montando en esos animales como el viento. Hablaban nuestro idioma con dificultad. Vinieron a mi campamento unos días antes de que ustedes llegaran. Me dijeron que si la encontraba y se las entregaba, yo estaría a salvo.

Unos días antes. Buscando a Matisa. ¿Qué historia es esta?

—No entiendo —le digo—. ¿Por qué nos dejaste así? ¿En la finca en llamas?

—Hice lo único que tenía sentido —y se vuelve a mirarme—. Ella era mi garantía de seguridad.

Así que por eso se la llevó. El impacto y el enojo me llenan.

—¡Nosotros los ayudamos!

—¿Nos ayudaron? —Charlie ríe quedo. Es un sonido desagradable—. Planeaban hacernos a un lado tan pronto como pudieran. Nos habrían sacrificado por salvar sus pellejos en un parpadeo.

—Eso no es cierto.

—¿No? Tú viste cómo dudaron cuando tu *amigo* quedó con la pierna atrapada. ¿Te imaginas que hubiera sido yo? Y si no hubiera ofrecido mi arco, todavía estarían ahí discutiendo.

—Solo ofreciste tu arco para ganar nuestra confianza. Para que bajáramos la guardia.

—Intentaba hacer algo útil. Algo que recordaran favorablemente si las cosas se ponían difíciles. Pero me daba cuenta perfectamente de que nunca me aceptarían, ni siquiera después de eso —intento ahogar un sentimiento de culpa, pero se hace más grande cuando él sigue—. Solo intentaba cuidar de mi familia.

Su familia. Josiah, que murió en los disparos. Rebecca, tan cerca de tener a su bebé, prisionera en el fuerte.

No es el momento preciso, le había dicho Charlie a Rebecca. Ahora lo entiendo. No hablaban del bebé.

—Todo el tiempo planeaste raptar a Matisa —digo.

Su mirada rehúye de la mía. El gesto habla por sí solo. Mis entrañas se revuelven, y tomo conciencia de cuánto deseaba que Isi estuviera equivocado. Cuánto deseaba que mi esfuerzo por hacer lo correcto hubiera ayudado a Charlie a hacer lo propio. ¿Por qué pensé eso? ¿Por qué lo deseaba?

El hermano Stockham vuelve a mi mente, veo cómo lleva la pistola a su boca. *Me has quitado la carga*, dijo justo antes de jalar el gatillo.

Presiono mi pie malo. ¿Por qué estoy pensando de nuevo en él? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

Cuando encontramos a Charlie, me dije que le daría la oportunidad que yo nunca tuve, la oportunidad de elegir una vida sin que la vergüenza de las acciones de nuestras familias la oscurecieran.

Y ahora me doy cuenta de lo que equivocada que estaba: Charlie no lo merece.

Recargo la cabeza contra la áspera corteza del árbol. No puedo mirar su lastimero, mentiroso rostro.

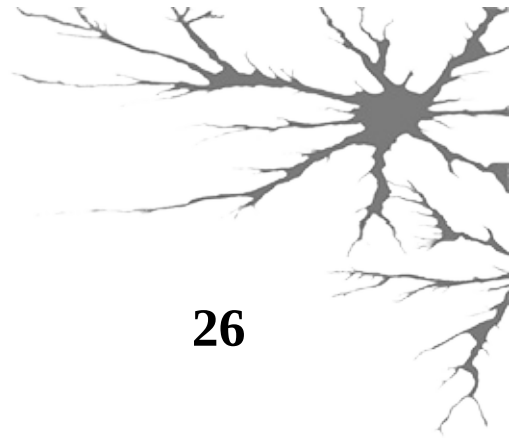
En la hoguera, Emmett está inmerso en su música. La extraña melodía inunda el aire a nuestro alrededor.

—Em, tú habrías hecho lo m...

—Deja de hablar —siseo—. O haré que nunca puedas hablar de nuevo.

Dejo de mirarlo, los latidos de mi corazón ahogan el sonido del violín.

No. El violín se ha detenido.



Mi cabeza gira bruscamente hacia el vagón. Emmett se asoma a la jaula, su violín está abandonado junto al fuego.

Kane está despertando.

Comienzo a respirar más aprisa. Echo una mirada a los niños. Por suerte, siguen dormidos.

—Vaya, buenos días —Julian aparece de la nada. Sube por la ribera como si regresara de un paseo—. Está despertando.

Mi corazón se encoge cuando Julian camina a mi lado a paso tranquilo. Kane se rueda sobre un costado y trata de incorporarse sobre sus rodillas. Sus muñecas ceden y cae de nuevo en el suelo de la jaula.

—Oh, vamos, mestizo, mira que ya amaneció —se burla Emmett con una risa. Se vuelve a mirar a Julian, quien le sonrío.

—Trae un atizador —Julian dirige un gesto hacia la hoguera—. Veamos si eso lo hace moverse.

No.

Emmett camina hacia la hoguera y toma la vara que Julian estuvo usando para avivar el fuego. La punta brilla al rojo vivo en la tenue luz del amanecer. Emmett le da a Julian la vara, aún sonriente.

No.

—¡Hey! —grito.

Los hombres se detienen bruscamente. Julian voltea a mirarme con incredulidad. Mi corazón tiembla. Intento pensar en algo...

—La chica —les digo—. Necesita agua.

Julian intercambia una mirada con Emmett.

—¿Qué? —pregunta, ladeando la cabeza, con una expresión horrible, como si le hiciera gracia mi atrevimiento pero estuviera dispuesto a matarme en cuanto acabara de reírse.

—S-s-sí —digo. Intento pensar rápido. ¿Podría ganar tiempo con la historia de Charlie? Ellos no la aceptarán en ese estado.

Los hombres se miran uno al otro.

—Bueno, mira quién recobró la memoria de repente —dice Emmett.

Él y Julian abandonan la jaula con toda su atención puesta en mí. Mi estómago se hunde cuando se acercan. ¿Por qué dije eso? No tengo idea de cuánto continuar con la mentira. No sé qué tanto les dijo Charlie.

¡Malhaya! ¿Por qué no le pregunté más cuando tuve oportunidad? ¿Por qué dejé que mi enojo, que el asco que me produjo su historia, nublara mi sentido común?

Julian está frente a mí. Me mira de arriba abajo, como un lobo que observa a una oveja enferma.

—A ver, dime. Entonces ¿cómo la aceptarán?

Trago saliva.

—Saludable —le digo.

Emmett se acerca. Me mira, inquisitivo.

—Hablas raro, ¿sabías?

Los hombres intercambian una mirada. Su expresión es extraña.

Detrás de ellos, Kane está en cuclillas. Él e Isi juntan sus cabezas y hablan quedo. Kane hace una seña hacia su zapato. Se mueve rápido, alerta. ¿Fingía estar lastimado?

—No eres la tonta que pretendías ser —dice Julian. Le quita el atizador a Emmett y se acerca—. ¿De dónde vienes?

Cuando no le respondo, adelanta el atizador y lo detiene a poca distancia de mi rostro. El calor me hace parpadear, mis ojos lloran.

—¿De dónde vienes? —pregunta de nuevo.

Mi corazón golpea fuerte en mis oídos.

—Del norte —digo.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—Eso es lo que dijo el chico, también. La cosa es que nosotros estamos muy interesados en el norte. Así que... ¿de dónde exactamente?

Trago saliva.

—¿De dónde? —Acerca el atizador a mi cuello.

—Yo...

Presiona la punta del objeto en mi esternón. El dolor ardiente se siente como mil agujones de abeja picando a la vez. Un grito quiere escapar de mi boca, pero recuerdo que los niños están ahí y hago un esfuerzo por ahogarlo.

Julian aleja el atizador. Jadeo en espera de un alivio que no llega: la sensación de ardor permanece. Como una herida abierta, se siente caliente y pulsante.

—Será mejor que me digas...

Emmett deja escapar un grito desgarrador. Julian se vuelve. Los ojos de Emmett están muy abiertos, llenos de incredulidad. Sus manos aprietan su muslo, donde hay una mancha de sangre en la tela desgarrada de su pantalón. Emmett señala al suelo. El cuchillo de Kane yace en la tierra.

Ambos hombres se giran para mirar hacia la jaula, a Kane, quien está acucillado contra los barrotes con su rostro desfigurado por la desesperación. Entonces entiendo

lo que pasó.

Kane falló el golpe.

—¡Vas a pagar por esto, muchacho! —Aúlla Emmett, sin soltar su pierna, sus fosas nasales aletean y su rostro está lívido.

Julian tira el atizador al suelo.

—Sácalo de ahí —gruñe con voz amenazante. Mortífera. Saca la llave de su cinturón.

Un viento caliente sopla en mi cabeza, mientras ellos avanzan hacia la jaula. Kane se aleja de los barrotes. Sus ojos están muy abiertos, llenos de temor. Isi se encuentra encogido al fondo de la jaula, lo más cerca que puede de Matisa. Su rostro evita la mirada de los hombres.

Julian mete la llave en la cerradura mientras Emmett se dirige hacia los rifles junto a la hoguera. Las manos de Julian tiemblan de furia mientras forcejean con el candado.

Siento el corazón en la garganta. El sol asoma por la ribera del río, sobre mi hombro y me ciega por un instante. Parpadeo, intentando ubicar a Kane en ese resplandor dorado. Cierro un ojo, encuentro la jaula con la mirada de nuevo, busco a Kane y a Isi...

Pero todo está borroso.

Apenas distingo cómo ellos brincan hacia adelante, se lanzan hacia la puerta y golpean a Julian al salir. Este cae mientras ellos escapan de la jaula. Isi tropieza cuando cae al suelo, incapaz de mantener el equilibrio con las muñecas amarradas. Deja escapar un grito, y en algún lugar del fondo de mi mente puedo ver cómo desaparecen las puntadas que le di.

Emmett se acerca con su rifle mientras Kane salta sobre Julian con los puños por delante. Julian yace sobre su espalda, pero es grande, fuerte. Se mueve con furia bajo el peso de Kane y logra colocarse encima de él y sujetarlo del cuello. Así agarrados, ruedan por el suelo. Julian lanza todo su peso contra él como un oso. Kane, por su parte, pelea como un gato montés.

Isi le lanza un torpe puñetazo a Emmett pero pierde el equilibrio y Emmett retrocede. El movimiento debe haber desgarrado la herida de Isi porque veo cómo grita y se desploma a un costado.

Julian está encima de Kane ahora y lo prensa con su peso mientras Kane lucha, manotea e intenta evitar que su adversario le inmovilice las manos.

Emmett da un paso adelante y golpea la sien de Isi con la cacha del rifle al mismo tiempo que Julian da un puñetazo y la cabeza de Kane cae a tierra.

Se produce un silencio mortífero que llena mi cabeza: es callado y ensordecedor a la vez. Trago aire. Intento evitar que mis pensamientos se desmoronen.

Kane se mueve y me ancla aquí. Todavía aquí.

Julian se levanta. Respira pesadamente.

—Maldita sea —escupe. Una mancha roja aterriza en el polvo. Mira la pistola de

Emmett—. Enséñale —ladra, mientras pateas el cuerpo de Kane.

Emmett pasa por encima de Isi y lleva su pistola a la cabeza de Kane. Jala el gatillo.

Todo se detiene. El rugido llena de nuevo mi cabeza. No puedo hablar. No puedo pensar...

—¡No deberías! —Es la voz de Charlie, un eco entre el rugido de mi cabeza—. Ellos lo querrán también a él —siento como si hablara de muy lejos—. Verás que sí —la voz de Charlie se vuelve clara—. Los querrán a todos ellos.

Mis ojos enfocan de nuevo. Emmett mira a Julian, sin dejar de apuntar a la cabeza de Kane.

Los ojos de Julian se empequeñecen.

—¿Por qué?

—Son de ellos. Esta chica también —dice Charlie—. Por eso hablan raro. Han vivido con ellos.

Ellos. *Ellos*. Mi mente va despacio. ¿Se refiere a la gente de Matisa?

Julian ladea la cabeza como si lo estuviera considerando. Escupe sangre de nuevo.

—Bien —dice.

Un suave llanto de alivio se me escapa. Mis rodillas están tan débiles que me cuesta trabajo mantenerme derecha.

—Pero tenemos que asegurarnos de que no vuelva a intentarlo.

Miro, congelada, cómo Julian jala a Kane de los brazos y lo rueda para que quede boca abajo. El cuerpo de Kane cae sin fuerza. Julian pone una rodilla en medio de su espalda.

—Emmett, trae la cuerda.

Emmett le entrega una tira de piel que extrae de la parte trasera del coche.

—¿Te fijaste si es diestro o zurdo?

Emmett se mira el muslo.

—Diría que zurdo.

Julian toma la mano izquierda de Kane y le amarra la cuerda a la muñeca. Luego va hacia el coche y estira el brazo de Kane. Ata el otro extremo de la cuerda a la rueda.

¿Qué están...?

—Vigila a ese rojo —le dice Julian a Emmett, y hace un gesto hacia Isi, quien sigue tirado, inconsciente.

Emmett se dirige hacia allá y apunta el rifle sobre la espalda de Isi. Julian busca algo en el interior del vagón. Cuando lo encuentra, sale con el objeto en alto. Parece un garrote, pero tiene una hoja de metal: es una especie de cuchillo largo.

Se me cierra la garganta, el corazón me golpea como si quisiera salir de mi pecho. El miedo obnubila mi mente como un soplo fuerte de viento.

Mientras Julian se arrodilla sobre la espalda de Kane, este comienza a despertarse

e intenta levantar la cabeza. Puedo ver sus grandes ojos. Esta vez no finge.

Está aterrorizado.

—Supongo que tendrás que aprender a usar la derecha —dice Julian, sopesando el cuchillo en su mano.

Kane lucha ahora, jalando frenéticamente el brazo. El peso del hombre lo tiene sujeto al suelo, no puede moverse.

Mi lengua despierta.

—¡No! —grito, pero mi garganta sigue cerrada y mi voz sale ahogada. Junto toda mi fuerza y grito de nuevo—: ¡No lo hagas!

Al tratar de quitarme las ataduras, me quemo las muñecas con la cuerda y me desgarró la piel.

Los niños despiertan por la conmoción, puedo verlos con el rabillo del ojo. Van a presenciar todo, pienso, y la ira se enciende dentro de mis entrañas, inunda mi garganta, quema mi cerebro.

—¡No! —grito una vez más.

Julian se detiene y me mira. Frunce el ceño.

—Cállate —me dice—. O también te quedarás sin dedos —y mira a Emmett—. Podría interesarle a los que les gustan los fenómenos: pierna deforme, mano sin dedos...

Emmett se ríe sin quitar los ojos o el rifle de la espalda de Isi.

Kane deja de luchar y me mira. Sacude la cabeza. *Detente*. Cierra los ojos. Respira profundo.

—¡Voy a matarte! —grito.

Julian sonrío, me da la espalda y pone la punta del cuchillo en los nudillos de Kane.

—Solo le quitaré dos —dice.

—¡Voy a matarte! —grito con más fuerza.

—No te muevas.

Julian levanta el largo cuchillo por encima de su hombro. Se mueve hacia adelante, toma impulso, comienza a bajar el cuchillo...

Un crujido.

El sonido más fuerte atraviesa el espacio, escucho su eco dentro de mi cabeza.

El cuchillo cae de la mano de Julian. Él se da la vuelta, tratando de agarrar algo de su hombro, con los ojos desorbitados y llenos de furia.

La sangre comienza a brotar con fuerza desde su axila, se extiende hacia el hombro de su camisa. Se tambalea con la boca abierta por la confusión.

Emmett se agazapa. Levanta el rifle a su ojo y hace un círculo desesperado en busca de un blanco.

Otro tiro corta el aire. Viene de nuestras espaldas, entre los árboles. Emmett aúlla y suelta el arma como si fuera de fuego. Se detiene la muñeca con la otra mano.

Es un tirador. Solo puede ser uno. Un tirador con puntería perfecta.

Y quienquiera que sea, se aproxima a nosotros. No puedo ver desde donde estoy atada, pero me doy cuenta por la expresión en los rostros de los hombres. Los ojos vidriosos de Julian miran fijamente detrás de nosotros. Emmett permanece congelado en su sitio.

Julian levanta las manos, rindiéndose. La sangre brota de él como un manantial de pesadilla, aumenta con cada movimiento que hace, mancha su camisa desde el hombro hasta el puño, mancha la mano con la que se aprieta el hombro.

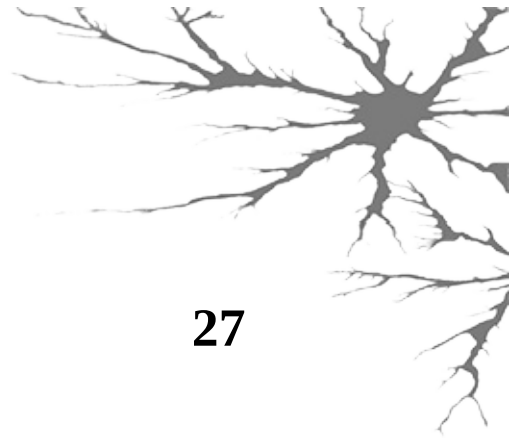
Una silueta aparece a mi lado. Puedo ver el barril del rifle primero. Escucho el chasquido del gatillo.

Tuerzo el cuello para ver y mi corazón se detiene.

Está en pie, ahí, con el arma al nivel de su mirada y las manos firmes. Su cabello rubio como el trigo brilla al sol de la mañana.

No puede ser. No hay forma de que...

—Déjenlos ir —dice Tom.



Estoy soñando. Es una alucinación provocada por mi mente confundida por el miedo.

No: esta aquí, de pie, quieto, su rubia cabeza inclinada sobre el rifle. Su nombre escapa de mi garganta junto con un sollozo de alivio. El rostro de Tom está tranquilo, pero su mirada es cuidadosa, su cuerpo está tenso, expectante. Todavía nos encontramos en peligro. Julian está herido pero de pie. Emmett está listo, su arma a los pies, su cuchillo en el cinturón. Mira a Julian en espera de una orden.

Silencio.

El aire está en tensa calma. La sangre golpea en mis oídos.

Julian abre la boca.

—Amigos —repite, incrédulo—. Tantos amigos aquí fuera.

Flaquea sobre sus pies, da un paso vacilante a un lado y cae con fuerza, boca abajo, sin meter las manos. Yace en el suelo como un pajarillo herido, con un brazo extendido y el otro bajo su cuerpo. Un charco de sangre tiñe la espalda de su camisa de rojo oscuro.

Tom da un paso adelante y apunta a Emmett con su rifle.

—Tranquilo —Emmett extiende despacio sus manos—. No quiero problemas.

—Pues ya los tienes —la voz de Tom es ronca—. Aléjate de tu arma.

Emmett obedece y da un paso ridículamente largo a un lado, con las manos sobre su cabeza.

—¿Qué quieres, hijo? —Pasa la lengua sobre sus labios—. Quizá podamos hacer un trato.

Tom ignora el comentario.

—Te concedo una ventaja. Da la vuelta ahora y empieza a caminar —le indica con el rifle.

Los ojos de Emmett se abren aún más.

—Pero... no hay nada hacia allá en kilómetros —trata de sonreír y señala su pierna—. Estoy herido. Y necesito comida, agua. Mi mochila...

—Todas esas cosas son nuestras ahora —lo interrumpe Tom—. Por los problemas que nos causaron.

El rostro de Emmett se oscurece.

—Mira, muchacho. Si piensas que puedes...

Como un rayo, Tom apunta hacia el fuego y dispara. El cuello del violín se despedaza.

El rifle está de nuevo apuntando al rostro aterrorizado de Emmett. Tom carga otra bala sin quitar los ojos del hombre.

—Empieza a caminar —dice Tom con calma—. Si vuelvo a verte, te mataré.

Emmett se da la vuelta tan rápido como puede y echa a correr.

Tom lo ve alejarse desde la mirilla de su rifle. Yo parpadeo. Intento entender lo que está pasando. La silueta de Emmett se hace cada vez más pequeña mientras corre colina abajo. Cuando desaparece, los hombros de Tom se relajan. Entonces suelta el arma y vuelve su rostro hacia nosotros.

—¡Tom! —grito con un nudo en la garganta.

Y ahora escuchamos otro sonido, que proviene de entre los árboles a nuestras espaldas.

—¡Pecas! —grita Daniel.

Tom me alcanza en tres zancadas. Cuando me toca, rompo en llanto.

—Hola —dice, y quita el cabello de mi rostro con suavidad.

—¿Cómo...? —empiezo, pero mi pregunta se ahoga entre mis lágrimas.

—Vine a ver el cruce del que nos habló Henderson. La salud de mi papá mejoró y yo... necesitaba venir. Cuando encontré la finca incendiada y los montículos con el arco que le regalé a Nico, supe que algo andaba mal —toma el cuchillo de su cinturón y comienza a cortar mis ataduras—. Encontré a Pecas ayer y supe que estaba tras ustedes.

Mientras la atadura cede ante la hoja del cuchillo, las lágrimas bajan en ríos por mi rostro manchado de tierra. Cuando estoy libre, me doy cuenta de que no puedo levantar los brazos. Doy un paso para alejarme del árbol, pierdo el equilibrio y tropiezo.

—Con calma —Tom me levanta. Me aferro a él, recargo mi cabeza en su hombro, intento respirar hondo para aplacar las lágrimas.

—Gracias al Altísimo que estás aquí —digo. Miro por encima de su hombro a Kane, todavía boca abajo en el suelo, respira entrecortadamente.

Comienzo a llorar de nuevo y, en mi boca, la sangre de mi herida se mezcla con lágrimas.

—Libera a Kane —le digo—. Libera a todos menos a Charlie.

El rostro de Matisa está bronceado, sus ojos, vidriosos. No puede ponerse de pie. No puede hablar. Me inclino sobre ella y pongo mi mano en su frente. Como sospechaba, está hirviendo. Sus muñecas están en carne viva donde tenía las ataduras. Su cabello ensortijado está cubierto de polvo. Mirándola de cerca, mi garganta se hace nudo.

—¿Em? —pregunta Isi detrás de mí—. ¿Qué tiene?

Lo miro por encima del hombro. Isi está de pie pero con trabajos su mano

presiona su costado empapado en sangre.

—Estuvo expuesta al sol demasiado tiempo, caminando detrás del malhadado coche —digo—. Pero se pondrá bien.

El rostro de Isi está gris. Tengo que arreglarle esas puntadas.

—Necesitamos mantenerla fresca y darle agua en pequeñas cantidades —hago un gesto hacia la arboleda—. Debemos regresar allá adentro.

Miro a Kane quien, como por milagro, se sentó cuando corrí hacia él. Se acerca a nosotros, despacio, pero sus ojos ya están claros. Hay una marca oscura bajo su ojo izquierdo, y todo él está cubierto de polvo, pero aun así es lo más hermoso que he visto en la vida. Los niños están a su lado, aferrados a él con sus manitas sucias. No les tocó presenciar la mayor parte del horror, por suerte, pero de todos modos no lo sueltan.

Isi levanta a Matisa para moverla a otro lado. Me asomo a la parte trasera del vagón, donde ahora están amarrados los caballos del fuerte y Pecas. Rebecca estaba montando a Pecas cuando ella y Charlie huyeron. Tom encontró a Pecas ayer, entre los árboles al oeste del río. También a su jinete: un hombre pálido, y más pálido aún por la hinchazón de la muerte, y plagado de secos hilos de sangre. No tenía heridas visibles, era un cadáver disecado. Su lengua negra colgaba de la boca flácida. La Hemorragia.

Tom salió del asentamiento sin conocer el remedio: el muerto podría haber sido él. Una ola de náuseas me inunda, y extendiendo mi mano hacia Kane.

Kane me acerca a él y sus hermanos se apiñan a nuestras piernas. Me toma de la barbilla y me levanta el rostro, maldice mientras examina la marca de la quemadura.

—Cómo odio haber fallado el golpe —murmura. Habla del momento en que lanzó el cuchillo a Emmett. Veo en sus ojos que hubiera querido enterrar bien hondo el cuchillo en el cuerpo de Julian en vez de eso.

—Era un buen plan. Los dos lograron salir de esa... —Pero no logro terminar. Vuelvo a pensar en la pelea: Julian arrodillado sobre la espalda de Kane, con el largo cuchillo en la mano... Tomo su mano izquierda y le doy un beso en la palma. Me trago mis sollozos. Si Tom no hubiera aparecido cuando lo hizo... si no hubiera tenido esa puntería...

—Todo está bien, Em —Kane me toma de la nuca con una mano y me acerca a él—. Todo está bien.

Me recargo en su hombro, dejo que mis lágrimas empapen su camisa. Él está aquí. Justo aquí. Su pecho junto a mi oreja, sus fuertes brazos alrededor de mí, su barbilla recargada en mi cabeza.

—Shhhh —murmura.

Vemos cómo recuesta Isi a Matisa bajo la sombra de los árboles.

Luego de un rato, Kane se separa de mí.

—Hay que conseguir agua para los niños, y algo de comer.

Toma a cada uno de sus hermanos con una mano y se dirige hacia los suministros.

Cuando me vuelvo para unirme a Isi y Matisa, Tom me toca el brazo.

—Va a sangrar hasta morir —dice, moviendo la cabeza hacia Julian. Todavía está tirado donde Tom lo empujó, cerca de la ribera, boca arriba.

Voy con Tom y examino a Julian. Su costado derecho es un charco de sangre oscura, tan oscura que parece negra. Sus ojos están cerrados, su respiración es superficial. Tose. Hay sangre sobre su cuello y barbilla, entra en su oreja y mancha su cabello rubio.

Miro a Kane y a los niños, que revuelven las cosas del vagón. Presiono mi pañuelo sobre la marca de la quemadura en mi cuello.

Charlie nos mira desde donde permanece atado.

—Puedo... ayudarlo a que sea más rápido —Tom me muestra su rifle.

Miro sus ojos. No me está diciendo qué hacer: solo me está ofreciendo la opción. Y no está ni siquiera un poco asustado de hacerlo. Ni de lo que ya hizo.

Pienso en Matisa siendo amarrada al coche. En el momento en que el cuchillo de Julian casi cercena la mano de Kane...

—No —presiono sobre la quemadura un poco más fuerte—. Solo ponlo boca abajo —la sangre se acumula en mi boca. La escupo a los pies de Julian—. Si los otros preguntan, díles que ya murió.

Bajo la sombra de los árboles, las pestañas negras de Matisa hacen juego con los círculos bajo sus ojos. Su rostro es tan pálido, su aliento, aún débil.

Kane acompaña a los niños, que comen algún tipo de pan seco. Tom camina en círculos alrededor del grupo. Revisa su arma una y otra vez.

—¿Estamos a salvo aquí? —le pregunto a Isi. Vacío mi bolsa en el suelo junto a Matisa y me pongo a buscar entre mis hierbas y tinturas—. ¿Crees que los hombres de León vengán a buscar a Julian?

Sacude la cabeza.

—No lo sé.

Posa la mano sobre la frente de Matisa y frunce el ceño, preocupado.

—Le daré algo que la haga recuperarse —le prometo. Coloco a un lado menta y escaramujo para hacer unas compresas refrescantes.

Tom se detiene.

—¿A qué distancia está tu hogar? —le pregunta a Isi.

—Sin contratiempos a un par de días —Isi mira a Tom con respeto—. Sería un gusto que nos acompañaras. Te has vuelto valioso en combate.

Las mejillas de Tom se sonrojan, como le pasaba al viejo Tom.

—He estado practicando —dice y retira el cabello de su frente—. Claro que practiqué sobre todo con arco y flechas, y solo apuntaba con el rifle de André, pero me dejó dispararlo un par de veces.

—¿Qué es eso? —pregunta Kane señalando el arma. Es diferente de las que teníamos en el asentamiento. La forma en que la sostuvo cuando amenazó a Emmett... nunca había visto algo así.

—La verdad es que no sé —admite Tom—. La tomé del hombre que encontré con el caballo de Matisa. Pero es más precisa que el rifle de André, y no me costó trabajo comprender su funcionamiento. Yo estaba desarmado, así que tuve mucha suerte.

Kane sacude la cabeza con incredulidad ante la forma tan casual en que Tom habla.

—¿Saliste del asentamiento sin un arma?

—Bueno, tenía un arco y flechas —dice Tom—. Pero tras la partida de André no había modo de conseguir un rifle. La gente se ha vuelto muy cauta. Habría tenido que robarlo y... —Se encoge de hombros—. Pensé que ellos lo necesitaban más.

Observo a Tom. Luce tan diferente ahora. El otoño pasado temía tanto no cumplir con sus virtudes que se negó a ayudarme a descubrir el secreto de Stockham, hasta que casi fue demasiado tarde. Fue necesario que me encerraran y casi me mataran para que se decidiera a actuar. Quizás intenta compensar aquello. Quizás ha elegido ya no sentir miedo.

—Pero tenía esto —dice y saca de su mochila un rollo de papel suave. Kane y los chicos se juntan alrededor cuando él se arrodilla junto a mí.

—¿Es un mapa? —pregunto.

Asiente.

—Es una copia del de Henderson. Lo dibujé yo mismo, así que no está completo. Lo desenrolla y lo extiende frente a nosotros.

—Aquí —señala al lado derecho— están las llanuras al lado este del río —su dedo traza un sendero al norte y al sur hasta llegar a una línea horizontal—. Este es el cruce, así que debemos estar aquí —apunta encima de ella, a un racimo de círculos. Hay una palabra escrita. Entrecierro los ojos.

—Dice bosque de algodones —me explica—. Henderson me dijo que sueltan sus semillas blancas en esta época del año.

Son los árboles cubiertos de nieve.

—¿Y esto? —señalo un grupo de cuadrados a la derecha del río.

—El puesto más cercano del Dominio.

—¿Del que nos habló Henderson?

Asiente.

—A unos diez días del cruce, a pie.

Respiro profundo. Es lejos.

Tom señala unos triángulos en el lado izquierdo del mapa.

—Las montañas.

Matisa comienza a despertar. Sus ojos parpadean y se encuentran con los míos.

—¿Isi? —pregunta.

—Está bien —respondo.

—Aquí estoy —dice él al mismo tiempo.

—Se quedó contigo —me dice, muy quedo—. Se lo pedí.

Tomo su mano.

—Lo hizo.

—Bien —y le sonrío a Isi—. Vamos a casa.

Isi le devuelve la mirada y el amor protector en sus ojos me roba el aliento. Él voltea a verme, incluyéndome en su respuesta.

—Sí.

Ella cierra los ojos.

Puedo sentir la mirada de Kane sobre mí, pero no puedo verlo. Tengo miedo de lo que encontraré. Sé que se siente perdido aquí, ahogado bajo el peso de lo acontecido.

Y si debo ser honesta conmigo, también yo estoy un poco perdida. Ataqué a Ceril en el fuerte, le prometí a Julian que lo mataría. Muy en el fondo, no lo dije a la ligera. En ese momento, pronuncié en serio cada palabra. Y entonces abandoné a Julian, en la ribera del río.

Mi mundo está cambiando. Yo estoy cambiando.

Pero no soporto la idea de que Kane no sea parte de él.

—¿Alguien sabe cómo conducir el coche? —pregunta Tom—. Sería una pena dejarlo aquí.

Isi asiente.

—Esperemos a que esté oscuro para prepararlo —dice—. Es mejor para Matisa viajar de noche. Pero podemos estar listos en cuanto ella lo esté —mira a Kane—. ¿Kane?

Él mira a los niños a su lado. Voltea a mirarme a mí. No le pediré que me acompañe, no de nuevo. Aunque la idea de partir sin él...

No podría vivir sin saber que está a salvo, sin saber si está bien. Su mejor oportunidad para estarlo es con Matisa y los suyos. Por favor, *por favor*, que se dé cuenta de eso.

—Puedo preparar los caballos —dice, y mi alivio es tan grande que debo sentarme. Respiro profundo.

—Veamos si estos hombres tenían algo útil entre sus cosas —dice Tom y se levanta.

Isi asiente.

—Em ayudará a Matisa —lo dice de un modo que muestra confianza, lo que me hace sentir orgullosa y complacida a la vez.

—Quédense con Em —le dice Kane a Nico y Daniel. Daniel lo deja para venir conmigo, pero Nico niega con la cabeza y lo toma de la mano—. Todo está bien —le dice Kane, con suavidad—. Estaré justo allá. Y Em te mantendrá a salvo.

Y sonrío de lado, con ese extraño gesto suyo. Como el Kane que recuerdo.

Sonrío. Mi corazón está tan lleno de dolor y amor que siento que va a explotar.

—¿Me ayudas a mezclar esto? —le pregunto a Nico.

Afuera, en el claro, Tom e Isi retiran la jaula del vehículo, que cae en el suelo con un golpe seco. Suerte anda cerca. Salió del bosque hace un rato, con un potrillo a su lado que le busca las tetillas. Esa yegua tuvo el buen sentido de desaparecer cuando

las cosas estaban por ponerse feas. Eso, o que Daniel tuvo muy buen ojo al darle ese nombre. Mientras el potrillo come, ella lo acaricia con el hocico.

Mientras Kane les ayuda a los otros a organizarse, Nico me asiste en mezclar las hierbas para Matisa. Canta mientras trabajamos y, cuando entiendo las palabras, una risa feliz resuena en mi pecho.

La canción del conejito tiene buena melodía, después de todo.

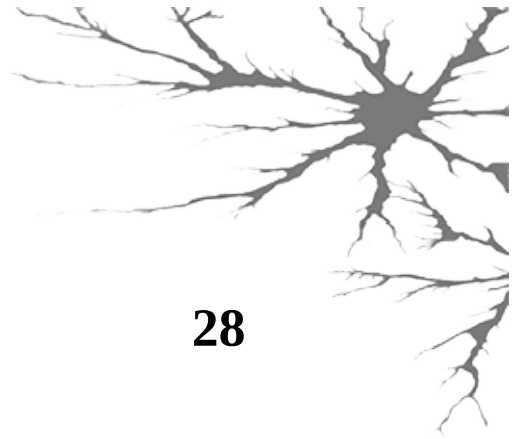
Nico y Daniel se sientan y me miran verter agua en la boca de Matisa. Le lavo el rostro y el cuello, y humedezco sus brazos, con especial cuidado en sus muñecas. Su pecho sube y baja. Le lavo de nuevo los brazos. Y comienzo todo de nuevo.

Cuando oscurece, los árboles a mi alrededor se convierten en altos picos. El aire es frío y huele a algo que me es nuevo: tierra húmeda y hojas verdes. Altas paredes de roca se elevan hacia las estrellas y yo me siento en casa...

—Em —es Tom, con su mano sobre mi hombro. Me sobresalto y miro alrededor. La arboleda está tranquila y en silencio. Kane cubre a los niños, adormilados, con nuestras capas.

Miro la mano llena de cicatrices de Tom, todavía en mi hombro, y me lleno de alegría. No estaba segura de que volvería a ver esas manos.

Miro a Matisa. Se está incorporando.



Bajo el brillo de la hoguera, Kane le ofrece una cantimplora y carne seca. Tom y yo nos sentamos juntos mientras ella bebe pequeños sorbos y mordisquea la carne.

Isi revolotea alrededor de ella como si fuera un gorrión gigante alrededor de su nido. Matisa escucha, en silencio, mientras le platicamos todo lo que pasó cuando el grupo se separó. Sus ojos se oscurecen cuando le cuento de los hombres de los primeros pueblos en el fuerte, y se oscurecen aún más cuando le describo la batalla que nos ayudó a escapar, pero no pronuncia palabra. Cuando llego a la parte en que Isi nos condujo aquí, su rostro cambia. Sacude la cabeza y le sonrío.

—Estoy... sorprendida. Y al mismo tiempo, no.

Los ojos de Isi se suavizan, un poco inseguros, de ese modo amable que solo aparece cuando la mira. Matisa inclina la cabeza y lo observa de una nueva manera, como si lo mirara por primera vez.

—Era lo correcto —murmura él.

—No te preocupes —digo—. Es el mismo quisquilloso de siempre.

Él me lanza una mirada severa y a la vez juguetona.

—Em fue de mucha más ayuda de lo que hubiera imaginado —dice él—. Pero es lenta como una lombriz de tierra —añade, y yo frunzo el ceño.

—No tanto —dice Matisa—. Todavía tenemos tiempo de alcanzar a los cazadores antes de que partan.

Los cazadores. Lo había olvidado. Cuento las noches que han pasado y descubro que tiene razón. Se siente como si hubiera transcurrido una eternidad, a pesar de que solo hace seis días que nos separamos de Nishwa. Cuando mi mirada se encuentra con la de Matisa, me doy cuenta de lo que le preocupa y que no dice: que Nishwa se haya topado con los hombres de León. Le preocupa que no haya logrado llegar a su hogar a alertar a los cazadores.

Matisa desvía la mirada y cambia de tema.

—Nos rescataste —le dice a Tom—. ¿Cómo?

Tom agradece el cumplido con un movimiento de cabeza.

—Dejé el asentamiento tres días después que ustedes, con la intención de ir al cruce. Tenía el mapa, así que pude cortar camino por tierra en vez de seguir el río.

Altísimo, ¡cuántas curvas tiene! Me habría tomado días.

Sacudo la cabeza. Estaba tan molesta con Henderson, por aparecerse del modo en que lo hizo, y resulta que su mapa es lo que permitió que Tom nos encontrara a tiempo.

Pero vuelvo a pensar en lo que dijo Tom, acerca de cómo encontró el caballo de Matisa y el cadáver. Eso habría sido suficiente para mandar al viejo Tom de vuelta al asentamiento. Pero él continuó, sabiendo de alguna manera que estaba sobre nuestros pasos. Lo miro. Sus ojos del color del cielo de la pradera son claros y decididos. Este Tom no parece asustado o resentido, sino lleno de propósito. Como si la decisión de salir le hubiera permitido levantar su cabeza de un modo que nunca habría conseguido en el asentamiento.

—Matisa —la voz de Kane me trae de vuelta al presente—. ¿Por qué te busca tu gente?

Matisa lleva sus rodillas a su pecho y respira profundo.

—No me buscan —dice—. Cuando Charlie me raptó, dijo que mi gente le había prometido protección si los conducía a mí —sacude la cabeza—. Algo me dio mala espina en su historia. Y cuando me dijo que ellos portaban una insignia de un halcón rojo, entendí de qué se trataba.

Mi pulso se acelera. Los *sohkâtisiwak*.

Kane arruga la frente, confundido.

—Es un grupo de desertores de la gente de Matisa —le explico—. Son peligrosos —me inclino hacia ella—. ¿Y qué hiciste?

—Sabía que, aunque lo convenciera de que en realidad eran enemigos de mi gente, no le importaría —dice—. Así que le seguí la corriente. Le dije que sabía dónde estaban.

—¿Por qué aquí? —pregunto.

—Soñé que estarías aquí —dice Matisa. Mira a los niños y sus ojos se llenan de lágrimas. Me pregunto si sabía que sería así de malo, si habrá soñado este reencuentro al igual que soñó que nos separaríamos.

—Entonces —traga saliva— fuimos capturados por cuatro hombres la primera noche. Iban a llevarnos al fuerte del que ustedes hablaron. Pero Charlie logró que el hombre alto, Julian, lo escuchara. Le dijo que yo era especial, que me podría cambiar por algo valioso si me entregaba. Charlie no sabía qué era pero...

—Julian sí —termino su frase.

Asiente.

—Lo escuché decir algo acerca de la *salvación de la Hemorragia*.

Ignoro las expresiones confusas de Tom y Kane, y la urjo a continuar.

—¿Y qué pasó?

—Julian fingió llegar a un acuerdo: la libertad de Charlie a cambio de información. Y una vez que les dijo que era de estas tierras, lo amarraron.

—¿Y Rebecca?

—Julian discutió con los otros hombres acerca de venir aquí o no. Hubo muchos gritos acerca de lealtad a León, ese hombre que mencionaste. Sacaron sus pistolas y nos dividieron. Los otros se llevaron a Rebecca. Julian y Emmett nos tomaron a nosotros —mira hacia el bosque—. No sé cuánto tiempo estaremos a salvo aquí. Los desertores, los *sohkâtisiwak*, me están buscando.

—¿Por qué? —pregunta Tom—. ¿Qué iba a conseguir Julian a cambio de ti?

Isi se mueve, incómodo, detrás de Matisa, pero no dice nada.

Mi mirada y la de Matisa se encuentran.

Hay un instante de indecisión en sus ojos. Se endurecen. Inhala profundamente.

—La enfermedad de la que habló Henderson en el asentamiento, la que hizo que estas tierras fueran tan peligrosas por tanto tiempo, sigue existiendo aquí afuera.

—¿Aquí afuera? —pregunta Kane con el ceño fruncido.

—Está en los ríos pequeños y arroyos. Pero no en todos. Es imposible saber qué aguas la tienen hasta que es demasiado tarde.

—¿Entonces uno no se entera hasta que se enferma? —pregunta Tom.

Ella asiente.

—Eso es lo que la hace una enfermedad tan peligrosa. Es por ella por lo que muchos de los nuestros murieron cuando llegaron por primera vez. No sabían qué era, o de dónde surgía.

Se cierne un silencio en lo que Tom y Kane sopesan las palabras de Matisa. Tom señala la cantimplora en las manos de Matisa y enarca las cejas.

—Estoy a salvo de la enfermedad. Todos lo estamos.

—¿Cómo? —pregunta Kane.

Me atrevo a echarle una mirada. Tiene los brazos cruzados, los ojos fijos en el rostro de Matisa.

—Soy integrante de un pequeño círculo de sanadores que conoce un remedio. Juré mantenerlo en secreto, ya que ha sido nuestra mayor protección —traga saliva—. Julian y sus hombres quieren el remedio para expandir su territorio sin preocupaciones. Querían intercambiarlo por esa información.

Kane estira los brazos. Respira profundo y se rasca la cabeza.

—La gente a la que Julian iba a entregarte, los desertores —dice Tom—, ¿también te buscan por eso?

—Sí. Quizá robaron dosis del remedio de nuestras bodegas para pactar una alianza con los recién llegados, pero no saben cómo prepararlo. Con la ayuda de las armas de León, podrían forzarnos a revelar el método. Si pudieran poner las manos sobre uno de los sanadores, como yo, podrían forzarlo, *forzarme*, a decirles. Julian ignoraba que estaba planeando intercambiar a la persona que sabía cómo crear el remedio. Afortunadamente, Charlie también.

—Matisa nos ha mantenido protegidos todo el viaje —digo.

Kane se vuelve bruscamente a mirarme.

—¿Tú sabías?

Asiento, evitando su mirada. Elijo las palabras con cuidado.

—Sabía que estamos a salvo con Matisa.

—¿Y el asentamiento? —pregunta Tom—. ¿Cómo hicimos tanto...?

—El asentamiento tiene el remedio —le digo—. Siempre lo hemos usado y por eso hemos estado a salvo de la Hemorragia. Matisa me lo aseguró antes de que saliéramos.

—¿Lo sabías antes de partir? —pregunta Kane, y la incredulidad en su voz me obliga a encontrar su mirada. Dolor. Confusión. Sorpresa. Todo eso forma un enjambre en sus ojos que amenaza con ahogarme.

—Em no tenía más opción que guardar silencio —dice Matisa—. Sabía que rompí un juramento cuando le conté, y no quería que lo hiciera de nuevo.

Pero es como si Kane no la hubiera escuchado.

—No confiaste en mí —afirma con un tono herido en su voz...

Intento abrir la boca para decirle que está entendiendo mal, pero mi garganta se cierra cuando miro su rostro compungido.

Sacude la cabeza y desvía la mirada. La dirige a sus hermanos dormidos.

Altísimo. ¿Qué he hecho?

—Si este grupo te busca —dice Tom—, deberíamos irnos ya.

—Tú y los niños pueden ir en el coche —le dice Isi a Matisa. Se acerca a ayudarla a ponerse en pie. Sigo congelada en mi sitio, mirando a Kane.

Está de lado, con la mandíbula rígida. La luz de la luna traza una línea brillante sobre su rostro.

Tom e Isi ayudan a Matisa y la llevan hacia los caballos.

Consigo moverme y doy un paso hacia Kane.

—Yo... —Mi voz se niega a salir de mi garganta. Señalo a los niños—. Te ayudo a llevarlos.

No se mueve.

Me disculparé. Le explicaré. Le diré por qué no tenía alternativa.

Pero se da la vuelta y fija sus ojos en mí, y mi corazón casi se sale de mi pecho. Su expresión me dice que no hay nada que pueda enmendar esto. No ahora, al menos. Quizá nunca.

La sangre se agolpa en mis oídos. Me obligo a hablar.

—Vienes, ¿verdad?

Muy despacio, asiente.

—La gente de Matisa posee el remedio —dice. No hay ira en su voz. Pero tampoco amor—. Sería tonto no seguirla.

Kane rechaza mi oferta de ayuda y lleva a sus hermanos, uno por uno, todavía dormidos, al vehículo. Los acomoda en la parte trasera, junto con los suministros, al lado de Matisa, mientras Isi revisa los arneses.

Me abrazo mientras empacan. La respuesta de Kane resuena en mi cabeza. Viene con nosotros. Es lo que yo quería.

Pero no así.

Se suponía que él elegiría nuestra nueva vida afuera, que iríamos a lo desconocido juntos. Pero ahora no es una elección: lo hace porque es su mejor alternativa.

Aprieto los dientes, frustrada, sintiendo la necesidad de golpear algo, a alguien.

Mis ojos encuentran a Charlie. Su delgada y triste figura cuelga del árbol, desde donde nos ha estado mirando. El parpadeo de mi enojo se convierte en una flama.

La luna está en lo alto sobre la ribera lejana, pero hoy su luz no me alivia. Hoy quisiera oscuridad.

—¿Em? —Es Tom. Señala a Charlie con la cabeza.

—Yo me encargo —le digo.

Me enderezo, siento que la luz de la luna golpea con fuerza mi rostro, y cojeo hacia él. Me detengo a un par de pasos.

Los ojos de Charlie se abren cuando se da cuenta de que no voy a acercarme más.

—No puedes dejarme aquí, Em —susurra y se sacude con esa tos húmeda—. Por favor. Dame una oportunidad.

—Tuviste una oportunidad —le digo—. Hace días, cuando dijiste que querías dejar el pasado atrás.

—Lo dije en serio —pasa la lengua por sus labios.

—Todo el tiempo estuviste planeando raptar a Matisa.

—Pero no era nada contra ti. No te culpé por lo que le pasó a mi familia, que fue expulsada de esa manera. Nunca lo hice —entonces señala con la cabeza hacia el grupo detrás de mí—. Ni siquiera culpé a Kane por la muerte de mi padre. Hablé por él, le salvé la vida.

Sus ojos azules están muy abiertos, suplican.

Siento un calambre en medio de mi ira. Esa última parte es cierta. Si no hubiera intervenido cuando lo hizo...

Pero pienso en Matisa, convertida en un montón de harapos. Quizá fueron las acciones de Julian, pero fue Charlie quien la puso en esa situación. La raptó en la primera oportunidad que tuvo y estuvo cerca de arrancarle la cabeza a Isi cuando huyó.

—Si te hubieras quedado con nosotros desde el principio, nada de esto habría pasado —mi voz se endurece—. Casi nos matas a todos.

Ladra una risa y sacude la cabeza.

—Están muertos aquí afuera de todos modos —dice—. Y no solo porque Julian y los de su grupo están por todos lados.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—¿De qué hablas?

Charlie me mira con un asomo de petulancia.

—Hay una enfermedad aquí afuera. *Hemorragia*, la llamó Julian.

Así que sabe.

—Es solo suerte que ustedes no sean cadáveres todavía —tose y me mira—. Y eso no es mi culpa, es tuya.

—¿Qué?

—Tú trajiste a esa chica al asentamiento pensando que iba a ser nuestra salvación —dice—. Y entonces el mundo se convirtió en un infierno. ¿Para qué?

—Nunca lo entenderías —respondo.

—Estoy dispuesto a apostar que tú tampoco.

—¡No sabes nada! —le espeto—. ¡Eres como todos en el asentamiento, protegidos sin siquiera saberlo y temerosos de las cosas equivocadas!

Mi enojo sigue creciendo, brillante y caliente.

—Si hubieras recelado un poco más de Matisa...

—¡Ella te mantuvo con vida aquí! —grito, y el desprecio en mi voz podría partir la corteza del árbol—. Tú eres el que tiene suerte de no ser un cadáver, ¡nosotros nunca estuvimos en peligro!

He dicho demasiado. Cierro la boca de inmediato.

Sus ojos pierden el brillo de la mezquindad.

—¿De qué hablas? —pregunta.

Desvió la mirada, mi ira corre, hirviente, por debajo de mi piel.

Se crea un silencio.

—Hablas de ese lugar, ¿verdad? —Tose.

—¿Qué lugar?

—Julian dijo que la gente de Matisa conoce un lugar especial que cura la Hemorragia —dice—. Me dijo que eso es lo que me estaban ofreciendo a cambio de ella: su localización.

Frunzo el ceño. ¿Un lugar especial que cura la Hemorragia?

—Cuando Julian nos atrapó, se dirigía al norte para encontrarlo.

Al norte. Mis pensamientos vuelan hacia Elizabeth y Ulysses Sharapay, amenazados por León para hacerle un mapa del norte. ¿Por eso quería León el mapa? ¿Por qué cree que hay un lugar que cura la Hemorragia? Siento ganas de reír. Esto significa que León y sus hombres no entienden cómo funciona el remedio, ni la enfermedad, en absoluto. Pero me enerva la idea de que los hombres de León encuentren mi asentamiento. Recuerdo lo sorprendido que estaba Henderson al encontrarlo; los hombres de León podrían pensar que ese es el lugar especial. Y aunque en el asentamiento hay bastante gente, las armas de León son poderosas.

—¿Cuántos acompañaban a Julian? —le pregunto.

—¿Por qué?

—¿Cuántos? —insisto.

—Solo Emmett y él —dice Charlie con la frente arrugada—. Decía que quería ser el primero en encontrarlo —niega con la cabeza—. Me hizo jurar que guardaría el secreto y me aseguró que me compartiría la información, pero ahora sé que solo me estaba usando para llegar. No planeaba mantenerme con vida.

Mis pensamientos regresan a Julian con el atizador. Me pregunto de dónde venía. Estamos muy interesados en el norte.

La preocupación en mi pecho disminuye. Julian yace en un charco de sangre a la orilla del río. Y Emmett está camino a tierras en las que le costará trabajo sobrevivir. Levanto la barbilla.

—Julian lo ignora todo —digo—. Y tú traicionaste a la gente que podía ayudarte.

—Vamos, Em —gimotea—. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Podrías haber hecho lo correcto.

Se endereza y me mira a los ojos.

—¿Y qué es lo correcto aquí afuera? Quizá *lo correcto* era evidente en el asentamiento, pero aquí afuera es diferente. Lo sabes bien. Dejar a Julian ahí, ahogándose en su propia sangre, lo demuestra.

Siento náuseas. La luna se siente demasiado cálida en mi nuca.

—No te juzgo por eso —dice Charlie, suavemente—. Tú y yo sabemos que se lo merecía.

Trago saliva. Acuchillé a un hombre en el fuerte. Me quedé mirando a Julian, lo escuché ahogarse en su propia sangre. ¿Eso es lo que soy ahora?

—Ya no tengo nada, no tengo a nadie. ¿No es condena suficiente? —Sus ojos suplican.

Algo se retuerce en mi corazón. Me apoyo en mi pie malo, me concentro en el dolor por un momento.

Que haya defendido a Kane no cambia sus acciones.

No cambia lo que es.

¿O sí?

Aprieto los dientes. Me presiono la frente con los dedos.

Nada es como se suponía. ¿Es culpa de Charlie? Le mostré piedad antes, y veo cómo terminó eso. Si Tom no nos hubiera encontrado...

Tomo mi cuchillo del cinturón, lo sopeso, lo paso de una mano a la otra. Una imagen aparece en mi mente: los ojos del hermano Stockham antes de jalar el gatillo. Lo que había en sus ojos. Alivio. *Alivio*.

Miro en los ojos de Charlie ahora, tan llenos de desesperación, y entonces lo sé.

Sé por qué le di una oportunidad a Charlie. No fue por dejarlo limpiar su mácula como yo hice. Se trataba del hermano Stockham jalando ese gatillo. Lo que pasó después.

Muy en el fondo, me he estado preguntando si, de alguna manera, yo habría podido hacer que el hermano Stockham lograra comprender, si habría podido enseñarle que podía ignorar las enseñanzas de su padre, y quizás esas cicatrices en su espalda no habrían llegado al interior de su mente. Y entonces mi papá no habría muerto al tratar de protegerme.

Le di una oportunidad a Charlie porque pensé que podía expiar mis pecados de no darle al hermano Stockham esa oportunidad. Pensé que eso podría pagar por la

muerte de mi papá. Pero...

Este es un nuevo mundo. Trae consigo cosas que no podemos evitar. Las palabras de Isi flotan sobre mí, llenan mi corazón de arroyo.

Charlie tomó su decisión. No hay nada que yo pueda hacer para cambiar eso.

Lo único que puedo hacer es tomar mi propia decisión. Aquí y ahora.

—No puedo darte otra oportunidad —le digo—. No le puedo hacer eso a mi gente. No de nuevo.

Aferro el mango del cuchillo con la mano derecha y me armo de valor. Lo levanto despacio.

Charlie baja la cabeza, como si eso pudiera protegerlo.

Respiro profundamente.

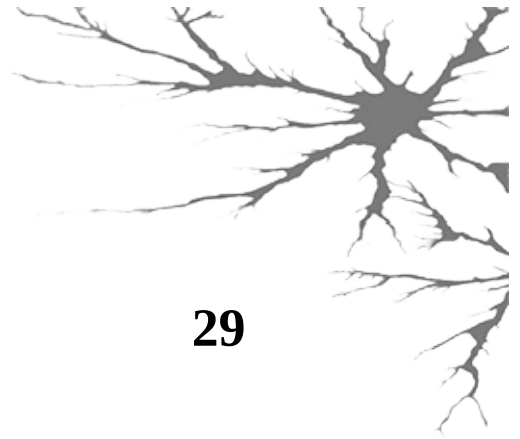
Y lanzo el cuchillo hacia adelante.

Corta la corteza del árbol y se clava en la madera. Cuando lo suelto, un poco de la hoja y el mango sobresalen del tronco, un poco arriba de las ataduras de Charlie. Lo suficientemente cerca para que lo alcance o justo fuera de su alcance, no estoy segura.

—Pero quizás el Altísimo sí.

Doy media vuelta y camino hacia los caballos.

Y no miro atrás.



Rodeamos el bosque y cabalgamos hasta las colinas. La luna ilumina nuestro camino y las estrellas brillan sobre nosotros.

Vamos a paso veloz. Encontramos equipo valioso en el coche de Julian: un rifle como el de Tom, municiones, tres cuchillos, incluyendo el de hoja larga, comida, y también suministros para los caballos: verdaderas bridas y cobertores.

Isi guía el vehículo con Matisa y los dos niños en la parte trasera. Los chicos duermen.

Tom y yo vamos avanzamos sobre Pecas, detrás del coche. Kane avanza a nuestro lado sobre Azul, pero no parece interesado en hablar. O en mirarme.

Charlie aparece en mi mente. Hablé de más por el enojo, pero parte de ello era contra mí misma. Por lo menos me di cuenta antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que hiciera algo que no pudiera remediar después.

Como mantener el secreto de Matisa sin decírselo a Kane.

¡Malhaya! ¿Cómo puedo arreglar eso?

Volteo a verlo, pero sus ojos están fijos en otra dirección, parece estar considerando algo. Quizá solo finge estar ocupado para no tener que mirarme.

Cabalgamos una hora o más en silencio. Cuando Isi se detiene ante una colina inclinada para darle un descanso a los caballos, me vuelvo a mirar el río, un listón de plata centelleante a la luz de la luna. El bosque de *mâyimitos* es, desde aquí, un pequeño parche negro al este. En el sur hay sombras.

Matisa se levanta y se incorpora en la parte trasera del vehículo, rechazando la mano que Isi le ofrece para detenerla.

—Estoy bien —dice, y se asoma a ver la tierra oscurecida—. Lo más rápido sería ir por el oeste, pero necesitamos dirigirnos al norte desde aquí —dice.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Las tierras secas terminan en la siguiente elevación —contesta—. Son peligrosas en esta época del año, cuando pueden presentarse tormentas. Y la lluvia las convierte en un lago de lodo.

Recuerdo lo que nos dijo Henderson acerca de haber visto estas tierras en días de lluvia. Mencionó que un hombre podría ahogarse ahí.

—¿Lluvias como esas? —pregunta Tom, desde detrás de mí. Señala un punto.

Sobre las sombras de las montañas en el oeste, un banco oscuro de nubes se está juntando.

Como si entendiera, Pecas levanta el cuello en esa dirección, con las orejas hacia adelante. El arnés de los otros caballos se tensa cuando giran sus cabezas en la misma dirección. Escucharon algo.

—¿Qué es? —señala Isi con la barbilla hacia las colinas del norte.

Kane mira a través del catalejo. Examina las colinas y maldice.

—Jinetes —dice.

Mi garganta se cierra.

Miro a Matisa. Su semblante es serio.

—¿Cuántos? —pregunta.

Kane cuenta.

—Al menos diez.

—¿Alcanzas a ver quiénes...?

Kane niega, baja el catalejo y acerca el caballo al coche. Le tiende a Matisa el catalejo.

—¿*Sohkâtisiwak*? —le pregunto.

—Quizá —dice ella mientras observa.

—¿Podemos arriesgarnos a pensar que vienen en son de paz? —pregunta Tom.

Miramos alrededor. No hay refugio en estas colinas ni lugar para escondernos. Tenemos dos rifles, pero solo una honda y cuchillos. Si no vienen en son de paz, tratar de defendernos aquí sería dirigirnos a nuestra propia muerte.

—¿Podemos dejarlos atrás? —pregunta Tom, señalando las colinas oscuras al sur.

—No por allá —dice Matisa—. Detrás de esas colinas las tierras secas se extienden por kilómetros. No creo que debamos arriesgarnos.

—¿Cuánto se extienden al oeste? —pregunto.

Matisa parece indecisa.

—Una noche de cabalgata. No más.

—¿Podrían rodear por el norte y alcanzarnos?

—Les tomaría bastante más tiempo —dice Matisa—. Y los aventajaríamos mucho. Si no llueve.

—¿Y si llueve? —pregunta Tom.

—Entonces será muy peligroso —dice Matisa—. Pero si parece que va a llover...

—Será menos probable que intenten seguirnos —termina Isi la frase.

Observamos las nubes que se juntan en el oeste, oscuras y pesadas, que se mueven lentamente y tapan las estrellas.

Kane mira hacia la elevación que esconde las llanuras y luego a los niños.

—¿Alguna otra idea? —pregunta.

Nadie tiene algo que ofrecer.

Miramos al norte.

Las nubes dejan libre la luna, que revela el avance de los jinetes, que descienden

por una pequeña colina. Diez siluetas a caballo, silenciosas a esta distancia, galopan a gran velocidad. Todavía lejos, pero lo suficientemente cerca para que nuestros caballos los escuchen. Y se acercan deprisa.

—Vayamos a las tierras secas —decide Isi—. Es nuestra mejor opción.

Matisa salta del vehículo.

—El terreno va a ser difícil y nuestros caballos pueden tropezar. Iré con Tom —dice—. Em, tú ve con Kane.

Bajo de Pecas y Kane me ofrece la mano para ayudarme a subir enfrente de él.

Matisa se acomoda frente a Tom y toma las riendas.

—¡Vamos! —dice, espoleando el caballo.

Y nos vamos.

Estiro el cuello y veo hacia atrás cuando llegamos a la cima de la última elevación. Los jinetes están más cerca, a alrededor de la mitad de la distancia que estaban antes. Saben que estamos aquí. Si ven que nos adentramos en las tierras secas, ¿nos seguirán?

Como respuesta, el cielo ante nosotros brilla con una luz furiosa. La noche está tranquila, pero el aire se torna pesado, como si la lluvia estuviera por llegar.

Ante nosotros, las tierras secas se extienden, polvosas y agrietadas. Ahora entiendo por qué son peligrosas: son una serie de barrancos escarpados y precarios, formados de tierra arenosa. Nuestra única ruta es bajar por el cañón, donde estaremos rodeados de paredes altas, prestas a desmoronarse.

Paredes que se convertirán en cataratas si llueve.

Descendemos por el cañón tan rápido como podemos. El terreno es difícil para los caballos. Aunque la noche está fría, no me recargo para refugiarme en el calor de Kane. Su pecho toca mi espalda, sus brazos me rodean para sostener las bridas, pero es ahora incómodo. Como si no pudiera recordar aquella sensación de su cuerpo contra el mío.

Allá abajo en el cañón, los acantilados parecen criaturas oscuras con rostros arrugados, que nos miran en silencio mientras atravesamos la tierra que se desmorona. Matisa chasquea la lengua, urgiendo a su caballo a mantener el paso.

El cuero de las monturas cruje cuando la alcanzamos, moviéndonos a paso veloz. Kane guía a Azul como si lo hubiera hecho cien veces antes.

Las horas se arrastran mientras atravesamos el cañón a este paso. Todos miramos el cielo, sin querer hablar, como si nuestro ruido pudiera convocar a la lluvia. El aire se siente más denso y trae consigo un olor que normalmente hace que mi corazón se inflame, pero hoy lo empequeñece.

Isi hace que los caballos del vehículo mantengan el paso. El traqueteo despierta a los niños, que se sientan y se frotan los ojos. Kane les dice, con firmeza, que permanezcan sentados.

—¡Suerte! —grita Daniel.

La yegua y su potrillo van a su propio paso y ahora están detenidos delante de

nosotros.

Suerte levanta la cabeza de un pequeño mazo de flores silvestres y nos mira pasar.
—¡Vamos, chica! —La anima Daniel.

Las altas paredes de las barrancas a nuestro alrededor son muy diferentes de las planicies y las colinas, y siento que se cierran sobre nosotros. No puedo ver el cielo, ni lo que hay al frente. Mi corazón late muy deprisa y mi respiración es entrecortada.

—Calma, Em —murmura Kane. Es lo primero que me ha dicho en horas.

Se escucha un rumor grave sobre el risco. Su eco rebota sobre el valle, entre las paredes del cañón.

Matisa le dice algo a Isi en su lengua, y él chasquea las riendas sobre los cuellos de los caballos para incitarlos a ir más deprisa. Nuestro caballo mantiene el paso a un costado del coche.

—¿Falta mucho? —le pregunto a Matisa.

Ella sacude la cabeza, preocupada, con su boca apretada en una línea.

La carreta gana velocidad. Un viento helado serpentea por el valle y azota el cabello contra mi rostro. Lo retiro de mi vista con una mano. Veo cómo los niños se agarran con fuerza de los lados de la carreta. Los caballos se tambalean mientras corren, tropiezan de tanto en tanto en la piedra suelta.

—¡Más rápido! —grita Matisa.

Espoleamos a los caballos para que vayan aún más deprisa. Kane tensa los brazos alrededor de mí y yo me preparo, esperando que caigan esas primeras gotas. Se sentirán como fuego, lo sé, como una salpicadura de carbones al rojo vivo, porque serán señal de muerte. No hay refugio. *Y la lluvia las convierte en un lago de lodo.*

El viento sopla con fuerza contra nosotros, y las ruedas del vehículo rechinan mientras avanzamos por el valle, que cada vez está más oscuro.

Los caballos que tiran del coche estiran el cuello conforme el suelo se vuelve más parejo y ellos pueden dar zancadas más largas. Y nuestro caballo, al sentir el terreno más seguro, baja la cabeza y galopa más deprisa todavía. Siento que volamos. El viento se apresura alrededor de nosotros, los cascos de los caballos golpean fuerte, su eco se pierde en el valle.

Escucho un grito y miro hacia atrás. Isi señala algo delante de nosotros. Me esfuerzo para ver. A la distancia puedo distinguir dos siluetas oscuras, paradas como centinelas en la oscuridad. Y más allá de ellas, y por encima de eso, un suave brillo, como el de cien antorchas. Nuestro caballo se cansa por el esfuerzo cuando el camino comienza a volverse más escarpado.

Estamos saliendo del valle. Hay un sendero ancho aquí, tan ancho que cabrían dos vagones atravesados lado a lado, y la tierra está apisonada, como si hubieran pasado muchos viajeros.

Casi llegamos. Incluso si los cielos se abrieran ahora, lograríamos llegar a tiempo. Al pensarlo, el alivio me recorre y, con él, el gozo. Dejo que el viento me dé en el rostro mientras nuestro caballo galopa, y siento que mi corazón bombea al ritmo del

trote.

Una risa se me escapa. Me siento ligera como el aire. Los rayos brillan de nuevo, la tormenta se mueve al noroeste. Casi deseo que la lluvia caiga ahora y moje nuestra piel.

Seguimos hacia arriba, nuestros caballos se esfuerzan mientras dejamos atrás las paredes del acantilado. Llegamos a suelo firme.

Al fin estamos en la cima, fuera del valle. Kane jala las riendas para detener al caballo.

Siento un gozo tan profundo que quiero gritar. Giro el rostro para compartir el momento con Kane.

Pero su expresión no es de felicidad. Agita la cabeza.

—Altísimo —murmura y se baja del caballo.

Matisa y Tom se nos unen.

—Cabalgaste bien —le dice Matisa a Kane.

Él no responde. El vehículo con los niños llega junto a nosotros. Sus caritas tienen manchas de lágrimas. Kane va hacia ellos y e intenta tranquilizarlos.

—Miren.

Isi está con la vista fija en las colinas oscuras que se levantan frente a nosotros, señala hacia el brillo que recuerdo haber visto desde el valle.

Mi corazón todavía golpea con fuerza por la carrera.

—¿Qué es? —pregunto.

—Quizás un asentamiento —dice Matisa.

—¿Deberíamos evitarlo? —pregunta Tom.

Kane se yergue.

—¿Por qué? —pregunta.

—Podrían ser los hombres de León —aventuro.

—¿Así que *ahora* estamos cansados de arriesgar nuestras vidas? —pregunta, con los brazos cruzados y la voz cortante y amarga.

Mi emoción se apaga.

—Kane...

—¡Shhh! —Matisa se asoma en la oscuridad y nos hace callar levantando la mano. Contiene el aliento cuando dos sombras emergen de las colinas.

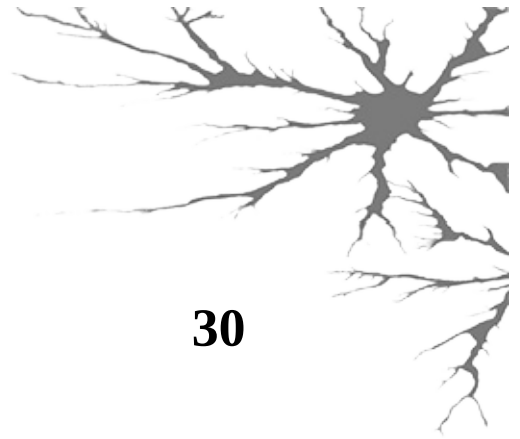
Una luz aparece. Nos ciega de momento. Nos congela en nuestro sitio.

Mis ojos se acostumbran al resplandor y las dos siluetas se vuelven claras. Sus rostros son pálidos y redondos, sus ropas toscas y sencillas. Un hombre viejo y uno joven. Sus ojos claros nos miran con curiosidad. El viejo sostiene una linterna. No están armados.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunta Isi.

El hombre mayor señala el valle de las tierras secas y pregunta algo en una lengua que nunca antes he escuchado. El muchacho señala las colinas y habla en el mismo idioma.

No hablan nuestra lengua.



La aldea está en la falda de las colinas, anidada como una piña en los brotes de un pino. Todo está tranquilo, no hay señales de vida, pero conforme nos acercamos me doy cuenta de que hay ojos por todos lados. Las linternas parecen puntitos dispersos por las sombrías laderas de las colinas, que se van apagando cuando el sol sale detrás de nosotros. No puedo ver los rostros de las personas que sostienen esas linternas, pero puedo sentir sus miradas.

Cuando el hombre y el muchacho nos indicaron a señas que los siguiéramos, dudamos. Pero entonces Azul se tropezó sobre una de sus rodillas y se levantó con esfuerzo. Al ver a nuestros caballos exhaustos y darnos cuenta de que Matisa aún necesitaba descanso (y nosotros con ella), decidimos arriesgarnos a creer que estos dos hombres eran tan amistosos como parecían.

Hay una valla rodeando este lado del asentamiento, una hecha de postes de puntas afiladas y ladeadas hacia afuera como lanzas. Una advertencia.

Una astilla de miedo se entierra en mi pecho, pero me obligo a recordar a Elizabeth Sharapay y a su marido. No todo mundo aquí afuera quiere lastimarnos.

El muchacho jala hacia un lado una puerta, que hace un ruido de poleas y metal. Mientras pasamos, el sol emerge sobre las colinas y baña la aldea con una luz rojiza.

La preocupación en mi pecho cesa. Este lugar no parece peligroso.

Los edificios, sin embargo, son curiosos. Están contruidos en los valles rodeados por las colinas y tienen postes similares a los de la valla. Uno junto al otro, los postes terminan en punta y los espacios entre ellos están sellados con lodo. Los techos están vivos: cubiertos con tierra de la que brotan hierbas. En la parte alta de cada tejado triangular, una delgada línea de humo escapa de una chimenea de metal. Las espaldas de las casas desaparecen en la tierra como si las colinas las abrazaran, manteniéndolas a salvo de los vientos.

Nunca había visto algo así. Volteo a ver a Matisa e Isi, y por la expresión de sus rostros me puedo dar cuenta de que ellos tampoco.

El viejo que nos guía ahuyenta con las manos a un grupo de gallinas moteadas que se interpone en el camino. No se parecen en nada a nuestras gallinas color café: sus suaves plumas tienen manchas blancas y negras y sus crestas son de color rojo brillante. Cloquean y estiran sus patas amarillas mientras escarban la tierra.

Una niña está fuera de una de las casas, golpea una alfombra con una especie de palo de madera. La niña lleva en la cabeza una mascada colorida de intrincadas flores rojas y amarillas, que cubre su cabello rubio y enmarca sus rosadas mejillas. Sus ojos azules se abren aún más cuando nos ve, entonces el hombre levanta una mano y dice algo, con voz ronca pero tranquila. La niña asiente, deja en el suelo la vara y nos ofrece una pequeña sonrisa antes de irse velozmente.

—No parecen sorprendidos de vernos —señalo.

Recuerdo cuando Matisa y los chicos llegaron a nuestro asentamiento, cómo algunos se apiñaron alrededor queriendo tocarlos, preguntarles todo lo que ocurre bajo el sol. Y cómo otros lo evitaron.

—No —dice Matisa—. Tampoco parecen sorprendidos de vernos juntos.

Se refiere a ver juntos a los primeros pueblos y... lo que sea que seamos nosotros. Intercambio una mirada con Kane.

El hombre nos indica que sigamos y nos conduce a un edificio grande al centro de la aldea, libre de las colinas. Gruesas paredes de lodo terminan en un techo de paja, similar a los de nuestro asentamiento, y tiene dos ventanas pequeñas en uno de sus costados. El hombre abre una pesada puerta de madera. El calor y el olor a salmuera se apresuran a darnos la bienvenida.

Nos guían dentro del gran salón. Una mesa larga, de madera, está en el lado opuesto de nosotros, y el hombre nos indica que nos sentemos. Luego se va.

Una mujer entra por la puerta. Trae puesto un vestido de lana, cubierto por un delantal oscuro. Su cabeza está cubierta por una mascada. Trae una charola con una olla grande y tazones, y comienza a ponerlos frente a nosotros. Nos mira con ligera curiosidad, pero guarda silencio mientras sirve las porciones con el cucharón.

Su silencio es contagioso. Eso, o estamos demasiado sorprendidos para hablar. Nos miramos unos a otros en silencio. Cuando la mujer se marcha, Daniel tira de la manga a Kane y hace un gesto hacia su tazón. Tiene hambre. Kane asiente.

Los niños se queman la boca por su prisa, y Kane se apresura a quitarles las cucharas para poder enfriar la sopa un poco.

La puerta se abre de nuevo. Una chica como de nuestra edad entra, seguida por la niña que golpeaba la alfombra. La pequeña parece muy complacida consigo misma, como si acabara de realizar una tarea importante. La mayor tiene cabello oscuro y brillantes ojos azules, con las mismas mejillas sonrosadas y la nariz respingada. Su mascada es brillante, como la de la niña. Las mangas de su vestido amarillo pálido están enrolladas hasta los codos, y el dobladillo toca los bordes de sus botas de piel color marrón. Luce como el resto: fuerte, saludable.

Su boca se tuerce cuando se nos acerca, y entonces me doy cuenta de cómo debemos vernos. Lodosos y harapientos, golpeados, con cicatrices. Los niños devoran la sopa como si nunca antes hubieran visto comida.

Los ojos de la chica se detienen un momento en Kane. La niña le toca el codo. Ella retira el brazo y lanza una mirada a la niña antes de voltear hacia nosotros.

Sonríe.

—Soy Genya —dice, con fuerte acento—. Bienvenidos.

La miramos, sorprendidos.

Tom se aclara la garganta.

—Muy agradecidos —dice, lanzándonos una mirada.

—S-s-sí —tartamudeo.

—Hablas este idioma —dice Matisa.

Genya sonrío con timidez.

—Mi madre me enseñó —arruga la frente—. Mi tío dice que ustedes venir a través... —Se detiene a buscar la palabra— valle.

Asentimos.

—Es peligroso. ¿Por qué estaban ahí?

Nos miramos unos a otros.

—Unos hombres nos seguían —digo—. Atravesamos el valle para escapar.

—¿Escapar? —pregunta—. ¿Son hombres malos?

—Sí.

Ella asiente y mira el suelo como si estuviera reflexionando. Luego levanta la vista.

—Ya sé —dice.

—¿Conoces a esos hombres? —pregunta Matisa.

—Hay hombres malos. Afuera —indica con la mano—. Pero aquí es seguro.

Pienso en la valla y en todos los centinelas en las colinas.

—¿Qué lugar es este? —pregunto.

Ella arruga la frente como si no entendiera la pregunta.

—¿Ustedes son... vinieron del este?

—Ah —asiente—. Sí.

—¿Del Dominio? —pregunta Kane.

Ella voltea a verlo y sus mejillas se ponen más rosadas. Asiente.

—Ellos permiten nosotros venir.

—Esos hombres malos —dice Matisa—, ¿han venido a este asentamiento?

Genya niega.

—No los vemos. Solo escuchamos de ellos antes de llegar aquí. Pero hicimos nuestra aldea segura.

La mujer mayor entra con una charola llena de pan trenzado y huevos hervidos y algo en un plato cubierto. La pone frente a nosotros, luego se acerca a Genya y le dice algo antes de irse.

Genya nos sonrío.

—Ustedes hambre —afirma—. Coman —y señala la comida—. Después, ustedes descansar. Ustedes a salvo aquí.

Cuando terminamos de comer, Genya nos dice que podemos bañarnos y cambiarnos.

A Matisa y a mí nos llevan a otro edificio en el centro de la aldea.

Seguimos a dos mujeres por entre las curiosas casas y una fila de graneros. Esta aldea mide la cuarta parte que la mía, pero se parece. La gente sale a alimentar a las gallinas, cuidar los jardines, cortar leña. Nos miran con curiosidad mientras trabajan, pero sus miradas no se quedan en nosotros por mucho tiempo. Son amistosos pero están ocupados.

Dentro del edificio hay dos habitaciones: uno es una cocina y el otro es una estancia grande con hileras e hileras de flores silvestres colgadas de las vigas, que se secan al calor del lugar. Hay una mesa con hierbas extendidas en ella, puestas a secar.

Con una punzada en el estómago, recuerdo la cabaña de *sœur* Manon. Aquí todo es diferente, pero a la vez familiar. El ajeteo de este pequeño asentamiento, la gente en sus tareas, las risas y los gritos.

Una pequeña parte de mí siente nostalgia de esas cosas ordinarias, las cosas que antes me parecían molestas: recoger huevos, acarrear agua...

Me pregunto qué estará pensando Kane en estos momentos.

Él y los otros chicos siguieron a Genya a la vivienda de su familia para lavarse y ponerse ropas nuevas. Me siento inquieta de que nos hayan separado, pero no se debe a lo que esta gente pudiera estar tramando: no hay nada siniestro aquí, solo gente trabajadora haciendo su vida. Es claro que aunque no quieren problemas de afuera, están dispuestos a ayudar.

Dos mujeres rubias andan a nuestro alrededor, platican entre ellas. Una nos ayuda con nuestra ropa sucia mientras la otra se esfuerza con una gran tina en el centro de la habitación. Mi rostro hierve cuando quedo desnuda frente a ellas. Las mujeres ni se inmutan, aunque chasquean la lengua y hablan cuando ven la quemadura en mi cuello. Cuando vierten el agua caliente en la tina, me olvido de la timidez.

Matisa y yo entramos a la tina y nos quitamos el lodo de la piel tallándonos con telas gruesas. Las mujeres nos ayudan a lavarnos el cabello con una especie de jabón que huele a especias y tierra. Cuando estamos limpias, salen para dejarnos que nos vistamos solas.

—Tendremos que hacer algo acerca de la ropa —afirmo cuando mi cabello está casi seco. Me pongo en pie, envuelta en mi toalla, sosteniendo las ropas que nos dejaron en la mesa. Son dos blusas ligeras (más delgadas que las que acostumbro usar, pero suficientemente prácticas, con mangas largas y cuellos que pueden cerrarse) y dos tiras de tela que se estiran y se enganchan un extremo con el otro. No entiendo esas prendas, pero el problema real son las dos largas faldas que son tan anchas que no hay manera de que permanezcan en nuestras caderas. Pongo una sobre mi toalla y le muestro a Matisa.

—Incluso si las amarramos, son... —dice Matisa.

—¿Imprácticas? —respondo.

Matisa asiente.

—No muy buenas para cabalgar.

Mira a su alrededor como si en las paredes de la estancia pudiera encontrar una solución.

Una de las mujeres regresa y nos ofrece un cepillo. Matisa señala las faldas y hace un gesto hacia la pequeña ventana al fondo de la casa. La mujer se asoma.

—Ahí —dice Matisa—, eso —y señala sus piernas desnudas.

Levanto las cejas.

—Le estoy mostrando lo que usan los hombres —me explica.

La mujer nos mira como si estuviéramos locas. Se encoge de hombros y va hacia la puerta.

Hay un espejo en la habitación. Me acerco para examinar mi aspecto por primera vez en días. El rostro que me devuelve la mirada no es uno que yo reconozca: todo ojeras y mejillas hundidas. Bajo mi barbilla hay una cicatriz todavía rosada, y la comisura de mi boca exhibe un moretón azulado. Una fea línea roja atraviesa por su centro.

Me alejo de ahí y me volteo para encontrar los cálidos ojos castaños de Matisa fijos en mí.

—¿Te hago una trenza? —Ofrece.

Me cepilla el cabello despacio, con suavidad. Mientras, la mujer regresa. Todavía estamos envueltas en las toallas, y las blusas son un poco grandes, pero Matisa descubrió que las prendas que se estiran se usan bajo las blusas, sobre el pecho.

La mujer nos tiende dos pares de pantalones. La expresión de sus ojos azules es divertida.

—Gracias —dice Matisa.

La mujer sacude la cabeza y se retira.

Los pantalones no son tan suaves como mis calzas, y se abomban un poco, pero son estrechos en el tobillo y con mi *ceinture* amarrada sobre la blusa desfajada quedan mucho mejor que la falda.

Matisa me trenza el cabello en silencio.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Inhala profundamente.

—Sí —dice, mientras amarra el final de la trenza con una tira de tela—. Estoy pensando.

Me tiende el cepillo y se voltea para que la peine.

—¿Tú sabías? —le pregunto—. ¿Acerca de lo que iba a pasar en la arboleda? ¿Sabías que iba a ser tan terrible?

Inclina la cabeza.

—Durante semanas mis sueños me mostraron cosas terribles. En uno te alejaban de mí, en otro estábamos juntas de nuevo. Los dos eran muy dolorosos. En ambos había derramamiento de sangre.

—Pero llevar a esos hombres a la arboleda... no tenías opción.

—Quizá no —responde—. Pero incluso cuando tu elección parece clara...

—No siempre se siente que sea la correcta —termino su frase.

Asiente.

—Estoy muy agradecida con tu amigo Tom.

—Yo también —le respondo.

Miro alrededor de la habitación, tan alegre, tan cálida y familiar, con aroma a hierbas secas. El sonido de la vida de la aldea llega desde afuera a nuestros oídos, suavizado por las gruesas paredes.

—¿Crees que tu gente sepa acerca de esta aldea? No estaba en el mapa de Henderson.

—Mi hogar está a solo dos días de aquí a caballo. Nuestros exploradores la habrían encontrado fácilmente.

—Parecen buenas personas —aventuro, mientras amarro su cabello.

—Sí —responde.

—¿Cómo crees que hayan logrado sobrevivir? —le pregunto—. ¿Tendrán el remedio contra la Hemorragia sin saberlo, así como en mi asentamiento?

—No lo sé —voltea a mirarme—. Y no parece que hayan recibido una visita de los *sohkâtisiwak*.

—Eso es algo que no entiendo. Hay *sohkâtisiwak* trabajando para León en el fuerte, pero también hay un grupo de ellos buscándote. Y no pueden ser los mismos, o Julian no hubiera necesitado de Charlie para encontrarlos.

Un recuerdo asoma en el fondo de mi mente.

Ella me mira, pensativa.

—Quizás antes eran un mismo grupo y se separaron por diferencias entre ellos.

—¿Y los prisioneros en el fuerte?

—Quizá se negaron a obedecer a León —sugiere.

El recuerdo flota, pero todavía no alcanzo a darle forma.

—Eso significaría que el grupo que te busca también rechazó a León, pero escaparon. Quizás ellos no querían ayudarlo para nada. Tal vez ni siquiera intentaban negociar con el remedio.

—Entonces, ¿qué era eso que le ofrecieron a Charlie?

El recuerdo termina de emerger: esos últimos momentos con Charlie.

—Julian pensaba que hay un lugar que puede curar la Hemorragia —le cuento—. Él no quería cambiarte a ti por el remedio, planeaba entregarte para que le dijeran dónde está ese sitio.

Matisa frunce el ceño.

—Me dijo que estaba en el norte —añado.

Sus ojos se abren muy grandes.

—¿Qué? —le pregunto.

Ella baja la mirada.

—Los *sohkâtisiwak* hablaban de eso a menudo —dice cuando vuelve a mirarme—. El bosque prohibido.

—¿El que rodea mi asentamiento?

Hace años, la gente de Matisa envió exploradores a ese bosque para buscar a la Gente Perdida que habían estado soñando: nosotros. Como los exploradores no regresaron (el abuelo del hermano Stockham los asesinó), el bosque se convirtió en un lugar prohibido para ellos, así como lo era para nosotros. Nadie se atrevía a entrar en él. Nadie, hasta Matisa.

—Conforme ellos se volvieron más desconfiados de las creencias y del círculo de sanadores, mencionaban el bosque prohibido —se muerde el labio, pensativa—. Creían que estaba prohibido porque había algo poderoso ahí, algo relacionado con el remedio.

—¿Creían que la Hemorragia puede curarse?

Sacude la cabeza.

—No lo sé. Es posible.

Pero si León y los *sohkâtisiwak* creían en ese lugar...

—¿Crees que los *sohkâtisiwak* planean ir ahí? ¿Al bosque?

Vuelve a sacudir la cabeza.

—Todos le temían al bosque, incluso sin saber por qué estaba prohibido.

—Pero tú no —señalo—. Tú fuiste ahí a buscarme.

—Porque me guiaban mis sueños, no una conjetura.

Espero que tenga razón. Y, por primera vez, estoy contenta de alguna manera de que mi gente siga siendo temerosa, de que nuestro asentamiento esté bien fortificado. Quizá ya no tenga seres queridos ahí, pero eso no significa que les desee mal. Mi sueño regresa a mí: las murallas de la fortificación; las voces desde el río; mi papá, llamándome. *Reconcíliate*.

—He soñado con el asentamiento —digo—. Sigo soñando con las planicies.

Ladea la cabeza.

—¿Qué crees que signifique?

Me froto la frente. ¿*Qué* significa? Al principio creí que mis sueños nos incitaban a dejar el asentamiento. Luego pensé que, quizás, hablaban del pasado, que me decían que dejara ir lo ocurrido, que dejara ir mi sentimiento de culpa. Pero el último sueño era como el primero y yo estaba... enterrando a Matisa.

Miro su piel recién lavada, su largo cabello oscuro. La imagen de ella, recostada en el suelo, y yo cubriéndola con tierra.

Inhalo profundamente y le cuento todo. Le digo que en mi primer sueño y en el último ella está enferma de Hemorragia. De la guerra a nuestro alrededor, en las planicies en torno al asentamiento. Del canto de los muertos. Le describo la forma en que la entierro.

Escucha con atención, su mirada es pensativa. Cuando termino, hay un largo silencio. Finalmente habla:

—Quizá tus sueños muestran lo que ha de venir —lo dice con mucha calma—. Como lo han hecho hasta ahora.

Una punzada de temor me atraviesa. No. Eso significaría que mis sueños me piden que acepte que Matisa va a morir. Como tuve que aceptar la muerte de mi papá y de los demás.

—No quiero que sea cierto —le digo.

Ella guarda silencio de nuevo, con la mirada clavada en el suelo. Niega.

—*Reconcíliate* —murmura. Levanta la vista y encuentra la mía—. Quizá todavía podamos. El secreto del remedio sigue a salvo.

Arrugo la frente, intentando comprender sus palabras. *Reconcíliate*. Mis ojos se abren más. Había pensado en ello como una orden que me decía que debía aceptar algo sobre lo que me había sentido culpable. Ella lo entiende de otra manera: crear la paz usando el remedio.

Pienso en ello. Es cierto que, en mis sueños, ella tiene el remedio en la mano.

—Quizá si podemos proteger el remedio el tiempo suficiente, la enfermedad decidirá esta guerra y tendremos oportunidad de negociar la paz con los sobrevivientes, como era nuestro plan.

Asiento. Tiene sentido. Pero entonces, ¿por qué en mi sueño ella desecha el remedio? ¿Y por qué estamos en el asentamiento? Me froto el rostro con las manos.

—Quizá mis sueños sean solo pensamientos confundidos —murmuro—. He tenido muchos de esos últimamente.

—El hecho de que hayas soñado la arboleda y me hayas encontrado es la prueba de que no es cierto —dice.

—Pero si no hubiera insistido en llevar a Charlie con nosotros, nunca hubiera *necesitado* soñarte. Yo creé ese lío...

—No es así como funciona, Em —me interrumpe—. Y no eres culpable de las decisiones de los demás.

Me sostiene la mirada hasta que siento que voy a llorar.

Parpadeo. Suspiro profundamente. Las elecciones que he hecho desde que salimos del asentamiento pasan por mi cabeza, y me llenan con una rara mezcla de emociones.

Matisa espera a que yo hable.

—El otoño pasado estaba decidida a probar mi virtud de Descubrimiento de un modo nuevo —le respondo—. Y lo hice. Tú me ayudaste a hacerlo. Y desde entonces, las virtudes no han tenido el mismo significado de antes —trago saliva—. He estado pensando en mi virtud de Honestidad. No es una en la que yo sea realmente buena.

Su rostro se suaviza.

—No debí pedirte que le ocultaras la verdad sobre la enfermedad a Kane. Lo siento.

—No, no es a eso a lo que me refiero —digo—. Siempre pensé que la Honestidad consistía en ser sincero con otros, pero quizá no sea eso. Quizá la Honestidad tenga que ver con ser sincero con uno mismo. Tú no me pediste ocultarle el secreto a Kane.

Me dijiste que era más seguro, y tomé mi propia decisión. Aceptar por qué lo hice, esa es la parte de la Honestidad.

Y aceptar por qué lo hice me hace sentir alivio. No había sido muy honesta conmigo en los últimos días, pero si busco en mí, sé que ocultarle la verdad a Kane fue la elección que creí correcta, la que pensé que lo mantendría a salvo.

El problema es que quizás él nunca lo entienda así.

El rostro de Matisa es cálido, pero sus ojos están tristes.

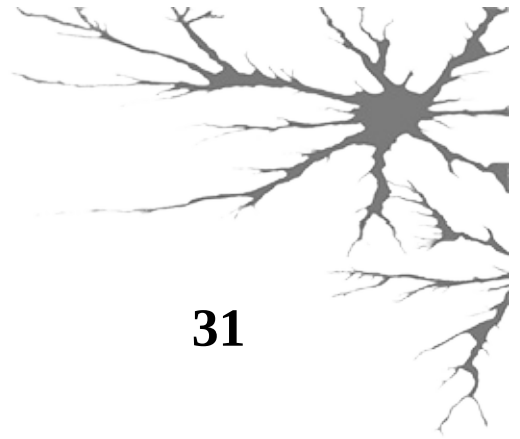
—Nuestras elecciones han sido difíciles aquí afuera —dice.

Sé que está pensando en Nishwa, en haberlo enviado solo...

—Nos iremos de inmediato —le digo—. Las lluvias no han terminado aún, alcanzaremos a tus cazadores a tiempo.

Niega.

—Nos iremos mañana. No hemos dormido y nuestros caballos necesitan descansar —me palmea la rodilla—. Ven, hagamos un poco de tintura para tu pie —dice y se levanta—. Y descubramos cómo obtienen el agua en esta aldea.



Matisa se asoma en el negro abismo con el ceño fruncido. Estamos en el lado sur de la aldea, viendo un pozo de piedra que se parece mucho al que hay en mi asentamiento. Solo que...

—No hay río cerca —señala Matisa. Se aleja del pozo y mira a Genya, confundida.

—Río, no —dice Genya—. Pero vengan —nos hace señas—, yo mostrar.

Camina más allá de los graneros. La seguimos hasta la esquina del edificio más cercano, pero me detengo bruscamente. Frente a mí está el vehículo más extraño que haya visto en la vida. Está hecho de metal, con enormes ruedas y una chimenea que se alza al cielo.

—¿Qué es eso? —pregunto.

Genya busca en su mente la palabra adecuada.

—Un tractor —dice Matisa.

La miro, confundida.

—Trilla la tierra —me dice—. Ayuda a sembrar plantíos —mira a Genya—. ¿Qué usa de combustible?

Genya arruga la frente.

—¿Cómo hace para...? —Matisa mueve sus manos para indicar movimiento.

—Ah —Genya tuerce la boca, con sus ojos azules perdidos en un pensamiento—. El agua en el aire. ¿Cómo es la palabra?

—¿Vapor? —responde Matisa.

—¡Sí! —dice Genya—. Vapor.

Matisa se percata de mi mirada perdida.

—Tenemos de esos en casa —me explica, mientras sigue a Genya por la colina ante nosotros.

Pongo este tractor en la canasta de *los misterios del mundo de Matisa* y sigo adelante. En la cima puedo ver la valla de nuevo, con sus postes mortíferos. Genya le hace señas a una silueta que está de pie en una colina fuera de la cerca. Otro centinela. Ante nosotros, entre las colinas dentro de la valla, hay un grupo de altos árboles color verde oscuro, completamente fuera de lugar en este paisaje de hierba.

Genya nos guía entre el follaje, y mientras arrastro mi pie entre las hojas caídas y

varas, me doy cuenta de que el suelo es más suave. Más húmedo. Cuando llegamos a una elevación entre los árboles, ella se detiene y señala algo. Ante nosotros hay una roca lisa, como si la ladera de la colina hubiera sido trasquilada para mostrar una pequeña pared. Y está llorando. Hilos de agua manan de pequeñas grietas en su superficie. Corren por la cara de piedra y desaparecen en el suelo, bajo nuestros pies.

—Por supuesto —dice Matisa—. Un manantial.

La miro, confundida.

—El agua pasa a través de capas de sílice y barro; la enfermedad solo está en el agua que corre al aire libre —me explica—. Su agua es segura.

Esa tarde comemos con la familia de Genya. Apenas puedo creer su comida: un pollo entero rostizado, tubérculos, col en salmuera y bollos de pan negro con mantequilla.

Los hermanos de Kane están junto a ellos y piden que les llenen el plato de nuevo un par de veces antes de quedar satisfechos.

Kane los reprende por los malos modales, pero entiendo su disfrute: hay más comida de la que yo he visto junta. Es notorio que los aldeanos están haciendo un esfuerzo por nosotros: no es posible que tengan provisiones para comer así todo el tiempo.

Pero cuando la mamá de Genya, Dorotea, nos habla en nuestra lengua, con fuerte acento, nos enteramos de que hay suficiente comida para todos en la aldea. Dice que trajeron consigo muchas cosas del este: ganado, semillas, provisiones. Dice que sus ancestros sabían cómo trabajar esta tierra porque su familia vino del otro lado del mar, de un país con tierras parecidas. Nos dicen que se establecieron aquí al final del verano pasado, que primero cavaron zanjas y durmieron en ellas mientras construían sus hogares en las colinas.

Eligieron este lugar porque está protegido por las tierras secas al este y al sur. Y las colinas les dan refugio. No parecen tener noticia de la Hemorragia, nadie en la aldea ha enfermado.

Mientras hablamos, Genya traduce para su papá, un hombre serio pero amistoso, y para su hermano y su hermana menores, que se parecen mucho a ella, con las narices respingadas y los ojos azules y brillantes. Ellos hacen preguntas, con sus voces felices y despreocupadas, y tiran de los brazos de su hermana.

Esta es una mesa que no me recuerda lo que he vivido. Mi papá y yo a menudo nos sentábamos en silencio. Él pensaba en mi madre; yo, en mi mácula. En cómo dejar de quebrantar mis virtudes. No había una charla alegre. Solo el sonido de las cucharas al raspar los tazones.

Esto... debe ser parecido a la mesa en casa de Kane. La comida misma habrá sido menos abundante, pero el sentimiento debe haber sido similar. Y ver a Kane ahora, ver que esa arruga de preocupación ha desaparecido de su frente por primera vez en no sé cuánto tiempo, me hace saber que tengo razón.

Lanzo una mirada veloz a Genya, a sus mejillas sonrosadas y su cabello sedoso.

Se ve saludable y fuerte. Esta aldea es como nuestro asentamiento, pero mejor. Es lo que el nuestro hubiera podido ser si no hubiéramos vivido con miedo todos esos años.

Miro a Genya de nuevo: sonrío a Kane. Me obligo a aplacar el pánico que surge en mi corazón.

La charla continúa.

Escucho, distraída, mientras nos cuentan que vieron gente como Matisa el otoño anterior. Los vieron a la distancia, pasando en sus caballos. No hablaron con ellos.

Dorotea quiere saber hacia dónde vamos y a quiénes hemos visto.

Matisa y yo tomamos turnos para contarle de nuestro viaje: desde que dejamos el asentamiento, cuando encontramos a algunos de nuestra gente que habían sido expulsados, cuando enviamos a Nishwa sin compañía. Ellos escuchan con expresión de estar un poco confundidos, pero cuando llegamos a la parte de la finca en llamas, Dorotea levanta una mano para detenernos.

—Los niños. ¿Vieron eso? —pregunta señalando hacia Daniel y Nico.

Comienzo a responder pero me doy cuenta de que su rostro palidece: está horrorizada. Los ojos de Genya vuelan hacia Kane, alarmados y muy abiertos.

La vergüenza me inunda. Ni siquiera he llegado a la peor parte. Miro a nuestro grupo. Nuestro delgado, harapiento grupo.

Un silencio cae sobre la mesa.

El papá de Genya se aclara la garganta y habla.

—Dice que... —Traduce Genya— nosotros escuchar la historia después.

Dorotea sacude la cabeza y chasquea la lengua. Mira a los niños.

Cuando la cena ha terminado, nos quedamos en la cocina en lo que la familia se prepara para dormir.

Nadie parece tener ganas de hablar. Isi da vueltas por la pequeña habitación hasta que la mirada seria de Matisa lo hace detenerse. Tom se sienta donde Nico se ha quedado dormido en una cama corrediza cerca de la estufa. Se mantiene ocupado revisando su rifle.

Kane está hundido en una silla con Daniel dormido en su regazo. La mejilla de Daniel está recargada en el pecho de su hermano y dos de sus dedos están enredados en los lazos de la camisa de Kane. La piel limpia de ambos brilla al fuego de la estufa. Los ojos oscuros de Kane están clavados en el suelo.

La mirada sorprendida de Dorotea aparece en mi mente. Me tomó un momento entender su alarma. Han pasado tantas cosas desde que dejamos el asentamiento que he olvidado lo horrible que ha sido. ¿Cuándo se volvió normal para mí todo esto? ¿Cuándo decidí que debía ser normal para Nico y Daniel? ¿Para Kane?

¿Cómo me sentiría si fuera él en este momento?

Estos aldeanos tienen que protegerse de los fuereños, seguro, pero sus niños al menos están a salvo. Para mí, la valla alrededor de esta aldea será siempre una jaula. Pero para otros...

Aquí se está tibio. Hay comida. Seguridad. Amor.

Mi corazón se desgarró con ese último pensamiento.

—¿Partimos por la mañana, entonces? —La voz de Tom rompe el silencio.

Los ojos de Kane se levantan del suelo con brusquedad y encuentran los míos. Desvió la mirada, fingiendo que volteo a ver a Matisa en busca de una respuesta.

Ella responde, titubeando un poco.

—Los que hayan recobrado fuerzas.

Tengo que ir con Matisa. Pero Kane...

Kane tiene una responsabilidad distinta. Sus hermanos serían bienvenidos aquí, lo vi claramente en el rostro de Dorotea. Estarían a salvo. No tendrían hambre nunca.

—No debemos retrasarnos más —dice Isi—. El camino fue más largo por el norte, y la tormenta debe haberlos retrasado, pero los *sohkâtisiwak* estarán cerca.

Matisa asiente.

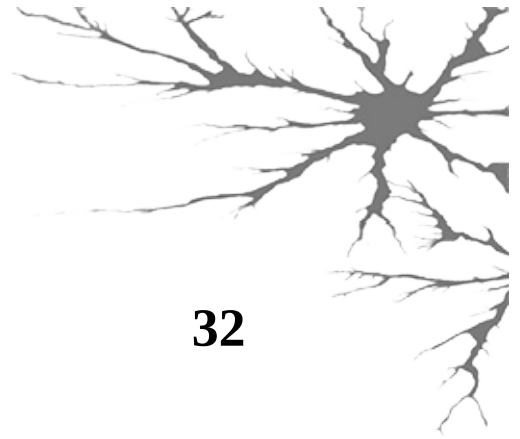
Miro a Tom y luego a Nico, dormido. Miro a Daniel, que respira tranquilo. Miro a Kane. Sus ojos oscuros no se han despegado de mi rostro.

Un torrente de emociones me inunda: culpa, enojo, pena y explota de entre todas ellas un amor tan fuerte y fiero por Kane y por sus hermanos que siento que me romperé en astillas.

Y lo que me quita el aliento en estos momentos no es darme cuenta de que no puedo pedirle a Kane que venga conmigo, sino percatarme de que no quiero hacerlo.

No quiero que deje a sus hermanos.

Ni siquiera para estar conmigo.



Abro la sólida puerta de madera del hogar de Genya y salgo. El sol ha desaparecido, pero el último brillo de su luz permanece, pinta el aire de color violeta. Los sonidos de la aldea son suaves y van disminuyendo conforme la gente se retira a dormir. El frío baja por mi piel. Me envuelvo en el chal que me dio Dorotea y camino mirando las casitas. Sus chimeneas dejan escapar el humo y sus pequeñas ventanas al frente brillan, iluminadas.

La puerta rechina y se abre de nuevo.

La cabeza rubia de Tom aparece.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Solo necesitaba un poco de aire —le digo.

Sale y cierra la puerta, y veo que está envuelto en su capa y que carga ese extraño rifle consigo.

—¿Vas a algún lado? —le pregunto.

—Solo a echar un vistazo —dice.

—¿Con tu arma?

La mira y se encoge de hombros.

—Mejor en mi mano que en la de alguno de los niños. Ese Daniel es precoz. Es como Edith.

Sonrío con suavidad, pensando en la hermanita de Tom, en su traviesa sonrisa. Siempre persiguiendo mariposas y preguntándome cómo estuvo mi día.

Tom examina la plaza y las casas.

—Qué lugar más extraño —dice—. Estas casas, construidas en la colina, así.

—Tan diferentes de nuestro asentamiento —digo—. Pero, de alguna manera...

—¿Se siente como si estuviéramos allá? —pregunta, termina mi oración y voltea a verme.

Asiento. La manera en que está en pie, con la cabeza levantada...

—¿No tuviste... miedo de irte? —le pregunto—. ¿Así, solo?

—Un poco —dice, encogiéndose de hombros. Sus ojos se vuelven tímidos—. Es tonto, pero traje un poco del té que le dejaste a mi papá. Ayudó a curarlo, así que lo traje. Me hacía sentir cerca de ti.

Sonrío, imaginando a Tom solo frente a una fogata, bebiendo de mi té.

—Y entonces todo me pareció tan fresco, tan nuevo que... me olvidé de temer.

Recuerdo nuestra primera noche en el bosque. La canción salvaje, la luz de las estrellas. Estaba tan feliz.

—Las estrellas aquí afuera —pienso en voz alta—. Nunca había visto algo así.

Tom asiente.

—El río de noche me daba tanta paz —sonríe—. Y en la mañana, con la brisa en el rostro antes de que saliera el sol, era como el cuento de hadas de esos libros de *sæur* Manon.

Trago saliva para deshacer un súbito nudo en mi garganta. Esa belleza de la que Tom habla está alrededor de nosotros, todavía.

¿No es así?

—Este asentamiento es un buen lugar —digo.

Sus ojos me examinan.

—Es seguro aquí —la voz se me quiebra.

Tom me abraza y me acerca a él. Descansa su barbilla sobre mi cabeza.

Presiono mis ojos con el dorso de mis manos y respiro profundo.

—Nada ha pasado como tenía que pasar.

Tom responde apretando mis hombros.

—De haber sabido... —me interrumpo porque lo que estaba por decir no es la verdad. La verdad, en mi corazón secreto, es que incluso con el peligro, incluso ante lo desconocido, yo debo estar aquí. Sé que es así.

Tom habla, su voz suena clara en la noche fresca.

—André me enseñó a mirar más allá de las praderas de los centinelas. Me enseñó a mirar con cuidado lo que hay alrededor —voltea a verme. Sostiene mi mirada—. Pero ser capaz de ver no cambia lo que ha de venir.

Ya está completamente oscuro y dormitamos junto al fuego en la cocina de Genya cuando aparece Matisa. Me sorprende, incapaz de recordar en qué momento se fue. Ella toca el hombro de Tom y nos mira a Kane y a mí.

—Vengan —dice en voz baja, con los ojos centelleantes—. Quiero enseñarles algo —luego se dirige a Isi—: *Kânîmihitocik*.

Kane mira a los niños, recostados en una de las camas y luego a Matisa.

—Yo me quedo con ellos —tranquiliza Isi a Kane. Hay una sonrisa misteriosa en su rostro.

Tom, Kane y yo nos miramos unos a otros, intrigados. Pero nos cubrimos y salimos detrás de Matisa a la noche fría, dejando el calor de la cocina.

Nos guía al centro de la aldea, lejos de las antorchas. Vamos hacia el suroeste, a las colinas a las que Genya nos llevó antes, cerca del manantial. Pero en vez de internarnos entre los árboles, trepamos hasta llegar a la cima de la colina. Matisa voltea al norte y señala el cielo.

Tom es el primero en voltear, y sus ojos se abren, enormes.

Kane y yo lo imitamos, mirando en la negrura de la noche.

Mi corazón aletea.

El cielo al norte está explotando en sombras de color, como las más brillantes flores silvestres en primavera: violeta, rosa, azul y verde. El aire brilla y danza, torciéndose para rozar la cima de las colinas, estirándose para alcanzar la estrella más lejana. La luz se mezcla y brilla y desaparece, reaparece. El cielo estrellado está bañado en una mágica luz.

—*Kânîmihitocik* —dice la voz de Matisa a nuestras espaldas—. Los ancianos dicen que son espíritus que bailan en el firmamento.

El cielo destella. Todas las gamas de color explotan y flotan, hinchando mi corazón.

Espíritus.

—¿Por qué dirían eso? —pregunto. Pienso en los muertos, enviados a las Aguas Purificadoras para descansar. La Encrucijada servía para que los espíritus de los impíos nunca regresaran a buscar venganza. La idea de que los muertos pudieran volver así...

—Creo que es una forma de recordarnos que somos parte de la tierra, el aire y el agua —dice Matisa.

Pienso en mis sueños. En el llamado de los muertos en el río. Y de todas formas, están aquí. Las cosas que enterramos tienen un modo de reaparecer.

Tom arruga la frente.

—Pero los muertos, en el cielo... no suena correcto.

—¿Por qué?

—Porque esto es tan hermoso...

—Y así es también la gente que hemos perdido —dice Matisa.

El rostro de Tom se maravilla. Miro a Kane.

Está de pie, la cabeza vuelta hacia las estrellas, su capa echada atrás, los lazos de su camisa abiertos, la luna brilla en su piel.

Mi pecho se levanta. Pienso en la hermana Violet convertida en una de esas luces suaves, elevándose en la noche estrellada. André también. Y papá.

Giro la cabeza al cielo y miramos por un largo momento, hasta que las luces danzantes menguan a un amarillo suave.

Cuando bajo la vista, Matisa me lanza una mirada intencionada. Le toca el brazo a Tom.

—Vamos —le dice—. Debemos dormir antes del viaje.

Kane y yo vemos cómo Matisa y Tom bajan la colina y desaparecen en la casa.

Y estamos solos. El silencio se alarga entre nosotros.

Me arriesgo a mirarlo: ya no tiene la vista en el cielo. Sus brazos están cruzados y sus ojos fijos en el suave brillo de la aldea. Mi corazón se siente tan pesado, que apenas puedo hablar. Pero tengo que hacerlo. No podemos marcharnos así, con esta incomodidad.

—Yo... —Trago saliva— pensaba que estaba protegiéndote —voltea a verme—.

Debí decírtelo —se me atorán las palabras—. Lo siento, tanto.

Las lágrimas asoman a mis ojos, pero las contengo y continúo, decidida a no llorar.

Suspira y voltea a verme. Descruza los brazos.

—Y entiendo si quieres quedarte aquí. De verdad. Pero no puedo soportar marcharme sabiendo que piensas que no confío en ti —se me cierra la voz por las lágrimas.

Su mirada se suaviza.

—Em...

—Porque sí lo hago: confío en ti.

Me alcanza, toma mi mano en la suya y este simple, amable roce hace que las lágrimas escurran de nuevo.

—Lo sé —me dice—. Oye... —Toma mi rostro con una mano y me limpia las lágrimas con el pulgar— no estoy enojado.

Observo su semblante.

—Lo estaba —admite—, pero ya no.

—¿De verdad?

—De verdad —dice—, no tengo derecho a estarlo —e inhala profundamente—. Yo también te oculté algo.

Doy un paso atrás, con el corazón inquieto. ¿Qué pudo ser?

—Supe que mamá quería llegar al cruce desde el principio, desde antes de que saliéramos —dice—. Ella sabía que íbamos al oeste, pero lo que realmente deseaba era dirigirse al Dominio para buscar parientes.

Lo miro fijamente, asimilando sus palabras.

—Creo que ella esperaba que yo cambiara de idea —dice—, ya fuera antes de llegar con la gente de Matisa, o después.

Recuerdo cómo me sorprendió que ella estuviera tan de acuerdo con recibir a los Jameson. Pero quizás era más por el cruce que por ellos. Pienso en voz alta:

—Cuando la herida de Nishwa...

—Fue un pretexto para ir hacia donde ella quiso ir todo el tiempo —dice—. Y para entonces, no había forma de que hablara de otra cosa. Pero debí negarme desde el principio. Debí decirle que si quería venir, era imposible satisfacer su deseo. No lo hice —suspira—. Esperaba que renunciara a la idea.

Lo miro, sin saber si sentirme herida o aliviada.

—¿Por qué no me dijiste?

—Estabas tan feliz de dejar el asentamiento. Tan segura de ti misma, de ayudar a Matisa. Yo... —Se detiene a buscar las palabras— no quería arruinarlo. No quería que te preocuparas acerca de lo que mamá decidiera —agita la cabeza—. Pero eso no fue justo ni para ella ni para ti.

—¿Crees que ella habría venido si le hubieras dicho que se olvidara de ir al este?

El dolor asoma a sus ojos. Me doy cuenta de que eso es algo con lo que Kane ha

estado luchando desde que estuvimos en la finca. De haber logrado disuadirla, ¿eso le habría salvado la vida?

Tomo sus manos y las aprieto.

—No es tu culpa —le digo, firme—. Cada quien toma sus decisiones.

Sus ojos buscan mi rostro.

—Y tenemos que reconciliarnos con lo que nuestras decisiones significan —le digo—. Pero ¿mi idea de mi vida aquí afuera? Siempre te incluyó, Kane. Siempre.

—Lo sé —contesta, y sé, por el calor en su voz, que lo dice en serio—. Nunca debí decir lo contrario —toma una de mis manos en las suyas y se la lleva al pecho. Puedo sentir su corazón latir bajo su camisa—. Estamos destinados a estar juntos.

Tomo su camisa con los dedos y lo jalo hacia mí, y él sujeta mi rostro y atrae mi barbilla hacia él. Entonces posa sus labios sobre los míos, suavemente. Como si en este beso pudiera encontrar la salida de todo esto pero...

No hay salida.

Se separa de mí y nos quedamos en pie. El aire oscuro sopla como terciopelo en nuestros rostros. El cielo nocturno es tan vasto que se siente como si pudiera tragarnos completos. Miro hacia arriba y dejo que la luz de las estrellas bañe mi rostro, mientras respiro profundamente, tratando de aspirar este momento. De guardarlo en mi corazón para siempre.

Porque mañana...

Las lágrimas nublan mi visión y parpadeo para alejarlas mientras volteo a mirarlo. Las estrellas brillan en su cabello oscuro, en sus pestañas. Me rodeo con mis brazos e intento memorizar cada detalle. Sus grandes ojos, el cabello que comienza a salir en su cabeza. Su camisa, abierta al cuello, mostrando las clavículas y la curva de su pecho. Y esos brazos, los antebrazos desnudos con los que soñaba despierta, colgando a sus lados. Erguido ahí, tan lleno de tristeza, y a pesar de ello tan fuerte.

—Voy a regresar por ti —le digo. Mi voz se quiebra y miro las estrellas de nuevo. Parpadeo para ahuyentar las lágrimas. No tiene caso llorar. No tiene sentido hacer nada sino asegurarle que todo estará bien.

—Em...

—En cuanto pueda —digo con firmeza. Pero él me alcanza, y me lanzo a sus brazos, me envuelvo en ellos, me hundo en su pecho. Respiro su esencia. Lo bebo en ella, tratando de mantenerlo conmigo. Su recuerdo en mi cuerpo para siempre. Una rara paz se instala en mí.

Se separa. Sus ojos están serios.

—No lo hagas —dice.

—¿Que no haga qué?

—Regresar por mí.

La paz se hace pedazos.

—¿Qué quieres decir?

—Promételo. Promete que cuando llegues con la gente de Matisa te quedarás con

ellos. Que te quedarás donde estés a salvo.

—¡No voy a prometer eso! —grito.

—*Por favor* —dice, con una nota de pánico en la voz.

—¿Por qué?

—Porque no soporto la idea de que vuelvas por mí a través de todo este caos.

—¡Pero estamos destinados a estar juntos! ¡Tú mismo lo dijiste!

—Y así es —dice—. Pero arriesgar tu vida para que suceda es tonto.

—Te necesito.

—Em —su voz suena suave y triste—, necesitar y querer no es lo mismo.

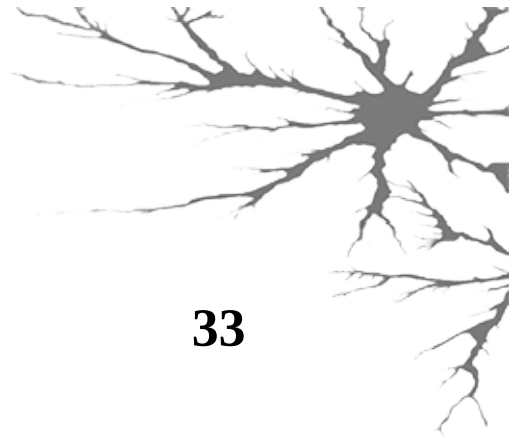
Miro sus ojos oscuros y luego la cicatriz de bala en su sien, el recuerdo de la primera vez que pensé que lo había perdido. El dolor me inunda y es tan profundo que casi detiene mi corazón. Esa misma tristeza me mira desde sus ojos. Se clava en mi alma.

Tropiezo hacia adelante para alcanzarlo...

Y sus brazos están alrededor de mí. Y su boca está en la mía. Y mi desesperación se extingue cuando el deseo surge en mí, tan caliente y seguro que ya no poseo fuerza para resistir. Me atrae hacia él y caemos juntos sobre la suave hierba de la pradera. Sus manos me recorren por completo mientras su boca está en la mía y mi piel enfebrecida arde en llamas. Me aferro a él, acerco más su cuerpo al mío, desesperada por su aliento, su esencia, su calor.

Pero un vacío me invade. Y algo en mi interior se quiebra.

Oculto mi cabeza en su pecho y él me abraza con fuerza mientras lloro un río de lágrimas.



El Deshielo llega como una fiebre. Un momento, los vientos helados de *La Prise* aúllan en tu cabeza como si nunca fueran a detenerse. Al siguiente momento: silencio. Una calma muerta.

Y el Deshielo llega, explota, arrastrando luz y agua por todos lados. A través de la tierra. A través de tu sangre.

Como una respuesta a tus oraciones.

Despiertas de tu pesadilla helada y lo sabes. Sabes que la vida no ha sido olvidada. Sabes que las cosas que soñaste todavía están al alcance. Sabes que son posibles.

Lo sabes porque has esperado mucho tiempo por esto.

Con el Deshielo viene una promesa.

El goteo del hielo se presenta en los brotes, esos pequeños retoños verdes que han estado esperando, pacientes, a que llegue su momento al sol, y que son señales de que la vida empieza de nuevo. Que *tu* vida empieza de nuevo. Y finalmente puedes elegir lo desconocido. El camino está libre.

Pero no es tan simple.

En la prisa del Deshielo por traer vida, por liberar lo que estaba enterrado, algunas cosas son apartadas. Así como la tierra explota con un nuevo propósito, presta a saludar al sol, otras cosas perecen.

Algunas cosas quedan atrás.

El Deshielo ha desenterrado muchas cosas. Pensamientos que había mantenido congelados, acerca de lo que atraje sobre la gente que amo, miedos hace tiempo sepultados. La noción de que papá podría haber muerto por sueños míos, que podrían estar equivocados, que su sacrificio hubiera sido inútil.

Elegir una vida nueva no es fácil.

Levanto los ojos más allá de las colinas, hacia el horizonte. Las montañas en la distancia me miran con sus rostros de piedra, nubes oscuras cuelgan sobre sus frentes cubiertas de nieve. Las colinas se elevan amables, suaves, alrededor de nosotros. Un rebaño numeroso se extiende en los campos hacia el suroeste.

El cielo se aclara de rosa polvoso a dorado, salpica las cimas de las colinas frente a nosotros. Está amaneciendo pero siento como si fuera el primer atardecer que

presenciara en la vida. Estaba de pie en la muralla de la fortificación con André y pensé que mi corazón estallaría ante tanta belleza. Ante el misterio de todo aquello.

La última vez que vi a Kane, estaba solo, nos miraba partir, en pie sobre la cima de la colina más al oeste de la aldea.

Un álamo solitario contra el cielo de la pradera.

Le prometí que no volvería. Le dije que no arriesgaría mi vida por regresar. Y le di la espalda.

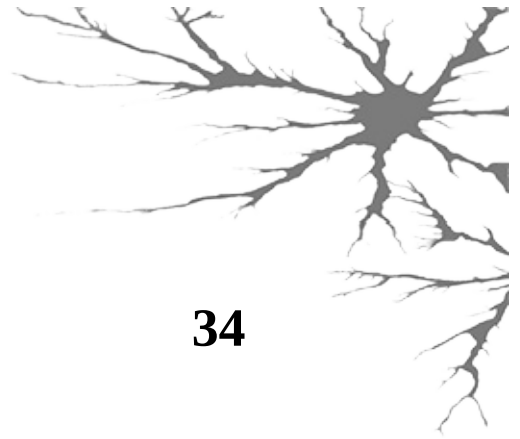
Pero no le di la espalda porque no quisiera sus manos en las mías. No lo hice porque pensara que mi camino es otro. Lo hice porque un incendio había iniciado en mi cabeza y no quería que él se diera cuenta. Un incendio que quema mis dudas y mi miedo, que me ilumina y me llena de propósito. Y su llama revela otra cosa que es segura: nunca he sido buena para decir la verdad.

El Deshielo inicia con una promesa. Pero en su prisa por traer esperanza también acarrea desesperación. Es una inundación de primavera que nutre los árboles pero destruye los nidos y las plantas a su paso. No es todo lo que soñaste.

Pero la promesa permanece. Y si eres paciente, si lo recuerdas, podrás soportar sus tormentas. Los días largos llegarán, brillando con tonalidades de verde y luz y, con ellos, una nueva vida.

Y yo estaré ahí para comenzar esa vida nueva.

Con Kane.



Las montañas parecen fuera de nuestro alcance. Subimos por colinas cubiertas de hierba que se llenan de rocas conforme avanzamos al oeste, nuestra mirada está puesta en el horizonte lleno de montañas como cicatrices. Tan lejos. Una vida. Matisa y Tom hablan entre sí muy quedo. Isi está concentrado y silencioso.

No hay señal de los *sohkâtsiwak*.

Viajamos todo el día antes de llegar a un bosque oscuro. Las montañas desaparecen detrás de hileras e hileras de pinos. Nuestros caballos se inclinan al tratar de atravesar esa tierra imposible. Avanzando entre pantanos, se esfuerzan al sacar sus cascos de entre el lodo y las hierbas. Avanzamos cuesta arriba sobre ramas y hojas caídas. Hacemos una miserable hoguera debajo de un pino alto y ralo.

Mis noches no tienen sueños y una hora se mezcla con la siguiente: hilera tras hilera de pinos, los caballos avanzan a trompicones, la oscuridad del bosque hace eco a la oscuridad que se arrastra hacia mi mente.

Cuando estoy segura de que estamos perdidos, de que el bosque es todo lo que existe, todo lo que habrá... llegamos.

El bosque se adelgaza y nos lleva en medio de ellas: las montañas.

Enormes y amenazantes, se elevan hasta el cielo, cubiertas de pinos, con picos que terminan en blanca y brillante nieve. El aire aquí es distinto: fresco y pesado, y en el fondo te muerde. El suelo bajo nuestros pies se vuelve suave y rocoso a la vez. Alfombras de enebro se extienden, fragantes, y los árboles lucen robustos, como si hubieran tomado la decisión, hace años, de sobrevivir sin importar las probabilidades en contra.

Matisa señala hacia adelante, hacia un valle profundo entre las montañas.

—Nuestro hogar —dice.

Pero ya lo sé, porque he soñado con este lugar. Conozco este olor, este aire, este suelo bajo mis pies. Avanzamos al oeste entre las sombras y un río que aparece a nuestro lado nos urge a seguir. El río aparece y desaparece, serpentea con fuerza detrás de paredes de roca. Su agua espumea, canta como si avisara nuestra llegada.

Llegamos al lago de mis sueños.

Está en medio del valle, calmo y centelleante como una piedra barnizada de un color que solo he visto en mis sueños. No es azul como el cielo de la pradera, ni

verde como los brotes de primavera. Es algo intermedio, y es tan hermoso que mi corazón podría romperse.

—Matisa —dice Isi.

Aparto la mirada del lago para ver qué señala.

Alguien viene hacia nosotros, bordea la orilla. Un jinete en un caballo blanco. El caballo galopa deprisa, como una flama blanca, y el cabello negro del jinete flota en el viento como humo.

Miro a Matisa. Ella sonrío.

El jinete cruza la distancia que nos separa en un momento. Los cascos de su caballo repiquetean en la orilla rocosa. Ahora veo que el caballo no es blanco sino gris humo, y su jinete es un hombre joven. Es, también, apuesto: su cabello es brillante, sus pómulos, altos, y sus labios, bien formados. Usa la misma ropa color azul que Isi y Matisa, pero su pecho está cubierto con una pieza de cuero, y sus muñecas y manos están envueltas en cuero también, aunque los dedos están libres y aferrados a las riendas.

Él nos mira con ojos incrédulos. Y su vista pasa de Matisa e Isi a Tom y a mí. Cuando Matisa da un paso al frente, él salta de su caballo. Se estira y envuelve a Matisa en un abrazo. Miro a Isi. Su sonrisa es más ancha de lo que nunca hubiera imaginado. Matisa ríe cuando el joven la deja y abraza a Isi del mismo modo.

El joven les habla en su lengua. Parece preguntarles cosas sin darles tiempo de responder. Finalmente, Isi lo detiene con una palabra, pero está contento. Matisa nos mira, su rostro luce franco... Feliz.

—Este es mi primo Eisu —dice.

Enarco las cejas.

—¿Primo como Isi? —pregunto—. ¿O primo, primo?

Ella ríe.

—Primo, primo. Em —hace un ademán hacia mí— y Tom.

Eisu nos saluda con un gesto y le pregunta algo a Matisa en su lengua.

—Sí —dice ella y sonrío—. Ellos son la Gente Perdida.

Eisu nos observa. Esta vez su mirada se detiene, sus ojos oscuros nos examinan. Analiza nuestras ropas que, sin duda, le parecerán extrañas, y quizá nuestro color le parezca raro también. Es una mirada fuerte, como la de Isi; una mirada que he aprendido a esperar.

—Bienvenidos —dice.

—Hola —digo, y le doy un codazo a Tom, que guarda en silencio. Volteo a verlo.

Tom está mirando a Eisu con una expresión que no le había visto nunca, pero que conozco bien dentro de mi corazón. Sus ojos están muy abiertos, su boca entreabierta. Le doy un codazo de nuevo, y sus ojos se dirigen, bruscamente, a los míos, mientras sus mejillas se sonrojan.

Eisu no parece darse cuenta. Dice algo más y Matisa rompe en risas.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Dice que estoy en serios problemas por haberme ido como lo hice y que espera que valgas la pena.

Ahora es mi turno de reír. Tom se nos une, aunque un poco forzado, como si en realidad dudara que realmente lo valgamos. Le lanzo una mirada.

Eisu vuelve a mirar a Matisa y le dice algo.

Los hombros de mi amiga descienden, aliviados, con un suspiro.

—Nishwa —nos dice—. Lo logré.

Le hace una pregunta a Eisu y él le responde de inmediato.

—Y alcanzó a llegar antes de que los cazadores se fueran —añade.

Mi corazón flota. Miro cómo Matisa y Eisu siguen hablando. Mi mirada se cruza con la de Isi, que me ve con su típica fiereza pero, esta vez, en ella hay aceptación. Miro a Tom a mi lado. De algún modo ha recuperado la compostura.

Y de pronto me pongo tan feliz que me siento ligera como el aire.

Eisu habla, con ademanes. Ya no hace preguntas. Está diciendo algo importante: me puedo dar cuenta porque tanto Isi como Matisa se inclinan sobre él como si eso pudiera apresurar lo que tiene que decir.

Matisa lo interrumpe con una pregunta.

Él duda.

—*Eisu* —le dice ella, con un tono de advertencia en la voz.

Él asiente por toda respuesta.

Matisa e Isi intercambian miradas. Ella ve hacia el oeste, luego hacia el valle.

—¿Qué pasa?

La mirada de Matisa encuentra la mía. La de ella está oscurecida.

—Entre mi gente, algunos dicen que el remedio ha perdido su eficacia, que no nos protege más.

Tom y yo intercambiamos una mirada.

—¿Por qué lo dicen? —pregunto.

—Seis personas han muerto de la enfermedad.

Arrugo la frente.

—Pero... —me interrumpo. Si el remedio ya no funciona, entonces ellos han protegido un secreto por décadas para nada. Y nuestro plan para negociar la paz...

—¿Está seguro Eisu de que lo están tomando?

—Dice que sí —me responde Matisa con suavidad. Y en este momento no la veo como la valiente y misteriosa figura que liberó a mi pueblo y trajo la promesa de una mejor vida. La veo como lo que siempre ha sido: una chica. Una chica que finalmente ha llegado a su hogar pero que, de algún modo, sigue perdida.

Trago saliva. Miro más allá del lago de mis sueños, hacia el valle que nunca he visto pero que, de algún modo, conozco hasta la médula. ¿Será que ya no es el lugar seguro que he soñado?

Miro a Matisa cubierta por la tierra de las planicies afuera de mi asentamiento, como en mi sueño. Enferma de Hemorragia. Me veo cavando desesperada, mis

manos amontonando tierra sobre ella, sepultándola...

Una ola de desesperación me llena. Y luego, ira. Cierro los ojos y aprieto la mandíbula. Hemos arriesgado demasiado, hemos renunciado a tantas cosas, como para que mis sueños predigan su muerte. Ella siempre ha creído que encontrarme prevendrá el desastre para aquellos que amamos. Y yo lo he creído también. Presiono mi frente con mis palmas y pienso. Pienso acerca de tener que enterrarla en esa tierra, con el canto del río...

Mis pensamientos se detienen ahí. Algo no está bien. En el sueño, estoy desesperada, pero no triste. ¿No estaría deshecha de pena si estuviera despidiéndome de Matisa?

Y ahora entiendo que la imagen misma es extraña: nosotros no nos despedimos de nuestros muertos así. Siempre los hemos lanzado en las Aguas Purificadoras para que encuentren la paz.

Pero si no la estoy enterrando, ¿qué estoy haciendo?

Reconcílate.

Un parpadeo de esperanza se enciende en mi corazón. Quizás haya algo más en ese sueño que justo ahora no vemos. Nuestros sueños no nos han mostrado el camino, pero ese camino se siente al alcance, como los largos días de verano que vienen después del Deshielo. Si tan solo somos pacientes, si tan solo soportamos la tormenta.

Y me prometo que llegaremos a esos días de sol.

—Vamos a casa —digo y tomo la mano de Matisa. Me mira—. Ya veremos qué es lo que tenemos que hacer. Juntas.

Aprieta mi mano también y se recompone. Se yergue. Miro el valle de piedras escarpadas y picos cubiertos de nieve mientras el viento susurra entre los árboles. Mi cabello azota contra mi rostro cuando la brisa se intensifica, revuelve las aguas del lago y forma blancas olas que destellan al sol. Y mientras miro el agitado, centelleante lago, aquel fuego dentro de mí renace.

Avanzamos hacia el valle, mi piel es bañada con el aire suave y la esencia de bosques siempre verdes. Mis huesos claman por llegar a ese lugar que nunca he visto.

Y mi corazón arde lleno de esperanza.

Agradecimientos

Gracias a mi agente, Michael Bourret, por luchar por esta serie desde el principio y por ser generoso, amable y sensible. Espero que me sigas guiando a través de las publicaciones por muchos años por venir.

Gracias a mis editoras, Erica Finkel, en Abrams; y Rebecca Lee y Alice Swan, en Faber & Faber, por ayudarme a mirar de nuevo este libro, por animarme, por presionarme a trabajar duro. Estoy emocionada de contar con su entusiasmo y experiencia.

Mi equipo en Abrams merece mi enorme agradecimiento por todo el apoyo y la amable atención a mi trabajo. Gracias a Susan Van Metre, Michael Jacobs, Jim Armstrong, Nicole Russo, Jason Wells, Mary Wowk, Jess Brigman, Elisa Garcia, Maria T. Middleton, Shane Rebenschied, Nancy Elgin y Rob Sternitzky.

Mi inmensa gratitud al equipo en Faber por creer en mi trabajo y por darle la mejor posibilidad de conseguir éxito.

Gracias en especial a Leah Thaxton, Grace Gleave, Emma Eldridge, Susan Holmes y Hanna Love.

Gracias a mi agente de derechos extranjeros, la absolutamente sofisticada Lauren Abramo. ¡Usaremos esas sombrillas algún día! Gracias a mi agente en Reino Unido, Kate McLennan, por cuidar todo lo que sucede al otro lado del océano.

Más gracias de las que caben en esta página para mi primera lectora Dana Alison Levy, quien me vitorea incluso cuando mi escritura es terrible y celebra cuando no lo es. Gracias por soportar mis correos electrónicos (a menudo) inoportunos y (ocasionalmente) llenos de pánico acerca de *cada pequeño detalle*.

Gracias a Bethany Griffin, Angela Sparks y Rachael Allen por leer los manuscritos. Gracias a todas las *litbitches* por ser mi baticueva *sooper sekreta*, y por hacer mi primera firma de libros (¡!) tan memorable.

Merci beaucoup á Marc Piquette et á Thérèse Romanick, et merci á Louise Caron. Je suis très reconnaissant pour l'assistance avec le français. J'espère que un jour bientôt je n'aurais pas besoin.

(Muchas gracias a Marc Piquette y a Thérèse Romanick; y gracias a Louise Caron. Mi reconocimiento por su ayuda con el francés. Espero ya no necesitarla un día no muy lejano).

Gracias a Carl y Reuben por tomar mis llamadas con amabilidad y buen humor. Gracias a Jennifer St. Arnault, *nitotem*, mi amiga, por compartir su conocimiento con tanta gentileza.

Gracias, como siempre, a mis chicas de Rimbey (¡pastel! ¡Champaña! ¡Ensamble *drag queen*!) y a mis amigas de Edmonton (¡al cuidado de los niños! ¡Al cuidado de Kate!).

Gracias a mi familia por amarme y estar orgullosa de mí.

Finalmente, gracias a mis lectores. Estoy muy agradecida por ustedes.



KATE A. BOORMAN. Es una artista y escritora independiente nacida en Nepal (de donde fue llevada al Himalaya en una canasta), creció y fue criada en las praderas canadienses de la pequeña ciudad de Rimbey (donde montara en bicicleta en Girl Guides). Tiene una Maestría en Artes en Teoría Crítica Dramática, y un currículum laboral repleto de la típica colección de trabajos absurdos y extravagantes.

Le encanta cavar en la tierra, sentarse bajo el cielo estrellado con sus amigos, y viajar a tierras lejanas con su familia. Es miembro de The Writers Guild of Alberta y de la Asociación Internacional de Escritores de Novelas de Suspense.

Su debut en la ficción para jóvenes adultos, el *thriller* de historia alternativa *Winterkill*, fue finalista del Premio Alberta Readers 2015, obtuvo un OLA Best Bets YA en 2014, y fue el ganador del premio Alberta Writers Guild R. Ross Annett en 2016. La secuela *Darthaw*, salió a la venta en 2015 y la revista *Voya* la llamó cuento de supervivencia sobrecogedor y oscuro. *Heartfire*, el tercer libro, fue lanzado en 2016. La serie vuelve a imaginar un asentamiento del oeste de América del Norte y se inspira en las topografías y las historias locales.